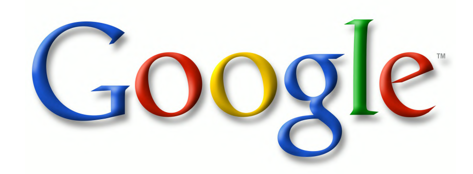




[illegible]

LA
CORTE CELESTIAL
DE MARIA.

LA

CORTE CELESTIAL

DE MARIA.

OBRA REVISADA

por el I. Dr. D. Mariano Costa, Pbro.

CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA DE BARCELONA.



MADRID
LIBRERÍA ESPAÑOLA
CALLE RELATORES, NUMERO 14.

BARCELONA
LIBRERIA ESPAÑOLA
CALLE ANCHA, NUMERO 26.

1855.



Barcelona: Imprenta de L. Tasso, Guardia, 15.

LA
CORTE CELESTIAL
DE MARÍA.

LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

La Sacratísima Vírgen María nuestra Señora fué de Nazaret, ciudad de Galilea, é hija de padres nobles y ricos. Su padre se llamó Joaquin, natural de Nazaret: su madre Ana, de la ciudad de Belen. Eron los dos de la tribu de Judá, y del linaje real de David; Joaquin por via de Natham, y Ana por via del rey Salomon, que ambos fueron hijos de David. Estos bienaventurados padres de la Vírgen eran de vida santísima, como convenia que fuese el árbol que habia de producir tal fruto. Empleábanse en la guarda de la ley con gran cuidado, en ayunos, oraciones y limosnas: repartian sus rentas en tres partes: una gastaban en el culto divino y ministerios del templo; otra en los pobres, y la otra en el gasto de sus personas y familia. Habian vivido veinte años casados sin tener hijos, porque Ana era estéril y por esta causa estaban tristes y afligidos, y como avergonzados y corridos; porque en aquel pueblo carnal se tenia la esterilidad por un género de oprobio y castigo de Dios: al cual estos santos casados suplicaban con gran instancia de dia y de noche, que les diese fruto de bendicion, prometiéndole de consagrar á su divina Majestad el hijo ó hija que les diese. Perseverando en esta oracion, un ángel apareció á Joaquin, que estaba en la majada de sus pastores, y le dijo que Dios habia oido sus ruegos, y que tendria una

hija que se llamaria María, y seria madre del Salvador del mundo. La misma revelacion tuvo santa Ana en un huerto, en donde vivia apartada. Comunicáronlo entre sí, y hallaron que convenia muy bien lo que el ángel habia dicho al uno con lo que habia dicho al otro. Dieron muchas gracias al Señor por aquella tan señalada merced, y Ana concibió á la Vírgen sacratísima á los ocho dias de diciembre, en que la santa Iglesia celebra la fiesta de su Concepcion. Fué concebida sin pecado original, previniéndola Dios con tanta abundancia de gracia, cuanta era razon que tuviese la que era destinada para madre suya, y quebrantadora de la cabeza de la serpiente infernal. A los nueve meses cumplidos nació en Nazaret esta Niña benditísima, en una casa que tenian sus padres en el campo, entre los balidos de las ovejas y alegres cantares de los pastores. Nació á los ocho de setiembre; y nueve dias despues, que fué á los diez y siete del mismo mes, segun la costumbre de los hebreos, le fué puesto el nombre de María. Dióle el Señor (á lo que algunos santos dicen, y piadosamente se puede creer) por ángel de guarda á san Gabriel, y á otros muchos ángeles en su compañía. Al cabo de ochenta dias fué santa Ana á Jerusalen á cumplir la ley de la purificacion, llevando la niña al templo en sus brazos como un tesoro precioso; y dada por ella la ofrenda acostumbrada de los primogénitos, se volvió con ella á su casa. Siendo ya de tres años, para cumplir el voto que habian hecho de ofrecerla al Señor, la llevaron sus padres á Jerusalen, y la ofrecieron en el templo á los veinte y uno de noviembre con las ceremonias que en semejantes ofrendas se usaban. Declararon al sacerdote el voto que habian hecho, encargándole que tuviese cuenta con su hija, como cosa dedicada ya á Dios, y que la pusiese entre las otras doncellas que le servian, junto al templo, en una casa edificada para este efecto, donde las vírgenes eran sustentadas con las rentas del mismo templo, y apartadas del ruido y bullicio podian ocuparse en santos y loables ejercicios, y entrar fácilmente en el mismo templo á hacer oracion. Admiró á todos por estremo la belleza y gracia de la bienaventurada Niña, y mas la prontitud y alegría con que se despedia de sus padres y se dedicaba al Señor, sacando por aquellos pequeños indicios las grandes y maravillosas obras que Dios habia de obrar en aquella, que de tan tierna edad habia escogido para su servicio.

Fué recibida la santa Niña entre las otras vírgenes con gran regocijo de las demás, y luego comenzó á resplandecer en aquella casa mate-

C. Staal.

Ste VIERGE.



rial de Dios, la que era verdadero y espiritual templo suyo. Allí aprendió muy perfectamente á hilar lana, lino, seda y holanda; coser, labrar los ornamentos sacerdotales, y todo lo que era menester para el culto del templo, y despues para servir y vestir á su precioso Hijo, y para hacerle la túnica inconsútil, como dice Eutimio. Aprendió asimismo las letras hebreas, y leía á menudo con mucho cuidado, y meditaba con grande dulzura las divinas Escrituras, las cuales con su alto y delicado ingenio, y con la luz soberana del cielo que el Señor le infundia, entendia perfectamente. Nunca estába ociosa: guardaba silencio: sus palabras eran pocas y graves, y cuando era menester; su humildad profundísima, la modestia virginal, y todas las virtudes tan en su punto y perfeccion, que atraía á sí los ojos, y robaba los corazones de todos; porque mas parecia niña venida del cielo, que criada acá en la tierra. Ayunaba mucho, y con el recogimiento, soledad, silencio y quietud, se disponia á la contemplacion y union con Dios, en la cual fué eminentísima; y el Señor la visitaba y regalaba con sus resplandores y ardores divinos, como á esposa suya, y los ángeles á menudo se le mostraban y conversaban con ella; y algunas veces le traian para comer manjares, nó aparejados por manos de hombres, sino venidos del cielo. Vivió en esta manera de vida hasta los once años de su edad; en la cual murieron sus santos padres, muy viejos, casi de ochenta años, sin haber tenido otra hija ni hijo, sino ella. Estando aquí en el templo, con encendido deseo y amor de la virginidad, que el Espíritu Santo le inspiraba, hizo voto de guardarla perpetuamente, y fué la primera que hizo esta manera de voto, y alzó la bandera de la virginidad, y con su ejemplo incitó á tantos y tan grandes escuadrones de purísimas doncellas, para que la abrazasen, y por no perderla, perdiesen sus vidas: y por esto se llama Vírgen de las vírgenes, como maestra y capitana de todas ellas: porque aunque es verdad, que en el viejo Testamento algunos permanecieron castos toda su vida, como Josué, Melquisedec, Elías, Eliseo, Jeremías y los tres mozos del horno de Babilonia; pero cosa cierta y averiguada es, que ninguno con obligacion de voto prometió á Dios virginidad, y que nuestra Señora fué la primera, que sin ejemplo á quien imitase, le hizo y se ofreció á Dios: porque esta gloria estaba reservada á esta Señora, que solo habia de juntar la flor de vírgen con el fruto de madre. Siendo ya de edad para casarse pareció á los sacerdotes, que la Vírgen tomase marido, como lo hacian las

demás, que tenian edad para ello. Mas como ella entendiese que trataban de casarla, respondió con humildad y modestia: que aquello no podia ser; porque sus padres la habian ofrecido á Dios, y ella habia hecho voto de perpetua virginidad. Admiráronse todos de oir cosa tan nueva, y trataron, si seria bien casarla con algun sacerdote, en cuya compañía perseverase en el servicio del templo: mas esto no tenia lugar; porque por ser única de sus padres habia heredado, y segun la ley era forzoso casarse con hombre de su mismo linaje y familia. Acudieron al divino oráculo; y respondió el Señor, que todos los que al presente estaban en Jerusalen, del linaje de David, se juntasen; y á quien le cupiese la suerte, ese se casase con ella: y la Vírgen tuvo revelacion del Señor, que obedeciese á los sacerdotes y que no temiese, porque él la guardaria. Cupo la dichosa suerte á José, de la tribu de Judá, natural de Belen, de oficio carpintero, hombre de madura edad y santo, y que siempre habia guardado castidad, y cual convenia que fuese el esposo de tal esposa. Desposáronse, siendo la sacratísima Vírgen de trece años y tres meses, y fué entregada á su esposo, para guardar y mirar por ella.

Con esto nuestra Señora volvió á Nazaret y habitó en la casa de sus padres, que ella, como hija única, habia heredado: y estando en Nazaret la Vírgen purísima, y llegada ya aquella hora bienaventurada, en que Dios habia determinado vestirse de nuestra carne en sus entrañas, vino á ella el arcángel san Gabriel con aquella tan alta y tan soberana embajada; y hallándose sola, retirada y suspensa, en contemplacion, con grande humildad y reverencia la saludó y le dijo: »Dios te salve, llena de gracia: el Señor es contigo; y tú eres bendita entre todas las mujeres.» Turbóse la Vírgen, nó por ver el ángel (que no era cosa nueva para ella); sino por verle en figura de hombre, y de las alabanzas que le daba, de las cuales ella se tenia por indigna. Mas el ángel la animó y declaró el misterio á que venia, y la aseguró que varon no tendria parte en ella, ni su virginidad, de la cual ella estaba tan solícita, padeceria detrimento; porque el Espíritu Santo vendria sobre ella, por cuya virtud concebiria al Hijo del Altísimo; y le trajo el ejemplo de su prima Isabel, que siendo vieja y estéril, habia concebido; porque para Dios cosa ninguna es imposible, y cuando él es servido, como pare la estéril puede parir la vírgen. Con esta seguridad, obedeciendo á la voluntad del Señor, y humillándose profundísimamente hasta el abismo de su nacimiento,

dió el *sí*, y consintió en la embajada, diciendo aquellas dulcísimas palabras, que alegraron al cielo y santificaron la tierra: »Hé aquí la sierva del Señor: cúmplase en mí su voluntad, segun tus palabras.» En aquel momento concibió al Verbo eterno en sus entrañas, y fué verdadera Madre de Dios y de su Padre y Criador, y constituida Reina del cielo y de la tierra y de todo lo criado.

Acabado este inefable misterio, la Vírgen y ya madre, movida del mismo Espíritu, que con tanta copia y plenitud de gracias habia sobrevenido en ella, se puso en camino para visitar á su prima Isabel, y ejercitar la caridad con ella; y con admirable ejemplo de humildad, ayudarla, servirla y darle el parabien de la merced que el Señor le habia hecho en su vejez con el nuevo hijo, y santificar al mismo hijo con sus palabras. Anduvo aquel largo camino con presteza; porque el fervor de su gran caridad la alentaba y daba fuerzas, y mucho mas el tesoro que llevaba en su sagrado vientre, porque la preñez no le estorbaba. Entró en casa de Zacarías, saludó á Isabel, visitó la mayor á la menor, y saludóla primero, ántes que Isabel la saludase; para darnos en todo ejemplo de aquella singular humildad, con que tanto agradó al Señor. Penetraron las palabras de la Vírgen por los oidos de la madre y llegaron al santo niño Juan, que estaba en sus entrañas, el cual recibiendo el Espíritu de la santificacion y conociendo al Señor del mundo, que estaba encerrado en el sagrado tálamo de María, dió saltos de placer, significando con ellos lo que no podia declarar con palabras. De este movimiento y nuevo regocijo, entendió Isabel el misterio de la encarnacion del Hijo de Dios, y alumbrada con el espíritu de profecía y luz del cielo, dijo á la Vírgen santísima: «Bienaventurada eres tú entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde merecí yo, que la Madre de mi Señor venga á mí?» y las otras palabras, que siguen en alabanza de la Vírgen, la cual, reconociéndo todas las gracias del Señor, y no atribuyendo ninguna á sí, cantó aquel cántico del ***Magnificat***, que está mas lleno de misterios, que de palabras. Y habiendo estado casi tres meses en aquella casa, santificándola con su presencia, se volvió á la suya en Nazaret.

Aquí pasó aquella grande tribulacion con la sospecha, que de ella tuvo el santo José su esposo; porque viendo él que la sacratísima Vírgen estaba preñada, y sabiendo cierto que él no tenia parte en aquel preñado, se halló muy turbado y confuso, no sabiendo lo que



en un caso tan dudoso habia de hacer para cumplir con la ley, y no infamar á una mujer de tan loables costumbres, y que por ventura no tenia culpa. Y la santa Esposa, aunque veia las olas y afectos del corazon de su dulce esposo, y tenia pena de su pena; pero por encubrir el sagrado misterio, que Dios habia obrado en ella, con el velo de la humildad, disimulaba, callaba, oraba y encomendaba su causa á Dios, para que él pusiese remedio. Oyóla el Señor, y envió un ángel del cielo á José, que le apareció en sueños, y le declaró el misterio, y mandó que tomase á la Vírgen, para servirla y acompañarla, y tener cuidado del fruto benditísimo que de ella naciese, á quien llamarian Jesus. Con esta revelacion se deshicieron aquellos nublados, cesó la tempestad y se serenó el corazon de José, y comenzó con mayor acatamiento y reverencia á seguir aquella Vírgen, que ántes tenia por santa, y ahora conocia por madre de Dios: á la cual, estando en los nueve meses y vecina al parto, se le ofreció otro trabajo de un largo camino, que en tiempo de invierno y frio hubo de hacer con su esposo, de Nazaret á Belen, para cumplir con el edicto del emperador Octaviano, que habia mandado que todos los sujetos á su imperio se empadronasen cada uno en la ciudad donde habia nacido: y como José era natural de Belen, fué necesario ir allá para cumplir con este mandato. Pasaron los santos esposos en este camino mucha incomodidad y trabajo, á causa de ser el camino largo, el tiempo recio, su pobreza mucha, la Vírgen santísima de poca edad, y delicada, y ya en dias de parir: la cual llevaba con admirable sufrimiento y alegría todas aquellas molestias; porque tenia en sus entrañas la dulzura y regalo del mundo. Llegaron á Belen, y no hallaron quién les albergase. Recogiéronse á una cueva, que estaba fuera y pegada á los muros del pueblo, donde se solian acoger las bestias y pobres caminantes, y en aquel vil y desabrigado establo parió la Vírgen á Dios encarnado, y habiéndolo envuelto en los pañales, que para este efecto llevaba, le reclinó en el pesebre adorándole como á Dios, y reverenciándole como á Señor, y besándole como á Hijo. A los ocho dias del nacimiento se hizo la circuncision en el mismo portal, donde estaba; y el ministro de ella, dice el bienaventurado san Bernardo, fué san José, y entonces se le puso el nombre de Jesus y Salvador, que el ángel habia publicado y traido del cielo. Vinieron despues los reyes Magos, guiados de la nueva estrella, y adoraron al Doncel y á la Doncella, al Hijo y á la Madre, declarando con sus dones de oro, incienso y mirra, lo que de aquel Niño

tierno y Dios eterno creian. Cumplidos ya los cuarenta dias del sagrado parto, vino la Reina de los ángeles á Jerusalen, para obedecer á la ley que Dios habia dado de las paridas, y para presentar su Hijo primogénito al Señor en el templo, y rescatarle con cinco siclos, como lo mandaba otra ley de los primogénitos. Aquí tuvo nuevas causas de alegría y de tristeza, de consuelo y de dolor; porque por una parte vió que la gloria de su benditísimo Hijo comenzaba á manifestarse al muudo, y que aquel santo viejo Simeon le habia tomado en sus brazos, adorándole y reconociéndole por luz de las gentes, y ornamento y gloria del pueblo de Israel; y aquella venerable y anciana profetisa Ana le habia magnificado y hablado altamente de sus grandezas y maravillas: la cual todo era materia de gozo y de alegría; mas por otra parte atravesó su corazon un cuchillo de dolor, cuando oyó decir al santo viejo Simeon aquellas palabras: »Hé aquí este Niño, puesto como blanco, á quien el mundo ha de hacer contradiccion, y muchos han de caer y levantarse por él en Israel: y tu alma será traspasada por un cuchillo de dolor, para que se descubran los secretos de muchos corazones de los hombres:» con las cuales palabras se echó acíbar en los placeres de este dia, y todo aquel gozo se aguó con temor y sobresalto, el cual comenzó á crecer, porque acabada aquella ceremonia y solemnidad de la purificacion de la Vírgen, fué necesario aprisa huir á Egipto, para escapar el Niño de las manos del rey Herodes, el cual le procuraba matar. Mas el ángel apareció en sueños á José, y le mandó que luego se levantase, y tomase al Hijo y á la Madre y se fuése á Egipto, y que allí estuviese hasta que fuese avisado: y José lo hizo así, y por caminos apartados y desiertos, con gran trabajo é incomodidad, y solícito cuidado, hicieron aquella larga jornada, y llegaron á Egipto, y habitaron en un lugar, que ahora llaman Matarea, entre Heliópoli y Babilonia, tres leguas de Babilonia, y cuatro de Heliópoli. Aquí pasaron la vida con grande necesidad y pobreza, por ser extranjeros y no conocidos, y nó con menos pavor y sobresalto: porque aunque estaban muy confiados que el Señor guardaria aquel Niño; todavía el amor era causa del temor y no les dejaba reposar. Pero lo que mas afligia á la Vírgen, era ver la ceguedad de aquellos pueblos, en que vivian, los cuales dejando á Dios verdadero, adoraban por dioses á las obras de sus manos, y al cocodrilo, y á las serpientes y otras sabandijas, y en ellas á los demonios, que los traian engañados. Estuvieron en Egipto hasta la

muerte de Herodes, y por mandato del mismo ángel, que antes habia aparecido á José, volvieron á su tierra, é hicieron su asiento y morada en la ciudad de Nazaret, de donde venian cada año á Jerusalen á visitar el santo templo del Señor.

Siendo ya el Niño de doce años, y habiendo venido como acostumbraba, con sus padres al templo, se quedó en él, sin que ellos lo entendiesen: y buscándole tres dias con grandes sollozos, suspiros y lágrimas, al cabo le hallaron en el templo entre los doctores y sabios, proponiéndoles dudas, y respondiendo á las que ellos le proponian. Viéndole así la dulcísima Madre, dijo al Niño benditísimo: »Hijo, ¿por qué lo habeis hecho así, sabiendo que vuestro padre y yo con grande dolor os buscábamos? Y el Señor respondió: "¿Para qué me buscábades? ¿No sabeis que me tengo de ocupar en las cosas que tocan al servicio de mi Padre?» Las cuales palabras, aunque los circunstantes no las entendieron, la Vírgen las notó y guardó en su pecho para rumiarlas, y considerar los misterios profundísimos que estaban envueltos en ellas. Todo el resto del tiempo hasta los treinta de su vida estuvo el Señor con su bendita Madre, acompañándola, obedeciéndola y sirviéndola, como Hijo obedientísimo á su verdadera y amatísima madre: y de esta sujecion y obediencia podemos sacar la humildad del Hijo y la excelencia de la Madre; porque no puede haber humildad mas profunda, que sujetarse y obedecer Dios á su criatura; ni mayor grandeza y soberanía, que mandar la criatura á Dios: y esta tuvo la Vírgen sacratísima hasta la edad de los treinta años de su Hijo, el cual habiendo cumplido veinte y nueve años y trece dias se despidió de su Madre, y fué á Betabora á ser bautizado en el rio Jordan, de san Juan, y de allí entró en el desierto, y ayunó cuarenta dias y fué tentado y venció al enemigo, y salió como maestro del cielo á predicar, y juntó discípulos é hizo lo demás que referimos en su vida. Pero en este tiempo, aunque andaba de unas partes á otras predicando, la Vírgen sacratísima le acompañaba, y se halló con él y con sus discípulos á las bodas de Caná de Galilea, y faltando el vino, no faltó la piedad de esta Señora, para rogar á su bendito Hijo que proveyese aquella falta, para que no cayesen en vergüenza los novios, y con ocasion de aquel milagro se manifestase mas su gloria: y así lo hizo Cristo nuestro Redentor, que ninguna cosa que le pide, niega á su madre; y este fué el primer milagro que obró, convirtiendo el agua en vino, y mostrándose señor absoluto de todas las

criaturas. Otra vez asimismo leemos, que estando predicando Cristo nuestro Señor, vino su Madre, y los oyentes le dijeron: »Hé aquí que tu madre y tus hermanos te buscan;» llamando hermanos, segun uso de los hebreos, á los parientes cercanos de Cristo, por parte de su Madre, y aun de José, á quien tenian por padre suyo. Y otras muchas veces es de creer, que la Vírgen santísima acompañaba á su benditísimo Hijo, é iba con él, y le seguia, para servirle en sus trabajos y gozar de su vida y doctrina, y magnificarle por las maravillas que obraba; y duró el hacer esto, todo el tiempo que predicó Cristo, hasta que acercándose ya la hora en que el mismo Señor habia determinado de morir, y habiendo celebrado aquella última y misteriosa cena con sus doce apóstoles, se despidió de su dulcísima Madre, que en la misma casa con otras santas mujeres aparte tambien habia celebrado la Pascua, y se fué al huerto, donde habia de ser preso, quedando la Vírgen en la misma casa, suspensa y temerosa, aguardando el suceso de la pasion.

Cuando supo que su Hijo estaba preso y que le llevaban de un juez á otro, luego, sin detenerse, salió de casa, y le siguió con otras santas mujeres hasta el monte Calvario, donde no se puede con palabras esplicar, ni el dolor que penetró su corazon, viendo á su Hijo tan maltratado y afeado, y como un cordero manso despedazado de aquellos lobos infernales; ni la constancia y fortaleza que tuvo, conformándose en todo con la voluntad del Señor, y queriendo la muerte de su Hijo para gloria suya y satisfaccion de nuestras culpas: porque el dolor fué á la medida de su amor, de donde él y las demás pasiones nacen; y el amor de la Vírgen para con su Hijo fué el mayor que jamás tuvo ni tendrá pura criatura: porque fué amor de madre para con su unigénito Hijo, é Hijo todo suyo, sin compañía de padre; é Hijo que juntamente era hombre y Dios; y en cuanto á la naturaleza humana, el mas acabado y perfecto hombre, y mas lleno de gracias y dones, que puede ser. Pero este sentimiento y dolor, aunque fué tan escesivo, no turbó á la Vírgen, ni la afligió, de manera que no estuviese en pié, como una firme columna, allí cerca de la cruz, mirando con los ojos llorosos aquel espectáculo lastimoso, y ofreciendo al Padre Eterno en sacrificio á su mismo Hijo en olor de suavidad, y suplicándole que le aceptase, y se aplacase, y por él perdonase los pecados del mundo; porque ella se conformaba con su voluntad santísima, y queria lo que él queria, y que su Hijo muriese con una muerte tan

dolorosa y afrentosa; pues que su divina Majestad así lo habia ordenado. De esta manera acompañó la Madre al Hijo en sus dolores y afrentas, y entró á la parte de su pasion como verdadera madre: la cual piedad queriendo remunerar el Señor, le dijo aquellas lastimeras y amorosas palabras: »Mujer: vés ahí á tu Hijo; » y luego dijo al discípulo: »Vés ahí á tu Madre: » dándole por hijo adoptivo á san Juan, que desde aquella hora la tomó por madre, para servirla y mirar por ella como si lo fuera: quedando con este trueco la castísima Vírgen traspasada de un agudo cuchillo de dolor, por ver cuán diferente era el Hijo que perdia del que le habian dado, y el amor entrañable que para consigo tenia aquel Hijo, que estando, como estaba, tan atormentado en la cruz, no se olvidaba de ella. Cuando le vió espirar, ella juntamente diera su espíritu, si con fuerzas sobrenaturales el Señor no la esforzara; y la lanzada, que despues de muerto se dió al Hijo, no menos traspasó el corazon vivo de la Madre, que el corazon muerto del Hijo. Despues se bajó el sagrado y descoyuntado cuerpo de la cruz, y la Vírgen le tomó en sus brazos con tal sentimiento, que ni se puede con palabras esplicar, ni con entendimiento humano comprender. Finalmente, habiendo sepultado al Señor, acompañada de san Juan y de algunas piadosas mujeres se volvió á la casa de Juan Marcos, donde se habia hecho la cena, con una increible tristeza, para aguardar el alegre dia de la gloriosa resurreccion del gloriosísimo Hijo.

En este llanto pasó la Vírgen aquellos tres dias, que la ánima de su benditísimo Hijo estuvo en el limbo, y el cuerpo en el sepulcro; hasta que venida la mañana del dia del domingo, resucitó victorioso, y acompañado de innumerables almas de los santos Padres, que como despojos habia sacado del limbo, le apareció primero que á nadie, como á madre carísima y que mas que nadie lo merecia; con cuya vista las lágrimas de tristeza se convirtieron en lágrimas de consuelo, y se serenó aquella Señora, que estaba como luna eclipsada por la ausencia del sol. No se puede decir ni entender el gozo que recibió la Vírgen con ver á su Hijo vencedor y triunfador de la muerte, y los abrazos que le dió, y las veces que besó las señales resplandecientes de las llagas, que habian quedado en sus piés y manos, y sagrado costado. Pues ¿quién podrá esplicar las gracias y alabanzas que le dieron todas aquellas almas santas, por haber sido medianera de su remedio libertadora de su cautiverio, y madre de aquel Señor que con tanta



gloria los habia rescatado? Cuarenta dias estuvo el Señor en el mundo despues de haber resucitado, en los cuales es de creer que muchas veces visitó á su bendita Madre, recreándola con su vista, y regalándola con sus dulcísimas palabras; y que los apóstoles y los demás fieles le darian el parabien de la gloria de su Hijo, y que ella les quitaria toda la duda y sospecha, y los confirmaria en la fé de la resurreccion. Al cabo de los cuarenta dias apareció últimamente el Señor á su Madre y á sus discípulos y los llevó al monte Olivete, y despidiéndose, les echó su bendicion, y con inefable gozo, gloria y majestad subió á los cielos, dejando á la Vírgen mas alegre por su gloria, que triste por su ausencia. Volvieron todos al cenáculo, donde perseveraron en oracion, esperando la venida del Espíritu Santo: al cual recibió la Vírgen con tantos mayores y mas copiosos dones y gracias que todos los demás, cuanto su disposicion era mayor, y la dignidad de madre y de maestra de toda la Iglesia lo pedia.

Despues de esto moró la santísima Vírgen en Jerusalen, ocupándose parte en altísima contemplacion de Dios y de los misterios, que vestido de su carne habia obrado, y particularmente en recibir muy á menudo el inefable Sacramento de su cuerpo con los otros fieles; porque si ellos lo hacian, ¿con cuánta razon lo haria la que tanto mejor que todos entendia la dignidad de aquel Señor, y tanto mas aparejada estaba para recibirle, y con el uso de él tanto mas soberanos dones y gracias continuamente recibia? Parte se ocupaba en visitar y reverenciar aquellos santos lugares que su Hijo habia consagrado con sus pisadas y obras maravillosas, y parte en formar aquella nueva y primitiva Iglesia del Señor, que se comenzaba á plantar y estender en el mundo: porque ella era la que enseñaba á los apóstoles, y la que les manifestaba los misterios de la encarnacion, nacimiento, circuncision y niñez de Cristo: ella la que con sus oraciones y vida divina, y palabras celestiales, alentaba y daba vida á toda aquella santa compañía: ella la que con sola su vista serenaba los corazones afligidos, componia los afectos desordenados, reprimia y mitigaba los apetitos sensuales, esforzaba á los flacos, levantaba á los caidos, confirmaba á los fuertes, y convertia los pecadores. Su caridad para con todos era ardentísima, la humildad profundísima, la paciencia en los trabajos y persecuciones invencible, y de manera que solo el verla despedia cualquiera tristeza y vano temor. Finalmente, era un oráculo de toda la Iglesia, un sol que resplandecia en el mundo, un prodigio divino, una Vírgen tan

vestida y adornada de Dios, que en su mismo rostro y semblante representaba la inefable dignidad de madre suya, con tan grande majestad y gracia, que todos tenian deseo de verla, y muchos se pusieron en camino de Jerusalen, para gozar de la presencia de esta santísima Vírgen: porque, como dice san Ignacio en una epístola, que escribió á san Juan Evangelista: «¿ Qué cristiano fiel y amigo de nuestra fé y religion habrá, que no desee ver y hablar á aquella que mereció tener en sus entrañas y parir á Dios verdadero?» Entre estos fué tambien aquel gran Dionisio Areopagita, discípulo del ápostol san Pablo, del cual se dice, que habiendo sido poco ántes convertido á Cristo en Atenas por la predicacion de san Pablo, vino á ver á esta Señora; y que en viéndola, le dió una admiracion de grande suavidad, y vió en ella una dignidad mas que de persona mortal, que le causó un estupor maravilloso, que la tuviera por Dios, y como á tal la adorara, si no supiera por la fé que no lo era: y añade Ubertino, que vió san Dionisio al rededor de la Vírgen un ejército de innumerables ángeles. Tambien estuvo un poco de tiempo la santísima Vírgen en la ciudad de Efeso, en la provincia de Asia, juntamente con san Juan Evangelista, como se saca del concilio Efesino en una epístola al clero de Constantinopla, derramando en todas partes sus resplandores, y dando salud y vida espiritual á todos aquellos á quienes trataba.

Habiendo, pues, pasado con este tenor de vida muchos años y guardádola Dios para consuelo y bien de toda su Iglesia; siendo ya de anciana edad, viendo estendida por el mundo la fé y el nombre de su Hijo, encendida de amor y derretida de deseo de verle, le suplicó afectuosamente que la librase de las miserias de esta vida, y la llevase á gozar de su bienaventurada presencia. Oyó los piadosos ruegos el Hijo de la Madre, á quien siempre oye, y envióle un ángel con la alegre nueva de su muerte, la cual ella recibió con gran júbilo de su espíritu, y lo descubrió á su querido hijo Evangelista. Él lo dijo á los fieles que estaban en Jerusalen, y luego se derramó por los otros cristianos que estaban en toda aquella comarca, y vinieron muchos á Jerusalen, y se juntaron en el monte santo de Sion, en la casa donde Cristo cenó con sus discípulos, é instituyó aquella mesa real de su sagrado cuerpo para sustento de toda su Iglesia, y el Espíritu Santo habia venido en lenguas de fuego. Trajeron los fieles muchas velas, ungüentos y especias aromáticas, como tenian de costumbre, y muchos himnos compuestos para cantar en su glorioso tránsito; y para mayor



gozo de la Vírgen y consuelo de los apóstoles; de varias partes y provincias del mundo, en que andaban predicando, todos los que vivian entonces fueron traidos milagrosamente á su presencia: halláronse tambien otros varones apostólicos, Hieroteo, Timoteo y Dionisio Areopagita, y otros muchos que con grande instancia habian pedido al Señor que los hiciese dignos de ver aquel espectáculo. Cuando la Vírgen purísima vió aquella santa y bienaventurada compañía, se gozó con un gozo inefable, é hizo gracias á su bendito Hijo por aquel incomparable beneficio que le habia hecho, y con rostro grave y sereno les dijo: que los espíritus celestiales habian mucho deseado su partida de esta tierra, y que ella tambien lo habia suplicado á Dios, y él se lo habia otorgado, y que así presto se cumpliria. Recostóse en una humilde cama; y mirando á todos, que ya tenian candelas encendidas en las manos, con un aspecto mas divino que humano les mandó que se acercasen para darles su bendicion, la cual les echó suplicando á su Hijo que la confirmase desde el cielo, y les diese aquellos bienes sempiternos que nunca desfallecen ni se acaban. Todos se deshacian en lágrimas por la ausencia de tal madre, y ella los consolaba y decia: »Quedaos con Dios, hijos mios muy amados: no lloreis porque os dejo; sino alegraos, porque voy á mi Querido.» Luego encomendó á san Juan que repartiese dos túnicas ó ropas, que habia usado, á dos doncellas que allí estaban, y habian vivido mucho tiempo con ella. En este punto bajó del cielo, acompañado de innumerables ángeles, su Hijo dulcísimo, y en viéndole, con grandes júbilos y saltos de su corazon, dijo la Madre santísima: »Bendígote, Señor, dador de toda bendicion, y luz de toda luz, por haberte dignado tomar carne de mis entrañas. Bien cierta estoy, que se cumplirá en mí todo lo que tú dijiste.» En diciendo esto, se reclinó en la cama, y se compuso decentemente, y levantando las manos en alto, llena de increible gozo por ver á su Hijo, que la llamaba y convidaba á la eterna felicidad, le dijo: »Cúmplase en mí tu palabra:» y con esto, como quien se echa á dormir, sin dolor alguno ni pesadumbre, dió su alma á aquel Señor, á quien ella habia dado su carne, la noche antes del dia quince de agosto, cincuenta y siete años despues que parió á Cristo, y á los veinte y tres de su pasion, siendo de edad de setenta y dos menos veinte y cuatro dias, segun la mas probable y verdadera opinion: porque algunos no le dan sino cincuenta y nueve, y otros sesenta y dos, ó sesenta y tres; y otros ménos. Pero

supuesta la verdad tan testificada de tantos y tan graves autores, que los sagrados apóstoles se hallaron á la muerte de la Vírgen santísima, y que san Dionisio Areopagita, como él dice, estuvo presente á ella, necesariamente le habemos de dar mas larga edad: pues él no se convirtió á Cristo hasta que san Pablo vino á Atenas, que fué el año del Señor de cincuenta y dos, y á los sesenta y siete de la Vírgen.

Llevó el bendito Hijo el alma purísima de su bendita Madre al cielo, donde fué recibida de toda aquella corte celestial y bienaventurados espíritus con cantares de alabanzas y júbilo de fiestas y alegría, como convenia que fuese recibida la Reina de todos, y Madre de su Señor. Admiráronse de su belleza, gloria y majestad, y de verla tan rica y adornada de tantas virtudes y gracias soberanas, que con su resplandor oscurecia las de los otros santos, como el sol la claridad de las estrellas. Allí fué colocada sobre todos los coros de los ángeles en coro aparte y por sí, á la diestra de su Hijo. En la tierra, al mismo tiempo que espiró la Vírgen, los mismos ángeles que acompañaron su alma, dieron música suavísima; y no menos los que quedaron al rededor de su sagrado cuerpo, para celebrar las exequias: y esta música fué oida de los que allí estaban presentes. Mas los apóstoles y discípulos del Señor cuando vieron difunta á la Vírgen se arrojaron en el suelo, besaron con gran ternura, devocion y afecto aquel santo cuerpo, cantando y alabando al Señor que habia tomado carne de aquella carne, y por medio de ella obrado tan grandes maravillas. Ungieron el cuerpo, como era de costumbre, con preciosos ungüentos, y envolviéronle en una sábana limpia, esparcieron flores y suaves olores; pero ninguno llegaba á la fragancia que del santo cuerpo salia. Vinieron muchos enfermos con varias y graves dolencias, y todos quedaron sanos por virtud de aquella Señora, que nos dió la salud al mundo. En amaneciendo el dia quince de agosto, los santos apóstoles tomaron sobre sus hombros las andas, en que iba el sagrado cuerpo, y lleváronle por medio de la ciudad á Getsemaní, cantando ellos y todos los fieles y los mismos ángeles, que acompañaban el entierro, loores á la Vírgen. Atrevióse un judío pérfido y obstinado, del linaje sacerdotal, á echar mano de las andas para derribarlas en el suelo: mas las manos cortadas de sus brazos quedaron allí pegadas, en castigo de su loco atrevimiento. Conoció el ciego su culpa, alumbrado con la pena: lloróla, pidió perdon, y alcanzóle; porque mandando san Pedro juntar los

brazos mancos con las manos, que colgaban, quedó el hombre sano en cuerpo y en alma; pues en dia tan solemne y de tanto regocijo para la Vírgen, no convenia que ninguno dejase de recibir mercedes por su mano. En llegando á Getsèmaní, al tiempo que el santo cuerpo se hubo de poner en el sepulcro, allí fué el renovarse el llanto, el besarle de nuevo y adorarle con gran reverencia, sin poder desviar los ojos de donde tenian el corazon. Al fin se puso el cuerpo en el sepulcro, pero no por eso se partieron los apóstoles; antes estuvieron allí tres dias, oyendo la música de los ángeles, alabando juntamente con ellos á Dios. Llegó al tercer dia santo Tomás apóstol, que no se habia hallado á la muerte de la Vírgen, y deseando ver y reverenciar al santo cuerpo, pidió que se abriese el sepulcro, permitiendo el Señor que viniese tarde, para que con esta ocasion se manifestase lo que sucedió; porque abriendo el sepulcro, no se halló el sagrado cuerpo, sino solamente bien compuesta la sábana y los lienzos, en que habia sido envuelto, los cuales ellos besaron, y cerrando el sepulcro, del cual salia un olor suavísimo y mas del cielo que de la tierra, llenos de gozo y de incomparable alegría se volvieron á la ciudad, teniendo por cosa muy cierta y averiguada, que aquel cuerpo santísimo, unido ya con su ánima, y glorioso, habia resucitado y subido al cielo.

La estatura de la Vírgen fué mediana, aunque algunos dicen, que fué algo mas que mediana. El color era trigueño, el cabello rubio y de color de oro, los ojos vivos y las niñetas de ellos un poco coloradas, las cejas arqueadas, negras y graciosas, la nariz un poco larga, los labios hermosos y de mucha suavidad en el hablar, el rostro mas largo que redondo, las manos y dedos largos, su aspecto grave y modesto, sin ningun género de fausto, ni melindres, ni afectacion, sino sencillo y humilde. Los vestidos que traia no eran teñidos, sino de su color nativo. Era muy mansa, compuesta y recatada; nó iracunda, ni risueña, ni libre en el hablar. Pintó san Lucas Evangelista, viviendo la Vírgen, algunas imágenes suyas: una de ellas está hoy dia en Roma, en la iglesia de Santa María la Mayor, en la cual se echan de ver las facciones de la Vírgen, y cuánto se parecia la Madre á su Hijo.

Esta es la vida de la sacratísima Vírgen nuestra Señora, sacada de graves autores, referida breve y sencillamente, dejando los inefables misterios que en ella se encierran, para tratarlos mas copiosamente en los dias de sus festividades, en que la santa Iglesia los celebra, como en sus propios lugares se puede ver.



En el cielo está sin duda en cuerpo y alma nuestra Madre, y allí está nuestra abogada y nuestra Reina, alegrando con su vista todas aquellas jerarquías de los ángeles, y á todos los cortesanos y moradores del cielo, é intercediendo por nosotros, y como fiel depositaria y dispensadora universal de todos los tesoros y gracias de Dios, repartiendo de ellas á los fieles, y con mas larga mano á los que con mas cuidado la sirven, y con mas particular devocion se le encomiendan; porque ella es el cuello, por el cual nuestra cabeza, que es su benditísimo Hijo, influye en el cuerpo de su Iglesia todo el sentimiento y movimiento espiritual, con que ella vive y se conserva; es el caño y arcaduz por donde pasa toda el agua que de aquella fuente de vida se deriva á nuestras almas; es la tesorera general de todas las riquezas que Dios tiene en el cielo y en la tierra; y es la puerta por donde habemos de entrar, si queremos alcanzar perdon y misericordia en el acatamiento del Señor: es Madre de la gracia, por ser Madre de Jesucristo, que es autor y dador de la misma gracia por quien han sido agradables á Dios todos los que lo han sido desde el principio del mundo, y lo serán hasta el fin de los siglos. Por donde se ve las obligaciones precisas que nos corren de ser devotísimos de esta Vírgen sacratísima, no solamente por habernos dado á su Hijo preciosísimo, concebido de su sangre en sus entrañas (que es todo nuestro bien, y el cumplimiento y remate de todos nuestros deseos y de nuestra bienaventuranza); sino tambien porque no podemos gozar de este tesoro y sumo bien, si no somos ayudados y favorecidos de la misma Reina, por cuya mano el Señor nos le comunicó con tan inestimable liberalidad. Tenemos necesidad, como dice san Bernardo, de esta medianera para con su Hijo, que es único medianero entre nosotros y el Padre eterno. Por esto, todos los santos, de todas las edades y naciones que ha habido en la Iglesia católica, han sido siempre devotos y fidelísimos siervos de esta Señora, y se han empleado en alabarla, magnificarla y servirla con sus pensamientos, meditando sus grandezas; con sus lenguas, predicando sus maravillas; con su estilo, escribiendo sus escelencias: con su vida, imitando la vida divina, de la que Dios puso por ejemplo del mundo: cuanto han sido mas santos, tanto han sido mas devotos capellanes de la gloriosa Vírgen. Y los santos y graves autores dicen: que es singular gracia y favor de Dios, y unas como prendas de la salvacion, el tenerla particular devocion y acudir á ella con confianza, hacerle algun servicio, tomarla por abogada y patrona,

pidió en sus necesidades: » y en otro lugar nos exhorta á todos á tener con ella especial devocion, acudir á ella en todas nuestras necesidades, por estas palabras: » O tú, que entre las ondas de este siglo andas fluctuando, si no quieres perecer en la tormenta, no desvíes los ojos de este norte y de esta estrella. Si se levantaren los vientos de las tentaciones, si fuéres á dar en la roca de las tribulaciones; mira á la estrella, y llama á María. Si te arrebata la ola de la soberbia, de la ambicion, de la detraccion ó envidia, mira á la estrella, y llama á María. Si la navecilla de tu alma zozobrase, y estuviese en peligro por la codicia ó algun apetito sensual, mira á María. Si te comienzas á ahogar por la gravedad de tus delitos y la fealdad de tu conciencia, y espantado del juicio divino te afliges y temes caer en el profundo abismo de la desesperacion; piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las caidas, en las congojas, piensa en María, llama á María. No se aparte de tu boca, no se aparte de tu corazon; y para que alcances el favor de su oracion, no dejes los ejemplos de su conversacion: porque siguiéndola, no vas fuera de camino; rogándola, no desesperas; pensando en ella, no yerras; teniéndote ella, no caes; defendiéndote, no temes; siendo tu guia, no te cansas; y siéndote ella propicia, llegas al deseado puerto de la eterna felicidad. » Todo esto es de san Bernardo. Y es cierto, que esta Vírgen castisima y Madre benignísima debajo sus alas y con especial amparo defiende á los que con entrañable afecto se encomiendan á ella, y les hace particulares mercedes, favores y regalos. A san Gregorio Taumaturgo, obispo de Neocesarea, le apareció, y mandó á san Juan Evangelista que le enseñase lo que habia de creer y predicar acerca del misterio de la santísima Trinidad. Para atajar los daños, que Juliano Apóstata amenazaba á la Iglesia del Señor, á suplicacion de san Basilio la Vírgen mandó á san Mercurio mártir, que matase al tirano, y así lo hizo. A san Martin le apareció, y le recreó, acompañada de un coro de vírgenes, que bajaron del cielo con ella. A san Cirilo Alejandrino, que por su servicio salió en campo contra Nestorio hereje y le venció, le socorrió á la hora de la muerte, y le alcanzó perdon de la culpa que habia tenido en creer mal de san Juan Crisóstomo. A san Juan Damasceno restituyó la mano derecha, que el rey bárbaro por falsa acusacion de los herejes le habia mandado cortar: y en testimonio de este milagro, quedó por señal un hilo en la juntura donde la mano se pegó con su brazo. San Gregorio Magno con la imágen de la Vírgen, que pintó san Lucas, y él mandó llevar en



procesion, amansó la indignacion del Señor, y cesó aquella cruelísima pestilencia que arruinaba y consumia la ciudad de Roma; y por un preciosísimo don envió á san Leandro, arzobispo de Sevilla, íntimo amigo suyo, la imágen de nuestra Señora, que hoy dia está en Guadalupe, y hace tantos y tan continuos milagros cada dia, y por ellos es reverenciada, no solamente en toda España, sino en todo el mundo. San Ildefonso, arzobispo de Toledo, por haber defendido con singular valor, celo y doctrina la pureza y perpetua virginidad de esta Reina de los ángeles con ciertos herejes que la pretendian oscurecer, mereció verla y adorarla en el templo de Toledo, y recibir de su mano aquella vestidura celestial, con que quedó tan rico, favorecido y hecho en la tierra ciudadano del cielo. A Ruperto, abad Tuiciense, que por ser tardo de ingenio, desconfiaba poder entender y penetrar bien los misterios que están encerrados en las divinas Letras, impetró de la Vírgen sacratísima tan grande luz de ciencia y doctrina, que fué uno de los sapientísimos varones de su tiempo, y esclarecido en vida y en muerte con muchos milagros: y el mismo beneficio recibió el beato Alberto Magno, fraile de la órden de Santo Domingo, y maestro del gran doctor de la Iglesia santo Tomás de Aquino, en el conocimiento de todas letras, y especialmente de las naturales y filosóficas, que él deseó y pidió á Nuestra Señora, por verse de poca habilidad y rudo ingenio. Seria nunca acabar si quisiésemos referir aquí todo lo que graves autores escriben de los favores que esta Señora nuestra ha hecho á los que con limpio y devoto corazon le han pedido remedio y le han hecho algun servicio. Pero no es menos admirable su misericordia para con los pecadores, que su liberalidad y magnificencia para con sus devotos siervos. ¿Quién no sabe como libró esta Madre y abogada de los pecadores á aquel arcediano ó mayordomo de Adama, ciudad de Cicilia, llamado Teófilo? El cual por verse acusado falsamente, vencido de la impaciencia y dolor, ciego, negó á Cristo y á su bendita Madre, y se entregó totalmente á Satanás, y le dió vasallaje, con una cédula escrita de su mano; la cual cédula despues recobró por la intercesion de la misma Señora, que habia ofendido, é impetró perdon de su gravísimo pecado. Pues, ¿que diré de María la Penitente, que llaman Egipcíaca? La cual habiendo sido antes un muladar abominable por su deshonestidad, despues que en Jerusalen se encomendó á la Vírgen de las vírgenes, y le prometió dar libelo de repudio á todas las blanduras de la carne, por su intercesion floreció como un paraiso de deleites,

y fué espejo de penitentes. Y no es menos de maravillar la gracia que hizo Nuestra Señora á una mujer de Alemania, la cual el año del Señor de 1094, no lejos de la ciudad de Laudom, habiendo muerto un hombre, y siendo condenada á ser quemada viva por ello; al tiempo que la llevaron al suplicio pidió con grande afecto favor á la Vírgen, y ella se le dió tan cumplido, que echada dos veces en el fuego, no se quemó ni se chamuscó un hilo de su ropa. Y como estos hay otros innumerables milagros, que en todos los siglos pasados, y en todas las provincias y naciones del mundo, con todo género de estados, sexos y condiciones de personas, en paz y en guerra, en la prosperidad y en la adversidad, en vida y en muerte, con justos y con pecadores, ha obrado el Unigénito y todopoderoso Hijo de María para honra de su Madre santísima: y los que cada dia obra en toda la redondez de la tierra, y especialmente en algunos señalados lugares y santuarios que él ha escogido, para que en ellos sea mas invocada y reverenciada aquella Señora (como son, la santa casa de Loreto en Italia, las de Monserrate y de Guadalupe en España, y las otras muchas que en ella y en toda la cristiandad son tenidas en grande veneracion), son tantos y tan notorios, que no tienen cuenta, y como cosa muy sabida es mejor dejarlos, pues por mucho que se diga, siempre quedará mas que decir.

Impie de Chardon aîné et fils, 30, r. Hautefeuille, Paris.

A. Blanchard Sc.

Ste GENEVIÈVE.

SANTA GENOVEVA .

PATRONA DE PARÍS.

Quién ignora cuál es el orígen de la monarquía francesa? Los obispos, los sacerdotes y los monjes protegieron la agonía del imperio contra los insultos y la codicia de los conquistadores bárbaros, y estas hordas reunidas en torno de la cruz , disciplinadas por el Evangelio y calmadas por la influencia del cristianismo, formaron la mas ilustre de las naciones modernas, la primogénita de la Iglesia y de la civilizacion. Hacia mucho tiempo ya que las águilas romanas habian abandonado las murallas de Buda, despues de haber dejado sobre las orillas del Oder las blancas osamentas de las legiones de Varo, y se replegaban hácia los Alpes con vuelo espantado, al fragoroso estruendo de un ejército de cien pueblos que marchaban al través de los bosques de Germania. Los soberanos del mundo no tenian ya por muralla el genio de un grande hombre, sino tan solo un rio, de modo que cuando á principios del siglo, el inmenso ejército avanzó sus primeras columnas aquende el Rhin , y el puente de Basilea retembló bajo sus plantas impetuosas, quedó herido de muerte el imperio, y hubiera quedado herido tambien mortalmente



el órden social, si el clero, llevando á cabo una obra que no pudo alcanzar algunos siglos antes la espada de Mario y de César, no se hubiese hecho dueño de los conquistadores para domeñarlos, imponiéndoles su fé, y para fundar sobre ellos los destinos de Europa, fundando los de Francia.

Este ascendiente de la fuerza moral que templa y domina la violencia guerrera, esta libre sumision de la espada á la cruz, del brazo que mata á la mano que bendice, y esta secreta eficacia de la creencia religiosa que penetra, enternece y cambia los corazones, desciende y se insinúa en los hábitos, inspira las leyes, trasforma y educa los pueblos; no aparecen tal vez en ninguna época de un modo mas sensible que en la devocion de nuestros antepasados hácia la humilde vírgen cuya vida relatamos. Si la cuna de santa Genoveva estaba destinada á salvarse de la oscuridad, las virtudes cristianas han hecho su sepulcro célebre y glorioso hasta entre los mas ilustres, y todas las grandezas y poderes de Francia durante catorce siglos han ido á besarlo de rodillas. Los jefes sicambros, que tan orgullosos estaban con su hacha de armas y solo conocian la altivez dura y feroz de la victoria, invocaron con corazon sumiso la proteccion de esta débil mujer; los rudos y fieros caballeros, los altos barones y los reyes, todos los creadores ó representantes de razas y dinastías que creian en el natural esplendor de su sangre, inclinaron ante las cenizas de esta hija del pueblo un cetro, una espada ó un escudo que ejércitos enteros formados en batalla hubieran en vano intentado humillar y doblegar. Damas y princesas cubrieron los huesos de esta pobre pastora con oro y pedrería, desprendiéndose de sus frentes, brillantes de juventud y de hermosura, las mas preciosas joyas. ¿Qué sepulcro ha merecido tanto respeto ni ha logrado la ofrenda de los ósculos y oraciones en que toda la nacion ha puesto una parte de su corazon? ¿Quién puede lisonjearse de ser un dia objeto de un culto tan piadoso y popular, ya por el genio, ya por la espada, en un pais de gloria y de soldados como la Francia? El mundo entero ha colocado hasta nuestros dias á esta nacion en un rango superior á las demás, y mientras ha merecido la admiracion general, la Vírgen de Nanterre ha visto á sus piés arrodillada con fé á la Francia. Se dice que empieza á vacilar le superioridad francesa, mas aunque sucumba ó se debilite, su ruina no arrastrará consigo el culto de santa Geno-

veva, ni su acrecentamiento podrá colocar ningun nombre de príncipe ó capitan tan elevado en las almas y tan profundamente en los corazones como el nombre de la humilde y poderosa patrona de París. ¡Tanto imperio ejerce la religion sobre las almas! ¿No posee ella solo el secreto de imprimir sentimientos, que no podria imponer ninguna institucion política, ni alcanzar ninguna gloria profana?

Genoveva nació en Nanterre cerca de París por los años de 422 ó 423, segun el cálculo mas probable. Su nombre, tal como se pronuncia en latin «Genovefa,» tiene un origen bárbaro ó germánico, segun varios autores, lo cual ha creado una dificultad ó un anacronismo, porque en esta época aun no habian llevado los francos á París su lengua ni sus armas. Pero es fácil, sin pasar el Rhin, encontrar la etimología de la palabra Genoveva en la lengua céltica, en la que significa hija del cielo, y se consigue de esta suerte sobre la familia de Genoveva un indicio confirmado por los nombres de su padre Severo y de su madre Geroncia, porque estos nombres latinos y griegos demuestran que los padres de la santa eran de orígen romano ó galo, pero nó de raza franca.

Prescindiendo de estas razones, Genoveva era verdaderamente una hija del cielo y no tardó en declararse su gran vocacion. San German, obispo de Auxerre, y san Lupo, obispo de Troyes, pasaban un dia por Nanterre dirigiéndose á la Gran Bretaña con el noble intento de defender la causa de la fé, y la fama de sus virtudes atrajo á todos los habitantes del aldea, agrupándose en torno de los santos viajeros hombres, mujeres y niños que pedian su bendicion. Genoveva, que contaba entonces siete ú ocho años, se hallaba con sus padres entre la muchedumbre: san German distinguió en ella un no sé qué sobrenatural y tuvo un presentimiento de la santidad á que debia llegar algun dia, y le besó la frente preguntando su nombre y el de sus padres. Se hallaban estos presentes, y el anciano les preguntó: «¿Es hija vuestra?—Sí, señor.—¡Felices de vosotros que teneis tal hija! Su nacimiento ha estasiado de alegría á los ángeles del cielo. Su mérito será grande delante de Dios, y los pecadores abandonarán en tropel sus vicios para seguir á Jesucristo, al admirar las virtudes que adornarán su alma. Dirigiéndose despues á Genoveva, que inspirada por el cielo alimentaba sentimientos superiores á su edad, el anciano le preguntó si queria vivir siendo

fiel á Jesucristo como las vírgenes que se le consagran. «Padre santo, respondió, es mi mayor deseo y ruego á Dios que sacie mi anhelo.» La muchedumbre se dirigió entonces á la iglesia, donde el santo obispo tuvo la mano estendida sobre la cabeza de Genoveva durante el canto de los salmos y las oraciones; despues bendijo este al pueblo y despidió á la niña, mandando á Severo que se la trajese al dia siguiente.

Genoveva se presentó en efecto con su padre, reiteró las promesas del dia anterior, despues de haberla interrogado el obispo, el cual vió en una prudencia tan precoz los indicios de un alma predestinada, y tomando una medalla de cobre donde estaba grabada la figura de la cruz, se la entregó á la niña como un recuerdo, mandándole que la llevase siempre en vez de collar de perlas y de adornos mundanos. «Porque si se apodera de vuestro corazon la aficion al lujo, añadió el obispo, perdereis pronto las joyas del cielo y de la eternidad.» Estas palabras dirigidas para prevenir á una jóven de condicion humilde contra la frívola pasion de los adornos, no nos deben asombrar si se recuerdan las tendencias depravadas y los vicios que el lujo habia introducido en Roma para vengarse del universo vencido, y que desde la ciudad imperial se habian esparcido como un rio infecto por toda la faz del imperio. La sociedad sucumbia gastada por las costumbres paganas, sufriendo bajo el brazo de la Providencia el suplicio que los germanos imponian á ciertos criminales: lo ahogaba en el cieno. ¡Estraño espectáculo! Los herederos del nombre romano se veian por todas partes amenazados de los bárbaros, y tenian aun tiempo para solazarse en los juegos del circo; al sombrío brillo de las llamas en que perecian Maguncia, Tréveris y Colonia, iban en pos de los lugares del deleite inmundo, y el supremo esfuerzo de su heroismo se reducia á devorar en vez de estinguir los vestigios del placer. Era preciso salvar del contagio de estos escándalos á las almas con la autoridad de la predicacion y del ejemplo; los obispos, los clérigos y los monjes hacian poderosos esfuerzos para conseguirlo, y no solo suavizaron las desgracias de su época, practicando y recomendando como san German de Auxerre el valor, el desinterés y la pureza, sino que prepararon la fortuna del porvenir, realzando en el alma de los niños, de los pobres y de las mujeres las virtudes que habian de reemplazar á las legiones romanas y vencer el orgullo, la licencia y los demás vicios

de los bárbaros. Ellos salvaron la sociedad porque conquistaron el triunfo del Evangelio, y fué grande su política porque era grande su virtud.

No tardó Genoveva en dar á conocer que comprendia toda la estension de sus nuevas obligaciones, y se vieron brillar en ella las virtudes propias de una edad tan tierna que le dan mas dulce encanto, como la inocencia con las gracias del candor, la docilidad respetuosa para con sus padres y la piedad para con Dios. Durante este período de su vida se ocupó, segun cuenta la tradicion, en conducir los rebaños de su padre, pues Severo no era rico, y poseia tan solo, segun se cree, algunos bienes que él mismo cultivaba. La vida mas antigua de santa Genoveva, escrita diez y ocho años despues de su muerte, guarda sobre este punto un silencio absoluto, sirviendo de apoyo á muchos escritores para conceder á la jóven un ilustre orígen, ó para darle parientes muy pobres y de una condicion muy oscura. Lo que hay de mas cierto sobre este asunto, es la tradicion inmemorial que nos representa á Genoveva con los atributos de una humilde pastora, y que designa aun en la actualidad los dos sitios adonde llevaba á pacer su rebaño; el cercado de Santa Genoveva ó monte Valeriano, y el parque de Santa Genoveva, cerca de Nanterre.

Genoveva unia al trabajo una ardiente devocion, y su mayor dicha consistia en asistir al oficio divino y cumplir con todos los deberes de la religion. Poco tiempo despues de la partida de San German, Geroncia iba un dia festivo á la iglesia sin llevar consigo á Genoveva, que vertia copioso llanto é insistia en acompañar á su madre. »Quiero cumplir con la ayuda de Dios, le dijo, la palabra que he dado al santo obispo German, é iré á la iglesia para merecer el honor que me ha prometido.» Geroncia la castigó, perdiendo la paciencia y no pudiendo desatender los ruegos de su hija, pero Dios que protege las débiles flores contra la furia de la tempestad, protegió la vocacion de la pobre niña contra una voluntad tan poco religiosa y castigó á Geroncia en el acto privándola de la vista. El castigo duraba veinte y un meses hacia, cuando recordando la enferma las palabras gloriosas que el obispo de Auxerre habia dicho sobre su hija, tuvo la feliz idea de llamarla y decirla: »Hija mia, toma un cántaro y corre al pozo á sacarme agua;» la niña obedeció presurosa, pero al acercarse al pozo, prorumpió en llanto, acusándose que habia sido la causa de la desgracia que afligia á su

4

madre, y volvió á casa despues de haber llenado de agua el cántaro. Geroncia tendió las manos al cielo pidiendo á su hija que bendijera el agua haciendo la señal de la cruz, despues se lavó los ojos que comenzaron á ver, y quedaron enteramente curados cuando se los mojó dos ó tres veces. Existe todavía el pozo donde lloró santa Genoveva, y los fieles acuden á este sitio á beber con devocion y á mojar sus ojos enfermos con el agua que la piedad de la santa y de su madre no han dejado sin eficacia. El pozo y el sitio donde estaba la casa en que nació la santa, se veian en los siglos anteriores protegidos por una capilla, de la cual solo quedan sus ruinas, pero que toda la edad media fué á visitar religiosamente y venera aun todo el pueblo cristiano.

Genoveva no estaba enlazada á Dios de un modo irrevocable, pues su tierna edad no le habia permitido mas que corresponder con promesas á las exhortaciones de san German, y además el obispo de Auxerre no podia consagrar las vírgenes cristianas en la diócesis de París. Cuando Genoveva cumplió diez y seis ó diez y ocho años fué presentada á su obispo, que le dió el velo, signo que separa del mundo, y publicó ante los fieles reunidos su eminente mérito. Efectivamente, señalándose el primer sitio en la ceremonia á otras dos jóvenes que huian tambien del siglo, pero que eran de mayor edad que su compañera, dijo el obispo: »Nó, que pase esta antes que las otras, porque ha recibido del cielo la primera consagracion.» Y la colocó en el sitio que reclamaban sus virtudes.

Poco tiempo despues, perdió Genoveva á sus padres, y fué á vivir á París á la casa de una mujer piadosa, donde sufrió una enfermedad aguda que le privó del uso de sus miembros, y al cabo de prolongados y crueles ataques, quedó como muerta durante tres dias. Pero los dolores del cuerpo son con frecuencia objeto de un progreso para el alma, y Dios se hace oir mejor de sus elegidos en el silencio de los sentidos que padecen. Genoveva tuvo un arrobamiento de espíritu en medio de su letargo, en que se le aparecieron las cosas del cielo rodeadas de vivísima luz, y del cual conservó toda su vida una dulce y profunda sensacion que la hacia verter lágrimas.

Los sufrimientos físicos se unieron á los morales. Los secretos que santa Genoveva sorprendió en su éxtasis y la austeridad de que rebosaba su vida, le acarrearon enemistades dolorosas, porque no hay superioridad que se salve de las contiendas de los envidio-



sos, ¡y es tan fácil calumniar la virtud para tener un especioso pretesto de huir su ejemplo! La vírgen de Nanterre yacia mucho tiempo hacia bajo el peso de falsos rumores y humillantes sospechas, cuando san German se vió en la precision de hacer otro viaje á la Gran Bretaña en 446. Todo París salió á recibirle, pues nadie ignora la veneracion que merecian entonces los obispos y la preeminencia que tenian en el imperio, que no tenia otra autoridad ni apoyo. El obispo se informó al momento de su protegida, y tuvo el dolor de oir las calumnias que pronunciaba el pueblo contra Genoveva, á quien acusaba de manchar su conducta con la supersticion y la hipocresía; pero el santo descubrió al momento la injusticia y la pasion en los discursos irreflexivos y apasionados testimonios, y abrazó con empeño la defensa de la vírgen honrándola con una visita. Despues hizo saber á los fieles reunidos lo que habia pasado algunos años antes en Nanterre, relativamente á la vocacion de Genoveva, y que su existencia, desconocida y despreciada entre los hombres, era grande delante del que ve y juzga las conciencias. Las graves palabras del obispo trocaron la opinion del voltario y tumultuoso París, que tan fácilmente cree en el mal, pero que se deja conducír sin esfuerzo al bien.

Genoveva no gozó, empero, muchos dias de paz. Hablábase con espanto de un conquistador que habia penetrado hasta el corazon de las Galias rodeado de un enjambre de reyes, como dice el historiador Jornandes, y seguido de mas de seiscientos mil hombres; era Atila. El terror dejaba solitario cuanto debian hollar sus pasos, seguian sus huellas el incendio y la carnicería, y las ciudades se convertian en escombros con solo su aliento. En vano habian tratado de defenderse Metz, Tréveris y Reims; el obispo de esta ciudad salió á su encuentro con una parte de su pueblo con la esperanza de enternecerle, pero todos fueron degollados por el desapiadado soldado que se daba á sí mismo el nombre del Azote de Dios. La nueva de estos desastres llenó á París de consternacion, y todos resolvieron desistir de una resistencia imposible y refugiarse en ciudades mejor fortificadas.Pero Genoveva reunió las damas de la ciudad,exhortándolas á amainar la cólera del cielo con ayunos y oraciones y comunicándolas una ráfaga de la energía de su fé. Tambien aconsejó á los hombres que depositaran su confianza en Dios y no pensasen en la fuga. »París se salvará, decia, y serán destruidas todas las demás ciudades que

que creeis inconquistables.»Las mujeres accedieron á sus exhortaciones,y pasaron muchos dias en los ejercicios de la penitencia,pero como la vírgen no podia ejercer sobre los hombres el mismo ascendiente, su celo no consiguió mas que exasperarlos. La acusaron de visionaria y la llenaron de injurias,llegando hasta el estremo de amenazarla con la muerte.

En medio de las emociones de terror y de cólera en que yacia el pueblo, se presentó un enviado de German de Auxerre que acababa de morir en Ravena. El grande obispo, al regresar de la Gran Bretaña, se habia presentado al emperador Valentiniano III para implorar el perdon de las Armóricas sublevadas, y le sorprendió la muerte en este patriótico viaje. Pero antes de espirar se acordó de Genoveva, y tuvo cuidado de enviarle por medio de su arcediano un testimonio de religioso y paternal afecto. La llegada del arcediano salvó á la santa doncella, cuya existencia estaba seriamente amenazada; todos los ódios se calmaron al oir el nombre respetable de san German, y pronto se trocaron en estimacion y respeto, cuando se vió cumplida la promesa de Genoveva respecto á la marcha de los bárbaros. Atila se lanzó sobre Orleans despues de haber convertido en escombros á Auxerre, y tenia proyectado atacar á París, cuando se vió obligado á abandonar su presa y retroceder hasta las llanuras de Chalons-sur-Marne donde cayó su ejército bajo los esfuerzos combinados de francos y romanos. Los vencidos dirigieron sus pasos hácia Italia y se salvó París. Genoveva gozó desde entonces el aprecio público que no desmereció jamás, y la compararon á los Martines y Aignan, que apaciguan las guerras por su mediacion, ó sostienen con sus exhortaciones y la eficacia de sus oraciones el valor y la confianza de las ciudades sitiadas.

Las virtudes de Genoveva eran en efecto eminentes y podian darle crédito para con el Señor. Desde la edad de quince años practicó las mayores austeridades, comiendo tan solo dos veces á la semana, no tomando mas alimento que pan de cebada con legumbres ordinarias y no bebiendo mas que agua. A los cincuenta años moderó el esceso de esta rigurosa penitencia para obedecer los consejos de los obispos, y añadió leche y pescado á sus alimentos habituales. Una existencia tan mortificada y que se hubiera podido creer espiacion sombría de algun gran crímen, estaba no obstante llena de inocencia y de incomparable pureza, y trascurria en una continua oracion. Genoveva veia

cumplirse en este mundo este oráculo del Salvador. »Felices los hombres de puro corazon porque ellos verán á Dios.» Jamás miró al cielo sin llorar, como si viera en él alguna ráfaga de la gloria y ventura prometida á los elegidos, y como si el destierro de la tierra le fuera amargo é insoportable ante los esplendores de la vida eterna.

Era tanto el fervor de su piedad, que los ejercicios repetidos con que alimentaba todos los dias en su corazon el sentimiento religioso, solo le parecian una preparacion imperfecta á la solemnidad del domingo y en especial á la festividad de la Pascua. Velaba toda la noche que media del sábado al domingo, semejante al diligente servidor que espera á su amo, y desde la Epifanía hasta el jueves Santo se encerraba en su celda, á fin de conversar solo con Dios y de dar á su oracion un espíritu mas libre y mas considerable espacio. Su antiguo biógrafo cree que no le es posible pintar mejor las virtudes, de que era tan brillante ejemplo, mas que mostrándola sin cesar acompañada por un coro de vírgenes; la Fé, la Abstinencia, la Paciencia, la Magnanimidad, la Sencillez, la Inocencia, la Concordia, la Caridad, la Obediencia, la Castidad, la Prudencia y la Verdad. Estas graciosas compañeras la conducian al cielo como por la mano, siguiendo una escabrosa senda que es la del deber, pero gloriosa como todo lo que exige valor, y señalada por milagros que alcanzan la admiracion de todo un pueblo.

Muchas veces recurrieron en efecto á sus oraciones los enfermos y los afligidos, y no se frustraron sus esperanzas. Curó á una jóven que hacia dos años estaba privada del movimiento de sus miembros, y á un hombre que tenia paralítica la mano y el antebrazo, trazando sobre la parte enferma la señal de la cruz. Devolvió el oido á un abogado de la ciudad de Meaux llamado Fruminio, que hacia muchos años padecia una completa sordera, y que habia ido á París á implorar la proteccion de la poderosa vírgen. Cayó un niño en un pozo, de donde solo pudo sacarse despues de tres horas y sin vida, y conmovida Genoveva por el desconsuelo de la madre, cubrió con su manto el cadáver helado, se puso en oracion y no cesó de verter lágrimas hasta que el muerto recobró la vida, el cual se llamó desde entonces Celomiro por haberse librado de la muerte en la celda de la santa.

El poder milagroso de Genoveva se ejercia directamente en las enfermedades del cuerpo, pero era para llegar hasta el alma enternecida por la gratitud y devolverla todo el vigor de la salud; porque el alma



tiene sus enfermedades que son las pasiones, y se esquiva del doloroso tratamiento que la religion impone si no está disfrazado bajo el velo de la utilidad material, como el niño, que aparta sus labios de un licor amargo pero saludable, si no los detiene en el borde de la copa la dulzura de la miel de que con artificio está impregnado.

La piedad de Genoveva le hacia amar con ardor la aldea, donde habia vertido su sangre por la fé san Dionisio, apóstol de las Galias y primer obispo de París y á la cual iba con frecuencia, pero la devoraba la tristeza viendo que no se alzaba ninguna iglesia sobre su sepulcro. De modo que se ocupó con ardor en evitar tan culpable abandono y de fijar sobre tan grandioso objeto la atencion y el celo de los fieles y los sacerdotes. No fué vano su esfuerzo: no tardó mucho tiempo en alzarse una iglesia en el sitio consagrado por el generoso y fecundo martirio de san Dionisio y de sus compañeros. Genoveva iba allí con frecuencia á orar: un dia en que se disponia á pasar segun acostumbraba la noche del sábado al domingo con algunas vírgenes que vivian bajo su direccion, el viento y la lluvia apagaron la luz que las dirigia y las dejó abismadas en la oscuridad mas profunda. La santa mandó que le dieran la antorcha, y luego que la tocaron sus manos, volvió á encenderse por sí misma. ¿Acaso en memoria de un hecho tan maravilloso representan algunas veces á la santa llevando en la mano un cirio encendido? ¿O se ha querido designar con este atributo la fé constante y la ardiente caridad de que se mostró siempre animada? Lo cierto es que en las pinturas y esculturas de la edad media, se ven muchos santos y santas con un cirio cuya llama conservan victoriosamente, bajo la inspiracion de un ángel que les ayuda á hacerla durar, á pesar del soplo enemigo de algun espantoso demonio que intenta apagarlo.

Entre las compañeras de Genoveva la historia cuenta particularmente á las santas Auda y Celinia, del pais de Meaux, las cuales viendo á la santa que iba algunas veces á la ciudad quedaron encantadas por el dulce influjo de las virtudes que brillaban en todas sus acciones. Celinia renunció al mas brillante matrimonio para seguirla, y fué con Auda á vivir á París y á ponerse bajo la direccion de Genoveva, que reunia en torno suyo muchas jóvenes consagradas á Dios. Todas vivian en comunidad en su casa situada cerca de la catedral, en el mismo sitio donde se edificó despues la iglesia de los *Ardientes*, la cual se trocó en 1747 en el nuevo hospicio de Espósitos. La fama de Genoveva no solo atraia algunas vírgenes tímidas y deseosas de



ejercitarse en la perfeccion cristiana, sino que volaba de boca en boca á lejanos paises. Simon Stilita, aquel penitente ilustre que pasó cuarenta años en lo alto de una columna, suspendido por decirlo así entre el cielo y la tierra, llenando de asombro el mundo, y lo que es de mas valor, convirtiendo á los pecadores en la estraña severidad de su vida y su desprecio general de los placeres mas permitidos; Simon, pues, conoció el mérito de Genoveva. Se informaba de ella cuando encontraba entre los que le visitaban, agrupados al pié de su columna, mercaderes de los que negociaban en las Galias y en la Gran Bretaña, y les encargaba que la saludasen en su nombre con religioso respeto y que implorasen en su favor las oraciones de la gran santa.

Los mismos bárbaros estaban sojuzgados por el ascendiente de Genoveva. Childerico, padre de Clodoveo, que mandaba á los francos, poderosos ya en las Galias, veneraba á la humilde hija del pueblo vencido, á la vírgen consagrada á Dios, á pesar de que su paganismo, y el carácter de sus costumbres le impulsaran á odiar la verdadera religion. Un dia, iba el monarca á entregar al verdugo unos criminales condenados legalmente, y temiendo que Genoveva se presentase á solicitar su perdon con instancia, se ausentó de la ciudad y mandó cerrar las puertas; pero advertida á tiempo, la santa corrió al lugar del suplicio, abriéronse las puertas ante ella con grande asombro de los soldados que las tenian cerradas, y enternecido el príncipe, le concedió la vida de los culpables.

Si Childerico ejerció en París el derecho de vida y muerte, no es porque fuera un soberano, sino en calidad de tribuno ó prefecto de las tropas ausiliares. Los francos se internaban de dia en dia hasta el seno de las Galias, habian penetrado hasta Soissons haciendo retroceder los últimos representantes del poder romano, y Syagrio acababa de huir dejándoles todo el pais situado al norte del Sena y del Marne. Pero no formaban mas que un ejército tumultuoso, llevaban consigo toda su fortuna, y no habian fundado ninguna obra que pudiese esperar un porvenir. Clodoveo estaba destinado á dar por fin un centro á este imperio y consistencia á su dominacion; él emprendió el sitio, ó por mejor decir, el bloqueo de París, y no puede dudarse que son relativas á la época de su mando las palabras del historiador de Genoveva al esplicar el largo sitio de la ciudad y la espantosa miseria que ocasionó. Los males que afligian á sus conciudadanos ofrecieron á Genoveva una ocasion de manifestar cuán ardiente era su caridad. Olvidando

la debilidad de su sexo para dar tan solo oidos al sentimiento de la compasion, propuso subir por el Sena con un reducido número de barcos y aprovecharse de la senda libre del rio para ir á buscar víveres hasta Troyes y Arcis-sur-Aube. Se presentó sola para llevar á cabo tan atrevida empresa, en la cual la acompañaron algunos hombres, y no la hicieron desistir de su glorioso proyecto los peligros y las fatigas á que se vió espuesta. Inmensos beneficios señalaron sus pasos en Campaña, curó muchos enfermos, y se granjeó entre los pueblos maravillados los mayores honores y los mas interesantes testimonios de veneracion.

A sù regreso á París, distribuyó los socorros que habia traido; los pobres acudian á pedirle trigo y pan, y no se separaban de ella sin esperimentar la mas viva afliccion, y su nombre brotaba en todos los labios. Socorrer á los que sufren es lo mismo que orar á Dios, quien parecia dispuesto á recompensar el celo de su servidora, colmándola de esa paz llena de dulzura que es el galardon temporal de las buenas obras, y haciéndola sentir de antemano las alegrías celestes, que son el último y mas anhelado premio; de modo que muchas veces su alma conmovida derramaba esas lágrimas felices y profundas, á través de las cuales vemos los espléndidos horizontes de la patria eterna, que son por esta misma razon el mayor encanto de este triste y angosto destierro, donde se ahoga nuestro corazon.

En tanto que Genoveva conseguia con sus virtudes el privilegio de dominar todo un pueblo y ser su ángel tutelar y su segunda providencia, otra santa mujer, santa Clotilde, luchaba tambien por la causa de Dios y el porvenir de Francia preparando la conversion de Clodoveo. Desde su matrimonio se ocupaba sin cesar en inclinar hácia la fé al sicambro idólatra; sus instancias, sus súplicas, la marcha de los acontecimientos públicos, pero especialmente la secreta accion por la cual Dios interviene en la vida religiosa de los hombres, ilustrando y solicitando su conciencia, movió el espíritu de Clodoveo y acabó por triunfar de todos los obstáculos. Su hacha de armas se humilló ante el báculo humilde de un obispo, y recibió el bautismo con sus principales guerreros. En este dia nació el primer reino cristiano; los francos, acampados hasta entonces en las Galias sin domicilio fijo, se establecieron en ellas como soberanos, y tuvieron ocasion de admirar el poder del Estado de que la Iglesia por su adhesion invistió á su jefe. Los romanos vieron por fin en dónde podian hallar en adelante un

punto de apoyo y un grito de guerra en medio de la confusion general: acababa de aparecer la Francia, y el firmamento político de Europa temia ya el sol que debia fecundizarla é iluminarla.

Las puertas de París se abrieron para recibir á Clodoveo bautizado (año 496), y pronto se establecieron relaciones afectuosas entre Genoveva y Clotilde, dos nobles mujeres de condicion diferente, pero de corazon igualmente puro y generoso. Este mundo terrenal, á pesar de que ocupaban una categoría diferente, se representaba á sus ojos bajo una misma luz, y no veian en él, tanto en las regiones elevadas como en las inferiores, mas que motivos de aislamiento y de elevar sus deseos á otro mundo mas justo y mas durable, donde todas las cosas son apreciadas por su valor real y reducidas y conservadas en el sitio que les pertenece. Esta razon las unió con una amistad santa que se prolongó hasta la muerte, y mientras sus almas volaban al seno de Dios, sus cenizas quedaban depositadas en la misma iglesia, donde reposaron bajo la custodia del patriotismo y de la religion de los franceses.

Clodoveo, siguiendo el ejemplo de su padre y de Clotilde, honró constantemente á Genoveva, la cual solo hacia uso de su influjo para el alivio de sus hermanos y el progreso de la religion.

Suplicó y obtuvo en mas de una ocasion el perdon de los condenados á muerte y la libertad de los que gemian en los calabozos. Es sabido que en los siglos bárbaros, las leyes convertian la justicia en una tiranía inicua y á veces monstruosa, á fuerza de desplegar una cruel severidad, de modo que uno de los mas brillantes triunfos de la religion consistió en enternecer las almas con la dulzura de la sangre de Jesucristo y en introducir en las costumbres la piedad proscrita, ó por mejor decir, en hacer descender un género de misericordia desconocido hasta entonces, lo mismo que su nombre: la caridad. Una mujer pobre y débil, pero ilustrada y sostenida por la fé, se atrevia á luchar por su parte con los francos vencedores en favor de esta revolucion moral.

Genoveva sabia interesar el celo religioso del príncipe al mismo tiempo que sus sentimientos de humanidad; por persuasion de la santa y tal vez por los consejos de Clotilde, elevó en la parte meridional de la ciudad sobre el monte Locuticio una iglesia dedicada en un principio á san Pedro y san Pablo, y que mas tarde llevó el nombre de nuestra santa. Esta basílica, como la llaman los autores antiguos, tenia setenta metros de anchura, y ocupaba en longitud la calle actual de Clodoveo y el ala septentrional del liceo de Napoleon, anteriormente cole-

gio de Enrique IV. No tenia bóveda, sino tan solo un artesonado, estaba adornada de mosaicos interior y esteriormente, y la entrada tenia un triple pórtico, enriquecido tambien con pinturas representando como las de la iglesia los patriarcas, los profetas y los mártires. Pero Clodoveo solo tuvo tiempo para comenzar este edificio, que terminó santa Clotilde y consagró san Remi en el año 520; murió despues de haber ilustrado los postreros años de su reinado con una gloriosa espedicion contra los visogodos, que venció en Vouillé, matando con su propia mano á su rey Alarico, y despues de haber el imperio de Oriente saludado con una solemne embajada la fortuna de sus armas y la cuna de Francia. Se le acusa comunmente de la muerte de muchos príncipes, antiguos compañeros de armas y parientes, cuyo crímen debia causarle algun pesar; esta opinion tan generalizada no tiene mas fundamento que algunas páginas de Gregorio de Tours, las cuales son de un carácter muy novelesco y de un valor bastante cuestionable, y además, verdaderas ó falsas, no autorizan á nadie para poner en duda la sinceridad del respeto que Clodoveo manifestó á la religion desde su bautismo. Pero la dureza y la barbarie de sus costumbres, lo mismo que la lucha fratricida de sus hijos y la sangre que manchó su trono, solo sirven para demostrar cuántos obstáculos tuvo que vencer la dulzura del Evangelio en aquellos nuevos cristianos. Clodoveo fué enterrado en la iglesia de San Pedro y San Pablo que hacia construir.

Establecidos el órden y la paz en el reino de los francos, Genoveva pudo emprender las piadosas peregrinaciones que tenia deseo de cumplir, visitó al grande obispo de Reims, san Remi, despues los sepulcros de san Ainan y san Martin en las ciudades de Orleans y de Tours, y en todas partes dejó el precioso olor de sus virtudes y las huellas del influjo que merecia del cielo. El pueblo de Laon la acompañó al partir al son de salmos y cánticos porque habia curado una jóven, atacada de paralisis hacia muchos años, y dió tambien la salud á una jóven de Orleans llamada Claudia, á quien su madre lloraba con amargura viéndola en un estado desesperado. Genoveva no salia jamás de su retiro sin ver al pueblo y especialmente á los infelices que se agrupaban en torno suyo; pero como los viajes no turbaban su alma enteramente dedicada á Dios, los homenajes públicos no la causaban tampoco pensamientos de orgullo, y así como en otro tiempo no la habian desanimado las injurias y la calumnia, los honores solo le interesaban despues para inspirarle la desconfianza de sí misma y el íntimo sentimien-

to del poder y de la bondad del cielo. A pesar de las mas rudas austeridades, su cuerpo pasó mas de ochenta años sobre la tierra; pero su corazon estaba junto con Dios, y cuando la muerte se acercó á su lecho, solo pudo robarle un débil y último soplo, cual una lijera brisa basta para apagar la moribunda llama que lame trémula los bordes de la lámpara. Espiró el 3 de enero de 512.

Los restos de la humilde vírgen fueron depositados con honor al lado de los de Clodoveo en la iglesia de San Pedro y San Pablo; cercóse en un principio su tumba con una verja de madera para contener la muchedumbre, que acudia á orar con fervor y á buscar la curacion de todo género de enfermedades y particularmente de las fiebres. Algunos años despues se adornó ricamente, y la gratitud pública depositó en el sepulcro de la santa el oro y los diamantes, pues Dios se dignaba autorizar la devocion de los pueblos hácia su servidora y conceder una virtud sobrenatural á sus venerados huesos. Pero el prodigio mas notable de todos los que la historia cuenta respecto á este punto es el milagro de los Ardientes. Una peste horrible asolaba á toda la Francia y especialmente á París por los años de 1129 y 1130, bajo el reinado de Luis el Gordo; los enfermos se veian acometidos por un fuego que devoraba los piés, las manos, el rostro y el pecho, matándolos en algunos instantes; no perdonaba sexo ni edad y contaba ya numerosas víctimas. Siendo impotentes los esfuerzos de la ciencia, el pueblo recurrió á la oracion é imploró especialmente la proteccion de la Vírgen María. Despues de haber prescrito á los fieles diversas prácticas de penitencia sin que desapareciese el azote, Estéban, obispo de París, el amigo de los pobres, se sintió inspirado por la idea de acudir á la poderosa intercesion de la vírgen de Nanterre, y ordenó una solemne procesion. Acompañado de todo el clero y el pueblo, se dirigió á la iglesia de Santa Genoveva, para venerar el cuerpo santo y conducirlo con gran pompa por las calles de la ciudad. Todos se prepararon á la ceremonia con un ayuno general: acudió una muchedumbre inmensa: muchos enfermos esperaban en la catedral la llegada de la urna; y en el momento que entró y la tocaron, quedaron repentinamente curados. El azote se fué calmando en la ciudad, y al cabo de algunos dias, habian cesado todos sus estragos. Este hecho tuvo innumerables testigos que lo consideraron como un milagro, y quedó además jurídicamente probado por una informacion, que le dió el mas alto grado de certidumbre histórica, cuando al año siguiente pasó á Fran-

cia el papa Inocencio II. Para perpetuar su recuerdo se reedificó la iglesia de Nuestra Señora la Menor, que se llamó de los Ardientes, y que fué destruida en 1747; se instituyó además una fiesta que se celebra aun en nuestros dias y se remonta al siglo de Abelardo y de san Bernardo.

La verja de madera que protegia el sepulcro de Genoveva fué reemplazado con un adorno mas conveniente en 630, y san Eloi lo enriqueció con ornamentos trabajados con arte. No obstante, es de creer que no se efectuó entonces la traslacion del santo cuerpo, pero en 845, en la primera invasion de los normandos, los religiosos lo exhumaron para llevárselo en su fuga y salvarlo de las profanaciones de los bárbaros, dueños de París. Fué colocado en una caja de madera, donde permaneció hasta 1242, en que Roberto de la Ferté-Milon, octavo abad de santa Genoveva, lo encerró en una magnífica urna, obra del platero Bonnard. El oro y plata, labrados con el gusto de aquella época, tan rica en admirables monumentos del arte religioso, estaban realzados por las piedras preciosas ofrecidas por la piedad agradecida: añadiéronse diamantes y joyas en 1614, haciendo algunos reparos que se creyeron necesarios, y la reina María de Médicis y algunas princesas contribuyeron con gusto con su mas precioso adorno.

El cargo de llevar en las procesiones la urna de santa Genoveva era envidiado, y desde un principio se reservó esclusivamente á los religiosos de la abadía, pero en 1525 los principales habitantes de París pretendieron participar como ellos de tan insigne honor. Se formó una compañía de diez y seis, elegidos entre los vecinos mas distinguidos, y algunos años despues se les agregaron veinte y cuatro miembros honorarios, que debian ocupar sucesivamente las plazas vacantes. Las procesiones de santa Genoveva se celebraban con mucha solemnidad; era preciso el previo permiso del monarca y un decreto; cuando el pueblo habia manifestado su parecer y sus quejas con motivo de alguna calamidad, el preboste de los comerciantes y los regidores de París dirigian en su nombre una esposicion á la corte, y si era concedida, dos regidores iban á avisar al arzobispo y al abad de Santa Genoveva y á pedir su consentimiento. Religiosos y encargados de llevar el cuerpo de la santa se preparaban á la procesion con ayunos, oraciones y recibiendo la Hostia sagrada; el dia señalado, los tenientes civil y general, el procurador y el abogado del rey se presentaban

por la mañana vestidos de púrpura en la iglesia de Santa Genoveva con los comisarios y otros empleados para tener la urna bajo su proteccion, en nombre de toda la ciudad, comprometiéndose por escrito á devolverla íntegra, de modo que le servian de escolta durante la procesion. Precedian á la urna todas las banderas de las corporaciones, de las órdenes religiosas y del clero, seguian inmediatamente detrás de la santa el arzobispo y el abad, y despues el parlamento y el consejo de impuesto y paralelamente la cámara de cuentas y el cuerpo municipal; la procesion se dirigia desde Santa Genoveva á Nuestra Señora por la calle de Santiago, y algunas veces entraban las primeras banderas por la puerta de esta iglesia cuando aun no habia concluido de salir de Santa Genoveva. Terminada la misa y el sermon, era trasladada la urna á la abadía, y los que habian logrado el honor de conducirla y los empleados del Chatelet, comian en el refectorio con los religiosos.

La iglesia que poseia las cenizas de santa Genoveva conservó durante muchos años el nombre de los santos apóstoles á quienes habia sido dedicada, pero se le añadió el nombre de la santa, que fué despues el único que se le daba. Clodoveo dotó ricamente esta iglesia al fundarla: santa Clotilde mandó edificar al lado una casa ó monasterio para clérigos encargados de celebrar el oficio diario, y la corporacion adquirió despues de diferentes privilegios espirituales y temporales, exencion de la jurisdiccion ordinaria, derecho de asilo, inmunidades reales y personales, y finalmente el derecho de administrar justicia en los dominios de la abadía.

En la segunda invasion de los normandos (857), fué incendiada la iglesia de Santa Genoveva, y despues de la retirada de los bárbaros, se hicieron en ella algunos reparos que fué preciso renovar á principios del siglo XI en el reinado de Roberto; pero pronto se reconoció la inutilidad de estas obras, pues las llamas habian calcinado las piedras quitándole al edificio su solidez, eran angostas las ventanas, el pavimiento mas bajo que el terreno que lo rodeaba y el techo abierto por todas partes al viento y á la lluvia. Por estas razones, Estéban, abad de Santa Genoveva y despues obispo de Tournay, concibió y ejecutó en 1175 una completa restauracion del monumento. Conservó los fragmentos de mosaicos que subsistian aun, levantó el pavimiento construyendo una iglesia baja, alzó las dos naves laterales á la altura de la principal, fortificó las paredes con piedra labrada y cubrió con



plomo el maderaje del edificio. Se colocó el sepulcro de Clodoveo en la iglesia alta en medio del coro, y todos estos trabajos se conservaron hasta el siglo XVIII, á pesar de los estragos del tiempo y del rayo que en 1483 destruyó el campanario y conmovió la iglesia y la abadía. En 1744 fué preciso reconstruir el claustro y poco despues la iglesia, que tambien amenazaba ruina; y entonces fué cuando Souflot lanzó á los aires la osada cúpula que domina á todo París cerca de la antigua basílica fundada por Clodoveo y restaurada por Estéban de Tournay; obra grandiosa donde se hacen sentir indudablemente las tradiciones del arte griego mas bien que el genio inspirado del arte cristiano, pero que causa al espectador una admiracion mezclada de respeto por la regularidad de sus proporciones, la severidad de su carácter y la armonía de su conjunto.

Aun no se habia terminado la cúpula de tan noble edificio, cuando estálló la revolucion. La religion la habia erigido para orar á Dios, y para honrar al mismo tiempo al pueblo con una gloria debida á su inspiracion, colocando bajo la tutela de una de sus hijas el primer imperio del mundo y venerándola como un modelo de todas las condiciones, desde las mas elevadas á las mas humildes; pero la asamblea constituyente convirtió esta iglesia, cuyo destino era tan augusto... en un muladar.

Santa Genoveva no se salvó de tanta injuria, pues su urna de plata y oro, cargada de perlas y adornada con un penacho de diamantes, fué enviada á la casa de la Moneda con tanto celo y tantas precauciones, que redujeron el valor de este tesoro á 23,830 libras. El pueblo insensato quemó en la plaza de la Greve los huesos, á escepcion de los pedazos que habian podido sustraerse antes, y la turba inmunda insultó una de las glorias francesas profanadas en la aldeana de Nanterre, insultó á la patria en una de sus mas ilustres veneradas heroinas, é insultó por fin en una vírgen cristiana la Iglesia, la doctrina y las virtudes sin las cuales el mismo pueblo no hubiera dejado de ser un rebaño de esclavos á merced de los hombres de espada, de los poderosos y de los ricos. ¡Estraño valor de un pueblo caballeroso que sale á campaña contra las cenizas de una mujer muerta hace catorce siglos! ¡Singular destino del cristianismo que se ve despreciado y perseguido por los mismos que se lo deben todo, la libertad de que abusan, el pan de que se alimentan y el suelo que los sostiene!

El emperador decretó en 1806 que se devolviese el panteon al culto

y se emprendieron los trabajos necesarios para este objeto; no obstante, tan sagrado intento no debia llevarse á cabo ni hacerse oir la oracion de santa Genoveva hasta la época de restauracion, aunque por poco tiempo. El templo es, desde el año 1830, un objeto de pura curiosidad, sin Dios y sin sacerdote; es un desierto de piedras donde el alma tiene frio y el corazon se siente oprimido por la mas sombría tristeza.

De la antigua iglesia destruida en 1807 no queda mas que esa torre negruzca oculta en el recinto del liceo de Napoleon y que se llama torre de Clodoveo. La parte superior de este monumento es del siglo xv., y la parte interior es de construccion romana, que parece remontarse á los años posteriores á las invasiones normandas, y es lo único, junto con la calle cercana, que recuerda en París por el nombre al abuelo político de setenta reyes, el fundador de una obra que cuenta en el dia mil y cuatrocientos años. La torre se eleva sobre uno de los patios del Liceo, y á sus piés estoy viendo al escribir estas líneas á los descendientes de los sicambros, que armados de un tema ó una narracion sobre algun suceso como la batalla de Tolbiac, vienen á jugar ó á buscar un rayo de sol, hollando con planta indiferente y con petulancia las cenizas de Clodoveo.

Pero todos los años, el dia 3 de enero y los dias siguientes, París en tropel y su campiña; ancianos que piensan en el Dios de su infancia, madres agitadas por la soledad y el pesar y jóvenes doncellas que van á cruzar el umbral de su destino, se agrupan con respeto ante el sepulcro de la vírgen de Nanterre y vierten en él todos los secretos del corazon de que está compuesta la vida, quiero decir, los deseos, los temores, las esperanzas, los dolores, las oraciones y las lágrimas. ¡Incomparable homenaje! ¿Quién duda que la Iglesia sabe dar la gloria y mostrarse mas magnífica con los santos, que la Francia, á pesar de ser tan generosa, con sus héroes y sus grandes hombres?

El nombre de santa Genoveva está escrito con gloriosa distincion en todos los martirologios latinos, en los de Usuardo, Adon, Notker, Beda y Raban; el sacerdote Constancio, autor contemporáneo, le consagra algunas líneas en la vida de san German de Auxerre, pero nos ha sido transmitida su historia por un doctísimo personaje, que escribió diez y ocho años despues de la muerte de la santa, y que podia estar perfectamente enterado de sus hechos. Su relato ha servido de base y testimonio á todos los escritos que han salido á luz despues sobre el

mismo asunto, y se encuentra en Bollando y en numerosos manuscritos, tanto en Francia como en el estranjero. La primera vida de santa Genoveva escrita en francés solo es una traduccion rimada del testo primitivo, y se debe á un clérigo llamado Renaud, que emprendió esta obra á invitacion de Mme. de Valois, como nos dice él mismo. La escribió á principios del siglo XIV. No citaremos á todos los que han celebrado á santa Genoveva en prosa ó verso, pero no debemos omitir á Pedro el Juez, á Pablo Beurrier, cura de Nanterre, al P. Lallemant canciller de la universidad, á Lenani de Thillemont, y en estos últimos años á M. Saintyves, cuya obra enriquecen preciosos documentos. Fiel al autor que han seguido y que hemos tomado tambien por guia, nuestro principal cuidado ha sido evitar las hipótesis y relatos imaginarios ó desacreditados, y terminaremos repitiendo los versos del sencillo Renaud:

Renaut que os cuenta esta historia
no ha encontrado mas escrito;
sabed, pues, que os ha contado
con puro y sencillo estilo
lo que leyó con piedad
en antiguos manuscritos.



Impʳ de Chardon ainé et fils r. Hautefeuille 30 Paris

STE AGNES.

SANTA INÉS

VÍRGEN Y MÁRTIR.

La religion reune la gracia y la fuerza de un modo incapaz de realizarse por ninguna institucion humana, y la prueba mas elocuente y sencilla de esta verdad es la vida y la gloria de santa Inés, humilde jóven de quien ningun historiador profano hubiera jamás hablado al mundo. Inés sacrificó desde la tierna edad, embalsamada aun con los ósculos maternos, y en la que las vírgenes solo conocen la sonrisa y la alegría, toda la dulzura y encanto que otras hallan por lo regular en la vida, para sufrir un doloroso martirio; y su alma infantil, impulsada por la fuerza é intensidad del amor divino, manifestó sentimientos y acciones en que los corazones mas animosos sucumben ó desmayan. Por esta razon ha recorrido su nombre el universo, y ha cruzado los siglos en alas del respeto y del amor de los pueblos cristianos, y se ha engrandecido con los homenajes del genio y de la virtud. Todos los años el 21 de enero, doscientos mil sacerdotes, orando en nombre de la Iglesia entera y representando ante Dios doscientos millones de hombres, veneran piadosamente á santa Inés, la contemplan como un modelo ilustre y la invocan como una protectora y un apoyo.

¡Estraño contraste que prueba á su modo el orígen y la autoridad superior de la religion! En el mismo siglo que tenia lugar el martirio de Inés, un emperador que dominaba la mitad del mundo y empuñaba la poderosa espada de Roma, bajo la cual se habian hecho pedazos todos los tronos, atacó con supremo esfuerzo la cruz de madera desnuda y débil, que habian conmovido nueve persecuciones y que por fin iba á llegar á su completo desarrollo y á ahogar con su sombra los caducos dioses del imperio. Decidió cortar de raiz el árbol sagrado, y creyó tan cruelmente en la estension y duracion de su triunfo que acuñó una moneda para hacer ver á la posteridad que habian existido cristianos. Pero pocos años despues la Iglesia era conocida solemnemente, y su jefe ocupaba tanto espacio en Roma, que los césares retrocedieron ante él hasta Bizancio. El emperador que tan neciamente habia hablado al porvenir, anunciando su victoria, dejó sus cenizas en un sitio ignorado, donde alguna planta oscura las dispersó un dia sin que la historia se parase en apuntarlo en sus páginas.

La Iglesia por el contrario salva á sus mas humildes hijos, cercándoles con la aureola de su gloria, y se complace en contarnos su vida para honrarles é instruirnos.

Respetables testimonios nos inducen á creer que santa Inés sufrió el martirio en la décima persecucion, que es la de Diocleciano, es decir, á principios del siglo cuarto, y es cierto que murió además de edad de trece años, si se fija su nacimiento en 290 ó 292. Sus padres eran de distinguida alcurnia y de insigne piedad; su nombre no carece de cierto misterio, pues significa castidad en lengua griega, y cordero en la latina. Y ciertamente que merecia tan dulce nombre la vírgen que tenia la gloria de la castidad y la inocencia del cordero. Vivió, padeció y murió en Roma; y el poeta Prudencio, que ha cantado su victoria, dice que su sepulcro estaba cerca de la ciudad.

Inés era de tierna edad, pero sus pensamientos pertenecian á la mas elevada esfera; su cuerpo era débil, pero su alma fuerte y su beldad igual á la generosidad de sus sentimientos y de su fé. Cierto dia al salir de la escuela, la vió el hijo del prefecto de Roma que quedó prendado de sus gracias y de su juventud; pidió su mano á sus padres, y le ofreció inmensas riquezas, palacios, haciendas, numerosos servidores, espléndidos joyeles de lujo, y los placeres de la vida de los patricios y todos los deleites que halagan ordinariamente el débil corazon de las mujeres.

Pero Inés respondió que estaba prometida ya al mas noble y mayor de los esposos, el cual poseia mas preciosos tesoros, mas encanto en su mirada y mas ternura en sus labios. »Su madre es vírgen, añadia; los ángeles la sirven, los cielos la contemplan con admiracion, cura los enfermos con solo tocarlos con sus manos y los muertos resucitan bajo sus plantas. Yo le doy todo mi corazon y le juro eterna fé, porque amándole se conserva la pureza.» Las costumbres del imperio y las leyes consagraban la desigualdad en el matrimonio, introduciendo la violencia y la servidumbre en el hogar doméstico, y las jóvenes cristianas no podian salvarse de las prácticas de la idolatría y de la corrupcion si no permanecian absolutamente dueñas de sí mismas y rehusaban las alianzas terrenales. Y como el antiguo mundo se estinguia en medio de la malicia y del desenfreno, era preciso herirle vivamente, despertar su sentido moral con el espectáculo de las virtudes enérgicas y hacer vulgar un género de heroismo, cuyo heroismo eficaz no podian hallar los paganos en sus almas. Una inspiracion providencial indujo sin duda á un gran número de cristianos á permanecer voluntariamente celibatos, no para vivir de un modo asqueroso y libre, como los adoradores de las falsas divinidades, sino para conservarse á manera de ángeles con inocencia sin mancilla. Finalmente, el desencadenamiento ó la inminencia de la persecucion, la fuerza y la vivacidad de una creencia que desafiaba los tormentos y la muerte, y la prolongada y dolorosa tragedia, en que se veia correr la sangre cristiana de un estremo á otro del imperio bajo el cetro de los césares, inspiraban graves pensamientos á las almas mas jóvenes, separándolas de las frivolidades y deleites de la tierra para trasportarlas al mundo de las realidades y de las alegrías eternas. La historia eclesiástica nos muestra con frecuencia en aquella época á las herederas de grandes fortunas y nombres eminentes, mas ocupadas en adornar su alma que en aumentar las gracias de su rostro; desposadas del cielo y no de la tierra, y como santa Inés, pensando tan solo en Jesucristo al exhalar sus castos y amorosos suspiros.

En una época y en un pueblo donde el solo nombre de cristiano era un delito, fué muy fácil arrastrar á Inés hasta los tribunales, y se creyó empresa fácil vencer su corazon de niña con la ruidosa publicidad y el aparato de un proceso, no habiendo podido triunfar con una pacífica confidencia. El prefecto de Roma, para complacer ó vengar á su hijo, dió órden para que presentaran á Inés á su tribunal. Viéndola

tan delicada y jóven le dirigió lisonjeras palabras mezcladas con amenazas, pero ella se mostró superior á todos los ardides, despreciando las caricias y no intimidándose con la severidad. El prefecto mandó á sus padres que reprimiesen una tenacidad tan precoz, y no pudiendo perseguirles directamente por su ilustre cuna, les acusó de cristianismo. Contaba además con la reflexion para vencer su resistencia.

Pero, cuando al siguiente dia mandó comparecer á Inés, se asombró de verla tan firme y tan invencible como el dia anterior en su resolucion. En una edad en que las demás jóvenes lloran por la picadura de una aguja y no pueden resistir la mirada airada de un padre, Inés vió y oyó sin temblar las manos sangrientas y la voz terrible de los verdugos, las pesadas cadenas, las crueles amenazas, las espadas desnudas y los instrumentos y aparato del suplicio. »Conozco, dijo Sinfronio, que no se podrá vencer tu locura ni convencerte con saludables consejos, mientras seas víctima de la fascinacion de la supersticion cristiana. Voy á conducirte á los altares de la augusta Vesta, y si quieres vivir en la virginidad, tus dias y tus noches pasarán en las ceremonias del culto de la diosa.» La jóven respondió, con la plenitud de sabiduría que Jesucristo ha prometido á todo cristiano acusado por su fé y obligado á defenderse: »Si he desdeñado á vuestro hijo, que al menos está dotado de razon, que toca, oye, anda y goza de luz y de la vida, ¿cómo podré rendir culto á ídolos mudos y sordos, sin inteligencia ni sentimiento, é inclinar mi cabeza ante piedras inanimadas?—Me hago cargo de tu inesperiencia, dijo el prefecto, y no quiero reprimir al punto tus blasfemias en consideracion á tu tierna edad.—No os compadezcais de mi niñez, pues no temo vuestra severidad. La fé es hija del corazon y no de los años; Dios no consulta la edad sino la conciencia. Dejad que se enojen esos dioses cuya cólera temeis despertar, que hablen y me den ellos mismos la órden de honrarlos. Además, pretendeis un objeto que no conseguireis.»

Fué preciso recurrir al rigor; cargaron de cadenas á la desventurada niña, pero los hierros eran desmesurados para sus miembros delicados, y se deslizaban de sus manos. Apenas tenia la fuerza de batir y sufrir, pero no le faltaban el valor de la lucha y el secreto de la victoria, y su tierna edad, que la hubiera absuelto sucumbiendo bajo el peso del dolor y del temor, no le impidió dar al mundo el ejemplo del mas varonil heroismo. Ofreció su cuerpo á los tormentos sin alterarse su ademan y su lenguaje, presagiando que un socorro bajado de los cielos

le ayudaria á vencer el dolor y las caricias. La arrastraron al pié de los ídolos para obligarla á que los adorase, pero confesó solemnemente su fé en Jesucristo, y alzando sus manos parecia formar con ellas la señal de la cruz y dirigir sobre los autores sacrílegos el trofeo victorioso del Redentor.

El prefecto, deseoso de vengarse de la intrépida y noble vírgen, imaginó afligirla con los mas cobardes insultos y entregarla á las locas pasiones de la juventud. »Si tan fácilmente desafias el sufrimiento, le dijo, y si desprecias tan heroicamente la vida, mirarás al menos la virtud como un tesoro. Pues bien, elige; sacrifica á la diosa Vesta en honor de tu familia, ó te hago esponer con oprobio en un sitio donde no te salven la magia ni los encantamientos de los cristianos.» Inés le respondió dominando desde la altura de los sentimientos cristianos al magistrado degradado, é inspirada sin duda por el que infunde la elocuencia á los labios de los niños: »Si supierais quién es mi Dios, no pronunciariais semejantes palabras; pero yo que conozco la fuerza de Jesucristo, escucho vuestras amenazas con tranquilo desden, pues estoy segura de no sacrificar á los dioses y de salvarme de la temeridad de los que desdoren mi cuerpo con sus imprudentes miradas. Jesucristo ama á los que le pertenecen y no los abandona en los peligros. Tengo por custodio un ángel de Dios, que no es de mármol mudo ó de bronce insensible, sino que habita los cielos desde donde vela y me defiende. Podreis quitarme la vida, pero no profanarme.»

El insensato Sinfronio mandó que se ejecutase su sentencia inmunda y desnudasen á la vírgen cristiana. »La multitud se llenó de tristeza, dice el poeta Prudencio, y se alejó volviendo á otra parte los ojos.» El papa Dámaso que escribia en la segunda mitad del siglo en que murió santa Inés, y el autor antiquísimo que ha contado mas prolijamente el martirio de la santa, están de acuerdo en afirmar que su larga y copiosa cabellera, que le llegaba hasta los piés cubriéndola como una vestidura, la protegió milagrosamente contra la insolencia de los libertinos:

Nudaque profusum crinem per membra dedisse,
Ne Domini templum facies peritura videret.

Otros cuentan que una muralla de luz rodeó á la dulce vírgen que deslumbró los ojos de los espectadores. ¿Debemos asombrarnos si Dios para consolar la virtud é instruir á los hombres, daba á un cuerpo que se le habia consagrado con una alma libre y un corazon generoso, el



vestido de esplendor deslumbrante que da todos los dias para regocijar el firmamento y madurar los sembrados á un sol mudo y ciego que no sabe comprender ni amar?

Esta maravillosa luz no impuso empero á un jóven que se propuso vencerla con la obstinacion de su mirada, pero fué herido como el rayo y cayó de espalda, cegado por un destello vivísimo, y agitándose convulsivamente; sus compañeros lo levantaron con espanto y vertiendo lágrimas, en tanto que la santa repetia las alabanzas á Dios Padre y á Jesucristo, dando gracias porque se dignaba defenderla con tanta eficacia y preservarla de los ultrajes. Unos la miraban como una hechicera, otros como una impía, y muchos la proclamaban inocente y piadosa. Le pidieron que orase en favor del temerario, á quien acaba de derrocar con tan asombroso poder, le curó la ceguera, y segun afirman antiguos testimonios, le abrió tambien los ojos del alma y le convirtió á la fé, al devolverle la salud y la vista. Así obraban, empero, los discípulos del Crucificado, orando por los que les ofendian, y dándoles, en cambio de los tormentos sensibles y de la muerte temporal que recibian, la vida espiritual y sus puras alegrías.

El primer triunfo de Inés logró salvar lo que ella amaba mas en el mundo, y el segundo alcanzar una muerte violenta y la palma del martirio. El grave magistrado de Roma, irritado por no haber podido vencer á una niña con la persuasion ni con el ultraje, y deseoso además de conservar la dignidad del poder imperial y el respeto del culto de la nacion, creyó que era preciso evitar tan inminente riesgo, desplegó su supremo influjo y pronunció la sentencia de muerte contra una vírgen de trece años que intimidaba al estado y á los dioses. Inés se estremeció de regocijo al ver el verdugo con el acero en las manos, y dijo estas palabras que ha repetido Prudencio en sus himnos: »¡Bien venido seas! prefiero que venga á visitarme este horrible y desapiado verdugo á las caricias y elegancia de un jóven gracioso y perfumado. Hé aquí un cortesano que me place; saldré á su encuentro para saciar cuanto antes mis deseos, y recibiré anhelosa la muerte que debe unirme á Jesucristo y subirme á los cielos.»

«Exulto, talis quod potius venit
Vesanus, atrox, turbidus, armiger,
Quam si veniret languidus ac tener,
Mollisqué ephebus, tinctu aromate,
Qui me pudoris funere perderet.
Hic, hic amator jam, fateor, placet... etc.»

AURELIO PRUDENCIO, *himno* XIV.



»Inés volaba al suplicio con tanta alegría y presteza, dice san Ambrosio, como otra á la cámara nupcial, y estaba radiente y adornada, no de joyas ó flores frágiles, sino de su virtud y de un brillo sobrenatural que le enviaba Jesucristo. Todos lloraban mientras ella no derramaba una sola lágrima, todos al verla tan jóven hubieran deseado que no mostrara tanta constancia, y el mismo verdugo sintió en su pecho la compasion y se esforzó á combatir la resolucion de la generosa vírgen, tratando de intimidarla con amenazas y de obligarla con lisonjeras promesas. »Seria hacer un ultraje á mi Señor, si creyese que queria desprenderme de él. ¡Perezca un cuerpo que puede agradar á los demás!» Despues oró, y al mismo tiempo que se alzaba el hacha del verdugo, inclinó la cabeza para adorar á Jesucristo y recibir mejor la herida de salvacion, la herida propicia que quita la vida temporal y da la eterna. El acero cayó sobre su cuello y cortó su cabeza de un solo golpe.

Despues de haber descrito el poeta Prudencio con la fidelidad de historiador lo que sabia respecto á la vida y muerte de santa Inés, nos la demuestra abriéndose el cielo con su victoria y entrando en él como en triunfo. »Su alma, dice, vuela libre y pura y se remonta hácia los cielos, acompañada de un coro de ángeles y dejando en pos de sí un reguero de luz. Ve cual huye el orbe de sus piés, contempla las tinieblas donde estamos, y mira con desprecio cuanto alumbra el sol en su camino, cuanto se agita en el sombrío torbellino de la vida humana, cuanto el tiempo destruye con injuriosa inconstancia; reyes y jefes de naciones, poder y dignidad, la pompa de los honores y el necio orgullo que lo alimenta, el imperio del oro que todos codician con afan y se disputan en medio de los crímenes, los palacios espléndidos, la elegancia y riquezas de los trajes y adornos, la cólera, el temor, los ardientes deseos, los temibles peligros, los largos pesares y las fugaces alegrías, la envidia alimentando glorias y empresas con el humo de su asquerosa antorcha, finalmente, la mas lamentable de las desgracias, la fangosa idolatría esparciendo á lo lejos sus nieblas pestilentes. Hé aquí lo que la vírgen pisotea mientras Dios ciñe su frente con dos conoras; la de la pureza y la del martirio.»

Los padres de Inés, seguramente dignos de tal hija, no se entristecieron de su muerte, se llevaron con regocijo su cuerpo y lo enterraron en un terreno que les pertenecia cerca de la puerta Viminale en el camino de Roma á Nomente. Habiéndose reunido en su sepulcro los

cristianos, fueron perseguidos por los idólatras, debiendo su salvacion á la fuga, despues de haber sido heridos muchos de ellos. Pereció en este encuentro Emerenciana, jóven amiga íntima de santa Inés y su hermana de leche, pues se atrevió á echar en cara á los agresores lo absurdo de su religion y su misma crueldad. La despedazaron á pedradas, y aunque no habia recibido el bautismo, alcanzó la vida espiritual en su sangre vertida por la fé, y consiguió reunirse en el cielo y en el mismo seno de Dios con la tierna niña que jugueteó en otro tiempo con ella en el seno de una misma madre. Recogiéronse sus restos con respeto, y fueron colocados cerca del sepulcro de Inés, su bienaventurada hermana, con quien el martirio la unia con nuevo y mejor parentesco.

A pesar del ódio y persecucion de los idólatras, los parientes de Inés no temieron velar continuamente su sepulcro. Hallándose una noche en oracion, se les apareció la santa en medio de un coro de vírgenes vestidas de oro y circundadas de su prodigioso brillo; Inés tenia á su lado un cordero mas blanco que la nieve, tranquilizó á sus padres y amigos á quienes la vision habia llenado de asombro: No lloreis mis muertes, les dijo, por el contrario, alegraos; mis compañeras y yo hahabitamos en palacio de luz , y estoy unida en los cielos con el que amé en la tierra con todo mi corazon!

Esta aparicion atrajo al pueblo en tropel al sepulcro de Inés; los mismos paganos acudian, ya por curiosidad, ya por la vaga esperanza de conseguir en él como los cristianos, la curacion de sus males. Una de las hijas de Constantino, manchada aun de idolatría y que hacia mucho tiempo sufria crueles dolores, fué á visitar con confianza las famosas cenizas. Durante su oracion quedó sumida en un profundo sueño, durante el cual vió á la vírgen misericordiosa y oyó que le decia estas palabras: »Tened valor y creed en Jesucristo, Hijo de Dios, vuestro Salvador, que os curará de todas vuestras dolencias y os dará la salud.» Efectivamente, al despertar, se encontró enteramente curada. La princesa, movida por la gratitud, consiguió que su padre el emperador edificase en aquel sitio una magnífica iglesia en honor de santa Inés, y recibió el bautismo al mismo tiempo que su tia Constancia, viuda de Licinio. Antes de su muerte mandó que fuese enterrada en este templo.

La iglesia que encerraba el sepulcro y los huesos de santa Inés, fué embellecida y adornada por el papa Liberio, que ocupó la silla



pontificia desde el año 352 á 366. El papa Honorio I restauró este edificio en el siglo séptimo, cubrió de mosaicos el interior de la bóveda, enriqueció con oro y plata cincelada el sepulcro de la santa y lo cubrió con una estensa cúpula. En el siglo siguiente Adriano I hizo algunas reparaciones notables en este monumento ilustre que cruzó de este modo todo el resto de la edad media. Julio II, el cardenal Alejandro de Médicis, despues papa bajo el nombre de Leon XI, y finalmente el cardenal Sfondrate, sobrino de Gregorio XIV, se dedicaron con la mas generosa piedad á restaurar y adornar la iglesia, el altar y el sepulcro de la santa. Fueron exhumados sus preciosos restos, reconociéndose fácilmente una niña de la edad en que se dice padeció Inés el martirio, y fueron depositados en una pequeña arquilla de plata que valia cinco mil ducados. Paulo V, que habia hecho tan rica ofrenda y regalado además un altar del mármol mas raro, celebró el santo misterio en la iglesia de Santa Inés con la magnificencia de los oficios pontificales y un esplendor incomparable, siendo de valor de setenta mil escudos la tiara que usó en la ceremonia.

Además de esta iglesia en el camino de Nomente, hay en Roma otra iglesia dedicada á santa Inés en la plaza de Navona, donde segun la tradicion, el prefecto Sinfrosio espuso brutalmente á la inocente vírgen á los ojos de la muchedumbre.

El martirio de santa Inés tuvo lugar el 21 de enero, como induce á creerlo el uso de celebrarse su festividad en este dia desde el siglo cuarto. Su nombre fué muy ilustre y honrado en la Iglesia en los tiempos mas remotos; Oriente y Occidente han proclamado su gloria á porfía: »los discursos y los escritos de todos los pueblos, dice san Jerónimo, ensalzan el mérito de santa Inés, porque venció la debilidad de su edad y la crueldad del tirano, y consagró con el martirio el título de su castidad.» San Ambrosio la pinta débil por la edad, pero fuerte por el corazon, dotada de una constancia varonil con la que consiguió un doble triunfo y la presenta elocuentemente como la mas digna de imitacion para las mujeres, de admiracion para los hombres y de alabanzas para todos. San Agustin ha pronunciado sobre santa Inés las espresiones mas gloriosas, san Martin de Tours la invocaba con particular y afectuosa confianza, y el presunto autor de la Imitacion de Jesucristo, Kempis, la honraba como su patrona, y nos ha trasmitido la relacion de los milagros y gracias debidas á su intercesion.

Los documentos que se poseen relativamente á la ilustre vírgen son

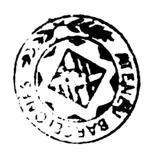
las actas de su martirio escritas por un autor antiquísimo llamado Ambrosio, pero que no es el grande obispo de Milan, y publicadas por Sierio y Bolando. El obispo de Milan compuso un panegírico de la santa que difiere de las actas en algunos puntos y que naturalmente revelan mas al orador que al cronista. Nos queda tambien un panegírico atribuido á san Máximo de Turin, que reproduce fielmente el primitivo relato, y el español Prudencio, que cultivaba la poesía latina en los siglos cuarto y quinto, nos ha conservado muchos pormenores históricos sobre Santa Inés.

Roswitha, la religiosa de Gandersheim, que brilló como esplendente estrella en el firmamento del siglo décimo, y que intentó, como nos dice espresamente, »sustituir con edificantes historias de vírgenes puras los escesos de las mujeres paganas,» celebró en versos bastante preciosos la victoria »conseguida por una débil mujer contra la barbarie é imprudencia de los hombres.» El nombre de Inés ha sido siempre grande en las naciones, que han celebrado á la santa vírgen, no por las ventajas que le hubieran acarreado su nacimiento y sus riquezas, sino por su heroico y religioso sacrificio, haciendo Dios brillar en ella el poderío de su gracia, y sirviéndose de una edad y de un sexo débiles para humillar lo mas poderoso que existe en la tierra.

Finalmente, para que no faltase á la heroina cristiana ninguna forma de elogio, muchos pintores de inmensa celebridad le han consagrado alguna de las inmortales páginas que sabia crear su pincel; el Tintoreto la ha representado en el momento que resucita el hombre herido por el brillo maravilloso que la protegia: el Dominiquino la ha pintado elevando los ojos hácia el cielo, de donde los ángeles le bajan las palmas del martirio, mientras la cuchilla del verdugo descarga el golpe mortal. Un mosaico del siglo séptimo, publicado por Ciampini en el tomo segundo del *Vetera monumenta* nos presenta á santa Inés con una diadema en la cabeza y un libro en las manos, y á sus piés unas espadas y llamas. Angélico de Fiesole, capaz de comprender un asunto semejante, ha dado un lugar predilecto á nuestra santa en su *Coronacion de la Vírgen,* y finalmente Giottino, B. Spranger, Martin de Vos y Rubens han espresado en algunas de sus obras célebres la inspiracion que les causara la historia de la vírgen y mártir santa Inés.

Ed. Dubufe Pinx[t] *Imp[r] de Chardon aîné et fils, r. Hautefeuille 30, Paris.* Ch. Preisel Sc.

STE PAULE.



SANTA PAULA

VIUDA.

La vida de santa Paula ocupa la última mitad del siglo cuarto, desde el año 347 al 404. Durante este período la Iglesia tuvo por guias doctores, pontífices y toda una legion de hombres eminentes y de grandes santos; los Cirilos de Jerusalen y de Alejandría, los Gregorios de Nisa y de Nacianzo, Juan Crisóstomo, Basilio el Grande, Eusebio de Verceil, Hilario de Poitiers, Ambrosio, Agustin y el sacerdote Jerónimo, igual á todos estos obispos en genio y en virtudes. Estos atletas de la verdad dieron el último golpe al arrianismo y á la idolatría; dos errores temibles, el uno jóven y fuerte por su ciencia de tumultos y de intrigas, el otro viejo y gastado, pero poderoso aun por el recuerdo de su largo y brillante pasado, por sus alianzas con la fortuna y el genio de Grecia y Roma, y por su misma corrupcion que le hizo digno del desprecio y le aseguraba la complicidad de las pasiones humanas.

En vano intentó el arrianismo cicatrizar las heridas que recibiera de la pluma de Atanasio de Alejandria en una lucha de medio siglo, su vida se estinguió rápidamente, y solo tuvo fuerza suficiente para arrastrarse hasta las fronteras del imperio y refugiarse entre los bárbaros.

cuando Teodosio se adhirió solemnemente por una ley célebre á las decisiones del concilio de Nicea, y decretó que el título de cristianos católicos se reservase oficialmente para los verdaderos fieles, con objeto de distinguirlos de los herejes.

El paganismo iba estinguiéndose lentamente desde la conversion de Constantino sin mas rumor que las palabras de algunos ampulosos sofistas, cuando un emperador filósofo proyectó reanimarlo, concediéndole nuevamente sus antiguos privilegios y adoptando contra los cristianos medidas inicuas y opresoras. Pero todas las tentativas de Juliano no obtuvieron mas resultado que el de hacer constar auténticamente la muerte de los dioses mitológicos, y él mismo solo pudo llevar su luto. Si la espresion que se le atribuye se deslizó en verdad de sus labios moribundos, el último representante legal de la idolatría fué como el último pontífice de la sinagoga. Cuentan Sozomeno y Teodoreto que, segun una tradicion, habiendo sido herido mortalmente Juliano en una espedicion contra los persas, cogió la sangre de su herida y la lanzó al cielo diciendo: Has vencido, ¡Galileo! El paganismo fué durante algun tiempo la religion de los filósofos y de los campesinos mas estraños al movimiento de las ideas y de la civilizacion. Por esta razon se llamó la idolatría entonces paganismo, pues no contaba mas fieles que los habitantes de las aldeas, *pagani*. ¡Cosa notable! los filósofos eran, al mismo tiempo que los ignorantes, la porcion mas retrógrada del imperio, y si hallan en el dia apologistas, es tan solo entre los filósofos que se llaman hombres del progreso. No obstante lo absurdo de su resistencia era tan conocido del espíritu público, que los mismos paganos ridiculizaban á Juliano y sus numerosas hecatumbas de toros.

Teodosio se valió en un principio de medios conciliadores, despues mandó cerrar los templos y convirtió los de los dioses en monumentos públicos.

La parte mas pura y noble de Roma se acogia en tropel bajo la Iglesia católica; los Anicios, los Paulinos, los Bassos, los herederos de los mas nobles patricios, cuyo orígen se remontaba hasta el rey Evandro, inclinaban sobre el sepulcro de los santos Apóstoles sus haces cargados con el peso de diez siglos y la fama del antiguo Bruto. La familia de Probo, que poseia haciendas en todos los puntos del imperio y que por una escepcion única, veia en su seno dos hermanos elevados en un mismo año al consulado, se distinguia aun mas por la

sinceridad de su fé que por sus dignidades y riquezas. Anicio Probo, padre de estos dos hermanos, cónsules á la vez en 406, era uno de los hombres mas ilustres de su siglo; su mujer, Proba Faltonia, mereció por su piedad insigne que san Agustin le escribiera una preciosa carta sobre la oracion, y era biznieta suya la vírgen Demetríades para quien compuso san Jerónimo uno de sus libros. Otra de las glorias de Roma, la raza de los Gracos, amiga de la lucha y de la libertad y de todo lo noble y grande, combatia á la sazon bajo los pendones de Jesucristo. De tan ilustre estirpe descendió la santa cuya historia escribimos.

Paula nació en Roma en el año 347: su padre era Rogato, de orígen griego y de una familia procedente, segun dicen, de aquel celebérrimo capitan que derrocó á Troya, y su madre era Basilia, que contaba entre sus antecesores á los Gracos, los Escipiones y á Pablo Emilio del cual se derivaba su nombre. Tan ilustre sangre se ensalzó aun mas por su matrimonio con Toxocio de la familia Julia, que pretendia descender de Julo, hijo de Eneas. Uníase al brillo de su cuna la riqueza.

No obstante, si es preciso ensalzar á Paula, no es por haber poseido tantos bienes de fortuna y tan escelso nombre, sino por haberlos apreciado bajo el punto de vista de la eternidad y haberse servido de ellos únicamente para su salvacion y la gloria de Dios, pues son menos útiles á los que las ambicionan, que meritorios á los que los desprecian. La noble dama romana adquirió en los cielos, por haberlos despreciado, un patrimonio de felicidad de que aun goza su alma, y hasta ha conseguido en la tierra mas celebridad que le hubiera dado el mundo profano. Se hubiese hablado de ella en Roma durante su vida por el encanto de su trato y el esplendor de su existencia, pero ahora existe en la memoria de los hombres en todo el universo, despues de quince siglos, por la fé viva y la piedad de que nos dejó un ejemplo.

Las bellas cualidades de Paula le granjearon la estimacion y el afecto de Roma que edificó durante su matrimonio: las mismas matronas la citaban como su gloria, y ningun labio se desplegó jamás para vituperar su reputacion sin mancha. Admirábanse en ella las elevadas y preciosas virtudes con que las mujeres cristianas emanciparon gradualmente su sexo, formándose una custodia con el respeto, y reconstituyeron la familia, introduciendo la pureza en el hogar doméstica. Paula era esposa tierna y fiel, y fué tan intenso su dolor cuando perdió á su compañero en la tierra, contando apenas treinta años,



que creyeron que iba á seguirle al sepulcro. Toxocio la dejó con cinco huérfanos; cuatro hijas, Blecina, Paulina, Estochium, llamada por sobrenombre Julia, y Rufina, y un hijo mas jóven que sus hermanas y que tenia el nombre de su padre.

La desconsolada viuda solo recobró la calma para consagrarse á Dios con todo el anhelo de un corazon libre; siendo sincera su humildad, la grandeza de su raza parecia pesarle con una gravosa carga, y se hubiera dicho que su mayor esmero consistia en huir de los honores y muestras de deferencia que le acarreaban su mérito y su nombre. Despues de la muerte de su marido, no se la vió comer con ningun hombre ni aun con los santos obispos cuyos consejos recibia y que hallaban en su casa la mas noble hospitalidad. Se privó de todo el refinamiento de la vida patricia cuyas conveniencias habia convertido el hábito en una ley y una necesidad; groseras telas remplazaron las sedas, los adornos y los joyeles elegantes; en vez de un lecho espléndido, no tenia para acostarse mas que un cilicio arrojado en el suelo desnudo, duro y frio, y no podia llamarse descanso el tiempo que pasaba en él, pues su alma empleaba toda la noche en oraciones, en suspiros y lágrimas. Durante el dia sus ojos estaban enrojecidos y cansados de llorar, y el pensamiento de la falta mas leve la entristecia hasta tal estremo, que se la hubiera reputado culpable de los mayores crímenes.

»Algunas veces, dice san Jerónimo, su biógrafo despues de haber sido su director, le advertia que cuidase de sus ojos y los conservase al menos para leer el Evangelio. —Al contrario, respondia ella, es preciso desfigurar un semblante en el cual, olvidando el precepto divino, he puesto los afeites y artificios de la vanidad, y es preciso maltratar un cuerpo que se ha abismado en la malicia. Deseo rescatar mi risa con el llanto, y el lujo de mis trajes con la pobreza del rudo cilicio. He sabido agradar á mi marido y al siglo, y quiero complacer á Jesucristo.»

Paula no fué víctima de esos tristes delirios en que precipitaba la sociedad pagana á todos, especialmente á la mujer; porque existen en la historia páginas que sobrepujan los sueños de la imaginacion mas estraviada y que se desearia poder borrarlas en honor de la raza humana; pero costumbres tan horribles no han desaparecido en un dia á la luz del Evangelio, y han sido necesarios siglos para vencerlas y y desterrarlas. Mientras no se llevó á cabo tan sublime objeto, quedó en la vida pública una multitud de hábitos viciosos que el cristianismo

fué reprobando lentamente, como la molicie y el lujo orgulloso. Paula habia conservado sin duda por la necesidad de su alcurnia algunos vestigios de estos vicios y queria borrarlos con las lágrimas y con una dura penitencia. De este modo puede apreciarse el progreso que alcanzó la Iglesia al cabo de algunas generaciones; y participando del entusiasmo de san Jerónimo al ver la austeridad en que vivia Paula, diremos con él, »que no hay boca que pueda ensalzar dignamente tal heroina.»

Paula añadió á tanto rigor penosos ayunos y una perpetua abstinencia; se privó del uso de la carne, del pescado, de los huevos, del vino y de la leche; su único alimento eran insípidas legumbres, y aun para sazonarlas con aceite era preciso que fuese dia festivo. Estas prácticas, tan comunes entre los primeros cristianos y que aterran la malicia de nuestra época, eran una reaccion solemne contra el sensualismo de la sociedad pagana, y fundadas además en la doctrina y los ejemplos de Jesucristo, tenian por objeto someter al imperio del alma los sentidos vencidos y precaver con el vigor de la virtud las puerilidades y estravagancias de las pasiones. Hé aquí porque se apresuraban á dar á la vida el tinte grave y severo que no atrae ni seduce las miradas, y aquella varonil y enérgica tristeza que acarrea la salvacion, conservando la pureza interior con la circunspeccion manifestada esteriormente.

Este espiritualismo inteligente y generoso no era para santa Paula un motivo ni ocasion para descuidar las obras laboriosas que emanan de la caridad alimentándola y dan un nuevo valor á los sentimientos nobles. El amor de Dios brotaba de su corazon con actos repetidos de sacrificios para con el prójimo, y de lo que ahorraba del lujo y de sus gastos de otro tiempo, lo distribuia á los pobres y á los enfermos.

No hay duda que era buena para todo el mundo, porque no existia un alma tan tierna como la suya ni un espíritu tan indulgente. Siempre la encontraban humilde y bondadosa los débiles y los pobres; no por eso afectaba desden para con los que se rodeaban de vano esplendor, ni buscaba á los poderosos, pero tampoco rechazaba á los orgullosos, y tenia cuidado de dedicar su fausto á la mansedumbre y á la liberalidad. Los pobres merecian privilegiadamente su afecto; su riqueza se convertia en limosnas, y cuando la acusaban de sacrificar el porvenir de sus hijos, respondia: »Lo hago así para poderles

legar una herencia mayor que la mia, la misericordia de Jesucristo.» Llegaba á veces hasta rayar en profusion, temerosa de faltar á las necesidades de los indigentes, y es el único esceso de que se la pudiera acusar. »Pero no, añade su historiador, yo mismo me he engañado á propósito, porque al verla pedir prestado á interés y cambiar de acreedores para no perder su crédito ni los recursos que sacaba en beneficio de los pobres, le decia que el apóstol no exigia que nadie se acarrease las privaciones por ser útil á los demás, que el mismo Salvador habia enseñado que es bastante dar una túnica cuando se poseen dos, y finalmente, que era preciso guardar para seguir lo que voluntariamente hacia entonces. A estas y otras razones, respondia con palabras breves y modestas, asegurando que únicamente deseaba complacer á Dios, y morir tan indigente que necesitara un sudario prestado.—Si llego á mendigar, continuaba, muchas personas socorrerán mis necesidades, pero si el pobre que puedo ausiliar, aunque sea á costa de deudas, llegase á morir por haberle abandonado, ¿á quién se le imputaria su muerte?» De este modo aquella mujer de ardiente fé, unida al Redentor de los hombres, le devolvia lo que habia recibido, empobreciéndose por el que se empobreció por nosotros.

No obstante, llegó un dia en que sus hijos pusieron á dura prueba á santa Paula; Blesila, la primogénita de sus hijas, quedó viuda á á los seis meses de matrimonio, muriendo despues á los pocos años y cuando estaba á punto de renunciar enteramente al mundo para terminar sus dias en la soledad. San Jerónimo, que estaba entonces retirado en Belen, escribió á Paula para consolarla una carta estensa é interesante, en la que el corazon de este grande hombre se muestra á la par que del genio que el mundo entero la reconocia. »Ah! ¿quien dará á mis ojos, decia, bastantes lágrimas para llorar, no como Jeremías los guerreros de Israel sucumbiendo en el campo de batalla, ni como Jesus los desastres de Jerusalen, sino la santidad, la dulzura, la inocencia, la castidad y todas las virtudes que nos han arrebatado de una vez y en una sola vida?» Despues, muy al contrario de los consoladores vulgares que solo saben encantar el dolor alimentándolo, recuerda las cualidades que distinguian á Blesila y que la hacian mas digna de llorarse, la riqueza de su memoria, su espíritu facil y penetrante, el brillo y la pureza de su elocucion y la gracia arrebatadora de sus discursos; describe su pálido y tierno rostro

inclinando sobre un cuello enflaquecido por la fiebre, aquel ángel detenido en la tierra por un resto de cuerpo que se alimentaba de oraciones y piadosos deseos; y esclama: »¿Qué hago? Quiero enjugar las lágrimas de una madre y mezclo á las suyas las mias. No oculto mi emocion, escribo bañada en llanto; pero tambien Jesus lloró á Lázaro porque le amaba. Nada consuela mejor, cuando el propio dolor nos ha vencido y está destrozado el corazon, que el luto y las palabras inundadas en lágrimas... ¡Oh Paula! pongo por testigo á Jesucristo, cuya gloria está gozando Blesila, y á los santos ángeles que le hacen compañía, de que sufro los mismos tormentos que vos, pues soy su padre por el espíritu y por la ternura.»

Exhorta en seguida á la resignacion á la noble y desgraciada madre, y trata de dominar en ella lo que llama rebelion de las lágrimas, y hallándose en lucha con su íntimo pesar, cede á su modo, y lo reviste de inmortalidad. »Mientras viva, le dice, prometo y juro que el nombre de Blesila estará en mis labios, le dedicaré mis obras y tendrá su parte en mis desvelos. Todas mis páginas nombrarán á Blesila, será el eco de mis palabras; y sus facciones estarán grabadas en mis pensamientos donde se verán las vírgenes, las viudas, los monjes y los sacerdotes. Su corta existencia le alcanzará una fama imperecedera; vive en el cielo con Jesucristo, y vivirá igualmente en la memoria de los hombres. Terminará este siglo, y se alzará la posteridad que juzga sin amor y sin odio. Blesila estará colocada entre Paula y Julia, y vivirá en mis libros, al mismo tiempo que su hermana y su madre.»

La posteridad ha cumplido los promesas de san Jerónimo.

Paula vió morir tambien á su segunda hija Paulina, casada con Pammachio, y á la cuarta llamada Rufina casada con el patricio Aletio, pero estos golpes le alcanzaron ya en su retiro de Belen. La vida tumultuosa de Roma era para ella una carga pesada desde la muerte de Toxocio, y amaba la soledad, donde podia meditar mas útilmente sobre Dios y la vida eterna. Despues de profundas reflexiones, y á pesar de la voz de la sangre que hablaba en ella tan alto como en el mejor corazon de madre, Paula ejecutó su proyecto y abandonó sus bienes, su familia y sus mismos hijos, á fin de visitar religiosamente el pais ilustrado por las huellas del Hombre Dios, y fijar en él su residencia.—Es fácil comprender que tal ejemplo, respecto al abandono de los hijos, no es un punto de regla comun, sino una escepcion

heroica, y que por lo mismo no autoriza á nadie á marchar al cielo por caminos tan poco frecuentados.—Al salir de Roma, sus parientes la acompañaron hasta el puerto. ¡Espectáculo doloroso! Paula se habia colocado ya sobre la nave que se balanceaba bajo sus remos; Toxocio, que era muy jóven aun, tendia hácia su madre sus manos suplicantes; Rufina, que debia pronto desposarse, lloraba en silencio, manifestando con el carácter de su dolor, cuánto le afectaba una partida tan próxima á sus bodas; Paula sentia desgarrarse sus entrañas por el esfuerzo desesperado de la naturaleza, pero luchó como si separase de sus propios miembros y elevó al cielo sus ojos enjutos, donde superiormente á la ternura de madre, brillaba la enérgica fé de la servidora de Jesucristo. La nave se alejaba, todos los pasajeros lanzaron á la orilla un postrer adios, pero Paula, con objeto de evitar el último asalto de sus afecciones rotas, volvió sus miradas y las fijó sobre Julia que habia secundado su proyecto piadoso y su peregrinacion (año 385).

Despues de haberse detenido en Salamina diez dias para visitar á san Epifanio, desembarcó en las costas de Siria y fué á visitar tambien á san Paulino de Antioquía, pues habia hospedado con veneracion á estos dos ilustres obispos en un viaje que hicieron á Roma en 382. Entró por fin en Palestina, suelo privilegiado donde germinó y floreció la salvacion del mundo, tierra de milagros que se estremeció bajo las plantas del Omnipotente, y pisó aquel polvo y aquellas piedras que hablan al corazon, y donde parece haber puesto Dios la voz de su sangre, y de sus sudores y de sus lágrimas. Paula encontró en Jerusalen un palacio que le habia preparado el gobernador de Palestina, pero prefirió albergarse en una humilde celda, porque su pensamiento y su corazon solo iban á buscar á la ciudad santa el teatro ilustre de los misterios de la religion. Prosternábase ante la verdadera cruz como si viera aun suspendido en ella al Señor, tan ardiente era el fervor de sus adoraciones; besaba en el Santo Sepulcro la piedra donde fué depositado el Salvador; y tenia en ella aplicados los labios con tan grande espresion de fé y de amor, que parecia beber á raudales una vida misteriosa y un profundo sentimiento de las cosas divinas; vertian, en fin, tantas lágrimas amorosas sus ojos y su corazon suspiros tan profundos, que los testigos de tan elevado dolor quedaban llenos de respeto y sobrecogidos de un estremecimiento religioso.

Paula veia todas las escenas de la vida del Salvador por medio de la vivacidad de su fé, y al entrar en Belen en la caverna donde vino

Jesus al mundo, se conmovió como ante una aparicion. El ojo de su alma veia, por decirlo así, al divino Infante en pobres paños, á la Vírgen Madre, á los pastores corriendo á la voz de los ángeles, y á los Magos guiados por la estrella y trayendo al recien nacido las adoraciones del universo; y con el oido de su corazon escuchaba las palabras de san Juan que reasumen este conjunto de grandeza y humillacion: En el principio era el Verbo y el Verbo se hizo carne.

Y la santa esclamaba: »¿Cómo es posible que yo, miserable pecadora, sea admitida á besar el pesebre, donde el Señor exhaló su primer vajido, y á pronunciar mis oraciones en el mismo sitio donde la Vírgen dió al mundo el Verbo revestido de nuestra carne? Esta será mi morada, pues que es la patria del Salvador, y habitaré el pais donde le vieron los hombres.»

Pero antes de fijar su residencia en Belen, Paula hizo varias peregrinaciones, visitó el desierto del mar Muerto, aquella llanura seca por el soplo de la cólera divina y que ha quedado marcada por el sello ardiente; la ciudad de Jericó con su verde cinturon de palmeras y sus aguas, cuya amargura quitó milagrosamente el profeta Eliseo; el Jordan y sus ondas santificadas por el bautismo del Señor; Sichem y su pozo donde la Samaritana encontró el cordial de la vida celeste; Nazaret, el escabel que sostuvo la majestad del Eterno, cuando bajó de los cielos y tocó la tierra, y el monte Thabor, cuya cuna iluminó la gloria del Omnipotente.

Paula sufrió las incomodidades de tan largas y fatigosas correrías con un valor que no podia esperarse de una mujer educada en la finura y el lujo de la existencia patricia. Pero la animaba el espíritu de la fé, que la incitó á visitar las soledades del Egipto, embalsamadas entonces con todas las virtudes cristianas, que las convertian en el eden de la Iglesia primitiva. Veíanse allí almas que habian huido de la corrupcion general, mártires y verdaderos filósofos: no genios curiosos, olvidándose de sí mismos para contemplar el curso de los astros, ni lógicos sutiles formando teorías profundas sobre la distincion de las virtudes en vez de practicarlas todas con ingenuidad; sino hombres de una piedad sincera, ejercitándose en un conocimiento perfecto y un súblime amor de Dios, desprendiendo sus afecciones de toda traba material y viviendo como ángeles: raza de peregrinos ilustres, que sin cuidarse de sus cuerpos, cruzaban el destierro con paso melancólico y los ojos fijos en los horizontes de la patria!



Santa Paula se estableció en Belen en una humilde morada, despues de haber recorrido con admiracion todos los lugares santos, permaneciendo en ella durante tres años, ocupada en edificar un convento bastante espacioso para que se reunieran bajo su direccion un gran número de mujeres cristianas. Mandó tambien construir en el mismo sitio donde María y Josef no pudieron encontrar un albergue, una hospedería para los viajeros que visitaban la Tierra Santa y un monasterio de hombres cuya direccion encomendó á san Jerónimo. Esparció además abundantes limosnas por donde quiera que dirigia sus pasos, sembrando los bienes del tiempo para recoger los de la eternidad.

La vida de Paula, al frente de su convento, fué un modelo cumplido de virtud. Era profunda su humildad, y se la hubiera creido la mas inferior de sus hermanas á juzgar por su traje, por su modo de vivir y por la modestia de sus palabras. Valiéndose á la vez de ternura y de firmeza con discernimiento, conservaba la disciplina entre ancianas y jóvenes, muchas de las cuales habian abandonado los placeres y la opulencia. Es cierto que sus ejemplos autorizaban sus palabras, y que practicaba antes con heroismo lo que mandaba despues con bondad. Sabia hacer prevalecer la regla, imponiéndola con prudencia á las voluntades rebeldes, proporcionando sus reprensiones á los diferentes caractéres, apaciguando las lijeras contiendas con la suavidad de sus observaciones, reprobando con la severidad de sus miradas el esmero y la escesiva elegancia en el porte, y triunfando en fin hábilmente de la pureza, de la locuacidad y de otros defectos que su vigilancia habia descubierto en la comunidad. Deseaba que todas sus hijas aprendiesen á morir para las delicias de la vida y las seducciones de la tierra, por cuya razon les imponia privaciones y frecuentes ayunos, prefiriendo, segun decia la santa, verlas con el estómago débil que con el alma enferma.

Paula no descuidaba su alma al ocuparse de las demás, y se dedicaba á llorar sus pecados, á corregir sus imperfecciones y á meditar sobre las cosas imperecederas. Sabia de memoria toda la Escritura, y aunque le parecia precioso el relato histórico y el sentido literal, encontraba no obstante mayor atractivo en el sentido espiritual y profundo de la palabra divina. Para conseguirlo con mas facilidad y perfeccion, aprendió el hebreo que hablaba con una fidelidad y pureza asombrosa. San Jerónimo ensalza este mérito, el cual como estudió este idioma toda su vida, pudo apreciar las dificultades ocasionadas por

la constancia y talento de Paula. El mismo elogio merece Estoquium ó Julia que imitaba en todo á su noble madre, no abandonándola nunca y siguiendo sus gustos, sus estudios y sus virtudes.

La familia de Paula, que habia quedado en Roma, vivia tambien piadosamente. Toxocio se casó con Leta, cuyo padre se convirtió al cristianismo; de este enlace nació una hija, que se llamó Paula como su abuela, para la cual escribió san Jerónimo su carta á Leta, verdadero tratado de educacion; creció despues en el convento de Belen, al lado de Julia, y ocupó en la direccion de las religiosas el puesto de su abuela y de su tia.

Paula se vió acometida de su postrera enfermedad á los cincuenta y seis años. Eustoquium le prodigó los mas solícitos y tiernos cuidados, pero los sacrificios de su cariño no lograron retardar una desgracia que era por otra parte una fidelidad para la santa. De modo que en medio de sus sufrimientos y de su agonía, y cuando fríos ya los miembros, solo le quedaba un resto de vida en el corazon, recitaba las sentencias de la Escritura que espresan el deseo de volar á Dios y gozar su presencia. Exhaló su último suspiro mezclado con una plegaria el 26 de enero de 404.

Dos dias despues se celebraron sus exequias que pueden calificarse de grandiosas, no por el lujo y esplendor profanos, sino por el carácter religioso del duelo. No se oyeron gritos ni lamentos; el canto de los salmos honró su muerte y consoló á los vivos; habia acudido una multitud de obispos, sacerdotes, monjes y fieles: los mismos obispos la condujeron á su última morada, y la enterraron en la iglesia de la Gruta de Belen cerca del pesebre del Salvador. La mayor parte de las ciudades de Palestina fuéron á llorar y á orar sobre su sepulcro durante ocho dias; los pobres y las viudas lamentaban su muerte como la de una madre y la imploraban como una protectora, y todos encomiaban sus virtudes. «¡Adios, Paula, esclama su historiador, adios! Apoyad en vuestra intercesion á los que hoy os rinden culto: la fé y las obras os han conducido á Jesucristo, y al pié de su trono alcanzareis fácilmente todo lo que le pidais. Os he erigido un monumento mas duradero que los mármoles y bronces y que burlará todas las edades; he grabado vuestro elogio sobre vuestra tumba, y lo úno á mi libro para que os honren do quiera que lleguen mis palabras, y sepan que reposais en Belen.»

Aun puede ver el viajero el sepulcro de santa Paula en Belen, pero



ya no encierra sus reliquias, que han desaparecido con las de su hija sepultada á su lado. El epitafio de que habla san Jerónimo no existe hace mucho tiempo, pero se ha perpetuado con las páginas inmortales que ha consagrado á la viuda cristiana, como un tierno porvenir de santa amistad y un título de parentesco espiritual. ¿No eran en efecto dos almas de la misma familia y dos hermanas aquella mujer tan mortificada y tan pura y aquel solitario, cuyo rudo y altivo genio habia vencido todas las dificultades de la ciencia, cuyo curioso corazon tenia necesidad de hundirse en la soledad y en las mas terribles verdades de la fé para permanecer sumiso á Jesucristo, que recorria en fin á las mas temibles austeridades para acallar los deseos de la vida en una carne muerta ya antes de su destruccion? Tal es el historiador de santa Paula: »Pongo por testigo á Jesucristo, á los santos ángeles, dice, y al ángel custodio de esta admirable mujer, de que no hablo de ella como panegirista, sino únicamente como un testigo y pintando con débiles colores un mérito que el universo entero proclama..... Paula ha recibido la palma de un prolongado martirio, porque si es martirio verter su sangre por la fé, tambien lo es servir á Dios con un corazon tan grande y tan puro.»

H. Schopin Pinx!

Imp. de Chardon aîné et fils, r. Hautefeuille, 30, Paris

SANTA BATILDE

REINA DE FRANCIA.

La raza de Clodoveo bamboleaba bajo el peso de sus altos destinos. La particion del imperio de los francos en reino de Austrasia y de Neustria; las luchas que estaba obligada á sostener en el interior contra el poderío siempre en aumento de los grandes dignatarios y de los grandes vasallos de la corona, y en el esterior, contra el enjambre de bárbaros que querian tambien pasar el Rhin y establecerse en el fértil Occidente; la penosa agitacion que se efectuaba en dos elementos diversos, la civilizacion romana y las tradiciones germánicas, para amalgamarse y confundirse bajo la influencia del espíritu cristiano, todos estos obstáculos y movimientos, en fin, sobrepujaban las fuerzas de los últimos Merovingios. Sentados en el trono desde su infancia, morian casi todos antes de llegar á la edad viril, y si llegaban, era tan solo para arrastrar una existencia llena de molicie y de inercia. Encarcelados en sus palacios y probablemente corrompidos por la policía ambiciosa y los odiosos cálculos de algun leudo ó señor, ninguno de estos reyes tuvo suficiente inteligencia ó energía para desprenderse de tan degradante tutela, y contando desde Dagoberto, toda la dinas-

tia fué desapareciendo por su nulidad. ¿Adónde iria á pasar el cetro que era incapaz de sostener? Era entonces difícil de saberse, porque esta especie de cuestiones se resuelven, como nos enseña la historia, mas bien por la fuerza de los acontecimientos que por la aplicacion rigurosa de los principios del derecho.

Despues de la muerte de Dagoberto en 638, dos niños vistieron la púrpura real; Sigeberto de nueve años de edad obtuvo la Austrasia bajo la tutela de Pepino de Landen, en quien asomaba el astro radiante de los Carlovingios, y Clodoveo segundo, de cinco años, obtuvo la Neustria bajo la tutela de su madre Nantilde y de Ega, y despues de Archambaldo, personas ilustres entre los francos. El rey de Austrasia era un niño débil, que se distinguia por sus virtudes y su piedad, pero no prometia ser un gran príncipe, y que por otra parte murió á los veinte y un años. La historia de santa Batilde pertenece al reinado del monarca de Neustria.

Batilde, nombre derivado de Bauteur y Baudeur, nació en Inglaterra de la raza sajona que habia conquistado recientemente este pais. Se afirma tambien que era de sangre real, pero si verdaderamente ha existido este brillo de alcurnia, desapareció á los ojos de los hombres, para no manifestar en la descendiente de Odin mas que una pobre esclava, entregada sin defensa á las humillaciones y á la oscuridad de la servidumbre. Es cierto que los acontecimientos en apariencia mas casuales entran en los planes de la eterna sabiduría, y que Dios aparece cuando es preciso para circundar de gloria á los pequeños y humildes, arrancar del polvo á los pobres y hacerlos sentar entre los príncipes de los pueblos. ¿Batilde fué vendida por sus padres, segun costumbre de su nacion, ó arrebatada por los piratas cierto dia que se hallaba jugando en la orilla del océano británico? Lo que no puede dudarse es que fué conducida á las Galias, arrojada en un mercado de esclavas y vendida á ínfimo precio.

La hermosa é inestimable perla de Dios cayó en manos del alcalde de palacio Archibaldo, quien reconoció en ella un corazon lleno de rectitud, de grandeza y de bondad, y la vió siempre de carácter tan agradable y de palabras tan discretas como modesta en sus costumbres. Su juventud, su alma elevada, su belleza encantadora, la gracia, la nobleza de sus maneras, que inspiraban á la vez el agrado y el

respeto, y tanto mérito, en fin, en una clase tan humilde, atrajeron en un principio el cariño de Archivaldo, y se sirvió de ella, como del mas rico adorno de su mesa, designándola para presentar la copa á los convidados. Batilde no se prevaléció de la privanza y proteccion que se granjeaba rèspecto á los demás esclavos, y se hizo por el contrario tan amable y oficiosa, especialmente para con las mas ancianas, que llevó su bondad hasta el punto de prodigarles una multitud de cuidados y de hacerse servidora de los esclavos.

Habiendo perdido Archibaldo á su esposa, sintió que el cariño que profesaba á Batilde se convertia en un afecto mas profundo, y quiso darle un nombre mejor que el de esclava. Este favor, que hubiera considerado otra como una fortuna incomparable, no alucinó á Batilde, que alimentaba la idea de enlazarse únicamente con Dios, y supo evitar la solicitud de su señor. Pero al salir de su momentáneo retiro, encontró un honor mas distinguido que el que habia evitado. Su humilde virtud fué llamada al trono, y Clodoveo II se casó con ella, como dice el biógrafo, por consejo secreto de la Providencia. Era preciso efectivamente una mano pura y firme como la de Batilde para reemplazar en el gobierno de los negocios públicos la mano del debil y desgraciado monarca (año 640).

Este jóven príncipe habia perdido sucesivamente á Ega y Nantilde en los primeros años de su reinado. La historia no nos dice en términos claros cómo lo educó Archibaldo, pero advierte que su carácter indolente, su odio al trabajo y á las ocupaciones graves, su escaso talento y su debilidad le entregaron al dominio del maire de palacio y no ejerció su influencia en ningun acontecimiento. Sigiberto acababa de legar por muerte prematura su corona de Austrasia á un niño que hacia sombra á las miras ambiciosas de Grimbaldo, hijo de Pepino de Landen, y que por esta razon fué arrebatado de palacio y conducido hasta Irlanda. ¡El inactivo y débil Clodoveo, no se atrevió á hacerse reconocer como rey de Austrasia en lugar de su difunto hermano y del sobrino que habia desaparecido! De modo que su poder no dejó huella alguna en Neustria ni en Austrasia, y los historiadores solo nôs han trasmitido su nombre. »Su vida y su muerte, dice uno de ellos, no ofrece nada notable.»

El destierro, el cautiverio y la venta parecen una senda estraña para llegar al trono, pero Batilde honró su fortuna con un conjunto de cualidades que la hicieron cuando menos igual á las exigencias de su

nueva situacion. Su virtud fué su genio y su fuerza. Habia recibido de Dios un don especial de prudencia y un tacto maravilloso, por lo cual complacia á todos y les prestaba una fina atencion, y era dócil y sumisa al rey su señor, madre tierna para los príncipes, respetuosa con los sacerdotes, liberal y bondadosa para con los jóvenes francos de palacio, igualmente agradable con todos, amando á los obispos como á sus padres, á los religiosos como hermanos y á los pobres como á hijos, socorriendo á los infelices, conservando el honor de los príncipes y sabiendo apreciar sus consejos, exhortando á la juventud de la corte á no descuidar las cosas religiosas é inspirando al monarca su solicitud en aliviar á los indigentes y en edificar, adornar y defender las iglesias. Su placer era el retiro, de modo que sabia convertir el palacio en una soledad donde su alma se exhalaba todos los dias en fervientes oraciones y lágrimas de piedad. El rey, respetando una devocion tan verdadera y pura, nombró limosnero de Batilde al sacerdote Genesio que posteriormente fué obispo de Lion, y que la secundó con inteligencia y adhesion en sus obras de caridad. Distribuyó con regularidad vestidos y alimentos á los desgraciados, aseguró á los pobres una sepultura decente, y tuvo cuidado de proteger á los débiles, alentar á los buenos, y en cuanto le fué posible, atender á las miserias públicas y particulares.

La muerte de Clodoveo impuso á Batilde el peso de una responsabilidad de mas consideracion, no porque la voluntad del rey hubiese influido en los negocios, pues debilitado por precoces escesos, y teniendo su inteligencia trastornada, se sentaba en el trono sin sostenerlo ni combatirlo. Pero hay épocas y situaciones en que los hombres ocupan un puesto eminente y conservan el reposo del mundo, no por lo que son, sino por lo que representan, y aun que su mérito no exista en su interior sino en lo que les rodea, bastan algunas veces para asegurar la felicidad de un pueblo, de modo que Clodoveo II, que al vivir no resolvia ninguna dificultad, dejó con su muerte á la Francia en una grave situacion. Tenia veinte y cuatro años cuando espiró, y tres hijos, de los cuales el primogénito contaba cinco años. Á como la Austrasia estaba sin rey desde Sigeberto y sin alcalde de palacio como la Borgoña desde Grimoaldo, estos dos reinos recayeron al mismo tiempo que la Neustria en manos de Batilde que ocupó la regencia.

Cercáronla peligros de toda especie, y la antigua esclava se sentó en un trono combatido por guerreros tumultuosos, que pugnaban por



su independencia y fogosos en su ambicion. Sus hijos eran de carácter violento y duro, mas supo granjearse su veneracion, y los leudos intratables estaban acostumbrados á tener el trono en tutela, pero Batilde mandó y la obedecieron. Los alcaldes de palacio se escedian osadamente en sus atribuciones, como se vió con Grimoaldo y posteriormente con Ebroim; la jóven viuda tomó una parte activa en los negocios para dominar durante su vida pública la influencia de estos inquietos y turbulentos magistrados. Sus virtudes le dieron mas influencia y poder que su genio á Brunegilde y sus crímenes á Fredegonda, y sobresalió á Clotilde y Radegonda, con las cuales la compara su biógrafo.

Los consejos de los obispos, de los sacerdotes y de los monjes de quienes adquiria sus luces y sus resoluciones, contribuyeron poderosamente á que Batilde gobernase á la nacion con osadía, con constancia y con firmeza rara hasta en un hombre. Los obispos que merecian particularmente la confianza de Batilde eran Crodoberto de París y su sucesor Sigoberrando, Genesio de Lion, Andoen de Ruen, Légero de Autun y Eloy de Noyon, y bien pronto se convenció la nacion de las plausibles medidas que ilustraron su regencia. Sus mayores esfuerzos se dirigieron á rehabilitar y afirmar la autoridad rea y á impedir en cuanto posible fuera la particion del imperio franco. Clotario III, el primogénito de Batilde, fué reconocido en un principio por los tres reinos, y aunque es cierto que se vió muy pronto su hermano Chilperico sentado en el trono de Austrasia, esta separacion se llevó á cabo sin turbar la paz y la buena armonía. Los servicios que Batilde prestó al poder, y que lo hubieran libertado gradualmente del yugo de los leudos si sus hijos hubiesen continuado su obra, consistian mas que en ordenanzas é instituciones positivas, en la direccion inteligente y leal que atrae tanto é impone con el ascendiente moral la obediencia y el respeto.

Batilde fijó tambien toda su atencion en el pueblo con objeto de disminuir sus tributos y sufrimientos, y en esto puede notarse que solo el evangelio encierra la solucion de los mas graves problemas que contristan y aterran á los estados ó en otros términos, que la virtud es un deber que constituye la mejor sabiduría y la mas elevada política. Batilde se creó un punto de apoyo y una fuerza contra el poderío turbulento y las rebeliones de los hombres de espada socorriendo al pueblo y realzándolo por el impulso de la caridad cristiana.

Todos los historiadores han descrito con los mas sombríos colores

y vituperado las desapiadadas exigencias del fisco romano, especialmente en los últimos siglos del imperio. La prolongada incertidumbre, las guerras y las invasiones habian desanimado y casi anonadado la industria, el comercio y la agricultura, y habia originado una miseria sin ejemplo que obligaba al tesoro á ser mas codicioso y mas duras y crueles sus exacciones. El impuesto, además de ser escesivo, era repartido de un modo injusto y recaudado con odioso rigor y con el ausilio de bárbaras violencias. Es posible que la conquista de los francos alivió en cierto modo tan triste situacion, ya porque sus necesidades eran menos escesivas que las del imperio, ya porque ignoraban los artificios que habia hecho tan destructora la dominacion romana; no obstante, se habia perpetuado el mal con las tradiciones del antiguo régimen, y los impuestos, calculados por cabezas, abrumaban á las familias pobres, que eran por lo regular las mas numerosas, y desanimaban á la poblacion. Habian llegado las cosas á tal estremo, que el pueblo, para alijerar el peso de la miseria, esponia sus hijos á la muerte. »Por esta razon, dice el historiador, Batilde arregló, ó mas bien Dios dispuso por ella suprimir tan horrible é impia costumbre, porque muchos preferian dejar morir á sus hijos que alimentarlos, al ver que la codicia del fisco crecia con su familia y que todas las cargas públicas pesaban sobre ellos, segun el uso establecido y en detrimento considerable de su fortuna.» Este es el mal que trató Batilde de aliviar, con los esfuerzos de su ternura y de su piedad, reprimiendo la avaricia y estableciendo en la tierra leyes que le alcanzaron en el cielo una espléndida é inmortal recompensa.

Igual política, fundada siempre en el amor de Dios y en el sentimiento de caridad paternal que de él se desprende, se manifiesta de un modo mas brillante en otra ordenanza de Batilde respecto á la esclavitud.

El árbol de la cruz daba sus frutos: Jesucristo habia predicado el dogma de la dignidad humana con toda la elocuencia y la fuerza que existe en las obras y en el afecto de un Dios: las palabras de libertad que el Evangelio pronunciaba, rescataban las almas del error y de la corrupcion, y gradualmente desacreditaban, vencian y destruian la esclavitud; no porque enseñaran á los esclavos á romper con violencia el yugo, sino porque inducia á los señores á no imponerlo. Bajo esta maravillosa influencia, la obediencia era mas segura porque se presta-

ba voluntariamente, y la autoridad era superior y suave tomando su orígen del cielo. El señor cristiano no podia sin remordimientos oprimir las criaturas que la legislatura, la fuerza ó el dinero lanzaban bajo su imperio absoluto, pero que la fé le mostraba rescatadas por la muerte de un Dios y enrojecidas con el resplandor de una divina sangre: y la nobleza, que era menos invariable y perecedera que las instituciones humanas, se acostumbrada á usar de respeto hasta en el mando. Cuando se completó esta obra grandiosa, ó al menos se adelantó bastante, ilustrando las almas, las cadenas cayeron, por decirlo así, por sí propias de las manos de los esclavos.

Batilde alcanzó la gloria de comprender este nuevo espíritu y de secundarlo con una medida tan sabia como equitativa. No alteró el órden existente, ni los derechos adquiridos, bajo el pretesto de reparar las injusticias sociales y establecer de una vez la perfecta igualdad; dijo que los abusos fueran estinguiéndose sordamente, y en vez de reaccionar sobre el pasado, halagando algunas pasiones y favoreciendo venganzas, abrió pacíficamente la senda por donde debia entrar y marchar el porvenir. Es preciso recordar, dice el historiador de Batilde, que para colmo de sus méritos prohibió no esclavizar á los cristianos, y logró por medio de sus caritativos mandatos que nadie introdujera esclavos en el pais de los francos.

La piadosa reina sancionaba con su ejemplo las leyes cuya ejecucion recomendaba, y se citan innumerables actos de su caridad; compraba con frecuencia muchos esclavos para despedirlos al momento libres ó para hacerles abrazar la vida religiosa; protegia particularmente á los de su nacion, les hacia comer en su mesa, y si lo deseaban, los enviaba á los monasterios; y habia, en fin, en sus palabras y en su piedad tanta persuasion que arrancó á muchos pecadores á la esclavitud del vicio para someterlos al venturoso yugo de la virtud é inspirarles el amor al retiro, que sentia continuamente su corazon. Santa Batilde se esforzó con constancia en abolir la esclavitud que pierde las almas y la que martiriza el cuerpo.

La Iglesia fué para Batilde un objeto de solicitud ilustrada y generosa, y le dedicó sus desvelos con tanto afan como al estado. En aquella época era mas que nunca la Iglesia la piedra angular del órden social, y fué preciso rodearla con todo el prestigio que inspira la confianza y comunica fuerza y accion; además, las iglesias particulares de las Galias habian sufrido durísimas pruebas; escluyéronse por mucho tiempo del clero á los hijos de los bárbaros, lo cual es probable

si se recuerdan el nombre de los obispos, que eran casi todos romanos, y la ignorancia, la dureza de las costumbres y la lijereza natural del pueblo conquistador parecian poco compatibles con la direccion de las cosas santas y el cuidado de las almas. Pero conforme se iban amalgamando las razas, desaparecian estas diferencias; cedió la barrera, y los bárbaros pasaron el umbral del santuario, llevando consigo un resto de sus hábitos indisciplinados y violentos. Batilde manifestó su profunda adhesion á la Iglesia en medio de tantos obstáculos y dificultades, se valió de su influencia para que se sentasen en las sillas episcopales los varones mas distinguidos por su virtud y su talento, vigiló, en cuanto le pertenecia, la conservacion de la disciplina, combatió el criminal abuso que amontonaba esclusivamente en favor de los hijos de los leudos altaneros las dignidades eclesiásticas, enriqueció muchas basílicas, particularmente las de San Dionisio y San German en París, la de San Medardo en Soissons, la de San Agnan en Orleans y la de san Martin en Tours; y honró con sus liberalidades á los religiosos de estas diferentes iglesias, con la única condicion de trabajar animosamente para acrecentar su virtud y de orar por sus hijos, por ella y por la Francia.

Las instituciones monásticas despertaron tambien en el corazon de Batilde el mismo sentimiento de piedad y de conciencia, que la inducia á dar á la religion toda la importancia que necesitara para hacer la felicidad espiritual y aun material de los pueblos. El monasterio es por su naturaleza la aplicacion mas verdadera de las máximas evangélicas, y nadie ignora que en la edad media fué el arca de salvacion donde se albergaron y protegieron todas las cosas nobles y útiles. El pobre se iba allí en busca de trabajo y pan, el ignorante de un buen consejo, el húerfano de un asilo, la viuda de un ausilio y el oprimido de un apoyo, y todos se agrupaban en torno de las abadías, renunciando á sus hábitos salvajes y preludiando con una vida laboriosa y regular la existencia disciplinada de las modernas municipalidades. Además, al mismo tiempo que encontraban las almas un albergue contra las borrascas y el tumulto del mundo, las letras, las ciencias y las artes tenian en el monasterio un refugio contra la ciega barbarie de los invasores, porque los monjes, tan cobardemente calumniados despues, fueron los que en los pliegues de sus hábitos reputados sin gloria, sacaron de entre las ruinas y guardaron para mejores épocas las maravillas del genio antiguo con las poderosas doctrinas del cristianismo.



es decir , todos los elementos y gérmenes de la civilizacion de que hacemos en el dia tan orgulloso alarde. Batilde creyó que era importante fundar y sostener estas instituciones prescindiendo de que el espíritu de la época tendia generalmente á protegerlas. Edificó en el territorio de Amiens el monasterio de Corbia, dotándolo ricamente y fundando en él una colonia de monjes ejemplares; sus liberalidades favorecian las mas célebres abadías, á Jumieges al cual donó tierras, un bosque y diversos regalos, y á Jouarre, Luxenil, Fonteelle y Faremontier, cuyos edificios y posesiones considerables atestiguaron su generosidad. Desplegó especialmente su magnificencia en Chelles, terminando los trabajos inaugurados por santa Clotilde y asegurando á los religiosos inmensas rentas. »Pero quién podria contar, añade sencillamente el historiador, los tesoros, alquerías, tierras y bosques que concedió para construir conventos ó favorecer á los pobres! No podria contarlo, pues seria mezquino mi labio.»

Batilde habia deseado siempre una vida menos agitada que la del palacio; las dificultades y pesares de una regencia solo sirvieron para llenar á su alma del desprecio del mundo, y se hubiera refugiado en el retiro, á no ser por el imperioso sentimiento del deber y de la lealtad que la detenian en el trono, y porque los grandes del reino habian manifestado el deseo de no perderla, á causa de la estimacion y afecto que la rodeaban. Pero todo es perecedero en este mundo, y nada cambia tan caprichosamente como el favor, cualquiera que sea su orígen; los leudos empezaron á agitarse; se logró apaciguar á los de Austrasia dándoles un duque que reemplazó el alcalde de palacio y gobernó realmente reinando nominalmente Chilperico; y en Neustria el ambicioso Ebrain, que empezaba á manifestar sus pretensiones, empleó la astucia y la intriga en derrocar la regencia. Además Batilde habia concebido los presentimientos mas sombríos cinco años antes, en los funerales de san Eloi. Este obispo era uno de sus mas fieles consejeros; luego que supo la reina que habia caido enfermo, partió á Noyon con sus hijos, los principales señores y un numeroso acompañamiento; pero cuando llegó, solo encontró un cadáver, sobre el cual empezó á llorar y lanzar gritos desgarradores; y descubriendo el rostro del difunto, lo bañó con sus lágimas, y lo siguió hasta la última morada con toda la muchedumbre entristecida, esclamando como si hubiera presagiado el porvenir: »Oh buen pastor ¿por qué nos abandonais?

La muerte de Sigoberrando, obispo de París, fué el acontecimiento



que determinó el retiro de Batilde. Los leudos le asesinaron porque le odiaban por su carácter altivo, y especialmente porque su influencia en el palacio era un obstáculo para su ambicion; tal vez la regente se creia con bastante fuerza para vengar una sangre tan indignamente derramada, como lo temieron los nobles, los cuales aprovechándose de la intencion que tantas veces habia manifestado, la propusieron la renuncia como un proyecto realizable y oportuno. Batilde conoció las verdaderas razones de este paso, pero vió en él una voluntad mas elevada que la de los hombres y una ocasion favorable de huir del tumulto de los negocios; no obstante, mostrándose hasta el último momento firme custodia del poder, protestó contra la injusticia é ingratitud de los leudos, á quienes habia tratado constantemente con ternura de madre y que le pagaban con injuriosas sospechas sus generosos sentimientos y sus beneficios, y los perdonó despues á todos, aconsejada y apoyada por los obispos, con intento de hacer olvidar la amargura de sus quejas.

Batilde abandonó el palacio y se retiró al monasterio de Chelles, á donde la acompañaron algunos nobles adictos formando una escolta de honor (por los años 664), y las religiosas que le eran deudoras de todas sus riquezas, la recibieron con respeto y cariño. No se valió de su pasada grandeza para exigir el beneficio de ningun privilegio; lejos de libertarse de la vida comun, se confundió humildemente entre las hermanas y se sometió con una docilidad ejemplar á Bertila, constituida abadesa del monasterio desde el momento de su fundacion: prodigiosa prerogativa de las conciencias fieles á la voz de Dios. Al pasar Batilde del mando á la obediencia, sintió mas alegría que esperimentara su alma cuando pasó de la esclavitud al trono, y se apresuró á ocultar la grandeza de sus recuerdos bajo la bajeza de los empleos que comunmente se llaman abyectos. Todo cuanto hay de mas penoso en el mundo, lo convertia en sufrible y hasta agradable por su amor de Dios y por su afan de agradar á él que se hizo hombre para servir y no para ser servido, como él mismo nos enseña; ayudaba á Bertila con sus consejos y esperiencia en el gobierno interior del monasterio y en las relaciones del esterior; las religiosas encontraban en ella la ternura de una madre y los desvelos solícitos de una hermana, especialmente en sus enfermedades y pesares: en una palabra, fué en su nuevo género de vida lo que habia sido en la esclavitud y en el trono, carácter elevado, corazon heroico y bueno y alma de eleccion, en la que



Dios hacia ver por un ejemplo toda la fuerza y belleza moral que da á sus criaturas.

Batilde vivió diez y seis años en Chelles; mas de una vez desgarró su corazon el espectáculo de las vicisitudes sangrientas en que sufrió y desapareció toda su raza. Clotario III murió jóven como sus antecesores sin posteridad; el intrigante Ebroin, que no queria que se sentase en el trono de Neustria el rey de Austrasia Childerico, el discípulo y amigo de san Légero de Autun, se apresuró á dar la sucesion de Clotario á Teodorico ó Tierry, tercer hijo de Batilde, con objeto de gobernar con mas independencia bajo el nombre de este príncipe que era su hechura. Pero irritados los leudos con una ambicion que los tenia separados del monarca, contrariando sus leyes, tomaron las armas y derrocaron á Ebroin y su empresa, siendo este aprisionado en el monasterio de Luxeuil y Tierry en el de San Dionisio. Dueño Childerico de los tres reinos, se ilustró en un principio con los consejos de san Légero; pero su carácter impetuoso y el desenfreno de sus pasiones, escitaron el odio y degradaron su autoridad hasta el estremo de rechazar una tutela que le recordaba la justicia y la virtud.

El obispo abandonó el palacio y hasta se alejó de su iglesia para refugiarse tambien en Luxeuil, donde encontró á su rival Ebroin que debia algun dia hacerle morir. El rey no tardó en esperimentar los resultados de sus violencias estravagantes: varios leudos formaron una conspiracion para vengar la injusticia recibida por uno de ellos, y mataron al rey, á Dagoberto su hijo y á la reina que se hallaba en cinta. Solo un príncipe logró salvarse de esta matanza, quien fué á buscar un asilo en Chelles al lado de su abuela santa Batilde.

Estos crímenes y espantosas tragedias llenaron de luto el alma de Batilde, y le demostraron con mas verdad que hasta entonces la instabilidad del siglo, trasladando sus pensamientos hácia la pacífica eternidad. No estaba muy lejana de conseguirla: prolongados y agudos dolores de entrañas acabaron de probar, ó mas bien de manifestar su paciencia, porque no salia de su boca una sola queja, sino que por el contrario daba gracias á Dios con viva espresion de confianza en su misericordia.

Un sueño le dió el mayor consuelo; creyó ver en él una escala de luz que llegaba desde la tierra hasta los astros, cuyas gradas subia en compañía de los ángeles. »Era sin duda, dice su historiador, el camino que se habia formado durante su vida, y la acompañaban para llegar

hasta Dios los ángeles cuya amistad se habia granjeado con sus buenas obras y sus méritos eminentes, la paciencia, la humildad y todas las virtudes que habia practicado y que eran otras tantas gradas que la elevaban hasta Jesucristo.» No obstante, Batilde conoció que habia llegado su hora postrera; aumentó sus oraciones y su alegría, dió algunas instrucciones á las religiosas que la rodeaban, y alzando al cielo sus ojos y sus manos, entregó tranquilamente su alma á su Criador (por los años de 680).

Así murió Batilde, dejando á los que mandan y á los que obedecen un brillante ejemplo de todas las virtudes; resignada y grande en la esclavitud, humilde y cariñosa sobre el trono, sin alucinacion ni orgullo en la prosperidad y sin abatimiento en la adversidad, supo conservar en las agitaciones inseparables de la vida pública una piedad y una pureza que parecen el privilegio esclusivo del claustro y de la soledad.

Los restos de santa Batilde fueron depositados en la iglesia de Santa Cruz de Chelles que habia hecho edificar, y se trasladaron á la iglesia de Nuestra Señora en el reinado de Luis el Piadoso. Diversos milagros llenaron de gloria su sepulcro, y autorizaron á honrar públicamente su memoria. El martirologio romano fija su festividad en el 26 de enero, y se celebra en Francia el 30 del mismo mes, que se cree ser el dia en que Batilde subió al cielo á gozar de la gloria eterna.

Barrias pinx.t | Paris, Imp.e de Chardon aîné et fils | Sculp.

STE FÉLICITÉ.



SANTA FELICIA

MÁRTIR.

La mujer recobró en la Iglesia la dignidad que perdiera al salir del Eden: su curiosa imaginacion se habia dejado alucinar por su vano sueño de divinidad asegurada por Satanás, y en vez de conseguir esta felicidad ilusoria, solo encontró dolor, humillacion y esclavitud; era la personificacion de una atroz ironía, que duraria aun si no hubiera derramado su sangre el Redentor para salvar la raza humana. Habiendo borrado el sacrificio del Calvario todas las faltas y puesto un remedio á todos los desórdenes, la mujer se volvió á levantar de entre las ruinas de cuarenta siglos de oprobio; y destellando su alma purificada un brillo mas noble y mas poderoso que el encanto de sus formas esteriores, rescató su natural debilidad con la grandeza moral, y restableció para una mitad del mundo el equilibrio roto por espacio de largos siglos y de un órden dolorosamente turbado.

Pero no lo consiguió mas que cumpliendo como era justo con una ley que rige todas las expiaciones y opone á los crímenes la generosa práctica de las virtudes opuestas; le fué preciso se-

llar con sangre el acta de su rehabilitacion; enmendó su orgullosa y crédula confianza en las palabras del tentador con la energía y la humildad de su fé en Dios, su rebelion con la obediencia llevada hasta la muerte, su curiosidad sensual con una paciencia invencible en los tormentos mas prolongados y mas duros; y así como habia reducido y arrastrado al hombre, vino en su ayuda y lo edificó con ilustres ejemplos que debió admirar al menos, si no tuvo ánimo ú ocasion para seguirlos. Subió tan pronto y tan alto á su puesto, sintió é impuso de un modo tan grandioso el respeto de sí misma, que no fué difícil conocer desde las primeras persecuciones, que se desprendia victoriosamente del espíritu como de los impulsos brutales de la caduca sociedad, y que á pesar de todo, inauguraba en el mundo la era de una nueva civilizacion. Y no puede dudarse que en el grado y esplendor de virtud á que habia subido la mujer sostenida por el Evangelio, todas las distinciones políticas y desigualdades sociales solo conservaban una importancia secundaria, lo mismo que las bellezas y defectos del cuerpo; y lo que brillaba sobre la nobleza senatorial y la hermosura mas completa, como á través de los harapos de la pobreza y de los miembros ajados por el sufrimiento y la esclavitud, era el alma enrojecida por la sangre de un Dios. La esclava que moria por la fé, recibia los mismos honores y era invocada con tanto respeto como la patricia, y el martirio revestia á la jóven con una majestad mas dulce y poderosa que la que hubiese impreso jamás sobre ninguna frente la mejor diadema. Y aun sucedia con frecuencia en esta trasformacion profunda, que la mujer daba su nombre al dia del aniversario de un triunfo, en el que los hombres habian sufrido y combatido por Jesucristo al mismo tiempo que ella y con no menos heroicidad.

Brillante testimonio de lo que acabamos de esponer es la historia de Felicia, Perpetua y demás compañeros mártires. Felicia era esclava, ó al menos de una clase muy ínfima, y Perpetua una noble dama de Cartago; pero aunque de diferente alcurnia, fueron verdaderamente hermanas por su valor en confesar la fé en medio de los tormentos, y actualmente están reunidas en el seno del Padre comun, siendo en el mundo su memoria objeto del mismo culto. Leíanse en otro tiempo las actas de su martirio en las iglesias de África, y se recibian con respetuosa devocion las lecciones que contienen; todo el universo ha cele-

brado su festividad desde la mas remota antigüedad, y su nombre, incluido en las oraciones de la misa, brota todos los dias de todos los labios sacerdotales y resuena de un estremo á otro de la tierra. Padecieron tambien con ella los cuatro generosos mártires Saturnino, Revocato, Secúndulo y Saturo; la Iglesia los honra al mismo dia que á Perpetua y Felicia, pero sin incluir sus nombres en su oracion, aunque tambien sufrieron con firmeza y constancia los suplicios y la muerte. »Pero era justo, escribe san Agustin, hacer esta distincion con las ilustres cristianas, porque á través de los horrores de la prision, de los animales feroces y de la espada de los gladiadores, vencieron al demonio que alcanzó tan fácilmente la victoria de la primera mujer en las delicias de la felicidad del paraiso. Se ha creido que no solamente las hacian menos propias para el combate la flaqueza de su edad y de su sexo, sino sus afecciones de esposas y de madres, y que siendo su triunfo milagroso, era preciso que la gloria de su nombre fuera mas brillante y memorable.»

Siendo procónsul de Africa Minucio Firmiano ó Timiniano, cuando el emperador Severo mandó la persecucion en los primeros años del siglo tercero, fueron presos en Cartago, por causa de cristianismo, Revocato, Saturnino y Secúndulo, al mismo tiempo que Felicia y Perpetua. Todos eran catecúmenos, es decir discípulos de las doctrinas del cristianismo, pero no estaban aun bautizados; y no tardó mucho en unírseles Saturo, que les habia dado las lecciones de la fé y que se entregó voluntariamente para terminar su obra sosteniéndolos con las palabras y con el ejemplo. Se cree además que era hermano de Saturnino. Felicia, aunque muy jóven, estaba casada y embarazada de siete ú ocho meses. Perpetua tenia veinte y dos años, estaba tambien casada y alimentaba en su seno un hijo de tierna edad; toda su familia era cristiana á escepcion de su padre, el único, segun decia la santa, que no se regocijará con mi martirio. La misma Perpetua escribió la relacion de los gloriosos combates, que tanto ella como sus compañeros sostuvieron por la fé de Jesucristo; un fragmento de esta historia es de Saturo, y el resto de un autor contemporáneo, que declara relatar simplemente lo que ha oido y visto por sí mismo, y que apela con confianza á los numerosos testigos de tan memorable acontecimiento.

Los mártires no fueron lanzados al momento en un oscuro calabozo; permanecieron algunos dias encerrados en una casa particular; en este intermedio recibió Perpetua la visita de su padre

y venció una de las mas terribles tentaciones que pueden asaltar y agitar el alma, tomando la apariencia de la ternura y haciendo hablar la voz de la naturaleza. Las amargas lágrimas y las respetables canas del anciano fueron para Perpetua un escollo entre Dios y su conciencia; pero logró desplegar un valor y una firmeza invencibles al respeto y al cariño filial, y desesperado su padre viendo tan heroica resistencia, la maltrató en su ciego frenesí con arrebatado encarnizamiento. Despues de esta escena, pasaron algunos dias sin que el anciano volviese á ver á su hija, la que sintió un grato alivio, pues la entrevista con su padre le habia desgarrado dolorosamente el corazon.

Felicia recibió el bautismo al mismo tiempo que los demás mártires, y fué conducido con ellos á la presencia del procónsul Minucio, que les mandó que sacrificasen á los ídolos. Saturo respondió en nombre de todos diciendo que se negaban como cristianos, y fueron trasladados entonces á la cárcel que estaba fuera de los muros de la ciudad. »Quedé aterrada, dice Perpetua, pues nunca me habia visto abismada en tan espantosas tinieblas. ¡Qué dia tan horrible! El calor era sofocante á causa de la multitud, los soldados nos arrastraban brutalmente y era mortal mi inquietud pensando en mi hijo. Dos diáconos que nos asistian, Pomponio y Tercio, alcanzaron á precio de oro que nos permitieran pasar algunas horas en un sitio ventilado para respirar un aire mas puro y fresco, y salimos del calabozo. Yo pude dar el pecho á mi hijo, moribundo casi por el hambre, y se lo recomendé con solícito afan á mi madre; reanimé el valor de mi hermano, y me causaba un amargo dolor, el considerar que padecia por mi causa. Muchos dias pasaron con tan crueles penas; pero habiendo conseguido tener mi hijo en la prision, recobré mis fuerzas y se aliviaron mis inquietudes y pesares. La cárcel me parecia un palacio y me creia allí feliz y estaba tranquila.» De este modo la alegría de un alma inocente se esparce sobre todo lo que la rodea y lo llena de maravillosa dulzura, alijerando la conciencia con la conviccion de su independencia, las cadenas que abruman los miembros, y disipando con el brillo de su propia pureza el horror de las infectas tinieblas donde el cuerpo sufre y se estingue lentamente.

Los mártires ignoraban la suerte que se les reservaba, y el hermano de Perpetua que asiduamente la visitaba, le dijo un dia: »Querida hermana, tú que tienes tanto influjo para con Dios, pídele que nos diga

si nuestras penas terminarán en el martirio ó si nos enviará á todos la libertad.» Sabiendo la santa (son sus propias palabras) de qué modo comunicaba con Dios, respondió que le diria al dia siguiente la suerte que les esperaba. Efectivamente, despues de una ferviente oracion, supo por medio de una vision lo que deseaba. Se alzó ante sus ojos una escala altísima que llegaba hasta el cielo, pero tan estrecha que solo podia subir por ella una persona, y estaba además erizada á derecha é izquierda de espadas, agudas lanzas, garfios de hierro y de diferentes instrumentos afilados y cortantes, de modo que para vencer sus gradas sin recibir crueles heridas, hubiera sido preciso tomar muchas precauciones y tener siempre fijas hácia arriba las miradas. Veíase al pié de la escala un dragon amenazador y de una magnitud prodigiosa que impedia que se acercasen á ella con vigilancia celosa y terrible. Saturo fué el primero que se presentó, subiendo sin recibir ningun daño la escala, y cuando llegó al estremo, se volvió y dijo: »Perpetua, os espero, pero tened cuidado de la boca del dragon.—En nombre de Jesucristo, creo que no me hará ningun mal,» respondió ella. Efectivamente cuando llegó cerca de la escala, el monstruo levantó suavemente la cabeza, y Perpetua la holló con el pié sirviéndose de ella como de primer escalon. Llegó por fin al estremo, y vió en un jardin espacioso un pastor de blanca cabellera y acompañado de muchos millares de personas cubiertas con ropajes de brillante color. »Bien venida seas, hija mia,» le dijo el anciano, y le dió al mismo tiempo un dulce y suave alimento que ella recibió pronunciando la palabra *amen* que repitió toda la asamblea. Despertóse entonces saboreando aun el gusto del maravilloso manjar.

Perpetua contó la vision á sus compañeros de padecimientos que comprendieron que les estaba reservado un próximo triunfo; la escala á donde no se podia acercar y que se subia con tanto peligro, les pareció la angosta senda que conduce al reino de Dios: el dragon era la antigua serpiente que precipitó á la mujer del cielo á la tierra, y que por justa sentencia servia de escabel á la mujer regenerada, y elevándose de la tierra al cielo, vieron por fin en el anciano el soberano Pastor que alimenta en el mundo las almas con su carne y con su sangre, y que se entrega á ellas mas allá del sepulcro por una comunion eterna, que no pueden describir las lenguas humanas, pero que tiene un hermoso nombre en la eternidad.

Algunos dias despues circuló el rumor de que los mártires iban á

sufrir un interrogatorio, y Perpetua vió entrar en la prision á su padre abrumado bajo el peso de su dolor. »Hija mia, esclamaba, ten compasion de mis canas, ten compasion de tu padre, si es que merezco que me llames con este nombre. Ya que te he protegido y cuidado en tu niñez, prefiriéndote á todos tus hermanos, no me acarrees el oprobio de los hombres. Vuelve tus ojos hácia tus hermanos, mira á tu madre y á tu tia, mira á tu hijo que no podrá sobrevivirte. Amaina ese bárbaro empeño y no nos pierdas con tu obstinacion, porque ninguno de nosotros se atreveria á salir al público si sufrieras algun castigo.» Hé aquí, dice Perpetua, lo que el cariño inspiraba á mi padre; me besaba las manos, se arrojaba á mis piés, y bañado en llanto no me llamaba ya su hija, sino su amada.» La generosa santa estaba movida á compasion al ver que él solo no se regocijaria de contar un mártir en su familia; pero uniendo una fé enérgica á los sentimientos de la piedad filial, y sin ofender en nada el respeto debido á su padre, prometió una invencible fidelidad á Jesucristo. »Dios hará de mí lo que le plazca en el cadalso, dijo; estamos en su poder y no en el nuestro.» Su padre se retiró al oir estas palabras, medio muerto de dolor é inspirando á todos compasion.

Al dia siguiente, estaban los mártires tomando su alimento, cuando se presentaron los soldados para conducirlos al foro, á donde acudió una numerosa multitud. Presidió el interrogatorio el gobernador Hilarion, sustituyendo al procónsul Minucio que habia muerto poco tiempo hacia. Habiendo mandado á los mártires que sacrificasen á las divinidades paganas, Saturo respondió que era preferible obedecer á Dios que dar culto á los ídolos, y preguntándole si hablaba en nombre de todos ó tan solo en el suyo, manifestó que animaba á sus compañeros la misma fé y voluntad. Todos apoyaron en efecto sus palabras. Hilarion se lisonjeó tal vez de vencerlos con mas facilidad separando su causa; y llamando primero los hombres aparte, invitó á Saturo á sacrificar y á no reputarse superior á los Césares, adictos y obedientes á los dioses. »En vano, respondió Saturo, me creeria superior á ellos, hay un Príncipe del siglo presente y del porvenir que juzga de vuestro mérito, y tendré la dicha de morir por su santo nombre.» Interrogado en seguida Saturnino y precisado á reconocer los dioses del imperio, dijo que no lo haria jamás porque era cristiano. Esta fué la respuesta de Revocato, quien al oir la pena capital, dijo sin vacilar: » Rogamos al Señor que nos conceda tan inmenso favor.»

El gobernador hizo venir entonces á las mujeres, y dirigiéndose á



Felicia (Felicitas) le preguntó, valiéndose de un juego pueril de palabras, dónde estaba la felicidad. »No aquí;» le respondió tranquilamente. La interrogó sobre su nacimiento y su familia, y dijo la acusada: »Mi padre y mi madre ya no existen, y mis parientes son los compañeros de mi martirio.» Viendo el juez que estaba embarazada, se esforzó á conmoverla y vencer el valor de la jóven con esta circunstancia, pero elevándose Felicia con un heroismo superior á su sexo, á su inquietud y sus á sufrimientos, añadió: »Soy cristiana y estoy obligada á despreciarlo todo por Dios.» Finalmente, á todas las razones de compasion afectada que el gobernador le dirigia, Felicia solo opuso estas palabras: »Haced cuanto querais, pero no me vencereis. — ¿Y vos, dijo á Perpetua, tampoco sacrificareis á los dioses?—Soy cristiana y no hago traicion á mi nombre.—¿No viven aun vuestros padres?—Sí.»

Su padre estaba presente; al ver á su hija en pié delante del tribunal, se conmovió su corazon y se precipitó hácia ella. Apretándola entonces contra su pecho y arrastrándola hácia la muchedumbre, le dijo las cosas mas cariñosas y le suplicó que se apiadase de un padre tan desventurado y de un niño tan tierno, pues tenia á su lado el hijo de Perpetua. Pero ella escuchó con ademan impasible y resignado todas sus súplicas, y mirando al cielo, le dijo: »Padre mio, no temais; poseereis á vuestra hija si no combatís mi resolucion.» El juez la interrumpió diciendo: »Considerad las canas de vuestro padre y la tierna edad de vuestro hijo. ¿No os conmueven y os convencen sus quejidos inocentes y las lágrimas de vuestros parientes? Sacrificad por la prosperidad de los emperadores. — No lo haré; las lágrimas causarán mi perdicion si me vencen; pues me desvian de Dios y me arrancan del lado de sus santos y generosos confesores.»

Su padre intentó entonces hacer el postrer esfuerzo, puso en los brazos de Perpetua su tierno hijo y empezó á llorar mostrándole el resto de su familia. »Oh! ten piedad de todos nosotros, esclamaba; conserva tu vida y la nuestra.» Perpetua rechazó á su hijo, y apartó el semblante de su padre y de todos los que podian vencerla y perderla, pronunciando estas palabras santamente animosas, pero terribles: »Retiraos de mí, autores de iniquidad; no os conozco. ¿Puedo teneros

en mas que á mi Señor que se digna llamarme á la gloria del martirio?»

No queriendo el anciano padre abandonar á su hija, y esforzándose á hacerla bajar del sitio donde estaba con los demás acusados, fué arrojado del tribunal por órden de Hilarion, y un ugier le dió un golpe con su varilla. Este golpe resonó dolorosamente en el alma de Perpetua, y fué seguramente una de las mas rudas pruebas de su martirio ver á aquel anciano tan cruelmente maltratado. La santa hubiera titubeado á ser posible que titubeara, porque nada le era mas caro despues de Dios que el infortunado en quien veia un padre, al mismo tiempo que se lamentaba de ver un idólatra. La religion no destruye los sentimientos de la naturaleza, sino que los trasforma y los hace mas delicados y fervientes, mas elevados y mas puros. De modo que Perpetua hizo brillar en esta entrevista el imperio que la fé habia adquirido en su corazon, pues resistia por su Dios tan violento impulso de amor filial.

Viendo Hilarion que despues de haber intentado convencer á los confesores era invencible su constancia, lanzó contra ellos la sentencia de muerte. Mandó azotar á Saturo, á Revocato y á Saturnino, y cobarde profanador de la debilidad, hizo abofetear á Felicia y á Perpetua, ocultándose bajo la máscara de la justicia para insultar á unas inocentes mujeres. Condenó á los acusados á morir despedazados por las fieras en los espectáculos que debian darse al ejército en la fiesta del césar Geta, hijo del emperador Severo, y los mártires fueron conducidos á la prision, donde volvieron á entrar con suma alegría. Se les trasladó poco tiempo despues á la cárcel del campo, y mientras se esperaban los horribles juegos del circo, les hicieron sufrir diferentes tormentos con un refinamiento de barbarie. Perpetua cuenta que en los dias que precedieron á su suplicio, la pusieron en los cepos con sus compañeros.—Estos cepos (*nervi*) se componian de una pieza de madera con muchos agujeros mas ó menos distantes, donde aprisionaban los piés de los condenados, segun la magnitud de su cuerpo ó el dolor que querian causarles con una violenta sacudida. Se lee con frecuencia en las Actas de los mártires que estendian los piés del paciente hasta el cuarto y á veces hasta el quinto agujero, en cuya situacion no podia dar ningun paso, mudar de sitio ni sostenerse en pié.

El valor y la virtud de los confesores eran tan estraordinarios que



asombraban é interesaban á los mismos paganos. Un soldado llamado Prudente que era carcelero de la prision, trataba á los condenados con la mayor complacencia y reconocia en su alegría y su firmeza el indicio de un apoyo sobrehumano; permitia que entrasen á visitarles y socorrerles á cuantas personas se lo pedian, y poco tiempo despues abrazó la fé cristiana.

Pero tan elevada santidad no conseguia siempre tan precioso triunfo. Perpetua veia con dolor que su padre, léjos de renunciar á la idolatría, se mantenia en ella con la mas triste tenacidad, y tuvo que sufrir el último combate del desconsolado anciano el dia próximo al suplicio. En su espantoso dolor, el triste padre se arrancaba la barba, se arrojaba de bruces contra el pavimento, maldecia los últimos años de su vida y repetia sollozando espresiones capaces de despedazar los corazones. Perpetua sintió la mas viva compasion hácia un anciano y padre tan afligido, y especialmente para con un alma tan endurecida en el error; pero no se desmintió su generosidad cristiana.

Los mártires esperimentaban un gozo inefable cuando veian llegar el dia de su triunfo, pero les abrumaba por otra parte una gran tristeza. Las leyes prohibian dar la muerte á una mujer en cinta, y el martirio de Felicia no podia efectuarse hasta despues de su alumbramiento. Sus compañeros estaban afligidos al pensar que debian separarse en su victoria, despues de haber estado unidos en el combate; sentian dolorosamente dejarla en el camino, y Felicia temia además que no se confundiera su ejecucion con la de los criminales y bandidos, y que pareciese que su sangre no se derramaba por la fé.

Quedaban aun tres dias antes del suplicio; los mártires se pusieron en fervorosa oracion, y apenas habian terminado, cuando acometieron á la jóven los dolores del parto, á pesar de no hallarse mas que en el octavo mes de su embarazo. Dios, que le abreviaba el tiempo, no le ahorró el sufrimiento; la pobre esclava lanzaba gritos desgarradores hasta el punto de decirle uno de los soldados que la custodiaban, en medio del asombro que le causaba verla tan acobardada con tan débil prueba: »¿Si ahora te quejas de tal modo, qué harás cuando te veas espuesta á las fieras, que hubieras podido evitar sacrificando á los dioses?» Felicia le respondió con estas hermosas palabras, que esplican con un la-

conismo tan elocuente el carácter íntimo del martirio padecido por la fé de Jesucristo, y que encierran una de las mas sensibles demostraciones de la divinidad del cristianismo: »Lo que sufro ahora lo sufro por mí, pero entonces sufrirá otro por mí, porque yo sufriré por él.» Dió á luz una niña de quien solo cuidó la caridad; y como mujer, pagaba de este modo el tributo de dolor á que Eva fué condenada, en tanto que la gracia conseguia ó preparaba su victoria, haciendo que Felicia obtuviese como cristiana por medio de su oracion una libertad prematura y el poderoso ausilio del que salió del vientre de una Vírgen.

Presentaron el dia anterior del combate á los mártires la última comida, que se llamaba la cena libre y se hacia en público; pues se acostumbraba obsequiar á los que al dia siguiente debian perecer bajo las garras ó dientes de los animales feroces ó la espada del gladiador. La libertad que les concedian al acercarse á su última hora, era mas que compasion una cruel ironía. Los mártires convirtieron el festin destinado á alucinar á los reos vulgares, en un banquete de caridad, á imitacion de los primeros cristianos que vivian bajo la vigilancia misma de Dios y de la Iglesia; habiendo acudido el pueblo en tropel como á un espectáculo, tuvieron ocasion de recordarle el juicio de Dios, de ensalzar la felicidad de los males padecidos por Jesucristo, y de atraerse el respeto y la curiosidad de los espectadores. »¿No os basta el dia de mañana, dijo Saturo, para saciaros de ver á los que, aborreceis, siendo hoy sus amigos y mañana sus feroces perseguidores? Contemplad al menos nuestros rostros y reconocereis el juicio de Dios.»

Todos retrocedieron confusos al oir estas palabras pronunciadas con notable autoridad, y muchos se convirtieron.

»Brilló por fin el dia de su triunfo,» dice el escritor que continuó el relato de Perpetua; salieron del calabozo para ir al anfiteatro, como si fuéran de la tierra al cielo, con la frente alegre y serena, revestidos de una majestad sobrehumana, y mas bien conmovidos por la alegría que por el temor. Llamaban especialmente la atencion las dos mujeres: Perpetua andaba con paso tranquilo, como una prometida esposa de Jesucristo, el rostro radiante de calma y felicidad y los ojos bajos para ocultar á los espectadores la vivacidad de sus miradas: Felicia parecia que

rebosaba de gozo sintiéndose, tras las fatigas de su alumbramiento, con bastante fuerza y salud para sostener honrosamente el esfuerzo del último combate. Solo tres hombres acompañaban á Perpetua y Felicia, pues Secúndulo habia muerto en la prision; pero no obstante condujeron su cuerpo al anfiteatro, y lo traspasaron con el hierro que su alma no podia sentir, como si sus perseguidores deseasen herirla al través de un cadáver y castigar una voluntad que se habia burlado de su tiranía. Cuando llegaron á la puerta del circo, quisieron dar á los mártires las insignias reservadas para la ceremonia fúnebre, es decir, á los hombres el traje de sacerdotes de Saturno, que era un manto de escarlata, y á las mujeres las cintas blancas con que se adornaban las sacerdotisas de Ceres, pero todos se negaron por boca de Perpetua. »Estámos aquí, dijo, porque queremos y para salvar nuestra libertad, y morimos por no hacer nada que se parezca á lo que nos pedís. Respetad nuestros últimos deseos.» El tribuno reconoció la justicia de esta reclamacion, y entraron los mártires con sus propios trajes.

Cuando llegaron al centro del circo, los hombres amenazaron con el juicio final á los espectadores sedientos de sangre cristiana, y se dirigieron con firmeza al gobernador: »Tú nos hieres, le dijeron, pero Dios te espera.» Tanta constancia exasperó á aquel pueblo, que digno sin duda alguna de ser el criado de los emperadores inmundos que le oprimian la cerviz bajo su ensangrentado cetro, pidió que se azotase, antes de entregarlos á los animales feroces, á aquellos cristianos que se atrevian á tener razon y á no temblar en su presencia. Despues de sufrir este castigo, en el cual no perdieron su paz y su alegría, porque los hacia semejantes al divino Salvador, fueron espuestos á las fieras. Un leopardo y un oso acometieron á Saturnino y á Revocato; un jabalí arrastró á Saturo, pero sin hacerle mucho daño; un oso que se lanzó en seguida contra el mártir no quiso salir de su jaula; lo hizo un leopardo que le abrió de una dentellada una herida profunda y mortal. La sangre brotó á raudales, lo cual fué un segundo bautismo, como lo atestiguó la muchedumbre sin saber lo que decia, pues viendo á Saturo inundado en su sangre, esclamó con la burla feroz que solo es propia de corazones cobardes y de labios envilecidos: ¡Lavado está y salvado!

(Salvum lotum! Salvum lotum!) — Variedad del famoso grito lanzado por todo el pueblo al ver herido de muerte á un gladiador. El pueblo romano obedecia á idiotas como Claudio, á locos como Heliogábalo y Calígula, á hombres cuyo recuerdo va unido á todos los crímenes imaginables, pero en cambio tenia serenidad y valor delante de los moribundos.

Saturo pudo aun dar algunos pasos, y fué á exhalar el último suspiro en el sitio donde se degollaba á los que no habian acabado de matar los dientes de las fieras. De este modo consiguió la dicha de ser el primero en llegar al estremo radiante de la escala que habia visto en sueños santa Perpetua.

Desnudaron á Perpetua y á Felicia para rodearlas con redes y abandonarlas de esta suerte al capricho y encono de una boca furiosa; brotó una esclamacion de horror y compasion de aquella muchedumbre, compuesta de hombres y mujeres, entre las cuales habia madres y hermanas, al ver á las dos mártires á la una tan debil y delicada, y la otra convaleciente; y retirándolas momentaneamente para cubrirles el cuerpo con un manto, las entregaron despues al furor del animal salvaje que debia darles la muerte. Perpetua fué la primera, que siendo acometida, cayó sobre la arena, pero se incorporó con calma, recogió púdicamente el manto despedazado y se arregló sus cabellos esparcidos para no aparecer de luto en medio de un triunfo tan brillante. Llena Felicia de alegría é interiormente fortificada por aquél de quien habia esperado ausilio, recibió con rostro alborozado y firme el ataque y las heridas, que la dejaron anonadada y tendida en el suelo; pero levantándola Perpetua tendiéndole la mano, ambas se sostuvieron en pié mutuamente y esperaron una nueva prueba. El pueblo no quiso que fuesen espuestas segunda vez al furor de las fieras, y las condujeron á la puerta del *Spoliarium*, donde los *confectores* debian darles la muerte, lo mismo que á los demás mártires. Un capricho de la multitud exigió que las volvieran á presentar en el anfiteatro, para saborear el placer de verlas morir y participar con refinamiento de crueldad del homicidio. Las santas mártires se dieron un ósculo de paz, como un supremo adios sobre la tierra y una prenda de reunion en el cielo, y se dirigieron sin apoyo al sitio donde las esperaba la muerte.

Todos espiraron sin espanto y sin queja bajo la cuchilla del verdu-



go; solo Perpetua lanzó un grito, porque cayó bajo la mano de un ejecutor inesperto que la hirió en el hueso, y pudo antes de salir de la vida estender hácia él uno de sus brazos.

El aniversario de este glorioso martirio se celebra en Occidente el dia 7 de marzo y en Oriente el 2 de febrero. Antiguamente el Africa entera se ponia en movimiento para honrar en su festividad á las nobles santas Felicia y Perpetua. Tertuliano y san Agustin celebraron su memoria, que llegó á ser tan grande en la Iglesia latina, que la Inglaterra al alterar su liturgia, ha respetado sus nombres. Existian aun las cenizas de estas santas en el siglo v en la iglesia principal de Cartago, y posteriormente fueron trasladadas á Roma, de donde han sacado varios fracmentos algunas diócesis de la cristiandad.

Ed. Dubufe Pinx^t   Imp^r par Chardon ainé et fils, r. Hautefeuille, 30, Paris.   A. Blanchard Sculp.

STE MARIE L'EGYPTIENNE.



SANTA MARIA DE EGIPTO

PENITENTE.

Sucediéronse los siglos en medio del dolor desde que nuestro primer padre sucumbió en la lucha que decidiera el destino de su raza, y no abandonó el dolor el cuerpo ni el alma del hombre. El dolor abre al niño las puertas de la vida, para abrumarle en seguida con el peso de la existencia y empujarle hácia la muerte con el corazon despedazado, los miembros doloridos y cansados; al través de algunos momentos fugaces de alegría que devora y huyen, y en medio de largas angustias que parecen disputarse todos los dias de su vida. El dolor, difícil de sufrir, y sobre todo de aliviar, pero mas difícil aun de evitar, es un misterio estraño entre el cielo y la tierra, y que ninguna doctrina ni esfuerzo han podido arrojar de la conciencia de los pueblos. Todos reconocemos con lágrimas, en tanto que nos admira el imperio absoluto y constante del dolor, un brillo solemne y triste que impone al alma y se llama generalmente la majestad de la desgracia; todos veneran el sufrimiento como una cosa grande y respetable, y erigen mausoleos y altares al que sabe morir con heroismo por su patria y por su Dios.

El dolor tiene mucha afinidad con nuestro destino, es el resultado y el remedio del mal moral, y ha sido enviado al mundo detrás del pecado para reparar sus estragos, dando á la vida humana el carác-

ter de la expiacion. Quien lo maldice no se libra de su imperio, sino que lo hace estéril y sin mérito como todo lo que no es voluntario en las naturalezas libres; quien lo acepta de grado, se rescata triunfando del mal, y quien lo bendice y busca, ennoblece su vida y ocasiona el equilibrio entre la tierra y el cielo, entre el tiempo y la eternidad. El que lleva el peso del dolor con valor y especialmente con alegría, continúa en sí y se aplica el sacrificio del Calvario, y asociarse de este modo, en cuanto al hombre es posible, á la obra de rehabilitacion llevada á cabo por un Dios, es alcanzar de hecho la verdadera gloria, añadir al natural esplendor de la inocencia el mérito de haberla reconquistado, y sacar todo cuanto esfuerzo permite la Providencia de una libertad inperfecta y de una vida débil y pasajera; es la virtud con la belleza de sus combates, es el cielo con su magnificencia, sus límites y su felicidad eterna.

Este espectáculo ofreció á los siglos cristianos la ilustre penitente María Egipcíaca, manifestándose en ella la riqueza de la divina gracia y la variedad de los recursos que posee el cristianismo, y por las cuales se esparce y comunica á todas lassituaciones dela vida y á todaslas necesidades del alma humana; porque la verdadera religion es fecunda en mártires y doctores, brilla con un coro de vírgenes generosas, está sostenida por el celo de sus pontífices, é imprime á la inocencia inviolablemente guardada un no sé qué de gracioso, suave y perfumado, y á la inocencia adquirida en el arrepentimiento una hermosura empapada en lágrimas, que son la sangre del alma, y parecida á la de los guerreros bañados en la sangre de sus heridas. Tiene reservados premios para todas las virtudes, castigos para todos los crímenes, acusaciones para todos los vicios, fuerza para todas las flaquezas, remedio para todas las deshonras y bálsamo para todas las heridas. Potente, sabia y buena, ha opuesto sus legiones de mártires á la espada de los Césares, la ciencia de sus doctores á la perversidad de las herejías, y sus ascéticos, sus monjes y penitentes, al lujo voluptuoso, á la molicie, á los escándalos y á los desórdenes del mundo antiguo. Su mano arrojó de sus templos á todos aquellos dioses despreciables que ni siquiera merecian el nombre de honrados, y que las naciones corrompidas crearon á su propia imágen; su voz hirió con un irrevocable anatema á todos los charlatanes malvados que se servian de su razon para blasfemar del Evangelio é intentaban alucinar á sus semejantes, mezclando el veneno de sus

errores con el puro alimento de la verdad; y envió, solos ó en colonias, á sus hijos mas fieles á los desiertos de la Tebaida y de la Palestina, para llorar en ellos su pasado culpable ó expiar las iniquidades de la tierra. ¡Noble desvelo, interesante tarea, cuyo beneficio no reclamaban tumultuosamente, sino que se esmeraban á soportar su pesada carga en el silencio y la soledad!

María de Egipto es uno de esos seres, que no pudiendo llegar al cielo por el privilegio de la inocencia conservada, se dirigen por medio de los esfuerzos del arrepentimiento. Sepultó la mengua de sus yerros en la severidad de una penitencia memorable, alejándose de los errores amados y de los hábitos contraidos; lavó en la sangre misericordiosa del Salvador una vida deshonrada y asquerosa como Tais que la precidió y Pelagio que la imitó; hizo brotar, con la fuerza de la gracia, de un corazon estraviado, de una libertad gastada y de una alma envilecida, el manantial de los pesares profundos y de los gemidos inconsolables que purifican, y reemplazó su nombre por medio de uno de esos milagros cuyo secreto posee solamente la Iglesia, elevándolo á la mas encumbrada categoría en el respeto de los hombres y la amistad de Dios.

Habia en Palestina en el reinado de Teodosio el Jóven un monje de distinguida ciencia y de eminente santidad que se llamaba Zozimo; era ya de avanzada edad, pero mas aun de virtudes; habia pasado la juventud bajo la custodia de los ejercicios de la vida monástica, y tan precioso gérmen de buena educacion producia sin cesar el desarrollarse los mas ricos frutos de piedad. Tanta constancia y tan brillantes progresos en el bien atraian á su celda á los solitarios de los paises lejanos, que acudian á estudiar su conducta, á estimularse con tan ilustre ejemplo y á seguir con valor el penoso sendero de su vocacion, conservando el cuerpo bajo el yugo del alma, y al alma bajo el de Dios. Zozimo estaba muy versado en las Santas Escrituras, donde encontraba un manantial inagotable de piadosas y profundas meditaciones en que vivia su alma como absorvida de dia y de noche en el trabajo, la oracion y la comida, si es que puede darse este nombre al alimento que tomaba para no morir de hambre. Pero la virtud tiene sus pruebas que la persiguen y abruman hasta el sepulcro. Despues de cincuenta y tres años de una vida tan austera, Zozimo se vió asediado por las tentaciones del orgullo. ¿Existe

en la tierra, decia para sí, un monje que pueda enseñarme nuevas prácticas de perfeccion en que no me haya ejercitado? ¿Existe en ningun desierto quien haya ido mas lejos que yo en la comprension y cumplimiento del bien? En medio de tan vanas reflexiones, oyó una voz misteriosa que le obligó á abandonar su retiro y visitar un monasterio situado cerca del Jordan, el mas santo de los rios.

Partió pues, y llegando á orillas del Jordan, hizo que le admitiera el abad del monasterio á donde le enviaba la voz desconocida. Encontró allí religiosos consumados en santidad; era una especie de legion de ángeles, que apenas cuidaban de su cuerpo en su devocion, apenas tocaban la tierra con los piés, y llevaban su alma y su vida entera hasta los cielos. Resonaba sin cesar el canto de los salmos en este pacífico desierto, á donde no llegaba, ni aun en débiles ecos, el rumor de las cosas mundanas; el trabajo manual ocupaba una parte del dia sin estorbar la oracion, y la existencia, tal cual la ha hecho el pecado, era reputada como un negro luto, y el valle por donde pasa fugazmente, un lamentable destierro. Menospreciábase allí cuanto es codiciado con afan en todas partes, no se daba al cuerpo mas que un poco de pan y agua, y esto era aun con pesar y disputándole tan mezquino alimento. Estas expiaciones, que aterran y alejan con fuerza nuestra natural molicie y finura, entraban en el plan de la Providencia, poniendo en balanza los crímenes del mundo antiguo á los ojos del que pedia diez justos para perdonar á Sodoma, y borraban de la conciencia pública todos los monstruosos refinamientos de la civilizacion pagana, donde se vieran esclavos arrojados como vil manjar en los lagos para hacer mas sabrosos los pescados, y donde se habia visto además las mesas y los convidados sucumbir bajo el peso de los guisos y vinos esquisitos y bajo el enorme lujo compuesto del sudor y la sangre de todo un pueblo.

Aunque parezca difícil figurarse mayores austeridades, los religiosos encontraban no obstante el secreto de aumentarlas. El primer domingo de cuaresma abandonaban el monasterio despues de la misa y se retiraban aisladamente á los desiertos circunvecinos, donde pasaban cuarenta dias á ejemplo de Jesucristo, y solo volvian de su retiro en la festividad de Pascua. Algunos se llevaban consigo pan, frutas ó legumbres cocidas para alimentarse durante aquel tiempo, otros hasta descuidaban estas precauciones y se internaban en la soledad en medio

del mas espantoso desamparo, y no tenian para su subsistencia mas que raices y yerbas silvestres. Todos estos atletas de la penitencia luchaban para curar y salvar su alma sin ostentacion, pues no tenian espectadores, pero sí con valor y halagüeña esperanza, porque Dios era el juez del combate.

Zozimo abandonó el monasterio, segun toda probabilidad, en la cuaresma del año 430, observando la costumbre establecida, y pasó el Jordan, adelantándose hácia el medio dia, como si deseara llegar á la Arabia. Hacia ya veinte dias que andaba alimentándose escasamente, descansando sobre la desnuda tierra y orando y meditando continuamente, cuando parándose al medio dia para recitar los salmos, al bajar de pronto su mirada del cielo á la tierra, creyó ver pasar á lo lejos una figura humana. Era en efecto una criatura racional que cruzaba el desierto con paso rápido; sus cabellos eran blancos como los de un anciano y su piel estaba ennegrecida por el ardor del sol. Pasmado Zozimo de ver uno de sus semejantes en sitio tan silvestre y solitario, quiso reunirse con él, pero la misteriosa criatura emprendió la fuga al ver que la seguian. Zozimo corrió con todo el ahinco y presteza que le permitian su debilidad y sus muchos años; cuando estuvo al alcance de la voz, suplicó al que llamaba servidor de Dios que se detuviera para bendecirle; pero el ser fugitivo solo se paró despues de haber puesto entre su persona y el anciano el álveo enjuto y las escavaciones de un torrente.

—Soy una mujer, dijo la voz desconocida: Zozimo, arrojadme vuestra capa. Asombrado el anciano solitario de oirse llamar por su nombre en tan estraño encuentro, creyó que era un milagro é hizo lo que se le pedia. Cuando se cubrió la mujer con la capa y pudo presentarse,

—¿Por qué me seguís? le dijo; no soy mas que una miserable pecadora. ¿Qué quereis saber de mí para perseguirme con tanto empeño?

—Santa madre, contestó el monje, el género de vida que aquí llevais demuestra que estais muerta para el mundo y vivís solo en Dios. Conozco que mereceis su gracia, pues sabeis, sin haberme visto jamás, cuál es mi nombre y que soy sacerdote.

Las respuestas de la solitaria aumentaron su asombro y su curiosidad, y no pudo contener el afan de descubrir el misterio.

—¿Quién sois? añadió, ¿de dónde venís? ¿cuándo y por qué os habeis refugiado en este desierto? No me oculteis ningun secreto de vuestra vida, porque no dudo que Dios á quien servís con tanta fé, me ha

guiado á esta soledad para saber vuestra historia. Nadie puede faltar á sus divinos decretos; si no fuera su voluntad que se supieran vuestros combates, os hubiera conservado oculta del universo, sin darme fuerzas para correr tras vuestras huellas tanto rato, y no me hubiese permitido salir de mi celda donde pensaba morir lejos del mundo. La solitaria respondió:

—Me avergüenzo de revelaros lo que soy... mi relacion os hará retroceder horrorizado cual si vierais una serpiente, y vuestros oidos se escandalizarán con la historia de mis crímenes. Os lo contaré no obstante, suplicándoos que pidais á Dios que tenga misericordia de mí el dia del juicio. Nací en Egipto: á los doce años de edad abandoné á mis padres y huí á la ciudad de Alejandría dejándolos sumidos en el dolor.

Continuó su relacion diciendo que permaneció en esta ciudad, sin freno ni continencia, sumida en los escesos del libertinaje y de la corrupcion, durante diez y ocho años; la edad aumentó su inclinacion á los placeres ignominiosos y torpes, y su alma estaba abrasada con tanta ceguedad en el fuego del deleite, que comunicó su envilecimiento y su perdicion á otras muchas almas. Buscaba y saboreaba el mal, no por el afan de la ganancia, sino por el deseo del mismo mal, y se precipitaba en el abismo de su asqueroso anhelo con frenético abandono. Cierto dia de verano vió una gran multitud que venia de Egipto y de Libia y se dirigia á la orilla del mar, y preguntando la causa de aquel movimiento, le respondieron: »Todos los que suben á las naves van á Jerusalen para celebrar la Exaltacion de la Santa Cruz.» Embarcóse tambien entonces con intencion de continuar su vida de deshonra y de escesos.

—Me asombro, añadió la solitaria continuando su relacion, de que el mar haya sostenido mi imprudencia, y que la tierra no se abriera para tragarme viva, siendo el escándalo de tantas almas; pero creo que Dios deseaba mi salvacion, porque no quiere la muerte del pecador y lo sufre con paciencia, esperando su arrepentimiento.

Es cierto; Dios la esperaba en Jerusalen para herir su corazon y hacerle brotar las lágrimas reparadoras que bastan para rescatar un mundo mezcladas con las del Salvador.

Cuando llegó el dia de la fiesta, la pecadora se dirigió con los fieles á la basílica donde se veneraba la cruz. Despues de

desesperados esfuerzos para penetrar por entre la inmensa muchedumbre, » llegué, dijo la santa, hasta el umbral del templo donde estaba espuesto el sagrado leño; los demás entraban fácilmente, pero una fuerza invisible me lo impedia á mí y me rechazaba, de modo que me hallé de pronto en medio de la plaza. Creí que seira efecto de mi natural debilidad de mujer, y volví á reunirme con la multitud, luchando como podia, y ayudándome con mis codos para abrirme paso. Vano esfuerzo! cuando llegué por segunda vez al umbral, todos los que estaban á mi lado lo pasaron sin obstáculo, y parecia que el templo me rechazaba á mí, como si temiera deshonrarse con mi presencia. Parecia que habia un centinela armado y robusto que me impelia hácia atrás obececiendo una órden superior y misteriosa. Tres ó cuatro veces intenté pasar aquel umbral sagrado hasta que cansada, abatida y no pudiendo renovar una lucha tan estraña, cedí y me retiré á un estremo de la plaza. Me abismé en profunda meditacion y conocí por fin la causa de la resistencia que se me habia opuesto; los ojos de mi alma se abrieron al pensamiento saludable de que solo el horror de mi vida abominable me habia cerrado el templo; prorumpí en copioso llanto y dolientes sollozos, y empecé á darme golpes de pecho.

«De pronto advertí que me hallaba debajo de una imágen de la santa Madre y Vírgen, y dirigiendo á ella mis miradas, le dije:

—Vírgen María que habeis engendrado al Verbo hecho carne, no ignoro que con mi deshonra y mis pecados no puedo ni debo alzar mis ojos hácia vuestra imágen pura, habiendo conservado vos siempre un corazon y unos sentidos inmaculados y castos; y aun debo pensar que es justo que inspire horror á la que es modelo de pureza. No obstante, ya que Dios, á quien habeis engendrado, se hizo hombre, como he oido decir, para escitar á los hombres á la penitencia, amparadme en mi desolacion y abandono, abridme las puertas de la iglesia, y permitid que vea el madero donde estuvo clavado el Dios que nació de vuestro seno y fué crucificado por mi redencion. ¡Purísima Soberana! mandad que no permanezca mas tiempo cerrada esa puerta; adore yo la santa cruz, y sed cerca de nuestro Hijo el testimonio de mi arrepentimiento. Despues de conseguir tan suprema dicha, me despediré del mundo y de sus vanidades, é iré donde me mandeis ó conduzcais, oh mediadora de mi salvacion!»

El crímen y el error abandonaron su alma por medio de una revo-

lucion tan profunda como súbita é imprevista, y los reemplazó la verdad victoriosa con su luz y pureza, para devolver á los ángeles una hermana tanto tiempo estraviada en compañía de los demonios. Celebrábase entonces en el cielo una de esas fiestas cuyo regocijo y hermosura ha ensalzado el Señor.

Mas tranquila y confiada la pecadora despues de su oración, se dirigió hácia la puerta de la iglesia, pero nadie la detuvo, y conmovida, fuera de sí, y agitada de un estremecimiento nervioso, veneró la cruz sintiendo íntimamenta el ardor de las cosas divinas, derramando copiosus lágrimas y meditando en la misericordia de Dios y en la prontitud con que acoge á los pecadores. Salió despues del templo, volvió á los piés de la imágen de la Vírgen y preguntó lo que debia hacer para expiar sus crímenes con una rigurosa penitencia. Una voz misteriosa le respondió: »Hallarás la paz del alma en la orilla opuesta del Jordan.»

Creyó que lo que la voz le indicaba era un mandato, y dirgiendo á la Vírgen la última mirada, partió bañada en lágrimas, y antes de salir de Jerusalen compró tres panes por única provision de su viaje.

»Pregunté al que me los habia vendido, el camino que conducia al Jordan, me indicó la puerta de la ciudad que debia tomar y abandoné la ciudad santa con paso veloz y sollozando. Habia orado ante la cruz á la hora de tercia del dia, y despues de haber andado mientras el sol iluminó el horizonte, llegué por la noche á la iglesia de San Juan Bautista que está cerca del Jordan. Oré, fuí á lavar mi rostro y mis manos en las aguas santificadas del rio, volví á entrar en el templo del Precursor y recibí los misterios de pureza y de vida. Comí en seguida la mitad de uno de mis panes y pasé la noche recostada sobre el desnudo suelo. Cuando asomó la primera luz del siguiente dia, crucé el rio en una barca, suplicando á la Vírgen que me conduciera donde mejor le pareciese. No he abandonado desde aquel dia el desierto, y vivo aun huyendo de los hombres y esperando á mi Dios que salva los corazones arrepentidos.

La pecadora de Egipto pertenecia á la familia de almas vehementes y borrascosas que se hunden en el mal con espantoso desprecio de sí mismas y con devoradora energía, pero que una vez rota la fascinacion de las cosas sensibles, vuelven hácia

Dios con toda su fuerza en el amar, que aumenta el recuerdo de las ilusiones insensatas y el conocimiento doloroso de una inmensa falta, y seguras de su flaqueza, se enlazan con Dios con un valor heroico, esforzándose á prodigarle á cada instante lo que le han escaseado en los dias de su pecado.

Habiendo preguntado Zozimo á la penitente cuántos años hacia que vivia en soledad y de qué habia subsistido.

—Si no me engaño, respondió, hace cuarenta y siete años que salí de la ciudad santa. Habiéndose endurecido los dos panes y medio que tenia al pasar el Jordan, me alimenté con ellos durante mucho tiempo... despues viví diez y siete años con yerbas y con lo que podia ofrecerme el desierto. Habiéndose gastado mi vestido, sufrí mucho con los frios del invierno y los ardores del verano, de modo que el calor me abrasaba y el frio me acobardaba algunas veces hasta el estremo de obligarme á permanecer en tierra inmóvil y casi sin vida.»

Estas pruebas y otras mayores aun llegaron á combatir con frecuencia su constancia, y preguntándola el solitario sobre sus luchas.

—Me preguntais cosas que me aterran, le dijo: porque cuando recuerdo los peligros que he corrido y las tentaciones que violentamente me han asaltado, temo aun de describirlas..... He pasado diez y siete años en este desierto luchando contra mis pasiones desenfrenadas como con animales feroces. Cuando tomaba alimento me veia impelida con violencia á echar de menos los manjares de Egipto, y hubiera deseado saborear los preciosos vinos, siendo así que apenas encontraba una gota de agua para apagar mi sed ardiente. Me atormentaba cruelmente el pensamiento de las canciones disolutas que habia oido en el siglo y que acudian involuntariamente á mis labios; vertia entonces amargamente lágrimas y me daba golpes de pecho. Reconcentraba todas mis ideas en el recuerdo y fervor de mi conversion y en la imágen de la Vírgen mi abogada, y le pedia humildemente que me librase de tan horribles angustias. Despues de haber llorado y mortificado mi cuerpo, me veia rodeada de un brillante resplandor, se calmaba la tempestad y recobraba la paz del alma.

Estas luchas de la penitente al recordar su vida sensual y es-

tos desapiadados ardores, que hacian revivir en ella un resto de sus pasiones mal domeñadas, no la abandonaron hasta despues de diez y siete años, siendo entonces los dias de su penitencia iguales en número á los de su iniquidad. Desde este momento sintió una paz completa, pues las tempestades la habian conducido por fin al puerto.

Cuando la santa terminó la historia de su vida, suplicó al anciano que no dijese nada á ningun mortal mientras se hallara en la tierra, y que volviese el año siguiente trayendo la Eucaristía, que no habia recibido desde el dia de su conversion.

—No paseis el Jordan al principio de la cuaresma... Además, continuó con acento profético, aunque quisiereis no podriais; pero venid con los santos misterios el dia de la Cena, y permaneced en la orilla opuesta hasta que vaya á recibiros... Rogad por mí, añadió en vez de despedida, y desapareció ocultándose en el desierto.

Zozimo se postró de rodillas para dar gracias á Dios por lo que acababa de oir, y besó las huellas de los pasos de la ilustre penitente, admirando su valor y su santidad.

Volvió al monasterio en la época señalada por la regla, y no faltando á la peticion de la santa, guardó todo el año el mas profundo silencio sobre lo que habia oido; pero este intervalo le parecia tan largo, dice el historiador, que hubiera deseado reducirlo al espacio de un dia. Cuando llegó la cuaresma, salieron los hermanos cantando los salmos, y se dispersaron por la soledad para seguir en sus prácticas acostumbradas; pero una ardiente calentura detuvo á Zozimo en el monasterio, y le recordó las predicciones de la solitaria. No obstante, el jueves santo por la noche pudo emprender su anhelado viaje, y se llevó los santos misterios, colocando con cuidado en un pequeño vaso el cuerpo y la sangre del Salvador. Se llevó además provisiones, higos, dátiles y lentejas, que puso en un cesto de mimbres, y se dirigió á las orillas del Jordan. Hacia ya algun rato que esperaba en el sitio convenido, mirando á lo lejos en el desierto á favor de la amarillenta luz de la luna y pensando con inquietud en las causas que podian detener á la penitente, cuando la vió aparecer en la orilla opuesta del rio, donde hizo la señal de la cruz sobre las aguas, y marchando en seguida sobre ellas como

si fuera tierra firme, se aproximó al solitario. Esta maravilla le llenó de estupor y se arrodilló. Habiéndole levantado la santa, recitó el símbolo y la oracion dominical, recibió la Eucaristía como el viático de su cercano paso á la eternidad, y dijo levantando al cielo sus manos:

—Veo, Señor, que dejais morir en paz á vuestra servidora como me lo habeis prometido, pues mis ojos han visto al Salvador de mi alma. Padre, padre, añadió dirigiéndose á Zozimo, concededme el postrer favor. Idos ahora mismo al monasterio bajo la custodia de Dios, pero volved al año venidero y esperad en el sitio donde os hallé la primera vez. Me hallareis allí en el estado que Dios quiera.

—Ojalá pudiera seguiros en adelante, respondió el anciano, y oiros continuamente! Y suplicó á la solitaria que aceptase las escasas provisiones que le habia traido; pero ella no tomó mas que algunas lentejas, para no entristecerle con su negativa, diciendo que la gracia de Dios, que preserva al alma de la corrupcion, podia atender á todo. »Rogad ¡ah! rogad por mí y acordaos de mi miseria,» fueron sus últimas palabras.

El anciano le besó los piés, reclamó tambien sus oraciones para la Iglesia, para el imperio y para sí mismo, y se separaron. La santa volvió á pasar el rio andando sobre las aguas como habia hecho antes, y despues, ningun ojo humano volvió á verla viva, ningun oido escuchó su acento. Zozimo se dirigió tambien á su monasterio lleno de alegría y de admiracion, pero con el sentimiento de no haber preguntado el nombre á la desconocida, y tratando de reparar su olvido en el próximo viaje.

Al año siguiente Zozimo entró en el desierto en el principio de la cuaresma y tomó la misma direccion que la vez primera, llegó con bastante fatiga á los sitios donde dos años antes habia encontrado á la penitente; dirigió largo rato sus miradas por todas partes sin descubrir ningun ser viviente; pero en medio de su tristeza y á fuerza de esplorar el desierto, encontró por fin tendido en el suelo el cadáver de la santa, con las manos en cruz, el rostro vuelto hácia el Oriente, y vió no lejos de allí esta inscripcion trazada sobre la tierra: »Zozimo, enterrad aquí el cuerpo de la miserable María, dad al polvo lo que es polvo, y rogad á Dios por mí, que he salido de este mundo la noche de

la Pasion del Salvador, despues de haber recibido el alimento de los divinos misterios.»

No viendo el solitario medio alguno para hacer los deberes fúnebres á tan preciosos restos, pues además de estar dura la tierra y de no haber hallado mas que un pequeño pedazo de madera para abrir la huesa, no eran sus fuerzas bastantes para tan ruda tarea; puso no obstante manos á la obra, pero en aquel momento, cuenta el historiador, se acercó un leon con aire sumiso al anciano, pareciendo que le ofrecia sus servicios..... y abrió con sus garras una sepultura capaz para encerrar el cadáver. Zozimo sepultó religiosamente los despojos de María, recitando oraciones y derrramando lágrimas.»

Cuando volvió al monasterio, contó lo que le habia pasado, esplicando las diferentes circunstancias de un acontecimiento tan propio para hacer comprender y gustar algunas verdades cristianas, como la bondad y misericordia divinas, la necesidad de la penitencia, y la belleza y hasta la dulzura de los sufrimientos del alma arrepentida.

El anciano solitario vivió aun muchos años y murió santamente de un siglo de edad; los hermanos conservaban el recuerdo de su relato con religiosa fidelidad, contándoselo al que queria edificarse y prestar homenaje á la ilustre penitente María Egipcíaca. »No he oido decir, añade el historiador que nos ha trasmitido estos pormenores y que era casi contemporáneo, no he oido decir que nadie haya escrito esta historia, y yo he querido confiar á la escritura lo que he encontrado en la tradicion. Tal vez otros hayan contado la vida de la santa en algun libro lleno de magnificencia y de sublimidad, pero no tengo noticia, y yo he hecho cuanto he podido, pero sin tratar de oscurecer la verdad.»

Esta relacion del historiador es el único documento conocido relativo á la vida y penitencia de María Egipcíaca; existe en muchos manuscritos, donde se notan algunos variantes de poca importancia; y uno de los continuadores de Bollando, Danielvan Papœbroek, publicó la vida de la santa en griego y en latin, añadiendo una disertacion preliminar, en la que prueba que María de Egipto vivió en la última mitad del siglo cuarto y á principios del quinto, y trazando en seguida la historia de las reliquias y del culto de la gloriosa penitente. Estos documentos van acompaña-

dos de una vida de la santa escrita en versos latinos por Hildeberto obispo de Mans, y que no es mas que una paráfrasis del texto original, siendo no obstante el manantial á donde han acudido todos los hagiógrafos, pues no existe otro. *Véase la Collect.* ***Bolland.***, t. I, abril. p. 67—90.

Pero no carece de valor este documento á pesar de ser único, y no se aparta de la verdad porque nos presente una historia maravillosa. El séptimo concilio general y san Juan de Damasco lo invocaron en la disputa sobre el culto de las imágenes, y la Iglesia entera se apoya en él para rendir público honor á María Egipcíaca. Hállase en efecto establecida su fiesta desde lo mas remoto en Oriente y Occidente y celebrada por todas partes con pompa y brillo. Leíase tambien su vida públicamente en ciertas iglesias del Asia, y era muy conocida en Roma, donde se conservaban las reliquias de la santa desde el año 500.

Bolswert, Herman Weyen, Collaert, Carlos Lebrun y Alberto Durer han representado los diversos rasgos de su vida, y se ven reproducidos en las vidrieras de las catredales de Auxerre y de Bourges, desde la escena en que la pecadora lucha inútilmente para entrar en Jerusalen, hasta el momento en que el alma de la penitente llega al seno de Dios. De este modo el arte da la mano á la historia, con diferentes grados de inspiracion y de poder, para hacer sensible á todo el mundo una de las mas elevadas lecciones y de los mas difíciles preceptos evangélicos; cual es, la penitencia. Los hombres se adormecen fácilmente al rumor de las suaves canciones con que los mece el siglo, y se les presta un gran servicio sacándolos de tan peligroso sueño y haciéndoles ver que la vida es una expiacion que no debe pasar sin dolor.

E. Dubufe Pinx. Paris, Imp. de Chardon aîné et fils, r. Hautefeuille, 30. A. Leroy Sculp.

STE MONIQUE.



SANTA MÓNICA

VIUDA.

Las disensiones religiosas que recuerdan los dolores de santa Mónica y autorizan á la mayor parte de las madres y esposas á buscar un ejemplo en la vida de esta noble mujer, entristecen y afligen con frecuencia en nuestros dias á la familia, pues las costumbres de nuestro siglo han sembrado la duda y la incredulidad en el espíritu de los hombres, y han hecho brotar á veces de los labios la injuria y la blasfemia. La conducta pública de los escritores, legisladores y magistrados está impregnada de pasiones y de hostilidad contra la Iglesia, y no hay duda que el ruido de estas agitaciones y luchas esteriores ha resonado tambien en el hogar doméstico. Los hijos han adivinado todos los recursos que en semejante situacion podia proporcionarles la licencia; se han apoyado en la autoridad de su padre para desembarazarse de las creencias de su madre, y al llegar á los quince años niegan á su Dios y empiezan á llenar de deshonra á la sociedad y á hacer la guerra á la misma. Por lo general la mujer se ha salvado por la rectitud de su corazon de estos estravíos

del alma y de un odio tan injusto, y colocando su conviccion bajo la custodia de un profundo y delicado sentimiento, que es como el pudor de la fe, ha cerrado su alma á las discusiones mas amargas que útiles, y ha continuado creyendo en Dios, esperando en el porvenir, amando la pureza y siendo fiel hasta el sacrificio. Pero á pesar de todo, padece, y su corazon se hace pedazos al pensar en la suerte eterna de los que son en la tierra objeto de su ternura. ¿Volverá á encontrar para siempre en la recompensa al que llama la mitad de su alma en las pruebas de esta vida? ¿Irán á reunirse un dia con ella en el cielo los hijos que al morir deje en la tierra? Hé aquí sus ardientes dudas, su cruel incertidumbre y su angustia. Ah! si pudiera dar á su esposo su fé primera á fuerza de heroica paciencia y de inalterable dulzura, á fuerza de valor en sus deberes y de fervor en sus oraciones! ¡Si pudiera volver á sus hijos al camino de la virtud, y darles la vida de la fé, con el privilegio de una doble maternidad, como le ha dado la vida de la sangre!

No puede negarse que es este el antagonismo que se origina con frecuencia en el seno de las familias. Dios habia puesto una alma repartida entre dos corazones, pero se ha roto una union tan bella para sustituirla con la diversidad de creencias y de sentimientos y para buscar un objeto comun por medio de esfuerzos opuestos. Sí, santa Mónica se vió atormentada por dificultades y luchas semejantes, y las venció con las armas de que podemos todos echar mano. Hé aquí porque la honra la Iglesia como el modelo y la abogada de las esposas y madres cristianas, y este ejemplo está tanto mejor escogido, cuanto que la vida de Mónica no fué estraordinaria bajo ningun aspecto: abandonada en medio del mundo, como esas flores de los campos que forman su brillo y su perfume á favor ó á pesar de los rayos del sol y de la lluvia de las tempestades, hizo brillar sus suaves virtudes en la atmósfera devorada en que agonizaba el imperio romano rindiendo aun su culto de cieno á sus perversos dioses. No llamó la atencion pública sobre esta mujer ningunos de estos acontecimientos que titula la historia memorables, nada la distinguió en la Iglesia; no apareció glorificada por estos milagros asombrosos que Dios concede algunas veces para escolta á la santidad, pero fué el instrumento de un gran milagro que han celebrado tan solo en su tumba los siglos cristianos.

Nadie ignora que sus lágrimas enternecieron el corazon de Dios y convirtieron á san Agustin en uno de los mas ilustres doctores de la Iglesia, y bajo este concepto Mónica puede ser imitada y ofrecerse su vida como un ejemplo.

Mónica nació en 322; no se dice la ciudad de África donde vió la luz ni el nombre de sus padres, los cuales estaban sinceramente unidos al cristianismo y educaron á su hija en el temor de Dios. No obstante, Mónica debió tambien mucho á una anciana servidora, que rescataba con las escelentes cualidades de su corazon la humildad de su clase, y que siendo amada de sus amos, gozaba de su confianza, y los reemplazaba en caso de necesidad en el cuidado de sus hijos. Hacia muchos años que vivia en la casa y habia sostenido á Mónica, siendo niña, en sus brazos; su vejez y la severidad de sus costumbres le habian dado en el hogar doméstico una especie de magistratura que ejercia con prudencia, mezclando á propósito la dulzura y la firmeza. No permitia que las hijas de su señor se acostumbrasen á beber fuera de comida, ni aun agua, y añadia con mucha razon: » Bebeis ahora agua porque no teneis otra cosa á mano, pero cuando esteis casadas y tengais las llaves de las bodegas, el agua os parecerá disgustada, y os quedará el hábito de beber.»

Los consejos de esta mujer eran ciertamente saludables, pero carecieron de eficacia. »Mi padre, segun ella misma me ha contado, dice san Agustin, estaba algo alucinado bajo este aspecto; sus padres la enviaban, creyendo que era una joven de segura sobriedad, á buscar todos los dias á la bodega la provision del vino; pero antes de verter en la botella el que sacaba de la cuba, bebia un poco, aunque es verdad que solo bañándose los labios, porque la retenia una repugnancia natural. No era en efecto la aficion desordenada del vino la que la impelia á hacerlo, sino el capricho petulante de la edad que hace cometer inocentes locuras que hay necesidad de reprimir con la autoridad y el respeto; pero como el que menosprecia las faltas leves, cae poco á poco en las graves, contrajo el pésimo hábito de beberse una copa llena con avidez.» Su vergonzosa pasion hizo de este modo rápidos progresos, y Mónica se hubiera perdido sin duda alguna si Dios no la hubiera curado con uno de aquellos con que la Providencia saca bien del mal, y da cuando le place los resultados mas considerables á las causas mas insignificantes. La criada que acompañaba ordinariamente á Mónica á la bodega, y que por esta razon era sabedora de su defecto, em-

pezó cierto dia á disputar con ella, como sucede con frecuencia entre niños y criados, y en un momento de cólera, la llamó ignominiosamente borracha. Esta palabra produjo en Mónica el efecto de un instrumento cortante, que quitó por medio de una herida favorable la parte corrompida de su alma, y conociendo toda la fealdad de una falta, cuyo único nombre era tan grave ultraje, se corrigió enteramente y para siempre. Regularmente nos pierde quien nos halaga, y el que nos odia, nos salva con las acusaciones que nos dirige con objeto de convertirlas en insultos, y que Dios se digna hacer de ellos avisos saludables.

Libertada Mónica de este modo de la única inclinacion que podia deslumbrar el brillo de sus escelentes cualidades, se casó con Patricio, vecino de Tagasto en África, ciudad cuyas ruinas existen aun á veinte y cinco leguas de Roma. Patricio era de familia honrada, de corazon generoso y bueno, pero de un genio irascible, de costumbres algo desarregladas, y estaba sumido además en la idolatría. Pero su esposa era un ángel que velaba en el lugar doméstico, y en cuyas costnmbres se veia un suave y gracioso reflejo de la pureza del cielo, y Patricio estaba persuadido de que no habia en el mundo un ser mas digno de amor y de admiracion. No obstante le daba muchos disgustos con la desigualdad de su carácter y la inconstancia de su corazon, y Mónica, que conocia que solo la fé podia moderar y vencer un alma tan borrascosa y vehemente, se esforzaba á atraerlo con el atractivo de las virtudes, mas bien que con la austeridad de sus palabras, esperando con razon que á fuerza de hacerse apreciar y querer, arrastraria hácia el cristianismo un corazon tan míseramente estraviado. Por eso sufria con paciencia y sin quejarse sus repetidas infidelidades, de modo que en vez de combatirle con sus arrebatos y de escitarlo con la resistencia, esperaba que se calmase su cólera para manifestarle su conducta con calma y exactitud y conducirle á reconocer su error.

Algunas matronas de la ciudad, tan desgraciadas como ella en el interior de su matrimonio, á pesar de tener maridos menos violentos que Patricio, se quejaban dolorosamente cierto dia de su dura condicion, y se proporcionaban un alivio recíproco con el relato de su infortunio. Muchas de ellas conservaban aun en su rostro las señales de los malos tratamientos que sufrian, y todas atribuian sus pesares á la indigna

conducta de los que el matrimonio habia unido á su destino. »Veo que teneis poca habilidad y prudencia,» dijo Mónica, y añadió á modo de templada broma, que cuando oyeron la lectura de su contrato de boda, debian haberlo considerado como un título de esclavitud, recordarlo continuamente y no alzar la voz delante de sus maridos. Asombrándose sus compañeras de que jamás hubiera recibido golpes, á pesar del mal genio de Patricio, respondió Mónica que la máxima que acababa de recordar la preservaba de los malos tratamientos é impedia las desavenencias. Muchas imitaron desde aquel dia á Mónica, y al ver el escelente resultado de su método, dieron gracias á su consejera, pero las demás prefirieron seguir su antigua costumbre y sufrir sus consecuencias.

La dulce y generosa Mónica triunfó además de otra dificultad. Engañada su suegra por las falsas delaciones de algunas criadas, la juró una aversion terrible, y era causa de turbarse la paz de la familia. Mónica recurrió á sus medios habituales de conciliacion, y perseveró en el cumplimiento de todos sus deberes con tanta paciencia y dulzura, que se desvanecieron las prevenciones, desapareció el descontento, y reinó muy pronto una concordia inalterable y una venturosa union. Mónica se esforzaba además en esparcir en torno suyo la paz y la caridad, y cuando dos personas, que estaban desunidas, iban á contarle las quejas que tenian mutuamente y todas las amargas espresiones que se escapan á los que están enojados en el primer ardor de su resentimiento, guardaba en el seno de la amistad las injurias que oia, no repetia jamás lo que podia exasperar los corazones, por el contrario, trataba de incitar á la caridad cuando el odio inspiraba malas inclinaciones. Tal era Mónica, tal el corazon que ablandó y convirtió el de san Agustin.

Mónica tuvo tres hijos, una hija, cuyo nombre no nos ha conservado la historia, y dos varones, Navigio y Agustin: los hizo entrar en la clase de catecúmenos, es decir, de los que se instruian en la fé, y les enseñó ella misma las verdades del cristianismo; porque sabia el inmenso poder que adquieren las lecciones de la religion cuando brotan de labios de tanta dulzura y están embalsamadas con la suavidad de los besos maternales. Pero tambien vió recompensados sus desvelos; toda la familia creia en Jesucristo, á escepcion de Patricio, que permanecia

pagano. »Su autoridad, dice san Agustin, no pudo prevalecer sobre la de mi madre, ni impedir que yo creyera lo que aun no creia; pues ella no escaseaba ningun medio ¡oh Dios mio! para que fueseis vos mi padre mas aun que el que me engendrara, y vuestro ausilio la ayudaba á conseguir esta ventaja sobre su esposo, á quien en todo lo demás obedecia con absoluta sumision.»

Viendo los padres de Agustin la maravillosa riqueza del talento de su hijo, lo dedicaron al estudio de las letras humanas y se impusieron los mas duros sacrificios para asegurar con completos conocimientos el desarrollo de una inteligencia naturalmente tan fecunda. Veíase al mismo tiempo aparecer en él un gérmen de pasiones violentas; su carácter era ardiente, impetuoso amigo de la independencia y celoso de la superioridad, y Mónica se esmeró en preservarlo de los primeros desvíos de la juventud, inspirándole el hábito de la oracion. Recibió Agustin los primeros rudimentos de la gramática en Tagasto, y fué enviado á la ciudad cercana de Madaura para aprender la retórica. Era poco aficionado al trabajo, y solo pudieron atraerle las peligrosas ficciones de los poetas, pero aunque adquirió en este manantial emponzoñado algo de aficion al estudio, perdió el anhelo de la virtud, y mientras su genio fácil y precoz alcanzaba triunfos brillantes, sintió que se despertaban en su corazon las deplorables inclinaciones que estraviaron su tumultuosa juventud. Volvió á Tagasto cuando tenia diez y seis años, y su padre se afanó entonces en reunir sus módicos recursos para procurar los medios de enviarle á terminar sus estudios á Cartago.

El reposo pervirtió el alma de Agustin, empezaron á dominarle tiránicamente las malas pasiones, y no hizo caso de los ejemplos ni de los consejos de su madre. »¡Oh, Dios! esclamaba algunos años despues, vos me hablabais no obstante, pues ¿de quién, sino de vos, venian aquellas palabras que me haciais oir por boca de mi madre, vuestra fiel servidora? Y no llegaban, empero, hasta mi corazon para convertirlo, porque recuerdo que me advirtió secretamente con la mas viva solicitud y ahinco que evitara los arrebatos de la adolescencia, pero sus consejos me parecian razonamientos mujeriles de que no debia hacer caso. Eran no obstante los vuestros, Señor, y yo lo ignoraba, y al despreciarlos en mi madre, vuestra servidora, era á vos á quien despreciaba.»

No fueron vanos los esfuerzos de Mónica para atraer á Patricio á la

virtud, pues sus gemidos y sus ruegos lograron hacerle abrazar el cristianismo: despues de un largo y penoso plazo, vió por fin doblegarse un corazon tan rebelde bajo la mano divina y entregarse á la verdad y á la gracia. Patricio se instruyó en la fé católica y recibió el bautismo. Cambió desde luego su vida lo mismo que su corazon; no se dejó llevar por los desórdenes que habian afligido tanto y con tanta frecuencia á Mónica, vivió aun un año despues de su conversion, y obrero de la última hora, fué á recibir sin duda el óbolo de la vida eterna que la misericordia de Dios no niega jamás al arrepentimiento del hombre.

Agustin tenia entonces diez y siete años (371). Partió á Cartago, donde impelido por el ardor de su ambicion y su fiebre juvenil, se lanzó con igual ahinco en los deleites y en el estudio. Las representaciones teatrales avivaron el incendio que habia en su corazon; y además, la corrupcion de las costumbres públicas, le alentaban á seguir tan horrible senda. Pero su alma habia estado en otro tiempo bajo la custodia de Jesucristo, Mónica la albergaba aun con su ternura, y la misericordia de Dios estendia sobre él desde lejos una ala inquieta, como un pájaro que revolotea en torno del que quiere defender. Esto originó que le quedara en el naufragio de su virtud un resto de pudor, y que se precipitase en el mal con una reserva desconocida de sus compañeros. Tuvo relaciones con una mujer de quien nació un hijo llamado Adeodato, á la cual guardaba fidelidad de esposo. Es cierto que esta constancia no escusó su falta, pero creó una preocupacion en favor de Agustin, si se recuerdan todas las perversidades brutales en que vió hundirse el ardiente sol del África una parte considerable del imperio romano.

El afan de la gloria atormentaba tambien al jóven retórico; sus triunfos habian hinchado su espíritu, le preocupaba sobremanera el estudio de la elocuencia, y la carrera de la abogacía se desplegaba brillante ante sus ilusiones de porvenir, cuando un libro de Ciceron le inspiró súbitamente la aficion á la filosofía. Pero se entristeció no encontrando el nombre de Jesucristo bajo la pluma del académico, porque este nombre, pronunciado con tanta frecuencia por la dulce y creyente Mónica, estaba lleno de armonía para los oidos del catecúmeno. Empezó entonces á leer las Escrituras, mas la sencillez y el candor del lenguaje no satisfacia á su espíritu altivo y

gastado, no comprendiendo que Dios nos ama y nos habla por nosotros, y que los hombres se buscan y nos hablan para ellos, por lo cual Dios nos dice la verdad enteramente desnuda, para que no se desconozca, en tanto que los hombres nos la dan envuelta en adornos para que se les admire.

La voluptuosidad y el orgullo conducen á la mentira. Agustin se dejó llevar por el error de los maniqueos, que seguramente es el mas estravagante y el mas opuesto al sentido comun, mezcla de absurdos y de supersticiones que trataba de ocultar bajo informes girones de cristianismo. Era una especie de castigo de Dios que viendo el orgullo de tan grande inteligencia, la dejaba irónicamente caer en el ridículo de pueriles fábulas, lo mismo que le habia entregado á la ignominia de las pasiones vergonzosas al ver la rebelion de su firme voluntad. Tal vez convenia que el doctor destinado á defender la gracia, conociera por su esperiencia personal y revelara al mundo toda la debilidad de la naturaleza en un genio brillante en un noble corazon.

Tal era Agustin á los veinte años. Habiendo terminado sus estudios, fué á dar lecciones de gramática á su ciudad natal. Profundo era el dolor de Mónica y las amargas lágrimas que vertia sin cesar al ver á su hijo desviado de la fé y de la pureza de los catecúmenos, pero Dios se dignó consolarla haciéndole prever el porvenir en un sueño misterioso. Se hallaba en pié, y se aproximaba hácia ella un jóven esplendente de luz y con la alegría en el rostro, lo cual formaba contraste con su tristeza y sus pesares. El jóven le preguntó el motivo de un dolor que parecia tan intenso, y habiéndolo sabido, le dijo: »Tranquilizaos, vuestro hijo está donde vos estais,» y mirando en efecto en torno suyo, vió á su hijo cerca de ella y en el mismo sitio: llena de alegría contó este suceso á Agustin que trataba de interpretarlo en su favor, como si su madre debiera venir hacia él y no que él debiera acercarse á ella. »Oh! no, respondió su madre vivamente y con gran autoridad en sus palabras. No me ha dicho: estareis donde el está, sino, vuestro hijo estará donde vos esteis.» La energía de la conviccion y la seguridad que brillaban en la respuesta de Mónica hicieron en el alma de Agustin una impresion mucho mas viva que el mismo sueño.

Pero aun estaba lejana la hora de la conversion; Mónica conti-

nuaba hablando tiernamente de su hijo á Dios y los hombres que podian convencerle. Cierto dia suplicó á un santo obispo que tuviera una conferencia con Agustin, esperando que tal vez le iluminaria la discusion; el prelado, que era tan sabio como piadoso, respondió que el jóven estaba muy impregnado en las novedades maniqueas, y se creia un pasmo de ciencia por haber vencido á los ignorantes con sutilezas, por cuya razon estaba en disposicion de trabar una seria discusion y que solo prestaría oidos rebeldes á la voz de la razon. »Dejadle, añadió; contentaos con rogar á Dios, pues el estudio bastará para demostrarle el delirio y la impiedad de sus errores.» Contóla despues que él mismo habia sido entregado en su infancia á los maniqueos, que no solamente habia leido sino copiado de su propia mano todos sus libros, y que no tardó mucho tiempo en desengañarse sin disputa ni mentor. Como instase Mónica vertiendo copiosas lágrimas, en vez de ceder á estas palabras, para que tuviese una discusion, cansado el obispo de esta lucha le dijo: »Idos y continuad rogando de este modo, pues es imposible que perezca el hijo de tan tristes lágrimas.» La santa mujer se conmovió al oir sus palabras y las escuchó como un oráculo del cielo.

Agustin permaneció poco tiempo en Tagasto: la muerte de uno de sus amigos le hizo odiosa la permanencia en esta ciudad; partió á Cartago donde profesó la retórica con éxito brillante, y los aplausos formaron desde entonces las delicias y el orgullo de su vida. Sentia no obstante un vacío, y Roma se le apareció en medio de sus ilusiones. Mónica no podia resolverse á la idea de una separacion, siguió á Agustin hasta el mar para hacerle desistir de su proyecto y detenerle con sus ruegos y lágrimas, ó al menos para no separarse de su lado. Agustin fingió que queria tan solo despedirse con un amigo suyo que se embarcaba, y lo acompañó hasta la nave, persuadiendo á su madre á que pasara la noche en la orilla, cerca de una capilla dedicada á san Cipriano.

»Yo engañaba á mi madre, dice ¡y á qué madre! libertándome por fin de su cariñoso empeño...» Efectivamente, aquella misma noche, mientras Mónica oraba y lloraba por él, se alejó de la orilla y bogó hácia Roma (383).

Mónica regresó á Tagasto sollozando. Su mayor delicia era la presencia de su hijo, como sucede á todas las madres, pero á ella

mas que á las otras, pues ignoraba las alegrías que le preparaba esta ausencia. ¡Y por ellas lanzaba lamentos mezclados en llanto, pues como hija y heredera de Eva, buscaba con dolor lo que con dolor habia engendrado!» Roma no satisfizo tampoco á Agustin; Milan necesitaba un profesor elocuencia; su ambicion solicitó este puesto, y su mérito se lo alcanzó. Allí le esperaba Dios para humillarlo con la fuerza de la gracia y realzarlo con la verdad de la fé.

Ocupaba á la sazon san Ambrosio la silla episcopal de Milan, y toda Italia ensalzaba sus predicaciones. Agustin fué á oir las homilías que el prelado dirigia todos los domingos á su pueblo, y se quedó estasiado; el profesor de retórica que se complacia con las bellezas de la diccion, se fué convirtiendo en el catecúmeno de Tagasto que se interesaba por la doctrina, siendo lo bello un camino hácia lo verdadero. Trabóse entonces en su conciencia una lucha terrible, entre los apetitos bajos y viles que le habian dominado hasta entonces, y los instintos elevados y puros que Dios escitaba en él con el aguijon del remordimiento. Inspirada Mónica por su ternura, fué á reunirse con su hijo en Milan. ¡Pobre madre! habia cruzado las olas, desafiado la tempestad y sufrido las fatigas de un largo viaje, y conducida por la Providencia, traia el peso de sus oraciones y sus lágrimas para colocarlo en la balanza donde se pesaba el destino de su hijo!

Agustin no era ya maniqueo, pero tampoco católico; todas las cosas terrestres le parecian despreciables, pero no podia desprenderse de ellas se le aparecia la virtud rodeada de apacibles atractivos, mas no tenia valor para declararse en su defensa y observancia. Leyó la santa Escritura en medio de tantas agitaciones y combates, y encontró esta vez la misteriosa luz que encierra, y oyó hablar de las admirables virtudes que practicaban los solitarios, y de las conversiones ruidosas que acababan de hacerse en las letras y en el ejército. Agustin no pudo resistir mas, su alma estaba vencida. Efectúase repentinamente en su ser una especie de revolucion, su pecho se desgarra, le arrebata una especie de agitacion estraordinaria, se separa, sin dar esplicaciones, de Alipio, uno de sus amigos presente á este espectáculo, y se retira al jardin. Alipio permanece en silencio y espera con doloroso asombro el desenlace de tan estraño drama; Agustin llora, eleva á Dios sus oraciones mezcladas con sollozos, abre las epístolas de

san Pablo y cierra el libro despues de haber oido estas palabras: »No vivais en los festines, en los escesos y en las voluptuosidades impúdicas, ni en pugna ni enemistad, sino revestidos de Jesucristo.»

Agustin estaba convertido; la gracia acababa de entrar en su corazon, inspirándole el conocimiento de la verdad, el valor del deber y la paz que es la tranquilidad del órden.

¡Cuán inmensa y pura fué la alegría de Mónica cuando vió realizado lo que habia pedido con tan ardiente fervor y aun comprado con la amargura y copia de sus lágrimas! La noble Mónica fué en Milan, lo mismo que en Tagasto, una mujer asidua en la oracion y en los ejercicios religiosos, confiada en Dios, dócil á la Iglesia y generosa con los pobres; su elevada y rara virtud le granjeó el aprecio y el respeto de todos, y particularmente de san Ambrosio, tan buen juez en esta materia de verdadero mérito. »La piedad de mi madre, dice san Agustin, su celo por el bien y su asiduidad en la oracion interesaron tan vivamente á san Ambrosio, que siempre que me encontraba se deshacia en elogios y me felicitaba por tener tan escelente madre.»

Agustin no pensó mas que en vivir santamente desde que se convirtió. Mónica, Adeodato y algunos parientes y amigos le siguieron al campo, á donde se retiró para prepararse al bautismo. Los dias empezaban y acababan con la oracion y el estudio; se retiraba á los prados, á la sombra de los árboles ó á la sala del baño para discurrir sobre las cuestiones mas elevadas de la filosofía. Mónica asistia algunas veces á estas conferencias, y mostraba un juicio y una penetracion tan estraordinarios, que todos admiraban la profundidad de una inteligencia que las letras humanas no habian acostumbrado á la perfeccion y la gracia del lenguaje, pero que á fuerza de virtud se habia instruido maravillosamente en la ciencia de Dios.

Disertábase un dia sobre la verdadera felicidad, y Agustin preguntó si el hombre es dichoso cuando ha logrado cuanto desea. »Sí, respondió Mónica, si desea y posee el bien, pero es desgraciado cuando desea el mal, aunque lo posea.» Es el mismo pensamiento de Ciceron en su *Hortensius*: »Son llamados felices todos los que hacen su capricho, lo cual es un error, porque es una estrema miseria querer lo que no conviene, y hay mas felicidad en no alcanzar lo que se

quiere, que en codiciar lo que debia quererse: la depravacion de la voluntad hace mas mal que bien puede hacer la fortuna.» Habiendo sentado despues san Agustin que las riquezas no pueden dar la felicidad, porque se pueden perder y porque siempre hay razon de recelar que suceda, respondió Mónica que aunque hubiera seguridad de no perderlas, no por eso seria segura la dicha, pues permaneceria siempre el que las gozase desdichado, porque seria un indigente.

—¡Cómo! replicó san Agustin, si el hombre en medio de una completa abundancia modera sus deseos, y contento con lo que tiene sabe gozarla de un modo honrado y agradable; ¿creeis que no alcanzara la felicidad?

—Seria dichoso, añadió Mónica, no por la posesion de sus bienes, sino por la moderacion de su alma.

Trasportados de admiracion los que la oian, no veian una mujer en medio de tan elocuente lenguaje, sino que les parecia que algun grande hombre habia venido á sentarse y á discurrir con ellos.

Luego que san Agustin recibió el bautismo, resolvió renunciar á todas las cosas mundanas para servir á Dios con mas libertad, y sus compañeros adoptaron su proyecto. Se dirigieron al África, donde esperaban encontrar algun retiro favorable en las cercanías de Tagasto, y desembarcaron en Ostia, en cuya ciudad descansaron algunos dias. Hallábanse cierto dia Agustin y Mónica apoyados juntos en una ventana desde donde se estendia la vista sobre el jardin de su casa, y hablaban con estrema ternura de la vida eterna de los cielos; la fé les descubrió una parte de aquella region de luz y de amor donde Dios hace morar á sus elegidos, y elevándose sobre las alegrías materiales é incomprensibles, alcanzaron momentáneamente, como por un supremo arrebato de su alma, una imágen de la felicidad que no puede esplicar ninguna lengua humana. Volviendo repentinamente en sí al rumor de la palabra creada en el destierro de la tierra, suspiraron profundamente, y Mónica manifestó el deseo y el presentimiento de una muerte cercana. » Nada me place ya en la vida, dijo á su hijo, no sé qué hago aquí y por qué estoy aun, no teniendo mas esperanzas que alimentar. Solo una cosa me ha inspirado el deseo de detenerme algun tiempo, verte cristiano católico antes de morir, y Dios me lo ha concedido con usura, pues te veo convertido en un fiel servidor suyo y despreciando por él todos los bienes de la tierra. ¿Por qué debo, pues, permanecer mas aquí?»

Cinco ó seis meses despues de esta conversacion, Mónica se sintió invadida de calentura, y el mal hizo rápidos progresos. Tuvo momentos de debilidad, pero recobrando su valor y viendo en el rostro de sus hijos señales de pena y de temor, les dijo: »Me enterrareis aquí; depositad mi cuerpo en cualquier parte y no penseis en otra cosa; lo único que os pido es que donde quiera que esteis, lleveis mi memoria á los altares del Señor.» Finalmente, despues de crueles dolores que sufrió con admirable paciencia, el dia nono de su enfermedad entregó Mónica su espíritu y entró en el reposo de la eternidad (387).

Agustin cerró sus ojos sin derramar lágrimas entonces, aunque sentia desgarrarse en dos pedazos aquella vida que tan dulcemente se habia formado de la vida de Mónica y de la suya; su cuerpo fué sepultado en Ostia, y algunos años despues trasladado á Roma.

Hé aquí el retrato de Mónica; mujer digna de la admiracion de los siglos, que comprendió que Dios arma con un poder incomparable el corazon de las esposas y las madres, y que la mujer sinceramente cristiana encierra especialmente el secreto de tan milagroso ascendiente. Ella convirtió á Patricio y abrió en el alma de Agustin, dándole la vida de la fé, el rio de doctrina y de caridad, donde tantas almas han encontrado, durante catorce siglos, la ciencia y un suave refrigerio en las angustias de su duda y en el devorador afan de su egoismo.

F. Barrias Pinxᵗ — Paris, Impᵗ de Chardon aîné et fils, r. Hautefeuille, 30 — Vallot Sc.

STE CLOTILDE.

SANTA CLOTILDE

REINA DE FRANCIA.

Es probable que nunca haya dejado tan duraderos y brillantes vestigios el espíritu divino de la verdad y la justicia, al pasar por entre la vida de los pueblos, como en la última mitad del siglo v; tras una lucha sostenida por quince ó veinte generaciones, la raza germánica acababa de derrocar á Roma guerrera, despues de la batalla ganada por Odoacre bajo las murallas de Pavía; una sombra de emperador, llamado Augústulo, gozaba por la insultante misericordia del vencedor las tranquilas y vergonzosas delicias de la vida privada, y el trono de los Césares protegido por el desprecio y la indiferencia general desapareció sin que nadie se ocupara de hacerlo pedazos, y sin que nadie lo advirtiese.

No obstante, Roma no salió por esto de la escena del mundo, y recobraba con el poderío de la doctrina lo que acababa de perder con la suerte de las armas. Y esta fué la salvacion de los mismos vencedores, porque abandonados á sus propias fuerzas no hubieran podido sin el transcurso de muchos siglos organizar la conquista y civilizar la Europa. ¡Cuántas ruinas habian acu-

mulado las guerras! ¡Qué débiles elementos tenian para la restauracion social! Carecia la vida del brillo y encanto que le daban el imperio del derecho y la conservacion del órden; reinaban por do quiera la desolacion, la violencia, la confusion y la barbarie; eran incultas y feroces las costumbres, indómitas las pasiones, ignorantes los espíritus, salvajes los deseos y pretensiones y la miseria general y profunda; toda la energía de aquellas turbas tan confiadas en sus armas carecian de punto de apoyo estable, de direccion determinada y de accion regular; finalmente el mundo era una imágen del caos.

Habian llegado en Occidente las cosas á este grado de descomposicion cuando la Providencia se dignó sostener, al terminar el siglo quinto, á la humanidad vacilante, y conducirla hácia su objeto, trasformando las confusas turbas en naciones y sacándolas de la oscuridad, de la barbarie, de la violencia y de la esclavitud á la luz, á la civilizacion, al órden y á la libertad. La doctrina católica y el pueblo franco sirvieron de principio y de instrumento á esta renovacion. Solamente la religion podia apoderarse útilmente de todas las fuerzas ciegas que acababan de invadir la Europa como un torrente, penetrar en el fondo de las almas para disciplinar el valor y amortiguar el salvaje ardor de una lucha que conmovia el mundo; pero desgraciadamente la mayor parte de las hordas victoriosas profesaban un falso cristianismo, que no era superior al paganismo, y la herejía arriana dominaba con la poderosa nacion de los godos en una gran parte de Italia, en las comarcas que se estienden desde los Alpes al Ródano, en el mediodía de las Galias y en casi toda España. El error desde las gradas de siete ú ocho tronos, parecia reservar un temible porvenir á la Iglesia católica, que se veia, sino oprimida y perseguida, al menos humillada y mirada con desvío. Dios escogió al pueblo franco para confiarle en tan grave peligro el papel brillante y privilegiado que hiciera Constantino entre los emperadores, y si este habia derrocado la idolatría y elevado públicamente el cristianismo á la soberanía, doblegando ante él las antiguas haces de Roma, el pueblo franco destrozó despues con su hacha de armas el arrianismo, y haciendo reinar la doctrina católica en su vasto imperio, le dió el apoyo de un valor y un nombre admirable, le aseguró la dominacion de Oc-

cidente, y le abrió las regiones septentrionales de Europa, ente ramente sepultadas aun en las sombras de su cielo mitológico. El ejemplo de Clodoveo arrastró en masa á los francos al culto del verdadero Dios, y el mismo monarca se dejó conducir antes por las tiernas exhortaciones, virtudes y súplicas de Clotilde.

Clotilde era nieta de Gonderico ó Gunderico, rey de los burgondas.—Este príncipe habia dejado cuatro hijos, que gobernaron en un principio sus estados en comun bajo el vasallaje de Roma; pero fué poco duradera la union. Uno de los cuatro hermanos, Gondobaldo ó Gondebaudo, se distinguia por su genio y su prudencia, y era además elocuente y de un carácter enérgico; los emperadores romanos le habian conferido la dignidad de Patricio, y celosos dos de sus hermanos de su superioridad, tomaron contra él las armas, trabando una guerra cruel, como sucede siempre que la sangre rebota contra sí misma y que una familia se despedaza con sus propias manos las entrañas. Gondebaudo logró la victoria despues de un combate sangriento, entregó á las llamas la torre de Viena, donde se habia refugiado uno de sus hermanos y lo dejó perecer entre los escombros; cortó la cabeza al otro hermano vencido, llamado Chilperico, y mandó precipitar á la esposa desgraciada en el agua con una enorme piedra. Degolló tambien á los dos hijos de Chilperico; una de sus dos hijas, la primogénita que se llamaba Chrona, tomó el velo y entró en un convento, donde se deslizó su vida en tranquila y santa oscuridad, y la mas jóven que era Clotilde, fué conducida á la corte de su tio Gondebaudo para llegar un dia al mas brillante destino.

El padre y los tios de Clotilde eran arrianos, pero su madre que era católica, le habia inspirado una fé profunda y una piedad sincera, en la cual persistió á pesar de los ejemplos y seducciones heréticas de que se veia rodeada. Todos admiraban su modestia tanto como su hermosura, y las gracias de su talento como los encantos de su rostro. El jóven y valiente rey de los francos, Clodoveo, la oyó ensalzar por los embajadores que enviaba con frecuencia á Gondobaudo, y la pidió por esposa, lo cual obtuvo, dice san Gregorio de Tours, porque era imposible negarse al deseo de tan temido guerrero. El cronista Fredegario y cuantos le han tomado por guia añaden á este sencillo relato el adorno de circunstancias romancescas; segun ellos. Clotilde estaba muy

sujeta y custodiada rigurosamente por su tio, y no sabia lo que pasaba fuera del palacio: Clodoveo envió á un señor de su corte llamado Aureliano, para que hablase con Clotilde y le informase de sus deseos, y el mensajero se disfrazó de mendigo y consiguió mezclarse con los pobres que seguian los pasos de la generosa princesa, para manifestarle el objeto de su mision y entregarle en prenda el anillo de su soberano. Clotilde creyó ver la mano de Dios en este acontecimiento, y temiendo que se frustrasen sus designios desconocidos, venció la repugnancia que le inspiraba la idea de tomar por esposo á un idólatra y aceptó el anillo misterioso. Clodoveo pidió entonces solemnemente la mano de Clotilde al rey de los burgondas, teniendo cuidado de advertirle que estaban á su disposicion numerosos compañeros de armas. De pronto Gondebaudo no se creyó bastante fuerte para responder á esta amenaza, y le concedió la princesa, que partió con grandes tesoros; pero se arrepintió poco tiempo despues, y envió sus guerreros tras las huellas de la princesa. Sabiendo Clotilde que la perseguian, abandonó sus bagajes y apresuró su marcha, y llegó al pais de los francos, donde Clodoveo la recibió con el mayor alborozo.

Clodoveo era aun muy jóven, pero todos le respetaban y temian. En 486 derrotó cerca de Soissons á Syagrio, el último representante de los romanos en las Galias, y ensanchó hasta el Loira los límites de su imperio. Obedecian sus órdenes las comarcas situadas entre este rio, el mar, el Mosa y el bosque de las Ardenas, á escepcion de algunos pueblos de la Armórica; encontró una tenaz resistencia en el pais de Tongres, pero se mostró superior á todos los obstáculos, y cinco años despues de la victoria de Soissons hubiera logrado considerarse como pacífico posesor del territorio, si su obra fundada sobre la accion y la conquista, no hubiese tenido necesidad de moverse para durar y de estenderse para no desmerecer. Tenia, pues, los ojos fijos en las fronteras, al mismo tiempo que su mano se ocupaba en la organizacion interior del reino.

Clotilde, en medio de los proyectos é ideas políticas y guerreras de su esposo, le inspiraba ideas de religion y se esforzaba á atraerle al cristianismo; llevaba una vida ejemplar y de penitencia, y observaba en el cumplimiento de sus deberes y en las prácticas

de piedad una prudencia y una discrecion admirables. Como mujer inteligente y sabia, imprimia en su virtud un rasgo de nobleza y de encanto; su caridad para con los pobres y el fervor de sus oraciones aumentaban sus méritos ante Dios, y preparaban un acontecimiento que ejerció en el destino de Francia mayor influencia que todas las victorias de Clodoveo. La reina demostraba á cada instante la vanidad de los ídolos y la escelencia de la religion cristiana, y Clodoveo la escuchaba sin enojo, pero no se convertia. »Nada son los dioses que adorais, le decia; ni pueden defenderse á sí propios ni socorrer á nadie, porque son de piedra, de madera y de metal: sus nombres indican que fueron hombres y no dioses; como por ejemplo Saturno, que se salva con la fuga de su hijo rebelde que pretende arrojarle del trono de su hijo Júpiter manchado con infames crímenes... ¿Acaso Marte y Mercurio son mas que artificios mágicos en vez de potencias divinas? Solo debe adorarse á aquel que sacó de la nada el cielo y la tierra, el mar y cuanto hay en ellos... al que creó la raza humana y que generosamente ha sometido al hombre todas las criaturas para que le sirvieran y ayudaran.» Pero Clodoveo se resistia. »Todo está dispuesto, decia, por órden de nuestros dioses; pero es cierto que vuestro Dios es impotente, y aun se duda que sea de raza divina.»

No obstante, Clodoveo consintió en que se bautizara el primer hijo que le diera Clotilde y que se llamase Ignomes; pero habiendo muerto poco tiempo despues el hijo anhelado, acusó vivamente á la reina, y le dijo con ira: »Si lo hubiese consagrado á los dioses, viviria aun, pues ha muerto porque ha sido bautizado en nombre de vuestro Dios.» Clotilde respondió con ternura: »Doy gracias á Dios, creador omnipotente, de que se haya dignado admitir un hijo mio en su reino; no ha abatido mi corazon esta desgracia, porque arrebatado del mundo despues del bautismo gozará de la gloria de Dios.»

Clodoveo no comprendia semejante dicha, cuya idea es tan solo efecto de la fé, y cuando tuvo un segundo hijo, le vió bautizar con repugnancia, y aun se deshizo en amargas quejas con motivo de una enfermedad en que el tierno príncipe estuvo en peligro de muerte. »Sucederá lo mismo que con su hermano, le has bautizado y morirá.» Clotilde dirigió en tan doloroso conflicto fervientes súplicas á Dios, y consiguió la curacion del enfermo; pero el rey permanecia inflexible.

Poco tiempo despues de este suceso estalló la guerra entre los francos y los alemanes (año 496). No sabemos con precision la causa y sus

circunstancias: segun varios escritores, ella indujo á Clodoveo á esta guerra, ya por un presentimiento sobrenatural de lo que sucederia, ya por temor de que los alemanes que avanzaban sin descanso, se apoderasen del reino de los burgondas, á cuyo trono se creia con derecho. Además, muchos afirman que hubo dos batallas, una en Tolbiac, entre Juliers y Brom, y otra en un sitio que se ignora, lo mismo que sus circunstancias. Gregorio de Tours, único historiador cuyo testimonio podia ser irrecusable, guarda un profundo silencio; pero á pesar de todo, esta guerra ocasionó la conversion de Clodoveo.

Habíase trabado el combate con espantoso encarnizamiento; el número de muertos era inmenso en ambos ejércitos, y el de Clodoveo empezaba á flaquear. El rey sintió que se despedazaba su corazon, brotaron las lágrimas de sus ojos, y miró al cielo esclamando: »O Jesucristo, á quien Clotilde llama Hijo de Dios vivo, y que acudís en ausilio de los que sufren, dando victoria á los que esperan en vos, yo imploro humildemente vuestro glorioso apoyo. Si me concedeis que venza al enemigo, y si siento la fuerza del brazo que ha impelido al cristiano en los combates, creeré en vos y me haré bautizar. He invocado á mis dioses y veo que no me socorren; veo que son impotentes é inútiles. Yo os invoco y quiero creer en vos, pero dadme la victoria.» Estas palabras, oidas y repetidas en las filas, reanimaron la parte de las tropas que eran católicas, y el entusiasmo arrastró á los restantes. Cambió repentinamente la faz del combate; los alemanes cayeron despedazados, y emprendieron la fuga esclamando: »Perdónanos la vida; estamos rendidos.» De este modo se manifestó desde el orígen y en la persona de Clodoveo nuestro antepasado el carácter distintivo de la nacion francesa, Francia es, antes que todo, un pueblo de soldados cristianos, »salido de un acto de fé sobre un campo de batalla.»

Luego que Clodoveo sometió á los alemanes y declaró su pais tributario, regresó á Reims donde Clotilde le recibió con inmensa efusion de alegría, rogando al obispo de San Remi que conferenciase con el neófito sobre las verdades cristianas.» Santo Padre, le dijo Clodoveo, os escucharé gustoso, pero temo que el pueblo que me sigue no me permita abandonar sus dioses. Voy á convocarlos y á repetir vuestras palabras.» Convocó en efecto á los francos, y todos como por una inspiracion esclamaron antes que hubiera espresado su deseo: »Recha-

zamos los dioses mortales, piadoso rey, y estamos prontos á adorar el Dios inmortal que anuncia el arzobispo.» Vencido de este modo el último obstáculo, se hicieron suntuosos y magníficos preparativos para el bautismo del rey. La iglesia estaba ricamente adornada: un gran número de cirios olorosos esparcian una luz brillante y perfumada; el aire estaba henchido de nubes de incienso y seducian portentosamente la vista las alfombras hábilmente colocadas y bordadas con elegancia. »Era tan hermoso el dia y habia tan divino encanto en esta fiesta, dice el historiador, que los bárbaros sentian de antemano la dicha del paraiso. Cuando Clodoveo, nuevo Constantino, se presentó pidiendo ser regenerado con las aguas del bautismo, el obispo le dijo: »Inclina con humildad la frente, sicambro; quema lo que has adorado, y adora lo que has convertido en cenizas.» Y despues que el rey confesó al Dios omnipotente en la Trinidad; fué bautizado en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y ungido con el óleo santo en forma de cruz. Tambien recibieron el bautismo dos hermanas del rey; Albofleda pasó de la idolatría al cristianismo, y Lantilde abandonó la herejía de Arrio por la verdadera doctrina de la Iglesia católica. Mas de tres mil guerreros siguieron el ejemplo del rey.

Puede presumirse no obstante que una gran parte de la nacion franca habia reconocido ya el cristianismo, ó al menos titubeaba para entrar en la Iglesia, pues es preciso recordar que el imperio romano habia oido anunciar la palabra evangélica durante tres siglos, y que siglo y medio hacia la observaba como ley religiosa; y por otra parte, un gran número de francos se habian alistado bajo la cruz como bajo las águilas de los ejércitos imperiales, ó habian desempeñado cargos políticos y civiles entre romanos. Vivian rodeados de símbolos y fiestas del culto cristiano, estimulados además y atraidos á la fé por el celo de apóstoles y sacerdotes infatigables. La nacion franca estaba pues iniciada en parte en el conocimiento del cristianismo y preparada para recibir el bautismo; y esto esplica la facilidad con que los guerreros de Clodoveo imitaron á su jóven y glorioso jefe; pero esta circunstancia no rebajó la mision providencial de Clotilde ni la importancia de los resultados anejos á la conversion del príncipe. El punto capital consiste en que los francos evitaron la herejía en que habian sucumbido todos los

conquistadores de raza germánica, y en que eran los únicos que de una á otra parte del mundo tenian un rey ortodojo. Consúltese la historia contemporánea y se verá que Anastasio, emperador de Oriente, favoreció á los eutiquianos, y que el arrianismo tenia por sosten, en África á Trasamundo, rey de los vándalos, en Italia á Teodorico, rey de los ostrogodos, en España á Alarico, rey de los visogodos, y al oriente de las Galias, á Gondebaudo rey de los burgondas. Puede afirmarse, hablando humanamente, que la suerte del pontificado quedó asegurada, albergando en su triunfo la salvacion de las generaciones futuras, desde el momento en que la católica Clotilde inclinó hácia la verdadera fé el alma de su esposo, y en que el pueblo imitó á Clodoveo, arrojó el peso de su adhesion y de su espada en la balanza de la justicia y en los consejos de Europa.

¡Qué maravilla! este acontecimiento fué apreciado por sus contemporáneos como lo es en el dia, descubriendo con anticipacion las consecuencias que los siglos al pasar han desplegado ante nuestros ojos. Se miró desde entonces á la nacion de los francos como á la primogénita de la Iglesia, y á su jefe cual el brazo derecho del papado. »Glorioso hijo, escribió al nuevo cristiano el papa Anastasio, nos regocijamos de que vuestra entrada en la fé coincida con nuestro advenimiento al pontificado: la silla de san Pedro se ha estremecido de gozo al ver una gran nacion que se postra á sus piés y llena sus redes que el santo pescador de hombres y portero de la Jerusalen celeste ha recibido órden de arrojar al agua. Os hemos enviado al sacerdote Eumenio para que os esprese la alegría que espresa vuestro padre y escitaros á crecer en buenas obras. Sereis nuestra ventura y nuestra corona, y vuestra madre la Iglesia sentirá la mayor alegría en los adelantos espirituales del poderoso príncipe que acaba de dar á Dios. Hijo ilustre y querido, glorificad la santa Iglesia y sed para ella una columna de hierro: la caridad de un gran número se entibia, las tumultuosas olas de la perversidad humana agitan nuestra barca, pero Nos esperamos contra toda nuestra esperanza. Ensalzamos al Señor que os ha sacado del imperio de las tinieblas y que ha dado á la Iglesia un protector para defenderla y salvarla de sus enemigos. Marchad, noble hijo, por la senda en que habeis entrado, á fin de que Dios omnipotente os defienda con su proteccion á

vos y á vuestro reino, mande á sus ángeles que os guarden en todos vuestros pasos y os conceda la victoria en los combates.»

Una carta del obispo de Viena, Avito, al rey Clodoveo, manifiesta aun mejor las esperanzas y la disposicion de los contemporáneos: »Parece, dice, que la Providencia envia un árbitro para nuestra época, y al elegiros á vos, juzgais por todos. Vuestra conversion á la fé es la victoria de la Iglesia: muchos en igual situacion han buscado un medio de evadirse de las exhortaciones de los sacerdotes y de los consejos de sus aliados, recordando los usos de su raza y las prácticas de su patria, pero despues de lo que acaba de suceder, se desvanecerá tanta mengua... Y como pronto estará toda la nacion de los francos en el seno de Dios por vuestros desvelos, esparcid entonces la riqueza de vuestro corazon sobre los pueblos lejanos que viven en su ignorancia nativa y que no han alternado con la herejía la semilla pura de la fé. Emplead toda vuestra solicitud en estender el reino de Dios que ha fundado el vuestro. Habeis ascendido al horizonte como un sol que todo lo alboroza con su brillo; lo que está mas cerca del astro resplandece con una luz mas viva, pero no se escapa á sus rayos lo que se halla mas distante; continuad, pues, en regocijar las provincias donde brilla vuestra corona y en consolar el resto del mundo. Todas las Galias esperimentan las consecuencias de vuestro triunfo, y llega hasta aquí tanta felicidad. Cada combate vuestro es para nosotros una victoria.»

Viendo Clotilde unido al rey en la fé cristiana, se esforzó en hacerle practicar sus máximas y de fortificarse ella misma en sus sentimientos de piedad; se hizo amiga de Genoveva de Nanterre, que gozaba una elevada reputacion de virtud, y á ruegos de la humilde pastora determinó á Clodoveo á edificar sobre la montaña que domina al antiguo París la iglesia de San Pedro y San Pablo, que tomó en seguida el nombre de Genoveva. Además, este acto de religion tenia relacion con la guerra que el rey acababa de declarar á los visogodos, contra quienes profesaba mucho tiempo hacia una profunda aversion, que afirmaba sus nuevas ideas y su ortodoxía. »Esos arrianos, decia, no tienen derecho alguno á poseer el mas oscuro rincon de las Galias. Seguidme; Dios nos ayuda, los venceremos y el pais nos pertenecerá.» Los francos siguieron á Clodoveo, que marchó hácia el Loira, des-

pues de exhortar á sus tropas á que respetaran el pais ilustrado con la vida de san Martin. »¿Cómo pudiéramos lograr la victoria si se enojara contra nosotros el bienaventurado Martin?»

Los francos encontraron y vencieron á los visogodos cerca de Poitiers, en la llanura de Vouile (año 507), y continuando Clodoveo su marcha victoriosa, conquistó casi toda la Aquitania y llegó hasta Tolosa. Al regreso de esa espedicion encontrô en la ciudad de Tours á los enviados del emperador Anastasio, que venian á ofrecerle el diploma de cónsul; pues los ingeniosos soberanos de Bizancio habian encontrado el secreto de hacer llegar su papel mas lejos que su espada, y continuaban repitiendo por medio de embajadores las pretensiones que los bárbaros habian rechazado en todos los campos de batalla. Clodoveo aceptô la púrpura, ciñó su frente con una diadema, se dirigió con gran pompa á la catedral, y fué llamado desde entonces cónsul ó augusto, como tambien rey de los francos.

A pesar de todos sus esfuerzos Clotilde no habia podido vencer todos los instintos crueles y sanguinarios que habia dejado en el alma de Clodoveo una educacion bárbara unida á un carácter belicoso y al ardor de la ambicion, al menos si admitimos enteramente las palabras de Gregorio de Tours. Segun este historiador »Clodoveo asesinó á casi todos los parientes que le inspiraban inquietud; dicen que un dia reunió á todos los de su palacio, y esclamó: Desgraciado de mí! soy un estraño en medio de estraños, y ya no tengo ningun pariente que pueda ayudarme en mi infortunio! Pronunció estas palabras, no por dolor sino por astucia, con objeto de ver si habia quedado alguno que pudiera asesinar.»

Tal vez haya en estas palabras bastante exageracion, ó Clodoveo no hizo mas que prevenir alguna conjuracion tramada contra su vida, porque los demás jefes de los francos verian con envidia la superioridad siempre en aumento del que fué algun dia su igual y que era su soberano desde la batalla de Soissons. No obstante, Clodoveo no sobrevivió mucho tiempo á todos estos príncipes, pues murió á los cuarenta y cinco años, sin haber podido consolidar y llevar á cabo las grandes empresas que con tanto valor habia comenzado.

Clodoveo dejó cuatro hijos y una hija, y habia tenido á Teo-

derico ó Tierry antes de casarse con Clotilde que le dió á Clodomiro, Childeberto y Clotario. Solo habia habido hasta entonces entre los francos un imperio, pero la dignidad real se repartió entre los hijos del monarca, lo cual dió orígen á enemistades y luchas sangrientas. Clotilde se retiró á Tours, para pensar mejor en la salvacion de su alma, y orar con mas fervor cerca del sepulcro de san Martin y en los lugares embalsamados por sus virtudes y milagros. No obstante, se creyó obligada á intervenir en los negocios públicos, y aunque lo hizo sin manchar su conciencia, no sin acarrearse los mas crueles pesares. Se dirigió á París, reunió á sus tres hijos y los exhortó, segun Gregorio de Tours, á invadir á Borgoña para vengar la sangre de su familia vertida en otro tiempo por Gondebaudo, y tal vez temió tambien por sus hijos á consecuencia de la alianza contraida por Tierry con el nuevo rey de los burgondas, Sigismundo. Se trabó la lucha, y sus resultados fueron terribles (523).

Clotilde vió á su hijo Clodomiro vencer y matar con barbarie al rey de Borgoña, y al año siguiente vió al mismo hijo vencido y muerto por Gondemaro, hermano y sucesor del desgraciado Sigismundo. Gondemaro fué vencido á su vez y muerto por Childeberto y Clotario que reunieron á Francia el reino de Borgoña. Pero no se sació su ambicion; concibieron el horrible proyecto de apoderarse tambien de la herencia de su hermano Clodomiro sacrificando á sus hijos que se hallaban en París al lado de Clotilde (año 526).

Clotario estaba ausente, pero acudió apresuradamente. Hicieron creer á la reina madre, que se trataba de sentar á sus nietos en el trono, y enajenada de gozo los envió á sus tios, diciendo: »Creeré que no he perdido á mi hijo si os veo reinar en su puesto.» Cuando llegaron al palacio, los separaron de sus ayos, y enviaron á Clotilde una persona de confianza con una espada y unas tijeras, para preguntarle la suerte que preferia para sus nietos; ó darles la muerte ó cortarles la cabellera, rebajándoles así á la clase del pueblo. Engañada Clotilde con un ardid tan horrible y cediendo á la indignacion respondió: »Prefiero la espada á las tijeras!»

Cuando el bárbaro Clotario recibió esta heroica respuesta, se apoderó violentamente del mayor de sus sobrinos, que solo tenia

diez años, y le hundió una daga en el pecho; el segundo, que apenas contaba siete años, se arrojó llorando á las plantas de Childeberto: »Tio mio, esclamaba, impedid que me maten como á mi hermano!» El tio, con el rostro bañado en lágrimas, intercedió por el niño y prometió pagar su vida como quisieran. »O le dejas, gritó Clotario enfurecido, ó mueres por él. ¿No eres tú quien me ha inducido á este acto? ¿Por qué faltas tan pronto á tu palabra? Childeberto rechazó á su sobrino que cayó como su hermano bajo la daga de Clotario, salvóse de esta carnicería otro hermano llamado Clodoaldo, pero recibió mas adelante las órdenes sagradas, vivió y murió santamente, y es el que honra la Iglesia con el nombre de san Cloud.

Tantas muertes y tan espantosa tragedia, que acarreaban sobre su familia la cólera divina, llenaron de duelo el alma de Clotilde, y la vida fué desde entonces para ella un peso insoportable. Despues de haber cumplido con los últimos deberes que reclamaban los cadáveres de sus nietos, se retiró al sepulcro de san Martin para terminar en paz sus dias. La oracion, el pensamiento de la eternidad, el ayuno y demás prácticas de penitencia eran su única ocupacion, parecia que no se acordaba de haber sido reina, sino para hacer el bien que es posible en tan humilde condicion, y sus limosnas aliviaron las necesidades de los pobres ó sirvieron para fundar algunos monasterios y edificar iglesias.

Clotilde llegó á una edad muy avanzada, y en su última enfermedad, no cesó de tener su corazon elevado hácia Dios. Envió á llamar á sus dos hijos Clotario y Childeberto, y les recordó las graves obligaciones de su dignidad, la clemencia y la necesidad de la concordia; pensó en los pobres, y viendo próxima su hora postrera, reconcentró toda su alma en Dios, á quien enviaba con confianza y fervor. A los treinta dias de su enfermedad recibió los sacramentos, hizo una profesion pública de su fé en la Trinidad, y dejó el mundo el dia 3 de junio de 545. Trasladóse su cuerpo á París y se depositó cerca de los restos de Clodoveo y de santa Genoveva, en la iglesia de los apóstoles San Pedro y San Pablo.

Una urna elegante, que se llevaba en otro tiempo en las procesiones con la de santa Genoveva, presentaba á la veneracion de los fieles una parte de las reliquias de santa Clotilde. París reunia

entonces en su inteligente culto á la hija de los reyes y á la del pueblo, á la esposa del conquistador y á la descendiente de la raza vencida, la vírgen pura y la madre cruelmente combatida, la vida humilde y pobre y la vida llena de brillo y de sufrimiento, en una palabra, á Clotilde y Genoveva colocadas como dos ángeles tutelares sobre la cuna de nuestra nacion. París no rechazaba en su fervor cristiano ninguna de sus glorias, y las religiosas menos que las demás; se daba á sí mismo una sublime leccion de igualdad mas elocuente que cuanto se ha dicho despues sobre la necesidad de una nivelacion universal; y finalmente, desplegaba ante sus ojos que oscurecian las miserias de la vida, los pacíficos horizontes del cielo y las gloriosas esperanzas de la eternidad.

C. Landelle Pinx. *Imp. de Chardon aîné et fils, r. Hautefeuille 30 Paris* [illegible] Sculp.

STE MARGUERITE.

SANTA MARGARITA

VIRGEN Y MARTIR.

Se ha probado con frecuencia en la historia de la Iglesia y en la polémica religiosa la barbarie y el absurdo del principio que armó á los emperadores romanos contra el cristianismo naciente; no ha habido ninguna voz honrada que se alzara á defender á aquellos seres manchados de sangre y cieno, mas dignos del cadalso que de la púrpura, y mas dignos aun, si posible fuera, de desprecio que de castigo. Aquellos miserables firmaban entre dos orgías con mano embriagada é infame continuos y feroces decretos de persecucion contra una mitad del imperio; condenaban sin exámen la doctrina mas verdadera, mas moral y elevada que hayan aparecido jamás, y herian con una atrocidad irreflexiva millones de hombres, de mujeres y de niños, cuya existencia era inofensiva y pura como la luz, y dulce y santa como la oracion. Los emperadores romanos eran unos verdugos.

Pero existen además muchas circunstancias poco notadas que hacian mas repugnante aun este abuso de la fuerza, y es la primera, la ilegalidad de la disposicion que ponia al cristianismo en

la categoría de los crímenes. Roma habia abierto sus puertas á todas las naciones dominadas por sus armas; su idea principal, y aun podria decirse esclusiva, consistia en establecer una república universal, y para alcanzarlo dejaba á los vencidos sus costumbres, y con frecuencia prodigaba la mas lata tolerancia respecto á todas las religiones, llegando hasta el estremo de conceder solemnemente los honores de la apoteosis á malvados ó locos, que los pueblos modernos encerrarian en un presidio ó en una casa de orates. Además, todos los ciudadanos romanos eran libres en materias religiosas, y no tenian que dar cuenta al estado de sus creencias, y no estando obligados á adherirse á ningun culto, tampoco lo estaban á ninguna esclusion ni preferencia, y por consiguiente comunicaban al dios de su ilusion su derecho de ciudadanía y su inviolabilidad personal. Por estas razones el culto cristiano no podia ser legalmente rechazado del imperio, y todo ciudadano romano gozaba por su constitucion el derecho de adorar á Jesucristo; y era preciso una magistratura baja y venal, como existe siempre en los pueblos degradados, para organizar y mantener, en contra de la ley fundamental de la república, el régimen absurdo y bárbaro de las persecuciones.

Es preciso advertir en segundo lugar, el modo como se aplicaba el decreto de los perseguidores. En todas épocas y naciones la instruccion de un proceso y la discusion de una causa tienen por objeto descubrir al culpable y el grado de culpabilidad, de tal modo que en ciertos siglos y paises se ha recurrido á la cuestion y á los tormentos para averiguarlo con mas seguridad. Pero en la causa de los mártires cristianos, la discusion y los tormentos tendian por el contrario á hacer negar el pretendido crímen. No decian los tribunales romanos á los partidarios de la nueva religion: El cristianismo es un delito de que os acuso; reconoced que sois culpables, para que la justicia no se estravie en investigaciones ulteriores, y un castigo merecido vengue á la sociedad; sino que por el contrario, los tribunales decian: Sabemos que sois cristianos, crímen previsto por nuestras leyes; confesad que no lo habeis cometido, y os dejamos ir absueltos y colmados de honores. ¿Qué significa este lenguaje usado por la magistratura de este gran imperio durante tres siglos?

¡Cosa estraña! esta arbitrariedad y legalidad salvajes y san-

guinarias se practicaban por hombres cuya elevacion y generosidad de sentimientos ha ensalzado hasta la historia, y vamos á esplicar el motivo. Siendo Plinio el Jóven gobernador de la Bitinia tuvo que sentenciar en la causa de una multitud de cristianos acusados por su religion ante su tribunal; no habiendo asistido aun á las diligencias judiciales contra los discípulos del Evangelio, y no sabiendo á qué ley recurrir para imponer el castigo, pidió una decision especial al emperador Trajano. En tanto mandó ejecutar á la mayor parte de los acusados que persistieron en su fé, »pues la inflexible tenacidad» de estos hombres le parecia hipotéticamente un crímen digno de muerte. Adèmás, el interrogatorio de todos los acusados y la confesion de algunos apóstatas solo habian revelado que los fieles se reunian ciertos dias antes de salir el sol para cantar alabanzas á Jesucristo, á quien adoraban como á un Dios, que se obligaban por juramento á no hacer ningun mal, á respetar la propiedad ajena, á no faltar á la fé del matrimonio ni á la palabra dada, á devolver cuanto se les hubiese confiado, y que se separaban para volverse á reunir por la tarde en una comida inocente, la cual no se practicaba ya desde las últimas leyes sobre las asociaciones. Leido este informe, Trajano respondió que se aprobara la conducta del gobernador, y que no se debia ya hacer diligencias y averiguaciones contra los cristianos, sino castigarlas cuando fueran denunciados y confesos. De modo que segun este hombre ensalzado por su prudencia, profesar el cristianismo no era un delito, y no debia perseguirse á nadie por este motivo; pero ser acusado de cristianismo constituia un crímen, y era preciso condenar á muerte al que resultara culpable. Difícil seria buscar un medio mas adecuado para verter sangre humana.

Tal es la lógica, tal la jurisprudencia que prevalecieron durante tres siglos contra los cristianos, inspirando á los perseguidores medidas infames y feroces decretos; tal es la justicia de que se hizo tan espantosa aplicacion, especialmente en la época de Diocleciano, y de la cual fué gloriosa víctima santa Margarita.

Margarita nació por los años de 230; su padre, llamado Odesio, era gran sacerdote de los ídolos en Antioquía de Pisidia, y fué confiada á una nodriza que profesaba el cristianismo y que le inspiró la fé. Odesio advirtió con dolor los sentimientos religiosos

de su hija, y trató de destruirlos dirigiéndola á la idolatría, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, y no tardó mucho tiempo en aborrecerla y alejarla de su lado. Viéndose Margarita rechazada por su padre con tanta dureza, y habiendo perdido á su madre, se refugió en casa de su nodriza en la campiña, donde se dedicó á guardar el ganado. Su amabilidad y sus virtudes le hicieron sufrir sin quejarse una prueba tan cruel, despues de una niñez pasada en medio de las caricias y de la riqueza.

Estalló por entonces la décima persecucion. Diocleciano habia mostrado en un principio bastante benevolencia respecto á la religion cristiana, pero tenia por cólegas en el poder, además de Constancio Cloro, defensor de los cristianos, á Galerio y á Maximiano Hércules, ambos supersticiosos y crueles. Galerio trató con dureza á los cristianos de su corte ó de su ejército desde el año 298, pero como se hallaba bajo la dependencia de Diocleciano, se contuvo su odio, y murieron pocos mártires hasta el dia en que el emperador tomó una actitud mas hostil para con la Iglesia. En 302 entra Diocleciano resueltamente en la sangrienta senda de las persecuciones; manda que todos los cristianos de su palacio reconozcan á los dioses del imperio ó sean castigados con palos, y se espulsen del ejército los soldados que no tomen parte en los sacrificios. Al asomar el alba del dia 23 de febrero del año siguiente una multitud de soldados invade el gran templo de Nicomedia, lo saquea y lo destruye; y al siguiente dia, el emperador manda publicar por toda la ciudad un edicto concebido en estos términos: »Todos los cristianos sin escepcion pierden sus dignidades y haciendas; ninguna condicion los pone al abrigo del tormento: todos los súbditos tienen derecho de dirigir sus quejas contra los cristianos, pero estos no pueden intentar accion por cualquiera injusticia que se les haga, aunque sea en su perjuicio; serán destruidas las iglesias, confiscados los bienes eclesiásticos y arrojados al fuego sus libros.»

Los godos y los sármatas amenazaban entonces las fronteras del imperio, pero los valientes romanos veian que era mas fácil incendiar las iglesias y degollar á los sacerdotes, que combatir con los bárbaros.

La persecucion fué larga y encarnizada: un segundo edicto mandó poner presos á todos los obispos, otro que se atormentasen

sin piedad ó hasta la apostasía á los que se negasen á sacrificar á los ídolos, y finalmente se condenó, en 304, á la última pena á todos los cristianos en masa. Aquello fué una carnicería: »Un gemido inmenso, dice Lactancio, se alzó de un estremo á otro del imperio, y se paseó desde Oriente á Occidente la furia de tres monstruos feroces; Diocleciano, Galerio y Maximiano.» La crueldad de los verdugos fué igual á la paciencia intrépida de las víctimas; innumerables turbas de hombres, de mujeres y hasta de niños sufrieron heroicamente por Jesucristo los mas espantosos suplicios; la espada, las llamas de las hogueras, los ganchos y puntas de hierro despedazaron sus miembros, y aplicaron en sus heridas fuego ó sal y vinagre. Era el supremo esfuerzo de los ídolos vencidos, pero sucumbieron y quedó en pié la cruz sacrosanta.

Conmovida Margarita ante un espectáculo tan horrible, pero confiada en Dios, pidió el valor necesario en tan grande peligro y exhaló su alma en oraciones, segun espresion de su historiador: »Señor Jesucristo, vida y fuerza de los santos, consolador de los afligidos y salvador de los desgraciados, nunca abandoneis á los que en Vos esperan; dadme fortaleza para que si atentan contra mi poca edad, si me prenden y despedazan mis miembros en los tormentos, no desfallezca por el temor de los sufrimientos, ni renuncie á la gracia de la fé, ni haga cobardemente traicion á vuestro nombre. Señor, añadia, vos habeis creado las almas y los cuerpos, conoceis cuán frágil es la humanidad; recordad que no somos mas que polvo y ceniza. Ay! mi padre y mi madre, que debian haberme inclinado hácia vuestros mandamientos, se han esforzado por el contrario á engañarme: pero tengo confianza en vos que no permitireis que sucumba al culto de los ídolos.

Hallábase un dia Margarita guardando su ganado con algunas compañeras, cuando la vió el magistrado que iba á Antioquía á ejecutar el edicto de los emperadores relativamente á los cristianos; la pastora se distinguia por su hermosura y tenia entonces quince años; el magistrado quedó prendado de ella al verla, y mandó que la trajeran á su presencia. »Sea libre ó esclava, dijo, quiero tomarla por esposa.»

Los soldados fuéron en su busca obedeciendo al magistrado.

El alma de Margarita era presa del dolor por lo que habia oido contar sobre la crueldad que desplegaban los enemigos de

la religion; los caractéres mas generosos, y el valor mas á prueba habian cedido al rigor de los tormentos, y muchos sacerdotes y algunos obispos habian entregado las santas Escrituras á los perseguidores para salvarse de una horrible muerte. Por esta razon se refugiaron entonces en tropel en las montañas y cuevas, prefiriendo vivir entre animales feroces que al lado de los paganos, y temiendo sobre todo esponerse imprudentemente á los suplicios cuya violencia fuese funesta para su fé.

Es verdad que muchos se apresuraban á ponerse ellos mismos en poder de los verdugos y á esponer su vida por Jesucristo, pero eran escepciones atribuidas á un secreto impulso de la gracia, y que debian admirarse mas bien que imitarse. Margarita estaba, pues, sumida en crueles pesares, y rogaba á Dios que la protegiese en medio de las pruebas que amenazaban su fé y tal vez su virtud.

Cuando los soldados volvieron adonde estaba el magistrado, cuyas órdenes ejecutaban, le dijeron: »Esta jóven pretende ser cristiana, enemiga de los dioses inmortales; y solo quiere adorar á Jesus crucificado por los judíos. Nos hemos esforzado á convençerla con dulzura y severidad, pero no han podido vencerla la promesa de los honores ni la amenaza de los suplicios.» El magistrado se entristeció al oir esta relacion, pues no solamente no podia amar á Margarita profesando el cristianismo, sino que hasta se veia obligado á perseguirla.

—No tengas miedo, bella pastora, le dijo, díme cuál es tu orígen; eres libre ó esclava?

—Mi familia es muy conocida en la ciudad, respondió Margarita, y mi orígen no es tan oscuro como creeis. No soy esclava de nadie, pero sí de todo corazon, os lo declaro en voz alta, servidora de Jesucristo, mi Señor, á quien he adorado religiosamente desde mi mas tierna edad y adoraré siempre.

—¿Cómo te llamas?

—Los hombres me llaman Margarita; pero he alcanzado con el bautismo un nombre mas hermoso; me llamo cristiana.

Esta respuesta exasperó al juez quien mandó hundir á Margarita en una oscura cárcel y negarle toda clase de alimento, esperando que á su edad le intimidarian las horribles tinieblas, la soledad y el hambre; pero la luz del alma sustituye para quien tiene fé á la luz que regocija los sentidos, y la voluntad de Dios le sirve de alimento. Margarita permaneció inflexible.

El magistrado partió entonces á Antioquía con intencion de continuar su empresa, pero no queria castigar aun, porque se lisonjeaba de vencer. Creyendo que un interrogatorio público intimidaria á la doncella, la hizo comparecer solemnemente, y le dijo estas palabras con acento cariñoso y paternal:

—Hija, vemos que corres á tu perdicion. Imbuido tu espíritu por lamentables errores, se resiste á nuestras razones, pero como no tenemos intencion de hacerte daño alguno, y por el contrario deseamos salvarte, te invitamos á que orilles todo pretesto y error para volver al buen camino, evitarte los suplicios y recibir nuestros favores. Te aseguramos que nos afligiria tanto tu muerte, que por eso te hemos concedido tiempo para reflexionar y no te hemos condenado inmediatamente. Ceda pues tu alma á los buenos consejos, busca la salvacion y evita los tormentos atroces. A tus ojos están la vida y la muerte, la alegría y el suplicio; no tienes mas que tender la mano y elegir.

—Lo he hecho ya, respondió Margarita; me he decidido con el ausilio de Dios por la salvacion y la alegría, y mi corazon está resuelto á vivir y morir fiel á Jesucristo, á quien ensalzo y adoro con confianza. No teneis pues que hacer ningun esfuerzo ni conservar ninguna duda; no hay poder ni tormento que puedan arrancarme el tesoro que hay en mi corazon.

—Conozco por la tenacidad y orgullo de tus respuestas, dijo el juez, que no hablas por tí propia sino en virtud de una influencia estraña.

Ignoro quién es el insensato que te ha fascinado con tan necios consejos, pero esta es la razon de que traigas las respuestas preparadas, en vez de hablar espontáneamente. Tu misma juventud es una prueba de mi sospecha, pues no son tuyas esas ideas. Díme ¿quién te las ha imbuido?

—Os asombra que sepa raciocinar siendo una niña, pero ningun hombre me ha dictado las palabras. Escuchadme con atencion: el que es fiel á Jesucristo no tiene necesidad de humana escuela donde ir á aprender lo que debe decirse ó responderse. El Cristo se ha dignado hacer esta promesa á los que se fian en su fuerza: Cuando os entreguen á los poderosos del siglo por causa de mi nombre y os halleis delante de los reyes y magistrados, no os inquieteis por lo que debeis decir ó responder, porque os lo inspirará el Espíritu Santo. Por esta razon, y no estudiando sino creyendo, he aprendido lo que os digo.

La fé es mi maestro, y ella me permite esponer sus doctrinas y refutar vuestros argumentos diabólicos.

—Esperábamos alguna cosa verosímil, añadió el juez, y solo nos respondes con una impudente mentira. Habíamos oido decir que el Cristo fascina de tal modo á los que siguen su doctrina que no pueden convencerles ninguna razon ni tormento alguno, pero sabemos por esperiencia lo que solamente oyéramos contar, despues de ver tu tenacidad y constancia. Rechazo, pues, semejante Maestro, y desprecio esa doctrina que enseña á menospreciar el poder de los príncipes y á sacrificar las mayores dichas para acarrearse todos los males! Tú ignoras sin duda lo que han resuelto los emperadores contra la fé de los cristianos, y por eso te lisonjeas de no sucumbir en tus necias y altaneras razones. Oye atentamente mis consejos y procura librarte del suplicio y salvar la vida. Renuncia á tus vanas esperanzas é ilusiones, pues has de saber que los invencibles emperadores me han enviado aquí por juez para despedazar sin compasion con mil tormentos y entregar en seguida á la muerte á los sectarios de Cristo, que se niegan á adorar á los dioses inmortales. Obedece la voluntad de los emperadores, reflexiona mientras mi clemencia te lo permite por atencion á tu poca edad, lo que te conviene, y no esperes que se amortigüe mi cólera despues del plazo que te concedo.

—¿Con qué objeto me haceis esas amenazas? dijo Margarita. ¿Para qué esa mezcla de desprecio y de compasion si estais seguro de que triunfareis? Si mi Señor Jesucristo solo fuera un hombre como pensais locamente, si no fuera Dios y Rey del cielo y de la tierra al mismo tiempo que hombre, podriais con el terror obligarme á obedeceros y á reconocer vuestros ídolos; pero es todo lo contrario. No cedo á los decretos de los emperadores, no me espantan vuestras amenazas, y me niego á adorar los falsos ídolos. Matad, despedazadme, entregadme á las llamas ó á la ferocidad de los animales; podreis quitarme la vida; pero no separarme del amor de Jesucristo.

La resistencia tranquila y razonada de Margarita exaltó al irritado juez, que se veia combatido y despreciado en presencia de todo un pueblo, y la mandó suspender por la cabeza y apalearla con toda crueldad. Los verdugos despedazaron sus carnes á golpes, y brotaba la sangre á torrentes de su cuerpo; salieron gemidos

y gritos de entre la multitud, que se lamentaba de tanta barbarie; pero la generosa vírgen consolaba con sus palabras á los que por ella se aterraban y les ensalzaba los goces de los tormentos sufridos por Jesucristo. Exasperóse la rabia del magistrado, y dió órden de tender á Margarita sobre un potro y de hacer pedazos sus miembros con garfios de hierro. Los verdugos obedecieron de un modo tan feroz, que las heridas dejaban ver las entrañas de la heroica mártir. Este espectáculo causaba horror, y muchos de los espectadores y hasta el mismo juez apartaron sus miradas, mas la santa por el contrario, sostenida por el cielo, desafiaba el dolor con una constancia y una tranquilidad tan invencibles, que muchos se preguntaban cómo una niña tan débil y delicada podria sufrir tan animosamente unos suplicios que ni aun tenian valor de contemplar.

Pero tanta constancia, en vez de calmar y dominar la crueldad de los perseguidores, no hizo mas que aumentarla, y viendo que la intrépida vírgen se mostraba insensible á los golpes y á las espantosas heridas, inventaron otros suplicios para dar fin á su valor ó al menos á su vida. Resolvieron quemarla viva al dia siguiente, y la arrojaron en tanto en un tenebroso calabozo.

Margarita entró en él orando. »Señor, mi Dios, decia, Rey del cielo y de la tierra, Creador de todas las cosas, que dais la vida eterna á los elegidos y consolais á los afligidos, haced que no sea vencida al confesar vuestro adorado nombre, y que ya que he trabado la victoria bajo vuestros auspicios, alcance la victoria con vuestra gracia.

La noble vírgen se sintió en efecto robustecida interiormente con la fuerza de Dios y consolada en su martirio, pareciéndole que podria sufrir aun nuevos tormentos.

Al siguiente dia por la mañana sacaron á Margarita de su mazmorra y la condujeron delante del tribunal y á los ojos de todo el pueblo. Tenia el semblante tan tranquilo y radiante como si nada hubiera sufrido.

—Mujer insolente, le dijo con dureza brutal el irritado juez, eres la mayor enemiga de tu cuerpo y de tu alma, y tienes el corazon de un animal feroz... Vé - á aliviar tus males y á curar con bálsamo tus heridas. Por la vida de los emperadores invencibles y la gloria de los dioses, que si no confiesas al momento

la inmortalidad de nuestras divinidades y no te rindes á ellos por medio de los sacrificios, humillaré tu orgullo en las llamas, y veremos si amas á Cristo hasta el estremo de esponerte al fuego por él.

—Haced lo que decís y no espereis nada mas, respondió la ilustre mártir; desprecio igualmente á vos y á vuestros dioses, y no cesaré de adorar y bendecir á Jesucristo.

Exasperado y fuera de sí el juez mandó desnudar á Margarita, cuyos miembros estaban llagados y salpicados de sangre, la colgaron en el techo y le aplicaron antorchas ardiendo á sus heridas. El magistrado cobarde é infame le decia al mismo tiempo con ironía:

—Margarita, goza y saciate de gozar en el Cristo de quien no quieres renegar á ningun precio. A él le debes esta paz y estas delicias; si puede, venga en tu ayuda y líbrete de las llamas. No obstante, si quieres escucharnos y ayudarte tú misma, te procuraremos tantas y tales delicias, que bien pronto olvidarás tus dolores.

—Vos pensais en este fuego de un momento, replicó Margarita, y olvidais el fuego que dura eternamente. La gloria de los cristianos consiste en marchar por esta senda á los goces que nunca acaban, y no he deseado y ambicionado pasar por ella. Este fuego va á consumir mi cuerpo en un instante, pero á vos os atormentarán las llamas eternas.

Despues oraba, y sostenida por una invisible fuerza, sufria las ardientes antorchas como si bañara su cuerpo un suave rocío. Los verdugos estaban cansados y vencidos, y no tenian mas fuerza de atormentar á su víctima, cuyo valor no se habia aun amortiguado. El juez, por un capricho tiránico, la hizo arrojar en un cubo lleno de agua, de donde salió viva con general asombro.

Al ver tanto valor, en el cual era imposible desconocer algo sobrehumano, muchos de los espectadores abrieron los ojos á la luz del cristianismo. »El Dios de esta jóven, decian, es el verdadero,» y se acogian al instante bajo el pendon de Jesucristo. El juez temió que los convertidos sublevasen contra él á la multitud, y mandó cortar la cabeza á algunos de ellos y terminar del mismo modo la vida de la invencible Margarita. Los verdu-

gos se apoderaron de ella violentamente y la arrastraron fuera de la ciudad.

—Gloria á vos, oh Señor Jesucristo, esclamó; alabo y bendigo vuestro nombre! La virtud de vuestro brazo ha sostenido la debilidad de mi sexo y me ha hecho salir triunfante de tan rudo combate; os suplico que recibais ahora mi alma y le concedais las alegrías de la eterna ventura al lado de los santos y de los ángeles.

Cuando llegó al sitio del suplicio se inclinó y el hacha cortó su cabeza. Los cristianos se llevaron su cadáver y le dieron honrosa sepultura, y algunos años despues edificaron una iglesia en el lugar donde Margarita vió llegado el término de sus crueles padecimientos.

Tal fué una de las escenas del espantoso drama que se llama la décima persecucion y de la cual nos dice Lactancio lo siguiente: »Es imposible describir circunstanciadamente lo que ha pasado en todas las partes del imperio. ¿Cuantos volúmenes no serian bastantes, para hablar de crueldades tan bárbaras y diversas? Cada gobernador se ha servido segun su capricho del poder de que se hallaba revestido; los tímidos, y los que recelaban que se les acusase de no haber ejecutado todos los mandatos, han sido los mas osados en sobrepujarlos: y los demás los han imitado, ya porque eran naturalmente crueles, ya por su odio natural contra los justos, ó para complacer á los emperadores y elevarse á las dignidades mas eminentes lisonjeando sus pasiones. Habia algunos que se apresuraban á quitarnos la vida, como el que hizo un pueblo entero de mártires en la Frigia; pero aun eran estos los mas favorables, pues infundian mas terror aquellos que hacian alarde de una falsa apariencia de bondad. El verdugo mas peligroso y terrible era aquel que no queriendo matar, y aun ensalzándose de no haber quitado la vida á nadie, pretendia atraer á todo el mundo al culto de los ídolos..... He visto en Bitinia á uno de esos gobernadores, con una efusion de gozo y ademan tan triunfante como si hubiera sojuzgado una nacion de bárbaros, porque habia humillado al parecer á un cristiano que se habia sostenido con valor durante dos años.»

El nombre de Margarita es muy célebre actualmente en la Iglesia latina; su culto pasó de oriente á occidente en la época



de las cruzadas. Francia, Inglaterra y Alemania la han honrado siempre con su devocion, y es invocada entre las vírgenes y mártires en la letanía del antiguo órden romano. Los griegos la celebran bajo el nombre de santa Marina, sin que se pueda esplicar esta diversidad, pero autoriza á creer que es la misma santa el que las meneas de los griegos se esplican casi en los mismos términos que los martirologios de los latinos.

La historia de santa Margarita está escrita por un autor anónimo, que no es anterior al pontificado de san Gregorio el Grande y que se cree haber sido monje. Su relato no es creible en todos sus puntos, pues hay en él indicios de escesiva credulidad, aunque declara haber tomado de los manuscritos que tenia delante algunas circunstancias y hechos imposibles que habian adoptado con bastante lijereza los que le precedieran en su obra. Nosotros hemos usado con él la severidad de que se ensalza á sí propio, pues su crítica habia dado una importancia infundada á cosas que hemos omitido.

Santa Margarita está representada por pintores y escultores en traje de pastora con la cabellera flotante, el cayado en la mano y rodeada de ovejas que pacen; pero con mas frecuencia la pintan hollando con el pié á un dragon, con una cruz, un libro ó una palma, y una antorcha encendida á sus plantas. Rafael, Aníbal Carracho, Poussin y Andrés Muller la han pintado ó dibujado en sus admirables obras; Jerónimo Vida, la gloria de las musas cristianas, compuso dos himnos en alabanza de santa Margarita patrona de la ciudad de Cremona, de donde era hija; el poeta implora afectuosamente á la ilustre mártir por la Italia asolada por la guerra, y menciona la devocion que tenian á la noble vírgen las mujeres en cinta; pero ni él ni los demás esplicaron la preferencia que se ha dado á santa Margarita, sobre una multitud de cristianos que confesaron con valor el nombre de Jesucristo.

La Iglesia de Oriente celebra la fiesta de santa Margarita el 17 de julio y la Iglesia latina el dia 20 del mismo mes.

C. Landelle Pinx.t Imp.r de Chardon aîné et fils, r. Hautefeuille, 30 Paris. Saint Eve Sculp.

Ste CLAIRE.



SANTA CLARA

VÍRGEN Y RELIGIOSA.

El mundo juzga por lo regular de las cosas por la utilidad material que reportan, y en medio de su ignorancia ó prevision, pregunta para qué sirven esos religiosos que cantan los salmos, rezan y meditan de dia y de noche y viven en la desnudez, la privacion y la austeridad. Se enoja cuando oye decir que aun hay muchos hombres que tienen la pretension de servir á Dios y de hacer respetar en ellos la pobreza, porque existen doctores y una ciencia nueva que han elevado por el contrario el bien á la altura de una religion, y han puesto la virtud al nivel de un apetito.

Y no obstante el mundo deberia acoger y alentar la vida religiosa aun bajo el modesto punto de vista de la utilidad material. No hablo tan solo de los tiempos pasados y de circustancias que no deben renovarse al parecer; no recuerdo al religioso desmontando el suelo de Europa y realizando la arquitectura, enseñando á los bárbaros á trocar la espada y la maza por el arado y el azadon, y á fecundar la tierra con su trabajo y sus sudores,

en vez de devastarla con las armas y empaparla con la sangre de los pueblos vencidos, sino que hablo de la época actual y de las circunstancias en que nos hallamos. Habeis arrojado de su asilo á algunos religiosos que os hacian un poco de bien, y os seria difícil probar que no los han sustituido un gran número de hombres que hacen mucho mal. Los religiosos al elevar en sus oraciones al Creador el homenaje del género humano y cumpliendo por todos una obligacion de la que todo el mundo se escusa y huye, intervenian con el cielo en las cosas de la tierra, y desde que no lo hacen, no son tan felices. Ya no hay religiosos que os importunen con el espectáculo de sus oraciones y os recuerden á Dios y á la eternidad, pero tampoco hay quien dirija por buena senda vuestra conciencia. Ya no se va al claustro á recibir consejos ó pan y á la iglesia de la abadía á practicar los ejercicios de piedad y á aprender la resignacion, pero la turba corre ansiosa, con la amenaza en los labios y el acero en las manos, hácia los goces asquerosos de no sé qué nueva especie en que todo empieza en el cieno para acabar en la sangre.

Escucha el mundo con atencion las verdades evangélicas: la palabra de Dios ha consagrado lo que desea hacer desaparecer con sus esfuerzos, y ha sido dado como piedra angular de las naciones bautizadas lo que pretende quitar de la vida; quiero hablar del sufrimiento y de la pobreza. Ah! en vano abolireis el sufrimiento; la pobreza es inmortal! Lo *mio* y lo *tuyo* han entrado en el mundo con la personalidad humana y solo saldrán de él con el último hombre; pero no pueden permanecer sin crear ni conservar la diversidad de condiciones, porque no obran con las mismas fuerzas físicas, intelectuales y morales, ni bajo el beneficio de circustancias igualmente favorables. El que es débil sucumbe al dolor, y el fuerte sobrevive y triunfa; el hombre de talento domina al que no lo tiene, y unos pierden entregándose á sus pasiones lo que otros ganan resistiéndose. Lo que decimos de hombre á hombre puede tambien aplicarse de pueblo á pueblo, al menos en la especie, y por consiguiente la vida de las naciones presenta bajo un plan mas vasto las mismas desigualdades que la vida de los individuos; pero resulta para muchos de esta desigualdad la afluencia de todas las cosas, para los mas la estrema indigencia, y para otros un

estado intermedio en que la suma de las privaciones es mas sensible, si no mayor, que la de los goces. La riqueza llama y atrae el aplauso, el favor y los deleites; la pobreza va acompañada del desprecio, de la tristeza y de la desolacion: ricos y pobres padecen, los unos con el alma y los otros con el cuerpo.

Si el sufrimiento y la pobreza fueran cosas malas, no las hubiera bendecido y adoptado el mismo Dios; pero son buenas porque las ha autorizado con sus palabras y su ejemplo. ¡Bienaventurados los pobres! Bienaventurados los que sufren! Bienaventurados los que lloran, porque de ellos será el reino de los cielos! Si el mundo tiende á disminuir gradualmente el manantial de esta dicha con el trabajo y la virtud, está en su derecho, pero que pretenda agotarlo, es una ilusion que se hace, una mentira que brota de sus labios. La gloria de la Iglesia consiste por el contrario en ensalzar la santidad del sufrimiento á despecho de las pasiones conjuradas para hacer la apoteosis del goce, y la gloria de los cristianos selectos estriba en practicar la pobreza á pesar de la repugnancia de la naturaleza que codicia las alegrías de la riqueza.

Tal fué la gloria de santa Clara.

Esta santa nació en Asis de Umbría á fines del siglo XII: su padre era el caballero Favorino Seiffi y su madre Ortolana, piadosa jardinera que hizo florecer en la Iglesia una planta tan cargada de maravillosos frutos. Su familia era distinguida por su virtud. Ortolana, sin descuidar ninguno de sus deberes domésticos, se dedicaba con mucho ardor á las obras de religion y de caridad, y habia hecho la peregrinacion de la Tierra Santa á fin de escitar su devocion recorriendo los lugares santificados por la vida y padecimientos del Salvador. Su piedad se reflejaba en su hija: durante su embarazo se hallaba un dia orando en la Iglesia y pidiendo á Dios un parto feliz, cuando oyó estas palabras: »No temas, engendrarás sin peligro una luz que esparcirá por el mundo su vivo resplandor.» Este oráculo indujo á la madre á dar á su hija el nombre de Clara en la fuente bautismal como un augurio de su destino.

Clara practicó todas las virtudes de la tierna edad de un modo superior á lo que podia esperarse; era de dócil corazon, y recibia de los labios de su madre y guardó constantemente las má-

ximas de la fé y de la piedad cristiana. Era incomparable la pureza de su alma, sobresalia en el amor que le inspiraban los pobres, pues se privaba de una parte de su alimento, para aliviar á los niños abrumados por la miseria; tenia tambien un afan solícito por la oracion, y su corazon parecia estar embalsamado con el sentimiento de las cosas divinas. Por esta razon, á pesar de sus pocos años, no le alucinaban los encantos del mundo, y en lo mas gracioso y tentador encontraba ese no sé qué de frágil y de vano que marchita nuestras mas queridas esperanzas, y que sólo responde con dichas de un dia á nuestros deseos de felicidad eterna. Vestia trajes de seda y preciosos adornos para obedecer á las exigencias de su categoría, pero este esterior elegante ocultaba un rudo cilicio, y la flor de su juventud que parecia prometer á los hombres un ídolo, era tan solo un velo que cubria á la prometida esposa de Jesucristo.

Francisco de Asis gozaba entonces una gran reputacion, pues se habia trazado hácia el cielo una senda penosa y llena de obstáculos, esa senda angosta de donde se vuelven la mayor parte de los hombres, pero que cruzan con generosidad las almas sinceramente cristianas, especialmente cuando son llamadas á la perfeccion. Clara decidió consultar un alma tan adelantada en las vias de Dios, y haciéndose acompañar por una mujer prudente y discreta, iba con frecuencia á preguntarle la resolucion que debia tomar por el interés de su alma. El hombre de Dios le describió con elocuencia la vanidad del mundo, la brevedad de la vida y la fragilidad de las cosas en que fundamos nuestras esperanzas de mezquina ventura, é infundió en su corazon, iluminado por el Espíritu Santo, el deseo de una vida religiosa y santa, inefable alianza con el que se llama Esposo de las almas castas y fieles. Decidióse por fin que la jóven renunciaria al siglo y que la ceremonia tendria lugar el domingo de Ramos.

Cuando llegó este dia, Clara se presentó en la iglesia con su traje mas rico y espléndido: todas las damas de la ciudad fuéron segun costumbre del pais á recibir de manos del obispo las palmas bendecidas; pero viendo el piadoso prelado que Clara permanecia modestamente en su sitio, se dirigió hácia ella y le dió un ramo. Esta distincion era como un indicio de la estimacion que debia alcanzar pronto la noble doncella, poco conocida entonces

de los hombres, pero grande ya ante Dios. Al dia siguiente salió de su casa paterna al anochecer, pomposamente adornada, para seguir el consejo de san Francisco, y acompañada de algunas personas que sabian su secreto, llegó á la iglesia de Santa María de los Angeles, situada á poca distancia de la ciudad. Desprendióse de su hermosa cabellera, tomó los libros de la penitencia; y mientras san Francisco alistaba un número considerable de hombres en su milicia de los pobres, Clara inauguraba por su parte para su sexo la órden mas austera y en la que las servidoras de Dios demuestran los tesoros de caridad que la religion introduce en los corazones y el heroismo que da á las naturalezas mas débiles. Clara no tenia entonces mas que diez y ocho años (año 1212).—Debemos advertir que la conducta de santa Clara en esta ocasion era escepcional, porque su vocacion era milagrosa. —La fundacion de las clarisas se remonta á aquella época.

La prudencia de su celo indujo á Francisco á conducir á Clara á san Pablo de Asis, al convento de las religiosas de san Benito, hasta que hubiera casas de mujeres de su órden. Pronto se esparció el rumor de este acto, y todos vituperaron á Clara; sus padres lloraban amargamente y con el corazon despedazado sus proyectos frustrados, porque esperaban casarla con un rico heredero; y uniéndose á sus amigos, partieron en tropel á apartar á Clara de su resolucion, y si era preciso, arrancarla con violencia de la soledad del claustro. Pero fueron inútiles las promesas brillantes, las halagüeñas esperanzas, los consejos insidiosos y las amenazas; estaba unida al altar y no podia separarse, y descubriéndose la cabeza, para mostrar que se habia cortado el cabello en señal de renunciar al mundo, protestó de que no abandonaria jamás el servicio de Jesucristo. Le reprendieron el que marchitara su juventud con prácticas de una insensata austeridad, y deshonrase á sus padres con un género de vida cuyo ejemplo no habia dado ni querria seguir ninguna jóven de la comarca: pero ella lo sufrió todo con paciencia, pero sin vacilar, y Dios triunfó en su alma.

No obstante, Francisco creyó que debia enviar á Clara á otro convento fuera de Asis. Pocos dias hacia que se hallaba en él cuando vino á reunírsele una hermana mas jóven aun, llamada Inés, que tenia las mismas ideas y gustos de Clara, y que añadia

á un mutuo afecto la voz de la sangre que le habia hecho muy dolorosa su separacion. La resolucion de Inés exasperó y envenenó la herida que su hermana habia causado á su familia; llenos de enojo sus padres y amigos se dirigieron en número de doce con el designio de arrancar á la jóven de la influencia de Clara y de sus propias resoluciones; uno de ellos se apoderó de Inés con toda la barbarie de las costumbres de aquella época, la dió de golpes, la cogió por los cabellos y la arrastró en tanto que los demás la empujaban tratando de vencer su desesperada resistencia. »Hermana mia, esclamaba, no sufras que me separen de Nuestro Señor Jesucristo.»

Clara se habia puesto en oracion y su intercesion no fué vana; cansados aquellos bárbaros de una resistencia que no parecia tener límite, y quizás interiormente enternecidos, abandonaron su víctima, la cual recibió el hábito religioso de manos de san Francisco y se puso bajo la direccion de Clara. Beatriz, la mas jóven de todas las hermanas, siguió su ejemplo, y la misma Ortelana imitó á sus hijas luego que enviudó, y acabó sus dias en las austeridades de la mas ruda penitencia.

La nueva comunidad creció rápidamente; no fué tan solo una casa sino una órden que adquirió un desarrollo considerable. Veíanse acudir á ella mujeres de las familias mas ilustres, como las Ubaldini de Florencia, y hasta princesas como Inés de Bohemia, que preferian el sufrimiento y la pobreza á los deleites y bienes del mundo. La Italia erigió numerosas casas á las hijas de santa Clara en Roma, en Bolonia, en Milan, en Venecia, en Sena, en Perusa, en Padua, en Spoleto y en Florencia, siendo directora de este último convento santa Inés. La órden se estendió á Alemania, donde las hijas de nobles duques, condes y barones abandonaban el mundo por Jesucristo, á ejemplo de Clara y de Inés, y abrazando la pobreza voluntaria, enseñaban á los hombres el partido que puede sacarse de la pobreza forzada. Isabel, la hermana de San Luis, dió en Francia la misma leccion á su siglo y á su pais; renunció al enlace de Conrado, hijo del emperador Federico, para consagrarse á Dios bajo la regla de santa Clara, y mandó edificar con este objeto un monasterio en Longchamp, cerca de París.

La vida de santa Clara es un maravilloso ejemplo de todas las

virtudes, y con él mas que con sus discursos instruia á sus hijas y gobernaba su monasterio; desplegaba mucha actividad en su administracion, y una esquisita solicitud en la vigilancia que debia ejercer; sus exhortaciones rebosaban en celo y buen tacto, sabia corregir con bondad, mandar con dulzura, compadecer sin debilidad y callar y hablar á propósito. Seguia la máxima de los que prefieren ejecutar órdenes que darlas, y prestar homenaje antes que recibirlo; su cuerpo estaba sobre la tierra, pero su alma vivia en los cielos; humilde y sufrida, nadie le podia negar el respeto y el cariño; parecia agotar en la debilidad y la inervacion de su cuerpo una incomparable energía de espíritu, y no le aterraban las mayores austeridades; no tenia mas lecho que la tierra ó sarmientos secos; jamás llevó calzado y sus vestidos eran de la tela mas basta, ocultando además un cilicio de clin. Durante mucho tiempo no tomó ningun alimento los lunes, miércoles y viernes, y solo se alimentaba de pan y agua en los cuarenta dias que precedian á las fiestas de Navidad y de Pascuas. Habiendo debilitado su salud y puesto en peligro su vida estas mortificaciones, san Francisco y el obispo de Asis la indujeron á que tuviese mas cuidado de su cuerpo, es decir á reemplazar el sarmiento por un saco de paja y á no privarse absolutamente ningun dia de alimento. A pesar de tantas fatigas y sufrimientos, su rostro no estaba sombrío ni triste, sino por el contrario tranquilo y sereno, reflejándose en él con suave brillo la alegría de su alma, porque Clara se reia de los sufrimientos corporales y la fuerza de su amor divino enmudecia el sentimiento del dolor.

Hay dos cosas que la santa miraba como esenciales á la perfeccion; la humildad mas profunda y la mas completa pobreza; habia prometido desde el principio obedecer en todo á san Francisco, y nunca quiso renunciar á lo que mas le parecia un privilegio que una obligacion. »Disponed de mí como os plazca, le decia: soy vuestra desde que hice en presencia de Dios el sacrificio de mi voluntad y no quiero ya pertenecerme.» De este modo se desprendió del honor de dirigir su monasterio, y cuando lo sufrió, desplegó en su conducta tanta humildad, que se le hubiera creido mas bien la criada que la superiora de sus hermanas. Las mas de las veces mandaba á pesar suyo; siempre rodeó de la mayor benevolencia el ejercicio de su autoridad; pro-

digaba sus cuidados á los enfermos, se empleaba en los quehaceres mas bajos del convento, y jamás se valió de su posicion para librarse de la regla comun.

No era menos admirable el amor que Clara profesaba á la pobreza; habiéndola puesto en disposicion de cuantiosos bienes la muerte de su padre, los hizo distribuir entre los pobres y no se reservó nada por su monasterio; rica en sentimientos de fé y de caridad, creia que el hombre debia desprenderse de todo para seguir á Jesucristo, é hizo un pacto tan íntimo con la pobreza y le juró tal amor, que no queria poseer mas que á Jesucristo ni dejar otra cosa á sus hijas. Pareciale peligroso y terrible poner el deseo del cielo en competencia con el cuidado de las cosas temporales y perecederas; tenia costumbre de decir que de ningun modo estaria mejor defendido el monasterio contra la invasion de todos los vicios que con la muralla de la pobreza, y estaba tan íntimimente convencida de que la riqueza de una órden religiosa es la pobreza y su abundancia la miseria, que suplicó al papa Inocencio IV que le concediera para ella y sus religiosas el privilegio de la pobreza evangélica, es decir, de no poder poseer nada absolutamente. El ilustre pontífice Gregorio IX trató de suavizar el artículo de la regla cuyo objeto era la pobreza y asegurar una dotacion al monasterio de San Damian; pero Clara se resistió del modo mas impetuoso y firme, y consiguió que no se modificara nada de lo que se habia hecho hasta entonces. »Os dispensaremos de vuestro voto, si es necesario, le dijo el pontífice.

—Santo padre, respondió Clara, deseo que no se me dispense nunca de seguir á Jesucristo.»

El gobierno de su monasterio, en el que desplegaba una solicitud sin tregua, y las privaciones y los sufrimientos en que desplegaba tanta energía, no impedian á santa Clara que exhalara su alma en continuas oraciones, sino que por el contrario, vencidos los sentidos dejaban al espíritu mayor libertad y un asombroso imperio. Las miradas de su alma permanecian incesantemente fijas en los horizontes de la patria celestial, y vuelto al cielo su corazon, recibia los raudales de la gracia como un continuo y poderoso centelleo. Hallábase entonces tan penetrada de sentimientos dulcísimos, que vertia copiosas lágrimas; se recreaba

prolongando y saboreando el encanto de tan maravillosos instantes, y cuando todas sus hermanas rendidas de cansancio tomaban en tierra, con el rostro un poco de descanso, Clara seguia orando, prosternada bañado en lágrimas y los labios unidos al crucifijo. Esta íntima correspondencia con Dios le inspiraba palabras tan inflamadas, que no se podian oir sin emocion; habia en su acento una dulzura mágica y en su rostro un no sé qué deslumbrador que embargaba al alma; su conversacion era como un eco de los himnos del paraiso, y al oir sus breves discursos se sentia pasar un soplo de la eternidad.

Dios demostró mas de una vez cuán agradable le era la oracion de un alma tan piadosa. El violento Federico II no respetaba las posesiones de la Santa Sede en sus luchas con el pontificado; hizo víctima de sus furores todo el valle de Spoleto, dejando al partir un ejército de veinte mil hombres, compuesto de sarracenos y otros infieles que solo respiraban el afan del saqueo, y que llegaron un dia devastando hasta los muros de Asis. Atacaron el monasterio de San Damian y pronto escalaron las tapias que lo rodeaban; aunque Clara estaba enferma entonces, se hizo conducir hasta el umbral de la puerta donde se esperaba el enemigo, llevando en las manos un copon de marfil y plata donde estaba la hostia sagrada, y orando y vertiendo lágrimas, decia: »¿Quereis, pues, oh mi Dios, abandonar sin defensa en poder de los infieles á vuestras servidoras alimentadas con vuestro amor? Señor, custodiadlas vos mismo, yo no puedo hacer nada con ellas en tan grande peligro.

—Yo os custodiaré siempre, respondió una voz que se parecia á la de un niño.

—Señor, continuó Clara, si es vuestra voluntad, salvad tambien la ciudad de Asis que nos alimenta para vuestro amor.

—Padecerá mucho, dijo la voz misteriosa, pero yo estenderé mi brazo sobre ella á causa de tu intercesion.

Clara volvió á alzar la cabeza, dejó ver un rostro bañado en lágrimas, y dejó á sus compañeras pavoridas: »Hijas mias, tengo la mas completa seguridad de que no os harán daño alguno: confiad en Jesucristo.» Y efectivamente, llenos de súbito terror los sarracenos, huyeron con precipitacion.

Otra vez Vitalis de Aversa, uno de los capitanes de Federico,

hombre ávido de triunfos militares y temido en las batallas, condujo cerca de Asis las tropas imperiales; despues de haber cortado los árboles y de haberlo todo devastado, puso cerco á la ciudad y juró que no se retiraria hasta rendirla. El riesgo era inminente, y se desesperaba de salvarse del furor de Vitalis; Clara reunió entonces á sus hermanas, y les dijo: »Hijas queridas, todos los dias recibimos de Asis cuanto necesitamos, y seria una impiedad no socorrer á la ciudad segun nuestro poder, viéndola en tal estremo.»

Todas se pusieron en oracion pidiendo con lágrimas y afecto la salvacion de la ciudad; fueron oidas despues de un dia y una noche; los enemigos se dispersaron sin que Vitalis cumpliese su amenaza, y este mismo cayó mortalmente herido poco tiempo despues.

Clara veneraba con tierna devocion todos los misterios que el Salvador habia llevado á cabo siendo hombre; su pobre y oscuro nacimiento, su pasion y muerte llena de ignominia y de dolor, y su vida oculta en el altar. Cuando la enfermedad le impedia levantarse, se hacia sentar sobre un mísero lecho y sostenerse por algun apoyo; estando de este modo hilaba, un lino de estremada finura, del cual, convertido en preciosa tela, hacia corporales para enviarlos en bolsas de seda y púrpura á las iglesias pobres del campo, y manifestar de este modo sus sentimientos hácia el sacramento augusto de la religion. No meditaba jamás sobre los padecimientos del Redentor sin bañarse en lágrimas y sentir la mas viva emocion de amor divino; y sucedia con frecuencia, porque buscaba siempre un refugio en las llagas de Jesucristo, en medio de largas y numerosas enfermedades que pusieron á prueba su valor.

Esta resignacion en los males de la vida, los maternales desvelos que prodigaba constantemente á sus religiosas, y el ejercicio sin interrupcion de la meditacion y del rezo, habian elevado á tanta altura ante los hombres á la humilde sierva de Dios, que las personas de mas nombradía y los mismos príncipes de la Iglesia iban á visitar esta mujer privilegiada, en quien Dios habia derramado tan copiosamente sus dones espirituales. Reginaldo, cardenal de Ostia, despues papa bajo el nombre de Alejandro IV, la escribió en términos llenos de respeto y quiso verla y oirla: recibió

tambien pocos dias antes de su muerte la visita de Inocencio IV, el cual le ofreció su mano á besar, pero la humilde hija de san Francisco quiso imprimir tambien sus labios en los piés del vicario de Jesucristo, y como sufria mucho y veia próxima su muerte, le pidió la absolucion de todos sus pecados. »¡Plugiera á Dios, respondió el papa, que no tuviera yo mas necesidad de perdon!» y la bendijo y le dió la absolucion. Clara cruzó las manos, y levantando los ojos al cielo, dijo á sus hermanas: »Queridas hijas, alabad á Dios por el gran beneficio que acaba de concederme, y que el cielo y la tierra no sabrian apreciar bastante. He recibido hoy al Altísimo en la Eucaristía, y he merecido ver á su vicario.»

El mal hacia rápidos progresos y se preveia un fin próximo; pero Clara habia recorrido noblemente su carrera y podia alcanzar la recompensa. Habiéndose agotado sus fuerzas con el trabajo y las buenas obras, al mismo tiempo que sufria con admirable paciencia, sacaba de su debilidad y de su dolencia un manantial de virtudes; no salieron de sus labios quejas ni reproches, y sus palabras eran dulces y respiraban resignacion y piedad. Viéndose las hermanas tan próximas á ser huérfanas, se agrupaban con dolor en torno de su moribunda madre; ni el hambre ni el sueño podian arrancarlas al sentimiento de una pérdida tan próxima é inseparable, y especialmente Inés, que habia venido de Florencia para abrazar á su hermana por la postrera vez, le pidió en el devaneo de sus lágrimas, que no partiera sin ella. »Querida Inés, respondió Clara, Dios quiere que me vaya, pero no lloreis vosotras, pues pronto me seguireis.»

La enferma padeció mucho y largo tiempo, y tuvo una agonía de muchos dias, pero su alma sobrepujaba á su dolor y sabia consolar y edificar. Exhortándole el padre Rainaldo á la paciencia, respondió: »Desde que Jesucristo me ha comunicado su gracia por el ministerio de su siervo Francisco, ninguna pena me ofende, y no me ha parecido difícil ninguna penitencia ni penosa ninguna enfermedad.

Clara pidió que le hablasen sobre la pasion de nuestro Señor y que le recitasen piadosas oraciones, y viendo despues al hermano Junípero, le dijo sonriendo: »¿No teneis que decirme nada de nuevo sobre Dios?» Finalmente, hablando para sí, esclamó:

»Vé, alma mia, con seguridad, porque tienes un buen guia para tu viaje. Tu Criador te ha santificado, y velando sin cesar sobre tí, te ha querido con todo el amor de una madre. ¡Bendito seais, Señor, que me habeis creado!»

Al dia siguiente, 11 de agosto de 1253, Clara pasó de la tierra al cielo á los setenta años de edad, y no la lloraron como una muerta, sino que la ensalzaron como una santa. La ciudad entera acudió al siguiente dia al convento de San Damian á sus exequias que fueron magníficas, á las cuales asistió el papa rodeado de cardenales. El de Ostia hizo la oracion fúnebre, mostrando la vanidad de las cosas de la tierra con el desprecio que de ellas habia hecho santa Clara. Su cuerpo acompañado por caballeros armados fué sepultado en un principio á la misma iglesia que san Francisco, y trasladado algunos años despues á una iglesia construida en honor de la santa y consagrada en su santo nombre.

Dos años despues de la muerte de Clara, siendo papa el cardenal de Ostia, inscribió su nombre en el catálogo de los santos y la presentó solemnemente á la veneracion de los fieles. »Ha brillado, dice en la bula de canonizacion, ha brillado por sus virtudes y milagros..... Sus obras la circundaron en la tierra de un esplendor brillante, y su gloria se desplega ahora en los cielos bajo los reflejos de la luz divina..... Ha hecho florecer en el jardin de la Iglesia una rama del árbol de la Iglesia á donde se han refugiado en tropel los cristianos para encontrar suaves frutos, sombra y reposo para su alma; ha hecho brotar en el valle de Poleto, para refrigerio y bien de muchos, un nuevo manantial de agua viva, que se ha repartido ya en numerosos arroyos sobre el suelo de la Iglesia para regar las plantas de la virtud.» Efectivamente, el órden de las Clarisas acababa de nacer y ya se estendia por toda Europa, dando Dios á la que habia renunciado por él á las alegrías fugitivas de la maternidad carnal, una numerosa é ilustre descendencia que la saludará con el nombre de madre con la lengua y entre los goces de la eternidad.

San Buenaventura introdujo en la regla primitiva de santa Clara algunas modificaciones que fueron aprobadas en 1258 por el papa Alejandro IV, y en 1263 Urbano IV añadió algunas constitucio-

nes á peticion de Isabel, hermana de san Luis, llamándose Urbanistas las religiosas que adoptaron esta reforma y conservando las otras el nombre y la regla de su fundadora.

Habiendo flaqueado el vigor del instituto en los primeros años del siglo décimoquinto, una jóven francesa llamada santa Coleta tuvo honor insigne de dar nuevo realce á la obra de santa Clara y de desplegar suficientes fuerzas para sostener tan grandioso nombre.

Duval le Camus fils Pinx.t Imp.r de Chardon aîné et fils r. Hautefeuille 30, Paris Darodes Sculp

STE JEANNE DE CHANTAL.



SANTA JUANA DE CHANTAL

VIUDA Y RELIGIOSA.

JUANA de Chantal nació en Dijon el 23 de enero de 1572; era su padre Benigno Fremiot, presidente del parlamento de Borgoña, persona de un carácter antiguo y cuya integridad se ensalzaria si la magistratura francesa no se hubiese adquirido en todo el mundo un nombre escelso por su incorruptible probidad y por sus luces. No tenia mas que diez y ocho meses cuando perdió á su madre Margarita de Berbisy, mujer de elevada virtud y dedicada con una ternura piadosa é ilustrada á la educacion de sus hijos; porque Juana tuvo una hermana que se casó con el baron de Effran, y un hermano que murió siendo arzobispo de Bourges, despues de haber realzado con sus virtudes el brillo mismo de su dignidad.

El presidente Fremiot se mostraba adicto á la verdadera fé, é irreprensible en los deberes de su cargo, cuidaba él mismo con solicitud estrema de la educacion moral y religiosa de sus hijos y reemplazaba para con ellos á su madre. Su celo mereció la recompensa, y Juana especialmente correspondió de un modo cons-

tante y con maravilloso éxito. Agitaban entonces á la Francia las contiendas y guerras originadas por el protestantismo; la controversia religiosa enseñoreaba los ánimos como en nuestros dias la política, se apoyaban tambien como ahora con frecuencia los argumentos de la lógica con la fuerza de las armas, y como hasta los niños y jóvenes se mezclaban en aquellas luchas, el presidente, con objeto de libertar á unas almas que le eran tan caras y no abandonarlas sin defensa á los ataques imprevistos de la herejía, instruyó á sus hijos sobre las cuestiones agitadas entre católicos y protestantes.

Juana escuchaba con mucha atencion en las conferencias de su padre sobre la religion, y lo demostró cierto dia en que el presidente hablaba con un calvinista. »Señor, dijo la tierna niña, no creeis que Jesucristo esté en el santo sacramento, pero no obstante él ha dicho que estaba: ¿creeis acaso que no ha dicho verdad?» Sorprendido el estranjero de esta salida, le respondió lo que juzgó mas propio para una argumentadora de cinco años, y le ofreció algunos de esos regalos que tanto anhelan y fascinan á la niñez. »Mirad, dijo á su adversario la tierna Juana lanzando al fuego los juguetes, mirad como arderán los herejes en el infierno porque no creen lo que ha dicho nuestro Señor.»

No era menos firme la virtud que la fé de Juana, que unió este nombre al de Francisca cuando recibió el sacramento de la confirmacion. Habiendo acompañado á Poitou á su hermana mayor que acababa de casarse con el baron de Effran, fué confiada á una mujer intrigante y corrompida, que trató de comunicarle su aficion á los goces mundanos y de inclinar su corazon novel á las diversiones y placeres: una turbacion saludable advirtió á la jóven que se estraviaba; en otro tiempo un simple cambio de ocupacion, el menor juego, una lectura ó un paseo bastaban para llenar de encanto sus dias inocentes é inundar de alegría su alma serena y pacífica; pero advirtió que estas cosas le eran insípidas y no correspondian á la vaga inquietud que le escitaban las pasiones mas vivas. Su recto sentido le mostró abismos ocultos bajo este principio de fastidio, y los evitó su voluntad sostenida por Dios, alejó de su lado á la que le tendia las redes, y volvió á los placeres sencillos que tanto halagaban su corazon inocente y puro.

La baronesa de Effran trató de casar á su hermana, puso los ojos en un noble del Poitou que tenia cualidades amables y riqueza, y esperimentó un gran placer en darle el nombre de cuñado. Engañada Juana Francisca por el disimulo con que la trataban, no se defendió en un principio, pero habiendo sabido que el jóven con quien se le queria unir era calvinista, rechazó de un modo inflexible la proyectada alianza. Su padre, que en aquel momento se ocupaba de ella, la hizo regresar á Dijon para casarla con el baron de Chantal, el primogénito de la casa de Rabutin, descendiente por su madre de la familia de san Bernardo y apreciado entonces por su valor, su honradez, su rectitud y su religion.

Despues de las nupcias partió al castillo de Bourbilly donde vivia Mr. de Chantal; ausente el baron por lo regular y ocupado en la guerra, joven y de una elevada cuna, no podia cuidar de sus negocios ni practicar la virtud que se llama economía. El castillo era víctima de muchos abusos, y Juana Francisca trató de estirparlos; eligió los criados, los vigiló y se esmeró en instruirles sobre la religion y sus deberes. ¡Qué armonía reinaba en aquella mansion dirigida por su mano inteligente! la religion era el centro y norma que lo dirigia y suavizaba todo; rezábanse las oraciones por la mañana y por la tarde, entre la baronesa y sus criados; todos oian la misa que se decia muy temprano, y despues se iban al trabajo, que se repartia de modo que evitase la ociosidad sin exigir mas de lo que era posible á las fuerzas humanas. Todos encontraban en la noble dama un espíritu de órden y un corazon de madre, y ella los cuidaba y consolaba con bondad en sus enfermedades y trabajos.

Cuando el servicio militar llamaba al baron fuera del castillo, la señora de Chantal vivia muy retirada, sin recibir mas visitas que las indispensables: sus dias trascurrian en el trabajo, la lectura y la oracion; su conducta anunciaba juicio y madurez, y se decia que no tenia de jóven mas que el rostro; no buscaba jamás las diversiones, y como continuamente estaba ocupada, no le parecia largo el tiempo, ni la perseguia el fastidio; eran los pobres objeto predilecto de su ternura, y sentia mas placer en hacerles limosna que ellos en recibirla; finalmente, llena de indulgencia para los yerros de flaqueza, era severa cuando se ne-

cesitaba serlo y siempre buena. Tal es el verdadero retrato de la baronesa en medio de sus inferiores.

Luego que su esposo regresaba al castillo, trataba de complacerle proporcionándole buenas y agradables compañías; hasta abreviaba por él sus ejercicios de devocion y se prestaba á sus gustos con una bondad inagotable y con esa condescendencia á que la religion inclina naturalmente las almas. No obstante, sabia contenerse á tiempo, y presentar si era preciso algunas prudentes observaciones. El señor de Chantal tenia un carácter irascible, que exacerbó considerablemente una larga enfermedad, de modo que su natural impaciencia se trocó respecto á los criados en prontitud y violencia. Un dia le reprendió Juana Francisca, pero con tanta dulzura y moderacion, que le respondió: »Es cierto, tengo el genio demasiado pronto, pero vos sois demasiado buena y no sabeis haceros obedecer.»

Nunca, empero, se turbó la paz, pues la ternura de la baronesa aplicaba eficaz remedio á lo que aquella no prevenia, de modo que recogia un respeto y amor el precio de sus sacrificios, y todo parecia conspirar á su dicha. El cielo le envió un hijo y tres hijas que halagaron con su alegría y sus caricias la tranquilidad que se habia formado.

Esta imágen de felicidad desapareció repentinamente y de un modo trágico. El baron no se habia restablecido aun enteramente de su enfermedad; la quedaba una vaga tristeza y le era imposible arrojar de su mente el presentimiento de una muerte próxima. Hasta contó un dia que se habia visto en sueños con un traje manchado de sangre y que esta vision le inquietaba.

—Si tuviera que creer en los sueños, respondió la señora de Chantal, no hay duda que debiera aterrarme con uno que he tenido, pero lo atribuyo al temor que me inspira el perderos. Me he visto á mí propia cubierta con un vestido de luto como una viuda, y me ha hecho tal impresion, que me asombro de que no ocupe mas tiempo mis meditaciones. Por lo demás, continuó, creia que solo las mujeres hacíamos caso de los sueños, y que los hombres no sucumbian ante una debilidad semejante.

Un pariente y amigo del baron fué á visitarle pocos dias despues y le propuso una partida de caza. El señor de Chantal ac-

cedió por condescendencia porque no era aficionado á este ejercicio, y se puso un traje de color leonado, el cual fué la causa del mas terrible suceso; hallábase oculto entre el ramaje, cuando su amigo por una equivocacion disparó contra él y le hirió de muerte. A los gritos de la víctima el desgraciado amigo acudió rápidamente, manifestando una violenta desesperacion.

—Primo, le dijo el baron, lo has hecho sin querer; te has equivocado y te perdono con todo mi corazon.

Y envió á buscar un sacerdote y á prevenir á la señora de Chantal.

—Señora, le dijo al verla, la voluntad de Dios es justa; es preciso someterse á ella y morir.

—¡No... no! esclamó la esposa desconsolada, es preciso pensar en curaros; y ahogaba sus lágrimas y sollozos.

Pero ningun dolor escedia en violencia al del infortunado pariente, causa inocente de tan inmenso desastre, que se arrojó á los piés de la baronesa pidiéndola perdon.

—Señora, dijo el herido, debeis perdonarle; Dios os lo manda y yo os lo suplico, pues le perdono con todo mi corazon. El golpe viene de mas alto que del brazo de un mortal.

Despues de haber hablado el baron con un sacerdote, se hizo conducir al castillo: vivió algunos dias, recibió los sacramentos con gran devocion y dió las mas espresivas demostraciones de una completa resignacion á la voluntad de Dios. Él mismo consoló á su amigo, mandó apuntar en los libros de la parroquia el acta del perdon que le concedia y el mandato que daba á su familia de no conservar ningun resentimiento por su muerte, y murió á los treinta y cinco años de edad dejando una viuda de veinte y ocho y cuatro niños de pocos años (1601).

Tan inmensa desgracia destrozó dolorosamente el corazon de la señora de Chantal, pero fueron admirables su constancia y su resignacion, y ella misma se pasmaba de poder sufrir tanto sin sucumbir. La santa baronesa buscaba en la religion y en el cielo una fuerza y un apoyo que no dan nunca las distracciones del mundo y las cosas terrestres; se ofrecia á Dios como una víctima dispuesta á sufrirlo todo por él, haciendo el sacrificio de sí misma y aceptando de antemano todos los males que debian abrumar su existencia; y no solamente perdonó, como habia deseado su esposo, sino que para no dejar duda alguna sobre sus sentimientos, prestó servicios en diversas ocasiones al involuntario autor de su viudez, y quiso apadrinar á uno de

sus hijos en las fuentes del bautismo. Esta caridad hácia Dios y hácia los hombres no impedia que su corazon estuviese destrozado, pero vertía en sus heridas un bálsamo suave y celestial. Su vida era aun mas retirada y piadosa que antes, pasaba en oracion la mayor parte de las noches, hacia abundantes limosnas, se quitó los trajes preciosos para llevar tan solo vestidos de lana; sus ayunos fueron mas frecuentes y rigurosos, y pasaba el dia en los ejercicios de la religion, el trabajo y el cuidado de sus hijos: la misma santa nos describe la situacion de su alma en esta época: »Cuando plugo á la divina Providencia romper los lazos que me unian á mi esposo, me envió al mismo tiempo muchas luces sobre la nada de esta vida y vehementes deseos de consagrarme enteramente á Dios.... Además de la terrible afliccion que sufria por mi viudez, quiso Dios permitir que agitaran mi alma tantas y tan violentas tentaciones, que si su bondad no hubiera tenido compasion de mí, hubiese perecido indudablemente en el furor de esta tempestad, que no me daba ninguna tregua, y que me marchitó de tal suerte que casi estaba desconocida. Nuestro Señor aumentó en medio de estos trabajos el deseo de servirle: los atractivos que me impelian á Dios eran tan impetuosos, que hubiera deseado abandonarlo todo é irme á un desierto para servirle mas completamente y con mayor perfeccion, lejos de los obstáculos esteriores, y creo que si los lazos de mis cuatro tiernos hijos no me hubieran contenido por obligacion de conciencia, hubiese huido á la Tierra Santa para acabar el resto de mis dias en los lugares consagrados por la presencia y sangre de mi Salvador, que murió por mí. Sentia inesplicables afanes de saber la voluntad de Dios y observarla, hasta donde pudiera llegar; me parecia que este anhelo era tan intenso que me consumia y devoraba interiormente, y mi corazon investigaba y suplicaba incesantemente con cierto clamor tierno y de un modo que no puedo esplicar, que se manifestase en mí la voluntad de Dios.»

Pasado el primer año de luto, Francisca Chantal partió á Dijon por mandato de su padre, el cual quedó aterrado al ver el estrago que habia hecho en ella el dolor, y trató de proporcionarle algunas distracciones; pero la viuda no quiso separarse de su vida austera ni recibir mas visita que las de un reducido número de señoras virtuosas y de avanzada edad. Al siguiente año los negocios y cuidado de sus hijos la obligaron á retirarse con ellos al lado de su suegro en Monthelon,

donde padeció muchísimo, pues el anciano tenia un genio variable y sus setenta y cinco años le entregaban sin defensa á los caprichos de una ama imperiosa y voluble. La noble viuda mostró una admirable paciencia en medio de las contradicciones que encontró en aquella casa de desórden, jamás se le oyó una queja, ni se le vieron en el rostro ó en el ademan señales de descontento, se prestó siempre con inesplicable dulzura á las exigencias mas importunas y á veces mas humillantes, pero consagraba la mayor parte del dia en ejercicios de devocion, no aspirando mas que á conocer y hacer la voluntad de Dios.

La Providencia le envió por fin el hombre que debia ser su intérprete. Francisco de Sales, obispo de Ginebra, famoso por su elocuencia y sus virtudes, estaba encargado de predicar en Dijon durante la cuaresma de 1604; la piadosa viuda deseó oir á este gran siervo de Dios: dejáronla singularmente sorprendida sus palabras, y lo que la sorprendió mas aun era que al verle por primera vez creyó no obstante reconocerle. Efectivamente cierto dia en que imploraba en su ardiente oracion la inspiracion celeste y examinaba con sinceridad su vocacion, le pareció ver en espíritu un hombre de afable rostro, en tanto que una voz interior le advertia que él debia ser el director de su conciencia; y reconocia que Francisco de Sales era el hombre de su vision celestial. Vióle muchas veces en casa de su padre, y le consultó lo que debia hacer para el bien de su alma: las palabras del santo obispo eran para su espíritu una maravillosa luz y para su corazon una paz que nunca habia sentido tan completamente; y además nunca habian sido creadas dos almas humanas para hallarse y responderse con sentimientos de ángeles como la piadosa viuda y el santo obispo.

Francisco de Sales dió una regla de vida á la señora de Chantal enseñándola á ordenar tan bien sus ejercicios de devocion, que nunca la distrajeran las ocupaciones esteriores ni se hiciese odiosa de los que la rodeaban. Siguió sus sabios consejos la noble señora, y se granjeó la aprobacion general. »La baronesa, decia, reza á todas las horas del dia, y nunca pierde á Dios de vista, pero no incomoda á nadie.» Estas palabras eran una alabanza de la direccion de Francisco de Sales, y pues ningun director ha merecido con mas justicia semejantes elogios; su devocion no tenia ningun carácter triste ni forzado; sus acciones estaban impregnadas de una dulzura que solo igualaba su libertad de espíritu y su amor de Dios; grave, noble y bueno en todas las circunstancias, accesible á todos, y principalmente

á los pobres y afligidos, sabiendo compadecer y perdonar, atraer del vicio á la virtud y del error á la verdad, afirmar en el bien y dirigir hácia la perfeccion, inspiraba á las almas la inteligencia y el amor de las virtudes que llenaban su vida, y nadie le imitó mejor y le siguió tan lejos como la generosa Francisca de Chantal.

La santa viuda era tan tierna y amable para los demás como rigurosa consigo misma y fiel á Dios; se levantaba todos los dias muy temprano y sin fuego, por mucho frio que hiciese, rezaba durante una hora, despues se ocupaba de sus hijos y criados, cuidando de que no olvidasen las oraciones y acompñándolos á misa. Además de ser muy sencillo su traje, llevaba un cilicio; en la mesa no tocaba los manjares que halagan la sensualidad, pero lo hacia de modo que no se viera que se privaba por el espíritu de mortificacion. Por la noche esplicaba los deberes de la religion á sus hijos y algunas veces á los niños pobres; á las nueve rezaba sus oraciones con todos los de la casa y se retiraba para orar sola mucho mas rato. Además de la lectura, el trabajo y el cuidado de sus negocios, se ocupaba en instruir á los ignorantes, visitar á los pobres y socorrer á los enfermos, y pasaba algunas veces las noches enteras al lado de los que estaban en peligro de muerte, para prepararlos á presentarse delante de Dios.

La santa viuda progresaba de dia en dia en virtud, renovando la resolucion que habia formado de entregarse á Dios con todos sus pensamientos, sus afectos y sus fuerzas, y en cambio recibia del cielo mas copiosas luces, las verdades de la religion se le aparecian bajo un resplandor mas brillante, y no solo le parecian duros y pesados los lazos que la unian á las cosas terrestres, sino que el romperlos era para su alma una accion laudable y digna de sus deseos. Habló de sus pensamientos á Francisco de Sales que la contuvo, pero que despues de haber reflexionado y orado le comunicó su proyecto de establecer una nueva congregacion bajo el nombre de la Visitacion de Santa María. La señora de Chantal aplaudió la idea con toda la fuerza de su corazon, pero su alma encontraba numerosas y graves dificultades. ¿Cómo podia abandonar á su padre? »¿Olvidas, le decia un dia este anciano, á un padre como yo? ¿No te he amado siempre con la mayor ternura? ¡Ah! deja que muera antes de abandonarme, y haz despues lo que gustes y te pida la conciencia.»

¿Y que iba á ser de sus hijos? ¿Podia dejar así la administracion de sus bienes y el cuidado de su destino? ¿No quiere, en

fin, la Providencia que antes que todo se cumplan los deberes dictados por la misma situacion en que nos coloca? Tales eran las dudas de la señora de Chantal.

Francisco de Sales ilustró con sus consejos y sostuvo con dulzura esta alma naturalmente sensible, pero destinada por Dios á grandes sacrificios, y el padre y el suegro de la baronesa consintieron en su retiro, no sin derramar copiosas lágrimas. Esta casó á una de sus hijas con el baron de Thorens, sobrino del obispo de Ginebra, se llevó á las dos mas jóvenes consigo, y una de ellas murió poco tiempo despues, y la otra se casó con el conde de Toulonjon, persona mas notable aun por su virtud que por su nacimiento. El baron de Chantal, que tenia entonces quince años, fué confiado al presidente Fremiot que se encargó de completar su educacion.

Arreglado todo de este modo, Francisca de Chantal se despidió de su familia, pero despertáronse en aquel momento todos sus afectos y no se omitió medio alguno para retenerla. Lanzóse en Monthelon á los piés de su suegro suplicándole que le perdonara y bendijera; el dolor del anciano, que contaba entonces ochenta y seis años de edad, causaba compasion, y los pobres de la aldea lanzaban gritos lastimosos al mezclar su adios á la despedida de su familia. Aun fué mas dolorosa la escena en Dijon; el presidente lloraba y su corazon estaba tan despedazado, que no podia pronunciar una sola palabra; tenia á su hija tiernamente abrazada y no tenia fuerzas para separarse.

—¡Dios mio! esclamó por fin, qué sacrificio me pedís. ¡Pero vos lo exigís, yo os ofrezco esta hija querida; recibidla y sed mi consuelo!

El jóven baron se arrojó inundado en lágrimas en los brazos de su madre, valiéndose de las espresiones mas interesantes para detenerla: la valerosa mujer le consoló, y reprimiendo su propia emocion, trató de huir de tentaciones tan terribles, pero demasiado jóven su hijo para vencer de otro modo, se lanzó en el umbral de la puerta por donde habia de pasar. A tal espectáculo se contuvo la madre llena de asombro, sus ojos estaban clavados en su hijo, y despedazado su corazon como si lo hiriera el filo de una espada, dejó por fin derramar las lágrimas que hasta entonces habia comprimido. Reuniendo despues todas sus fuerzas, cruzó la terrible barrera, creyendo que ante la voz de Dios debia enmudecer la ternura maternal.

La señora de Chantal partió á Annecy donde inauguró el establecimiento de su instituto el domingo de la Trinidad (6 de junio de 1610). Pronto contó la comunidad doce religiosas. El obispo de Ginebra recomendó con ahinco á la nueva órden la humildad, la dulzura y la sumision á la voluntad de Dios; no olvidó las mortificaciones esteriores, porque sabia que la corrupcion entra por los sentidos en el alma y en el corazon, pero no le dió un carácter de estremado rigor, para mantener la regla accesible hasta á las complexiones débiles y no enervarla con mitigaciones ulteriores y escepciones necesarias. Combatió especialmente las pasiones interiores y el espíritu propio en que se alberga el orgullo con toda su astucia para libertar al hombre del yugo de Dios.

Tales fueron tambien las máximas que dirigieron constantemente á la santa fundadora de la Visitacion, la cual no solamente queria que se sufriera, sino que se amara lo que contradice los instintos é inclinaciones, pensando que es fácil amar á Dios como se debe, cuando se está desprendido de sí mismo. El objeto principal de sus afanes, á ejemplo de su santo é ilustre director, era el amor de Dios; consumíala este sentimiento con secreto y vivo ardor, y los médicos creian que era la causa de los padecimientos agudos y dolores estraños que no podia esplicar la ciencia. »El mundo entero moriria de amor por un Dios tan amable si supiera la dulzura que se esperimenta al amarle,» decia la santa. ¡Tanta suavidad habia en su mal, y tal deleite en sus heridas!

El presidente Fremiot partió de este mundo al año siguiente, y Juana de Chantal hizo un viaje á Dijon para cuidar de los negocios de su hijo. Este jóven se casó despues con María de Coulange, célebre por su virtud y su hermosura, y pereció en la isla de Rhé en una batalla contra los calvinistas, dejando una hija de un año, que fué algun dia la señora de Sevigné.

La órden de la Visitacion progresó rápidamente, y la santa fundadora tuvo que hacer muchos viajes á Grenoble, Bourges, Moulins, Orleans, Nevers y París. Diversos obstáculos se opusieron al establecimiento de la órden en París, pero Juana tenia tanta dulzura y constancia, que triunfó de los hombres y de las cosas, y se granjeó la admiracion de los que mas se habian opuesto á sus proyectos. » Es una santa, decian; pero tambien es una mujer de distiguido talento.»

Juana de Chantal perdió en 1622 en la persona de Francisco de

Sales el guia de su alma y el sosten de su instituto; pero habituada á buscar superiormente á los mortales la fuerza necesaria en las penas, sufrió este golpe con gran firmeza de carácter; y despues de haber cumplido con los deberes de que era deudora al padre querido de su alma, se ocupó en recoger los numerosos escritos que dejaba; sermones, cartas, meditaciones y el libro del *Amor de Dios.*

Igual firmeza desplegó en las aflicciones que la hirieron despues con las muertes de su hijo en 1627, de su nuera y su yerno en 1631. »¡Señor! esclamaba, destruid, matad y abrasad cuanto se oponga á vuestra voluntad soberana.» Porque pensaba ella que el hombre está en la tierra para merecer el cielo conformándose con los designios divinos , y las penas y disgustos solo sirvieron para hacer brillar con mayor resplandor su santidad y dar mayor fuerza á sus palabras y ejemplos.

La peste devastaba entonces á Annecy, y el duque y la duquesa de Saboya aconsejaron á Juana de Chantal que saliese de la ciudad para librarse del azote y preservar una vida tan útil; pero se negó á abandonar un puesto cuyo atractivo aumentaba el peligro.

Su valor y sus palabras, lo mismo que sus limosnas y oraciones, sostuvieron la confianza de muchos y acarrearon al convento la proteccion divina, pues nadie fué atacado en él por la epidemia.

Aunque la edad le hacia penosos los viajes, Juana de Chantal partió á Turin en 1638 á fundar una casa de su órden, y posteriormente á París, á donde la llamó Ana de Austria, que la prodigó honores que hicieron sufrir á su humildad. Cuando salió del monasterio del arrabal de san Antonio para regresar á Annecy, despues de haber visitado á Nevers y Moulins, dijo á sus religiosas: »Adios, queridas hijas, hasta la eternidad, donde espero que Dios nos concederá la gracia de volvernos á ver.»

Juana esperimentó en Nevers los primeros síntomas de la enfermedad que debia causar su muerte, mas aun pudo llegar á Moulins. El mal hizo rápidos progresos, y pronto se perdió toda esperanza

Los últimos dias que la santa pasó sobre la tierra fueron de paz admirable que le permitió arreglar los asuntos de su conciencia y de su instituto con una perfecta libertad de espíritu; recibió los sacramentos de la Igesia con la mas tierna piedad, dictó su última voluntad, dió consejos maternales á sus religiosas, y suplicó que le leyeran en san Agustin la relacion de la muerte de santa Mónica. Al llegar

á la parte donde dice el autor que la piadosa mujer no tenia pena alguna de morir en tierra estraña: »Esto es aplicable á mi vida,» dijo Francisca de Chantal; porque se hallaba lejos de su querido convento de Annecy y de los huesos del santo obispo de Ginebra. Mandó tambien que le leyeran el epitafio de santa Paula en san Jerónimo, y parándose en lo que dice del amor de la noble dama hácia la pobreza, repitió varias veces: »No somos mas que átomos de religiosas en comparacion á los santos. » Fué dueña de su alma hasta el postrer momento; y enteramente impregnada del espíritu de penitencia y de piedad, espiró el dia 13 de diciemdre de 1641 á sesenta y nueve años de edad.

El corazon de la santa se depositó en el convento de Moulins, y su cuerpo, despues de ser embalsamado, fué trasladado al monasterio de Annecy con los honores y demostraciones de veneracion que á porfía le rendian los fieles. Obtuviéronse muchos milagros por la intercesion de Juana Francisca, como se ha probado jurídicamente en el proceso de su canonizacion; fué beatificada por el gran papa Benito XIV en 1751, y Clemente XIII inscribió en 1767 su nombre en el catálogo de los santos.

Tal fué en su vida y en su muerte Juana Francisca Fremiot, »modelo perfecto, no solamente para todas las mujeres, sino para todos los estados y condiciones en que puede colocarlas la Providencia; las doncellas y las casadas, las viudas y las religiosas tienen en ella un objeto de admiracion y de imitacion.» San Francisco de Sales hablaba siempre admirado de las virtudes de esta noble mujer. »No he visto jamás, decia, tanta pureza de intencion, de sumision á la obediencia, de desinterés en todo, de resignacion á la voluntad divina y de fervor en la oracion como en esta buena madre de Chantal. Estoy en creencia de que Dios hará de ella una santa Paula, una santa Angela, una santa Catalina de Génova y otras tantas viudas...; tengo un consuelo inesplicable en ver la moderacion de nuestra querida Madre en sus contratiempos, y su completa indiferencia hácia todas las cosas de la tierra, y puedo decir en verdad que un alma no puede llegar á mayor perfeccion segun la estension de las gracias que ha recibido. La considero como honra de su sexo que ha poseido la ciencia de los santos para llevar una vida oculta, enteramente santa, bajo el esterior de una existencia comun y no teniendo de estraordinario mas que el ser

irreprochable en todo. No se puede reunir mayor talento con tan grande humildad ; es humilde y sincera como un niño, con un juicio sólido, elevado, el alma grande y un valor en las santas empresas, superior á su sexo... Os digo todo esto, continúa el piadoso obispo, dirigiéndome á vuestro corazon, porque esta mujer, verdaderamente humilde, esperimentaria grande pena si supiera que os habia hablado tan bien de ella.»

[illegible] Pinx.   Paris Impr. de Chardon aîné et fils, r. Hautefeuille 30.   L. Massard Sculp.

STE ROSE DE LIMA.



SANTA ROSA

VIRGEN.

»Entre todas las flores de la piedad cristiana que el suelo de la rica América ha producido para adornar y regocijar en el cielo y en la tierra el banquete de la Iglesia universal, Rosa brilla y esparce los mas suaves perfumes ante Dios, ante los ángeles y ante los hombres... El soberano Dispensador de todas las gracias ha puesto en ella su espíritu de inteligencia y de prudencia, y la ha inundado de tal modo con el fuego de su caridad, que no solamente ha embalsamado con suave olor esta parte de la casa de Dios, sino que la ha iluminado con refulgente brillo, alejando las tinieblas que hasta entonces la abismaran; ha resplandecido en el Nuevo Mundo como la estrella de la mañana al salir de entre las nubes.»

Estas son las palabras de Clemente X en la bula de la canonizacion de santa Rosa de Lima.

El nombre de Rosa es en efecto el primero que han dado á los fastos de los santos las iglesias del Nuevo Mundo: despues de aquella época en que la América, ignorada de Europa, ignoraba ella misma

el verdadero Dios, y vivia en el error como en un sombrío y frio invierno, se abria una flor olorosa y radiante, dándole la humildad sus mas esquisitos perfumes y la caridad el mas puro y glorioso brillo. Su vida terrestre fué corta, pero grande su virtud; la santidad de su muerte ha hecho ilustre su tumba, y sus ejemplos serán una leccion para todos los siglos.

Rosa nació en Lima, capital del Perú, el 20 de abril de 1586; fué su padre Gaspar de Florez, nacido en Puerto-Rico, y su madre María de Oliva, hija de Lima. Gaspar y María eran de familia honrada y de mediana fortuna; pero ¿qué opulencia hubiera sido comparable á la noble hija que Dios les enviaba? En el bautismo recibió el nombre de su abuela materna, Isabel de Herrera, y algunos meses despues un prodigio efectuado en su cuna le dió el nombre de Rosa.

Desde su mas tierna edad apareció Rosa adornada de las mas maravillosas gracias; se observó con sorpresa que no lloraba nunca, á diferencia de todos los demás niños, y era dulce, pacífica y de rostro siempre alegre y risueño. A los tres años dió el ejemplo de una constancia admirable; habiéndose magullado un dedo, el cirujano creyó necesario pocos dias despues arrancarle la uña. El acero la traspasó sin hacerle verter una lágrima ó un grito, y contempló la herida y la sangre que manaba sin dar señales de terror. El facultativo no pudo contener un movimiento de admiracion al ver tal fuerza de alma en tan tierna niña, la cual mostró además aquel valor en otras circunstancias en que las enfermedades la sometieron á pruebas terribles para una edad tan tierna.

La infancia de Rosa fué enteramente estraordinaria; ocupábanla los pensamientos mas serios; una luz interior le revelaba el precio inestimable de las cosas que su alma no hubiera podido apreciar entonces naturalmente, y el sentimiento profundo de la presencia de Dios penetraba su corazon y le dictaba las mas nobles resoluciones.

María de Oliva estaba muy orgullosa con la belleza de su hija, y pensaba en presentarla en el mundo con tal adorno y esmero, que pudiesen acarrearle un brillante porvenir; pero Rosa, por el contrario, se esforzó en huir de lo que juzgaba vano y peligroso, y lo cual por otra parte solo le inspiraba repugnancia, pero ella no se erigió en su conciencia una autoridad para no hacer la voluntad de sus padres.

Un dia exigió su madre que se pusiera flores en el cabello y obedeció, pero se clavó al mismo tiempo una aguja en la cabeza para que

el dolor la defendiera de la vanidad. Ninguna hija amó tanto ni practicó mejor los deberes de la piedad filial; habiendo desaparecido con desastres continuos la fortuna de su padre, que era ya poco considerable, Rosa se entregó á las mas penosas tareas para sostener su familia, no descuidando cuanto pudiera calmar la inquietud y dulcificar la miseria de sus padres.

La humildad de Rosa era incomparable; sus mas leves imperfecciones le parecian dignas de los mayores castigos, y nunca se creia suficientemente arrepentida; se reputaba con la sinceridad mas profunda la mas vil y miserable de las criaturas, y queria que todos fuesen del mismo parecer, de modo que nada la afligia tanto como las muestras de respeto y los elogios que daban á su virtud. Cierto dia oyó hablar de ella en los términos mas lisonjeros en casa del magistrado real don Gonzalo de Maza, y llena de tristeza, pálida y bañada en lágrimas, huyó la humilde niña para librarse de unas palabras tan odiadas, y se dijo á sí propia mas injurias que elogios la habian prodigado.

La hermosura de Rosa, su genio suave y su corazon tan rico de cualidades amables, inspiraban grandes esperanzas á su madre, de modo que cuando un jóven distinguido por su familia y sus riquezas pidió la mano de Rosa, la pobre madre accedió con inefable gozo á este proyecto de enlace que le pareció un beneficio de Dios. La jóven, empero, manifestó la mayor repugnancia, y su negativa levantó contra su reposo una violenta tempestad; no oyó hablar mas que con tono brusco y enojado, recibió continuamente las injurias, los insultos y el desprecio, y todo lo sufrió con paciencia, tratando de desfigurar y marchitar su rostro con el ayuno y ocultar su hermosura con los trajes mas toscos y oscuros. Hacia mucho tiempo que deseaba ser religiosa y tomar el hábito de la tercera órden de santo Domingo, y la secreta esperanza de conseguir su afan la sostenia en sus penas. Era su modelo santa Catalina de Sena, que habia sufrido en otro tiempo iguales contrariedades, y cuyo valor queria imitar. Efectivamente, su madre se vió obligada á ceder á una constancia que no se desmintió jamás, y Rosa recibió á los veinte años el hábito de la tercera órden de santo Domingo.

Rosa de Lima mortificó sus sentidos con las privaciones y ayunos mas penosos, á ejemplo de Catalina de Sena; siendo niña se privaba de las frutas por espíritu de penitencia, y desde la edad de seis años

ayunaba los viernes y los sábados, ocultando en cuanto podia esta práctica á sus padres; á los quince años hizo voto de no comer jamás ningun manjar, á menos que se viese obligada á hacerlo por mandatos que no pudiera desobedecer, y esta abstinencia, unida á los rigores que habian precedido, dispuso de tal modo su estómago, que al cabo de poco tiempo no soportaba mas que el pan y el agua. Obedecia al médico y al confesor cuando le mandaban que tomase alimentos mas sustanciosos, pero como veian que esta diferencia agravaba el mal en vez de aliviarlo, se dejó su salud á la discrecion de sus hábitos. El pan y el agua en corta cantidad bastaban para aquel cuerpo que se sostenia mas bien por el vigor del alma que por un alimento material; y aun esperaba Rosa con frecuencia hasta la noche para hacer su mezquina comida, y algunas veces hasta lo suprimia enteramente; ó bien encontraba el secreto de hacerlo desagradable mezclando yerbas amargas é insoportables para cualquiera que no hubiese sido nuestra valerosa penitente.

Pero por austeros y multiplicados que fueran los ayunos, no podian calmar la sed de sufrimiento que atormentaba á Rosa de Lima; se golpeaba cruelmente con cordeles y cadenillas de hierro para conseguir, como ella decia, una equitativa venganza de sus faltas, para apaciguar la cólera de Dios, y para ofrecerse como víctima al nombre de la Iglesia y de su pais. Algunas veces oraba inclinada bajo una carga pesada para comprender mejor los dolores de Jesucristo con la cruz á cuestas, y llevaba una cadena de hierro que le despedazó la piel y penetró en las carnes, hasta el punto de abrirle llagas terribles. Una noche, era tan violento su dolor, que no pudo reprimir sus gemidos y sollozos y se vió obligada á pedir ausilios, pero despues de un alivio momentáneo, continuó el curso de sus rigores. ¡Qué alegría tan inmensa esperimentó Rosa cuando le fué posible poseer un cilicio y envolver su cuerpo en una tela de rudas crines que le causaba un tormento continuo! Nunca doncella alguna vió en su poder su traje de bodas con mayor placer que el que sintió la sierva de Dios cuando le abrumó el cuerpo este estraño y formidable vestido, y no tardó en armarlo de puntas de agujas para que nada faltase.

La ambicion de los santos se cifra en imitar á Jesucristo, y su gloria es adquirir continuamente algun nuevo rasgo de semejanza con tan ilustre modelo. Rosa, para honrar al Salvador coronado de espinas, llevaba constantemente una corona formada

de una lámina de metal y guarnecida de agujeros cuya punta ó borde torcido por dentro le despedazaba la cabéza; esta maceracion cruel permaneció secreta durante mucho tiempo, y solo se descubrió por casualidad: un dia en que se iba á castigar á uno de sus hermanos, se interpuso para salvar al culpable, pero desviando lijeramente la cabeza de Rosa empezó á correr la sangre en abundancia, y fué preciso descubrirlo todo. La generosa vírgen continuaba durante la noche la guerra que fatigaba su cuerpo durante el dia; su lecho era mas propio para alejar el sueño que para conciliarlo, y mas bien un instrumento de suplicio que un objeto de reposo. Pedazos de madera irregularmente colocados, trozos de vasos cuyas puntas estaban inclinadas hácia arriba y una basta tela para abrigo, constituian el lecho donde la inocente vírgen daba á sus miembros delicados algunas horas de descanso, si así puede llamarse tan doloroso martirio.

Ya se comprenderá que el mundo con sus distracciones y alegrías debia parecer muy desagradable y odioso á un alma tan recogida y tan ávida de sufrimientos. Rosa de Lima solo iba en pos del retiro desde sus primeros años; llamábala cierto dia una de sus hermanas para que tomase parte en sus diversiones, y se negó diciendo con una gravedad que no podia esperarse de una niña: »Dios está aquí, cerca de mí, y no estoy segura de encontrarlo igualmente en vuestros juegos.» El amor á la soledad creció en ella con los años; causaba admiracion con su dulzura, su modestia y sus gracias, y todos buscaban gustosos ocasion de verla; pero esta lisonjera curiosidad de las amigas de su madre y de las mujeres mas distinguidas de la ciudad era para Rosa un nuevo motivo de ocultarse en cuanto podia á la distraccion y las conversaciones vanas. Pasaba los dias en trabajos manuales y en la oracion, consagraba la mayor parte de las noches á la contemplacion, en la cual muchas veces se abismaba mas y mas entregándose á una contemplacion puramente material; al ver sus ojos fijos en las rutilantes estrellas se la hubiera tomado por un desterrado apercibiendo de lejos la imágen de la patria; era en efecto un alma que hallándose acongojada en el destierro de esta vida, y viendo en la pureza de los cielos y en la innumerable falange de los astros un símbolo y un reflejo de aquella feliz y luminosa region que el Señor ha señalado por morada á sus ángeles

y elegidos, se entregaba á cierta melancolía augusta, evitaba el tumulto de este mundo y las tenebrosas tempestades de los sentidos para fijar, como de paso, una triste mirada, un pensamiento lleno de esperanza y votos impregnados de amor en los vastos y espléndidos horizontes de la eternidad.

La creacion entera era un libro en que Rosa de Lima descubria vestigios de las divinas perfecciones, y no pocas veces formaba ella el testo de sus meditaciones; todos los objetos adquirian una voz, cuyos acentos penetraban hasta su corazon, escitando en él los mas vivos sentimientos religiosos; jamás perdia de vista la presencia de Dios, y desde lo alto de este pensamiento reinaba sobre sus sentidos con un imperio soberano, sin que llegara hasta su alma la agitacion esterior; aunque sus oraciones duraban frecuentemente horas enteras, guardaba hasta el fin la misma actitud que habia tomado en su principio; con su gran poder de abstraccion, nada podia turbarla; al atravesar su mente toda idea se convertia en plegaria, y se asociaba á todas las criaturas para ofrecer á Dios un tributo de homenajes. En el último año de su vida, cada tarde, despues de puesto el sol, posábase en un árbol delante de su ventana un pajarillo entonando dulces y armoniosas canciones; en estas asiduas visitas, Rosa vió una especie de provocacion, y queriendo contestar al reto del cantor alado, entonó el siguiente himno de su composicion:

»Vuela, pajarillo, decia, modula tu canto mas suave; haz oir tus puntos mas sonoros y alabemos á Dios; bendice á tu Criador mientras bendigo yo á mi Salvador; él es el Dios de entrambos; empieza pues tus graciosos gorjeos, y á mi vez contestaré: hagamos oir nuestras melodías.»

En la vida de santa Catalina de Sena habia leido Rosa el matrimonio de la seráfica vírgen con Jesucristo, y si bien no se atrevia á aspirar á tanta gloria, deseaba ordinariamente ser la prometida esposa del Salvador; lo que este exige por dote, reuníalo Rosa en alto grado: profunda humildad y admirable pureza; jamás otra alianza alguna habia tentado su deseo ni ocupado ni por un instante su mente. Algunos hechos maravillosos la habian advertido de que el Señor se dignaba tratarla con cierta dulce familiaridad; un dia en una vision se le apareció la Reina del cielo llevando en sus brazos al niño Jesus, sobre el cual fijaba su amorosa mirada: en seguida el Niño divino y su Madre dirigieron sonriendo su vista hácia la humilde jóven, y esta

transportada por un sentimiento indecible, oyó estas palabras: »Sed para siempre mi fiel esposa.—Soy humilde sierva del Señor, esclamó; soy vuestra esclava, oh Dios de eterna majestad; soy vuestra, sí, para siempre.» No pudo decir mas; sus palabras espiraron en sus labios; tanta dicha la anonadaba.

Sin embargo, no debe creerse que la halagasen de continuo tan deliciosos sentimientos; por el contrario, muchas veces era presa de profundos pesares; su alma parecia destrozada por un horrible hastío, que hacia mas doloroso el recuerdo de su desvanecida ventura; hubiérase dicho que se hallaba envuelta en espesas tinieblas y encerrada en una triste cárcel en la que Dios no penetraba, en la que no se hacia sentir la felicidad de amarle; deseando hablarle, la piadosa jóven le buscaba en las criaturas, pero sin hallarle como otras veces, y entónces esclamaba con voz desolada: »Dios mio, Dios mio, ¿por qué me abandonais?» mas sus ayes se perdian en el vacío de su alma dolorida, sin encontrar eco alguno; pasada la tempestad, gozaba con inefables dolencias la gloria de sufrir algo por Dios; mas durante aquella nada venia á contenerla; su fé no podia reanimarse ni hacer latir su corazon; toda luz, todo sentimiento habia desaparecido, y empezaba á sentir la inercia y marasmo de la desesperacion.

Por largo tiempo fatigaron estas aflicciones el alma santa de Rosa, si bien las soportó mejor, sin cesar por esto de sufrir estraordinariamente, cuando hubo aprendido á estar siempre sometida á la voluntad del cielo y á no ser en el dolor mas que lo que Dios quiere que se vea en él; interrogada sobre este asunto por eminentes teólogos, esplicó, con un lenguaje lleno de elevacion, que la gracia va unida á los sufrimientos y es una consecuencia de ellos; que el peso de las aflicciones es la que hace subir al hombre á la cumbre de la gloria, y que los dones divinos se miden por las tribulaciones; la cruz es la verdadera escala del paraiso y no hay mas camino que ella para llegar al cielo; despues de referir el modo como habia sido instruida en estas verdades, la santa añadió: »Entonces sentí dentro de mí un vehemente é indecible deseo de recorrer las plazas públicas para gritar á los cristianos de todas edades, de todos sexos y de todas condiciones: »Pueblos, escuchadme, naciones de la tierra, prestad oídos á mis palabras; lo que voy á deciros me lo ha revelado Jesucristo, y yo os lo anuncio: la gracia no se obtiene sin que nos aflija antes el dolor; solo en medio de prolongadas tribulaciones se logra la intimi-

dad de un dulce comercio con el cielo, la gloria de los hijos de Dios y la perfecta hermosura del alma.» El mismo impetuoso sentimiento me impulsaba á predicar los encantos de la divina gracia; sentia en mí una fuerza que me atormentaba, parecíame que mi alma iba á salir de su prision de fango, para recorrer el mundo libremente, gritando: »Oh! si los hombres supiesen lo que es la gracia, si conociesen cuán noble, bella y preciosa es; si pensaran los goces, los bienes, las riquezas y las delicias que encierra, todos quisieran llorar y sufrir, todos invocarian las penas, las persecuciones, las enfermedades, los tormentos para obtener sus maravillosos beneficios! La gracia se recibe en cambio de la paciencia y es el precio inestimable de la misma.»

A fuerza de pasar por los sufrimientos del cuerpo y las torturas del alma, Rosa habia realmente alcanzado el mas alto grado de perfeccion; nada es suceptible de espresar la vehemencia de los sentimientos que manifestaba á Dios, ni las alegrías que llenaban su alma despues de cada tribulacion. Los idiomas terrenales, decia, despues de aquellos actos de piedad mas augustos como la recepcion de sacramentos, no tienen palabras para decir la infinita dulzura que esperimento: el placer de tan alta union y la maravillosa dicha y abundancia de frutos que en ella se encuentran; lo único que puede hacerlo comprender es el silencio ó decir que este mundo no tiene sentimiento, ni dulzura, ni goce, ni felicidad que sea ni aun la sombra de lo que se esperimenta al tomar asiento en el festin del Señor... Lo que el sol hace invisiblemente en la tierra, añadia, lo produce en mí la Comunion; el sol reanima todas las cosas con su luz y su calor, adorna la tierra de flores y de frutos, enriquece y da vida al mundo con la fecundidad y fuerza de sus rayos, es la alegría de las aves del cielo, hace vejetar las plantas y vivifica á los animales; ilumina, colora y alienta, derramando los torrentes de su dulce luz, todos los puntos del vasto universo; pues bien, la misma produce en mi alma árida y fria la presencia real del Señor.»

Rosa conocia, como nadie, el verdadero carácter de la caridad cristiana, y su alma no volvia á la tierra desde el cielo donde sus éstasis la llevaban, sino impregnada de amor hácia el prójimo; á sus ojos, como á los de todos los creyentes, la sangre del Redentor habia revestido al hombre de una nobleza incomparable y de una belleza infinita; hubiera querido llevar ella sola la carga de las terrenales miserias, á fin de evitar una lágrima á las criaturas á quienes Dios ha amado

tanto, y sobre todo hubiera deseado salvar todas las almas regeneradas á tan alto precio. Cuando veia en lontananza al sur de Lima las altas montañas detrás de las cuales se abrigaban en número desconocido pueblos idólatras todavía, su noble corazon se llenaba de tristeza y sus ojos rebosaban de lágrimas. »Si Dios me hubiese hecho hombre, decia gravemente, habria consagrado mi fuerza á la santa obra de las misiones; habria penetrado en las naciones feroces y antropófagas, ofreciendo mi instruccion, mi sudor y mi sangre á mis queridos indios... ¡Que no me sea dado, esclamaba, viendo que los cristianos no estaban exentos de crímenes y de desórdenes, ejercer el oficio de predicador! Noche y dia recorreria las calles y plazas de Lima, con los piés descalzos, cubierto el cuerpo de un horrible cilicio, con el crucifijo en la mano, y repitiendo: »Arrepentíos, pecadores, arrepentíos; dejad las corrompidas sendas por donde caminais, como míseros rebaños, al matadero del infierno; huid, huid del precipicio de una eternidad de desgracias, donde tan fácilmente se cae y del cual solo os separan los fugaces instantes de la vida.» En otra ocasion, impulsada por un celo ardiente y modesto á la vez, decia á un predicador á la moda: »Padre mio, la bondad de Dios os ha confiado el ministerio de su palabra para hacer entrar en el buen camino á los pecadores estraviados y endurecidos; cuidad, pues, de gastar vuestra elocuencia y rico talento en decir las cosas de un modo ingenioso y florido y en buscar los efectos por medio de sútiles discusiones y de frases estudiadas; recordad que Dios os ha hecho pescador de hombres; arrojad, pues, vuestras redes á gran distancia para poder cogerlos. Creedme, no tengais mas que un objeto, un solo pensamiento, y es sacar de las aguas corrompidas el mayor número de almas que podais y llevarlas á la orilla para que encuentren en ella la penitencia y la salvacion.

La misma solicitud que desplegaba Rosa para el bien de las almas, mostrábala igualmente para el alivio de los cuerpos; refirióle una vez alguno que un pobre de Lima carecia de pan, pero que no se atrevia á manifestar su miseria; y compadeciéndole, envió su provision de alimentos á falta de dinero; en caso necesario iba ella misma á pedir limosna para los pobres y enfermos, despues de haberse privado en su ausilio hasta de las cosas mas necesarias; el escaso lugar de que podia disponer en la casa paterna lo ofrecia generosamente á los indigentes sin abrigo; pobre y enferma, su confianza en Dios era su

único recurso para consolar y sostener al prójimo, pero este recurso le bastaba, pues la Providencia se muestra siempre mas grande que la miseria y la debilidad de los hombres.

Santa Rosa supo y anunció con muchos años de anticipacion la época de su muerte, el carácter y el grado de sus dolores, y tanto como semejantes revelaciones serian importunas al comun de los hombres, tanto eran agradables á la vírgen de Lima; sabiendo que abandonaria este mundo el dia de la fiesta de San Bartolomé, celebraba esta festividad todos los años. »Aquel dia serán mis bodas,» decia. A la edad de veinte y ocho años cayó peligrosamente enferma, de modo que se habia perdido ya toda esperanza de salvarla, y mientras se le dirigian aquellas patéticas palabras que preparan para una santa muerte, dijo: »No temais y no os entregueis á un pesar prematuro; estad seguros de que no moriré de esta enfermedad; el término que espero alcanzar está todavía lejos, pero llegaré á él.» En efecto quedábanle aun tres años para vivir en el mundo.

El dia primero de agosto de 1617 sintió los ataques del mal que debia arrebatarla á la tierra, despues de haber contribuido á hacerla digna del cielo; sus miembros se crisparon, manaba de su frente un frio sudor, apenas le quedaba un soplo de vida, y preguntándole sobre sus males que parecian estremos, contestó: »Estoy muy mala, me muero.—Será preciso llamar á un médico.—Sí, al Médico celeste... no ignoro que merezco lo que sufro, pero no sabia que pudiesen caer á la vez tantos males sobre el cuerpo humano y atormentar de este modo todos sus miembros; parece que el fuego devora mi cabeza, que una barra de hierro candente atraviesa todo mi cuerpo y que un puñal traspasa mi corazon: un voraz incendio comunica hasta el tuétano de mis huesos, y siento en las articulaciones dolores cuya naturaleza ni violencia no puedo espresar.» Algunas veces se la oia hablar con Dios: »Mas, Señor, mas! Cúmplase en mí vuestra santa y adorable voluntad; llenad la medida; añadid nuevos dolores á mis dolores; dadme únicamente paciencia.» Otras ocasiones quedaba silenciosa, tranquila y como dormida, y diciéndole su madre que aquel sueño era de buen agüero, contestaba: »Es que no es sueño; no se duerme cuando se padece sin tregua como yo padezco; no os hagais ilusion sobre mi estado; es preciso que agote el cáliz de mis sufrimientos, pero cuando lo haya bebido hasta las heces, y esto no tardará, entonces entraré á gozar de mi eternidad.

Conociendo la enferma que su fin se acercaba, pidió los últimos ausilios de la Iglesia y recibiólos con sorprendente piedad. Tanto como estuvo recogida en sí misma durante la Comunion, dice su biógrafo, tanto se mostró alegre y animada al darle la Estremauncion; al ver su gozo se la hubiera tomado por una reina que recibia la corona, mas que por una enferma preparándose para la muerte.» En seguida hizo llamar á toda la familia del cuestor real, Gonzalo de Maza, que le daba hospitalidad hacia tres años, y todos los asistentes prorumpieron en copioso llanto cuando la oyeron solicitar el perdon de sus faltas y culpas; luego quiso ser bendecida por sus padres, y habiendo prometido el sacerdote que la asistia volver al dia siguiente, sonrió Rosa dulcemente y dijo: »Padre mio, sabed que esta noche, al abrirse la fiesta de San Bartolomé, partiré para el eterno festin; he sido invitada desde lo alto al espléndido y solemne banquete; se me ha fijado la hora y debo acudir antes de que se cierren las puertas.» En efecto, aquella misma noche el 24 de agosto de 1618 pasó de las penas de esta vida al reposo de la eternidad, á la edad de treinta y dos años.

Ni que hubiera muerto un príncipe en Lima hubiera habido tanta conmocion en la ciudad y en el reino, como la que causó la muerte de Rosa, hija de un oscuro soldado: una inmensa multitud acudió á sus funerales, sin que nadie diese el menor aviso; la voz de Dios era lo único que habia puesto en movimiento á todo un pueblo; los senadores quisieron llevar ellos mismos el cuerpo de la santa, y con dificultad consintieron en dividir con otros este honor; todos besaban con respeto el vestido de buriel que habia pertenecido á la humilde vírgen: todos querian poseer una cosa de las que habia tocado, y por un instante se temieron grandes desgracias, pues la multitud nada escuchaba y la fuerza armada podia á duras penas mantener el órden. En breve se multiplicaron las peregrinaciones á su sepulcro y á los lugares que habia habitado, de modo que la fama de su gloria era tan grande como la humildad profunda en que hubiera querido sepultarse; con este motivo podemos repetir aquí las elocuentes palabras de un orador cristiano: »Decidme dónde se halla el sepulcro de Alejandro, decidme el dia de su muerte; lo ignorais, pues yo os diré que los sepulcros de los servidores de Cristo se elevan con magnificencia, que son el orgullo de las ciudades, que todo el mundo sabe el dia de su fiesta y que todo el universo lo celebra. Los mismos gentiles no saben dónde está la tumba de Alejandro; los mis-

mos bárbaros os dirán dónde se hallan los sepulcros de los santos.»

Trece años despues de la muerte de Rosa empezaron los informes relativos á su canonizacion; el papa Clemete IX la declaró beata en 1668, y en 1671 Clemente X inscribió su nombre en el catálogo de los santos. La vida fué escrita por diferentes autores y publicada en varios idiomas europeos; los hechos que en gran parte la componen parecerán quizás estraños á los que solo conocen las maravillas de la industria, y los encantos de una vida esterior y sensual; pero además de estar probados jurídicamente, diremos que es todavía mas estraña la ignorancia en que viven muchos hombres respecto de un órden de verdades superiores que son el mas noble alimento del alma, y el orígen de heroicas virtudes, en las que se fundan las esperanzas del cristiano, permitiéndole esperar en paz el cumplimiento de sus destinos; el hombre terrenal ve desde abajo y á través de los sentidos; el cristiano mira desde lo alto y á la luz de los cielos; ¿cuál de los dos es el mejor punto de vista? Los que no quieren saberlo hoy, algun dia lo sabrán.

Ste JUSTINE.



SANTA JUSTINA

VIRGEN Y MARTIR.

A fines del siglo tercero vivia en una ciudad de Oriente que la historia llama Antioquía, pero que es distinta de la gran Antioquía de Siria, una jóven distinguida por su nacimiento y hermosura; llamábase Justina; sus padres la habian educado en la idolatría, pero desde las ventanas de la casa paterna oia con frecuencia resonar en la vecina iglesia los religiosos himnos de los cristianos y la predicacion de las evangélicas verdades; un Dios hecho hombre para salvar al mundo, una Vírgen dando á luz al Redentor, hijo de la eternidad; reyes que tomando una estrella por guia vinieron á saludar una cuna que recibia al mismo tiempo las adoraciones de los ángeles; infinitos milagros y profecías apoyando la mision de Jesucristo, cuyo solo instrumento de conquista es la cruz, que sufre la muerte y abandona el sepulcro radiante de vida y de gloria; que sube en seguida al cielo desde donde reina con un poder invisible sobre los espíritus y los corazones; tal conjunto de maravillas heria vivamente la imaginacion de Justina y escitaba su curiosidad; sin embargo á este natural sentimiento se mezcla-

ba algo de misterioso que no podia dominar; un ardor íntimo y profundo que la impulsaba á creer en la doctrina de los cristianos.

»Escuchadme, dijo un dia á su madre; lo que nosotros adoramos, es solo mármol, oro ó plata, ídolos vanos que un galileo derribaria con un soplo, sin tener siquiera necesidad de tocarlos.—Calla, contestóle su madre, si tu padre llega á oirte....—Pues bien! os lo digo y tambien lo diré á él, quiero adorar á Jesucristo, cuyas maravillas he oido ensalzar tantas veces.» Y dichas estas palabras se marchó á la iglesia. Supo el padre todo cuanto habia ocurrido, y la noche siguiente creyó ver en sueños cohortes de ángeles escoltando á Jesucristo, el cual le decia: »Ven conmigo y te daré el reino de los cielos.» Esta vision le conmovió profundamente, así es que se hizo presentar á un diácono y luego al obispo para recibir el sacramento del bautismo; el obispo quiso que le refiriesen cuanto habia sucedido, y algun tiempo despues Justina y sus padres profesaban públicamente la fé de Jesucristo.

Justina abrazó con grande ardor y sinceridad la nueva religion, y todas sus acciones anunciaban una gran virtud, mas á pesar del cuidado con que procuraba evitar la atencion de los hombres, su hermosura encendió amor en el pecho de Aglaide, jóven abogado y adorador de los ídolos; en vano fué que la pidiera en matrimonio por medio de diversas personas; jamás pudo obtener sino una negativa; entonces intentó hacerla suya á viva fuerza, pero tampoco pudo lograrlo, así es que ciego y desatentado se dirigió á un jóven llamado Cipriano, célebre por sus conocimientos en la magia, y le rogó que le ausiliase en su pasion.

Cipriano era tambien natural de Antioquía, de ilustre nacimiento y poseedor de inmensas riquezas, dotado de un alma ardiente y de un talento cultivado, fué consagrado siendo aun muy jóven por sus supersticiosos padres, á los dioses del paganismo y educado en la astrología y en la magia, para ser iniciado en la ciencia de los misterios. Recorrió los santuarios mas famosos de las divinidades mitológicas y sometióse á las prácticas mas trabajosas; vióselc pasar sucesivamente por todas las pruebas exigidas para conocer el culto de Mihtz, en la Persia y en Caldea; concurrió á las fiestas de Minerva y de Ceres en Atenas, y de Juno en Argos; visitó el monte Olímpico en Tesalia, á fin de oir los oráculos que en él existian; aprendió en Frigia la adivinacion, el arte de los agüeros, el sentido oculto de todo los movimientos y rumores de la naturaleza: á lo menos la pretension de sus

maestros era enseñarle todos estos secretos; á veinte años se hallaba ya en el templo de Menfis practicando bajo la direccion de los sabios del pais la teurgia, la magia y otras ciencias tenebrosas. En ellas buscaba los medios de satisfacer sus pasiones; muchas veces degolló niños inocentes para ofrecer su sangre al demonio, y sorprender en sus palpitantes entrañas los secretos del porvenir; para entregarse á sus escesos se servia de sus hechizos, y cuando quedaban sin fuerza y no daban el resultado que esperaba, su ferocidad no retrocedia ante un odioso é infame asesinato.

De modo que, como dice él mismo, sus riquezas, sus viajes y su ciencia solo le servian para ser mas y mas miserable entregándose al culto del demonio; Cipriano observaba, pero sin que esto abriera aun sus ojos á la luz, que todos sus maleficios nada podian contra los adoradores de Jesucristo, y prestaba muy poca atencion á las exhortaciones de un jóven cristiano llamado Eusebio que habia estudiado en su compañía las letras humanas y con el cual le habia unido desde entonces una estrecha amistad; lejos de inspirarle horror lo que le arrastraba al mal y de abrazar la verdad y la justicia, alimentaba contra los cristianos un odio profundo, hacia burla de las Santas Escrituras, insultaba á los ministros de la religion y maldecia los sacramentos, á la Iglesia y á Jesucristo; en su despecho calumniaba á las mujeres cristianas cuya virtud no podia vencer, y llevado por su crueldad, empleaba todo su crédito y talento para suscitar persecuciones contra los fieles, para obligarles á renunciar á la fé del Evangelio; y no contento con hacer el mal, impulsaba á los demás á cometerlo; enseñaba secretos abominables, y finalmente cuando la razon no se rendia á su elocuencia sofística y á sus sacrílegos maleficios, procuraba infiltrar semillas de perversidad en los corazones.

Este era Cipriano, y siguiendo con loca y punible impetuosidad la senda de sus crímenes y estravíos, cuando Dios detuvo de repente sus pasos, impulsado por su infinita misericordia. Todos los recursos de su arte fueron empleados para satisfacer los deseos de Aglaide; prometió adoraciones y sacrificios á los dioses infernales, y con tal empeño miró el asunto y era tanta la fé que tenia en sus medios mágicos, que acabó por esperimentar lo mismo que sentia su amigo y por trabajar por su propia cuenta. Asaltada Justina por violentas tentaciones, confiábase á Jesucristo, recurria á la oracion y á la abstinencia, »á fin, dice su elocuente panegirista, de marchitar su hermosura que creia fu-

nesta y de encontrar en sí misma, por medio de la fé y de la humildad, una fuerza que solo Dios podia darle; rogaba á la Vírgen María que la socorriese, y á la misma Providencia que salvó á Susana, que tuviese piedad de ella y protegiese la inocencia.» Invocando á Jesucristo hizo vana é impotente la invocacion de los espíritus de las tinieblas; herida hasta en su misma salud, cayó peligrosamente enferma. »No lloreis, dijo á sus padres desolados, no moriré, el dolor no me abate ni me siento atacada interiormente; el mal me viene de fuera como si el aire que toco y respiro me quemase.» Al decir esto recurria con maravillosa fé á la señal de la cruz.

Viéndose vencido por un poder superior el ardiente é imperioso Cipriano reflexionó en la vanidad de un arte en que habia cifrado tantas esperanzas, y dirigió estas palabras á sus dioses: »¡Oh espíritu funesto! ¿con que no eres mas que un medio de fraude y de impiedad, que conociendo tu insuficiencia has procurado tenderme lazos hasta ahora? Si el nombre, si la sola invocacion de Jesucristo basta para hacerte temblar y para humillarte, ¿qué seria si apareciese en realidad?» Luego sintiendo su conciencia atormentada por el recuerdo de sus crímenes, esclamaba: »Tú has corrompido mi alma, tú la has perdido! ¡Ah, si cuanto he hecho y derrochado, lo hubiese hecho por otro objeto y derrochado para los pobres! ¡Desgraciado de mí! ¡ creia vivir y no hacia mas que cavar mi propia tumba! Es preciso, continuaba recobrando su tranquilidad, que vaya á ver á los cristianos, que me arroje á sus piés, y que les ruegue que se apiaden de mí.» E invocaba el Dios de justicia y sentia renacer su valor y sus fuerzas haciendo sobre sí mismo la señal de la cruz.

Cipriano abrió su corazon á un piadoso servidor de Dios, llamado Timoteo. »Tened piedad de mi infortunio, le dijo, ¿me es dable aun hallar gracia ante Jesucristo? ¿Acogerá mi arrepentimiento y podré verme libre del peso de mis crímenes?—Espera, contestóle Timoteo, Jesucristo no te rechazará; tú solo has pecado por ignorancia.—¿Con que todavía puedo esperar, á pesar de la voz que me decia lo contrario?—El espíritu del mal engaña; Cipriano, no prestes fé á sus palabras; en Jesucristo no hay mentira, porque él es la verdad; no hay engaño, porque él es la fuente de toda justicia, y sino considera su bondad. Dios, criador de todas las cosas, se ha hecho hombre por nosotros; por nosotros, para librarnos de la muerte del pecado, sufrió la muerte; Dios todopoderoso ha perdonado, dejándonos la es-

peranza de la vida eterna y dándonos por modelo á Jesucristo; y pues que Jesucristo ha muerto por los pecadores y los impíos, tranquilízate, Cipriano; pecador, el perdon te espera.... Vé á encontrar á nuestro obispo y él te dirá cómo debes reconciliarte con Jesucristo.»

El penitente se sintió consolado con estas dulces palabras; como habia engañado y pervertido á gran número de personas con sus malas artes y maleficios, hizo una confesion pública de sus faltas en presencia de todos los ciudadanos, confesion acompañada de gemidos y de lágrimas, á las que hacian eco los gemidos y las lágrimas de los asistentes; al recuerdo de su vida se halló Cipriano sobrecogido de tal horror, que no podia defenderse contra la desesperacion ni dominar su alma destrozada; la verdad del cristianismo y la santidad de Dios, al paso que hacian en su mente una impresion profunda, le inspiraban el desprecio hácia sí mismo, y antes hubiera preferido la muerte, que continuar una vida tan ignominiosa como aquella de que acababa de trazar una horrible historia; rasgaba sus vestidos, cubria su frente de ceniza y permanecia horas enteras postrado en el suelo con tales señales de dolor y tales gritos, que conmovian á todos los presentes. »Desgraciado de mi! repetia. ¡ Ay miserable, que te has perdido! » Y todos á porfía procuraban consolar á aquel hombre cuyo arrepentimiento era tan justo como vivo su dolor.

Tres dias habian pasado sin que el desolado Cipriano hubiese tomado alimento alguno, cuando su amigo Eusebio se constituyó en su consolador y guia, recordándole la misericordia de Dios y mostrándole el camino de la penitencia y de la virtud, y tan buen uso supo hacer de las Santas Escrituras, que disipó las tinieblas que ofuscaban el alma del penitente, y volvióle á la dulce esperanza del perdon. »¿A qué estas violencias? le decia; á qué estas ideas que perjudican á la salvacion de tu alma? Créeme, Cipriano, cree á un amigo que no quiere engañarte; yo he visto á otros pecadores, á otros magos, que reconciliados con Jesucristo por medio de la penitencia con fé viva y sincera han hallado misericordia y perdon; quizás tus pecados son mayores que los magos, pero ¿serán mas grandes que la misericordia de Dios? En buen hora que no seques tus lágrimas; déjalas correr en espiacion de tus faltas, pero modera su esceso. No hay duda que tendrias motivo para no esperar tu perdon si te hallases sumido aun en las tinieblas y en la infelicidad; mas tú aborreces el espíritu del mal y conoces á Jesucristo; considera, pues, lo infinito de su bondad y arró-

jate en sus brazos; si tu malicia le arrebató algunas almas, en breve purificado por tu esperanza en él, tu ejemplo y tus palabras harán que vuelvan muchas al sendero de la fé.» Estas últimas palabras fueron una profecía: el porvenir no tardó en confirmar su verdad.

A pesar de todo, Cipriano no se atrevia á entregarse á la esperanza, y lo que mas le atormentaba era el recuerdo de los crímenes que habia cometido para vencer la virtud de Justina; varias veces habia buscado con este objeto en las entrañas de niños y mujeres el medio de realizar sus horribles sacrilegios, prácticas sanguinarias muy comunes en el culto de la idolatría y de la teurgia, y con las cuales no temieron mancharse los mismos filósofos; al marchar contra los persas el emperador Juliano, un sabio de aquellos tiempos, muy celebrado por los sabios de ahora, ofreció á la luna, en su templo de Carres, un sacrificio humano; al salir del templo mandó cerrar y sellar las puertas y puso guardias para impedir la entrada por ellas antes de su regreso; sin embargo, el sabio no volvió, y abierto el templo se encontró el cadáver de una mujer suspendida por los cabellos con los brazos en cruz y las entrañas destrozadas; sin duda que el clemente emperador y el sabio filósofo buscaron algun feliz agüero en el hígado de la víctima. Un crímen de esta naturaleza era lo que atormentaba á Cipriano y de lo que no esperaba conseguir perdon. »Tambien quisiera que me fuese perdonado, decia, los grandes pesares que he causado á Justina.»

Hablábale Eusebio de todos los grandes pecadores que nos muestra la Escritura reconciliados con Dios, y le aseguraba que no habia pecado que no pudiese ser borrado con las aguas del bautismo. »Ven, le decia, ven y sabrás claramente por boca de nuestros maestros lo que es preciso para una buena penitencia; ven y quedarás maravillado de la belleza de la doctrina cristiana. Lo que ellos mismos han aprendido lo enseñan ahora con indecible gozo y su afan es conducirnos á todos á la verdad.» Pintóle vivamente la magnificencia y hermosura de los divinos oficios; la tranquilidad y recogimiento de los fieles, á los niños y á los ancianos orando en la misma actitud de religioso respeto, la sencillez de las sagradas ceremonias, la uncion y gravedad del canto, un espectáculo, en fin, enteramente nuevo para el que solo conocia groseros sacrificios de animales, cantos y acciones disolutas, inmoderados festines, y todo el cortejo de vicios que formaban en gran parte el culto idólatra; la esperanza entró al cabo en el alma de Ci-

priano, quien se arrojó como un niño entre los brazos de su amigo, besándole la frente y el pecho y llamándole su guia y su padre; levantóse entonces, tomó algun alimento y convinieron en presentarse al obispo.

El domingo siguiente fué el neófito conducido á la iglesia, y su vista le llenó de admiracion. »He visto, dice él mismo, al referir su conversion, un coro de hombres celestes, ó mejor de ángeles unidos para cantar alabanzas á Dios con tan perfecto acuerdo que sus voces no formaban mas que una sola; hubiérase dicho que eran seres superiores á la humanidad espresándose en un lenguaje admirable en el que revivian los oráculos de los antiguos profetas.» Los mismos cristianos vieron con admiracion á Cipriano convertido y humilde, y alabaron á Dios por suceso tan maravilloso é inesperado; en un principio el obispo se negó á recibirle, persistiendo algun tiempo en su resolucion, no pudiendo creer que desease sinceramente abrazar el cristianismo; mas desde el dia siguiente Cipriano dió inequívocas pruebas de su arrepentimiento, entregando públicamente á las llamas, como cosa inútil y peligrosa, todos sus libros de magia. No contento aun con haber sacrificado en señal de penitencia cuanto hasta entonces le habia sido mas caro, Cipriano distribuyó sus bienes á los pobres y á la Iglesia, y despues de haber sido suficientemente instruido en las verdades religiosas, recibió en el bautismo el signo del Señor; regenerado ya llevó una vida totalmente nueva, al paso que Eusebio su amigo, ó mejor su padre, como él le llamaba, fué elevado al sacerdocio, añadiendo por su celo nuevos méritos á los que habian adquirido convirtiendo á Cipriano; por su parte Aglaide, conmovido vivamente por tan repentina conversion, reconoció tambien la errada senda por que caminaba, é imitó en la virtud á aquel cuya intervencion criminal habia reclamado: como este, hizo cuantiosas limosnas á los pobres y abrazó la fé cristiana.

Estos sucesos y sobre todo la conversion de Cipriano llenaron de alegría á Justina; su corazon sintió una profunda piedad, y cortando sus largos cabellos vendió todas sus joyas y cuanto debia constituir su dote, y lo abandonó todo para consagrarse únicamente á Jesucristo. Su vida era la de las vírgenes consagradas á Dios; todos los fieles tenian por la noble jóven un profundo respeto »porque ella, y solo ella, dice Cipriano, con su fé y sus oraciones nos ha preservado del mal á Aglaide y á mí, y nos ha conducido al puerto de salvacion.»

La conversion de Cipriano fué celebrada en unos magníficos versos por Prudencio y en un elocuente discurso por Gregorio Nacianceno. »Jesucristo abate de repente el ardor de una loca pasion, dice el poeta español, disipa las tinieblas que ofuscaban el alma del jóven, arroja de ella el furor para inspirarle su amor; la fuerza de la fé y la gracia del arrepentimiento; entonces queda un hombre nuevo; su belleza es otra; aquella tez afeminada y delicada desaparece para hacer lugar á un rostro grave y formal; su voz, antes altanera, es modesta, su alma alimenta la esperanza del cielo; sus acciones se conforman en un todo á la ley, y solo piensa en vivir para la justicia cristiana y para meditar nuestras verdades augustas.» El elocuente obispo de Constantinopla describe á su vez del modo siguiente el cambio sobrevenido en la vida de Cipriano: »Despreció las riquezas, domó su orgullo, encadenó sus sentidos practicando la pureza tan contraria á sus pasiones por tanto tiempo satisfechas; modesto en sus vestidos, grave y dulce en sus maneras, apartado igualmente de toda bajeza y de toda arrogancia, practicó las vigilias y las mortificaciones; y tanto adelantó en los ejercicios de la piedad, que habiendo entrado muy tarde en este camino en breve adelantó á los que lo habian emprendido mucho tiempo antes que él.»

Era tanta la humildad de Cipriano, que para sofocar en él todo resto de orgullo, pidió y obtuvo desempeñar en la Iglesia los oficios mas humildes; su virtud y sus talentos le granjearon la estimacion y confianza de todos; agradable á Dios, útil á los hombres, abrió á la verdad los ojos de muchos de sus conciudadanos; su ejemplo personal daba gran peso á sus palabras, y describia con tanta fuerza la vanidad de las cosas terrestres, que difícilmente se podia resistir al ascendiente de sus discursos. Los sentimientos de piedad que sus palabras inspiraban en las almas, van en el dia unidos á la relacion de sus faltas, pues él mismo es el que con tierna humildad nos ha hecho conocer los crímenes de su vida primera; su confesion, al mismo tiempo que manifiesta la importancia y la fragilidad de las pasiones humanas y de los culpables placeres, escita en los corazones un profundo amor á la bondad divina, é inspira una viva confianza en la misericordia que llama y espera á los hombres para perdonarles y cicatrizar sus heridas.

El servidor de Dios no ocupó mucho tiempo el humilde lugar que habia elegido; elevado hasta el último grado del sacerdocio, gobernó

la iglesia de su ciudad natal, despues del obispo Anthimo, á fines del tercer siglo y á principios del cuarto. En aquel entonces la Iglesia sufria las mas terribles persecuciones, en oriente sobre todo, donde Galerio se distinguia por su crueldad inaudita: este habia inventado un nuevo modo de quemar á los cristianos; suspendidos á un poste, se encendia bajo sus piés un fuego lento, á fin de que el tormento se prolongase y no quitase la vida á los mártires demasiado pronto; cuando la piel se habia rasgado, dejando ver la carne sangrienta y los huesos descubiertos, se aplicaban á las heridas antorchas encendidas, y temiendo que el esceso del calor matase á los mártires antes de estar satisfecho el tirano, se les arrojaba agua al rostro y se les daba de beber; de este modo su agonía se prolongaba durante todo un dia; leyes mas bárbaras que las de la tribu mas salvaje obligaban á todos á denunciarse; el atractivo de la ganancia armaba á la naturaleza contra sí misma y las familias, destrozándose entre sí, llenaban la mitad del imperio de confusion y luto.

En medio de estas crueldades tan propias para provocar apostasías, Cipriano sostuvo el valor de los fieles por medio de enérgicas cartas y con todos los esfuerzos de un celo admirable; por su parte Justina se distinguia tambien por el ardor de su fé, así es que el conde Eutolmins mandó prender á los dos intrépidos confesores y conducirlos á Damasco cargados de cadenas. »¿Eres tú el doctor de los cristianos que despues de haber llevado la multitud á los altares de los dioses, la fascina ahora con su palabra colocando al Crucificado sobre los dioses inmortales?» Así se espresó Eutolmins, á lo que contestó Cipriano trazando brevemente su vida y exhortando al juez á reconocer como él la vanidad de los ídolos y á dar culto al Dios verdadero; iguales en creencias y animados de un mismo sentimiento, Cipriano y Justina no obedecieron la órden sacrílega de adorar á los dioses; entonces los costados del obispo fueron despedazados con lanzas y uñas de hierro, mientras dos verdugos, armados con látigos, herian con fuerza á Justina; en vez de quejas, esta dejó oir estas palabras: »Dios mio, alabado seais porque me habeis juzgado digna de sufrir por vos estos tormentos.» Cansados los verdugos antes que ella, suspendieron el suplicio para volver á empezar en breve bajo otra forma distinta.

En efecto, conducidos los mártires á un horrible calabozo, fueron despues presentados de nuevo á su juez que creia hallarles menos fir-

mes en su fé; mas sus amenazas no pudieron vencer á los que habian resistido los tormentos.» Lejos de sufrir, decia Cipriano, soy muy feliz en comprar los bienes eternos á costa de tales dolores. — En este caso, repuso el juez, te reservo otros mas grandes aun, pero solo para hacerte ganar el cielo;» y ordenó que fuesen los mártires arrojados en una caldera de cobre donde hervian produciendo una intensa llama pez, aceite, y cera; en el momento de lanzarse al tremendo suplicio Justina palideció, mas el generoso obispo la sostuvo con su palabra y ejemplo, haciendo en su frente la señal de la cruz se precipitó en medio del fuego; allí ambos mártires alababan á Dios con entera libertad de ánimo y despreciaban el dolor.

Al verlo Eutolmins creyó que debia haber magia en la insensibilidad de los mártires, y pretendió manifestárselo; un amigo suyo partícipe de los ídolos que desempeñaba tambien las funciones de asesor, quiso probar las palabas del juez, así es que despues de invocar á sus dioses y de tomar ciertas precauciones, se metió en el brasero intentando andar por entre las llamas, mas Atanasio, así se llamaba el sacerdote pagano, murió allí mismo consumido por el fuego. Aterrorizado Eutolmins llamó á Terencio su pariente, y le dijo: — »Qué haré con estos hechiceros?—No les causeis mal alguno, contestóle Terencio que tenia mejores sentimientos, y no lucheis contra la evidencia: el Dios de los cristianos es invencible; enviadles al emperador refiriéndole cuanto habeis practicado.» Hízose como Terencio habia aconsejado, los mártires fueron enviados á Nicomedia, donde se encontraba entonces Diocleciano, con una carta en que se le informaba de todo el procedimiento seguido contra ellos y de los tormentos que habian sufrido. El emperador examinó los documentos que se le pusieron de manifiesto; y sin mas forma de proceso decretó que» Cipriano, doctor de Antioquía y la vírgen Justina, pertenecientes á la insensata secta de los cristianos, que despreciaban la vida por su Dios, debian sufrir la pena de la cuchilla.

Justina y Cipriano fueron conducidos á orillas del rio Gallo á las puertas de la ciudad; llegados allí pidieron un instante para recogerse en sí mismos y orar, manifestando Cipriano el deseo de ser ejecutado el último, sin duda para sostener en la última lucha, si preciso fuese, á la que miraba como á su madre en la fé; sus deseos fueron cumplidos; al ver caer la cabeza de Justina esclamó: Gloria á Dios! y poco despues murió bajo la cuchilla del verdugo. Un cristiano llamado Theoctisto, que al ver marchar los mártires al suplicio, habia dado á

Cipriano muestras de amor y respeto, fué preso, condenado y decapitado acto continuo; esto sucedia en el año 304.

Los paganos pusieron guardias para impedir que los cristianos fuésen en busca de los cadáveres de los mártires, pues lo que mas irritaba á los enemigos del nombre cristiano era el tributo de veneracion y el culto dado á los confesores de la fé: unas veces quemaban sus ilustres restos y arrojaban al viento sus cenizas; otras y para mayor ultraje los dejaban espuestos á fin de que los animales insultasen lo que la Iglesia pretendia honrar; sin embargo algunos cristianos pudieron burlar la vigilancia de los centinelas y se apoderaron de los restos de los tres mártires que fueron trasladados á Roma, donde poco tiempo despues se colocaron en una iglesia mandada construir por una piadosa señora llamada Rufina, parienta del emperador Claudio; despues se trasladaron á la basílica de Constantino ó de San Juan de Latran.

Todo lo que se refiere á la vida y muerte de santa Justina y de san Cipriano nos ha sido transmitido por monumentos que se remontan indudablemente á la mas remota antigüedad, si bien puede ser que en algunos detalles de escasa importancia no hayan permanecido puros de toda la alteracion, sin embargo en cuanto al fondo y á las cosas principales son de una autoridad incontestable: San Gregorio Nacianceno habla de san Cipriano del mismo modo que las actas de este mártir; la emperatriz Eudoxia, hija de Leoncio, en un poema muy celebrado por Jocio cuyo análisis nos ha trasmitido, recuerda igualmente los hechos consignados en las actas. Estas, precedidas de una larga y erudita disertacion sobre su orígen y valor y acompañadas de notas y de útiles comentarios reproducidos en la coleccion de los Bolandistas en 26 de setiembre, que es el dia en que se celebra la fiesta de santa Justina.

De este modo morian las mujeres cristianas durante la era de las persecuciones; su vida transcurria en la creencia y práctica de la doctrina y virtud cristiana, las cuales revelando el secreto de su dignidad ennoblecen su inteligencia y purifican su corazon, y se honran y elevan al mas alto grado; animada de un ardiente celo, la mujer cristiana sabia estender y segun sus fuerzas sostener el imperio de la fé con el ascendiente de su virtud; sus costumbres inspiraron respeto á los que desde muchos siglos habian hecho pesar sobre ella un humillante yugo, ella ha resucitado las grandezas del matrimonio porque al practicar sus deberes ha encontrado en el mismo sus derechos, ha vuelto á colocar á la familia sobre su base y prestado encanto y fuerza al culto

del hogar doméstico, rejuveneciendo de este modo las naciones y revistiendo las sociedades de un incomparable y nuevo vigor. Despues de esta grande mision cumplida con un alma cuya ternura era solo comparable á su generosidad, despues de esta existencia tan tranquila, tan igual y tan noble, en un siglo de confusion, de desgracias y sin gloria, la mujer cristiana estaba destinada frecuentemente á confesar su fé en los mas espantosos tormentos y á sellar con su sangre cuanto habian proferido sus labios, cuanto creia su corazon; entonces moria como habia vivido con un heroismo sencillo y tranquilo, así es como Dios saca de la dulzura la fuerza, habiendo elegido lo que es débil para abatir lo que es fuerte; de modo que la vida y la muerte de nuestras madres y hermanas en la fé han cambiado la faz del mundo preparando la civilizacion moderna.

Schoppin Pinx^t Imp. de Chardon aîné et fils, r. Hautefeuille, 30, Paris Lallemand Sculp

Ste THÉRÈSE.



SANTA TERESA

VIRGEN Y CARMELITA.

Quince siglos habian hallado su dicha y su gloria en su obediencia á la autoridad tutelar de la Iglesia, la cual habia reunido en su seno y prodigado sus maternales consuelos á las inteligencias estraviadas y vendidas por el paganismo; habian enseñado á los bárbaros del norte, á quienes un valor feroz y la avaricia del botin precipitaban por hordas inmensas hácia el mediodía, que hay algo mas fuerte que la espada y mas agradable que el placer; en el universal naufragio en que parecian deber desaparecer todos los elementos de progreso al mismo tiempo que el imperio romano, presa de la tenebrosa ignorancia y de las pasiones desencadenadas, habia salvado el deber y el derecho, la autoridad y la libertad; la Iglesia habia puesto un término á las ciegas victorias del mahometismo que amenazaba apagar la antorcha de las ciencias y matar el genio de la civilizacion europea; en una palabra, cuanto era digno de honor, pobre, débil ó infeliz, habia encontrado en la Iglesia benevolencia, asilo y proteccion. Es verdad que habrá siempre en las cosas de la religion algunas tinieblas entre torrentes de luz, y el escándalo de algunos abusos al lado de la gracia de los mas puros pre-

ceptos; Dios ha asociado los hombres á su obra y la santidad del mas augusto de los ministerios no basta para hacerles inpecables, mas tambien es cierto que habrá siempre incorruptibles medios de salvacion y un eficaz principio de restauracion, pues Dios es todo misericordia así como es todo justicia, y la Iglesia de la tierra envia á sus hijos á la Iglesia del cielo por los dos caminos de la inocencia y del arrepentimiento.

Asípues, cuando un monje sajon, bajo el orgulloso pretesto de verificar una reforma hecha necesaria, protestó públicamente contra la autoridad católica, acogiéndose á la independencia de su razon personal, cometió un acto tan lamentable en sus consecuencias sociales como ilegítimo en sí; no fué únicamente el crímen y la desgracia de un hombre desconociendo la ley fundamental de la Iglesia, fué el crímen y la desgracia de la mitad de la Europa, que acabó por perder el sentimiento del deber exagerando la idea del derecho; que rompió abiertamente con las antiguas tradiciones de las que tomaba su fuerza y su gloria; que destruyó el lazo de su unidad, no solo religiosa, sino tambien política; que quitó las conciencias de la mano del papa para ponerlas en poder de los agentes de policía, y que, por mas que se diga, retardó la marcha del mundo moderno. En efecto, desde Lutero y Calvino la accion de la dividida Europa se ha consumido en luchas intestinas habiendo menguado mucho su peso en la balanza del mundo; es cierto que no ha habido mas guerras contra los turcos; pero en cambio la sangre mas preciosa de los paises cristianos ha corrido por espacio de ciento veinte años en medio de las guerras religiosas; no se han hecho nuevas cruzadas, pero el Africa entera se halla en una degradacion que es la vergüenza de la humanidad; la humillacion de la Palestina contrasta de un modo doloroso con sus ilustres recuerdos; el Asia permanece inmóvil con sus hombres esclavos y sus envilecidas mujeres ; desde hace tres siglos, la civilizacion europea no ha sabido penetrar en ninguno de estos paises cuando tan fácil le seria en poco tiempo la vuelta al mundo, bajo una direccion única y con los medios de que dispone, como son poblacion sobrante, genio superior, espíritu comunicativo, carácter enérgico y emprendedor, é intrépido y generoso corazon.

Imposible es negarlo; bajo el punto de vista de la religion y del progreso de las conciencias individuales y de los intereses públicos, la revolucion religiosa con que se inauguró el siglo décimosesto fué

una terrible catástrofe, puesto que destruyó la union de los estados europeos y rompió la unidad cristiana, introduciéndose en el mundo una anarquía permaneciente por haberse parado la razon del derecho y del deber. Sin embargo la Providencia guarda el secreto para poner freno á la malicia de los hombres, lo mismo que al furor de los mares; las grandes revoluciones, así políticas como religiosas, imprimen en las almas cierta conmocion fecunda de donde emana la vida: las fuerzas y la energía del hombre se manifiestan palpablemente en estas solemnes tempestades; además Dios viene siempre en ausilio de nuestra debilidad y al lado de nuestros grandes crímenes hace aparecer grandes virtudes; sea cual sea la crueldad de los verdugos, halla en las víctimas valor mas estraordinario aun; la piedad de los buenos brilla mas que la irreligion de los malos, y para gloria de la humanidad es una ley del mundo que la suma de virtudes no solo está en equilibrio con la suma de crímenes, sino que la sobrepuja.

Así sucedió especialmente en el siglo décimosesto, uno de los mas borrascosos y mas fértiles en lamentables herejías, pero tambien uno de los mas ricos en grandes santos y en obras imperecederas; las pérdidas sufridas por la Iglesia, los estragos del protestantismo eran compensados en el esterior por las conquistas de los misioneros, y aun en el interior por una maravillosa espansion de todas las virtudes. Dios borró el oprobio de su pueblo y enjugó las lágrimas de su Iglesia haciendo brotar la gracia allí donde el hombre habia hecho brotar la iniquidad: viéronse formar legiones de héroes y de heroinas resucitando los ejemplos del antiguo fervor, ilustrando el mundo entero con sus sublimes virtudes, reprimiendo la rebelion de los hereges, escitando la piedad de los fieles, socorriendo á los enfermos y á los pobres, recorriendo los campos para sembrar la instruccion entre sus habitantes, retirándose á los claustros para entregarse á la penitencia, uniéndose á la pobreza para librarla de la desesperacion, atravesando los mares para evangelizar á los idólatras, contestando en fin á la calumnia con toda clase de sacrificios y á la persecucion con inagotables beneficios. En el número de las almas tan grandes delante de Dios, tan útiles á la humanidad, que lucharon por la verdad y la virtud en el siglo décimosesto, brilla con fulgente resplandor una mujer que la Iglesia ha colocado en sus altares y que el mundo ha conocido bajo el nombre de Teresa de Cepeda: mujer dotada de un talento de singular distin-

cion, de corazon de fuego que ardia únicamente para Dios, de alma transfigurada toda ella en luz y en amor.

Teresa nació en Ávila, ciudad de Castilla la Vieja, en 28 de marzo de 1515, dos años antes que Lutero quemase la bula de Leon X en la plaza pública de Witemberg; su padre, honrado hidalgo, tenia por nombre Alfonso Sanchez de Cepeda, y su madre, oriunda de una familia muy respetada en el pais, se llamaba Beatriz de Ahumada. «Las gracias que de Dios he recibido, dice la misma santa Teresa, y el modo como fuí educada, habrian debido bastar para hacerme piadosa, si la malicia no hubiese opuesto obstáculos; mi padre era muy aficionado á la lectura de los buenos libros, y ponia muchos escritos en lengua vulgar á fin de que sus hijos pudiesen leerlos; sus intenciones eran secundadas por mi madre, la cual cuidaba de hacernos rogar á Dios y nos inspiraba la devocion á la santa Vírgen y á los santos..... Mi padre era muy caritativo para con los pobres y los enfermos, y trataba con estrema bondad á sus servidores; los esclavos le inspiraban tal compasion, que jamás quiso poseer ninguno; en una ocasion vino á casa por algunos dias una esclava perteneciente á uno de sus hemanos, y tratóla como hija, no pudiendo ver sin dolor que se hallase privada de su libertad; la sinceridad presidia en todas las palabras; jamás se le oyó jurar ni blasfemar; la regla de su conducta era una severa honradez. Mi madre estaba tambien adornada de grandes virtudes: aunque de una rara hermosura daba tan poco valor á este dote de la naturaleza, que vivia como una persona anciana, aunque murió á los treinta y tres años; su caracter era de una maravillosa dulzura; tenia mucho talento pero poca salud, sus enfermedades fueron frecuentes, sus penas considerables y su fin muy cristiano.»

Las palabras y ejemplos de padres tan piadosos hicieron viva impresion en Teresa, dotada de una razon clara y naturalmente exacta, y de un corazon generoso é inclinado á las cosas elevadas; entre sus hermanos profesaba un afecto particular á Rodrigo que era de su misma edad, y ambos se retiraban á los sitios mas escondidos para leer la vida de los santos; los dos comprendian la inmensidad de los tormentos sufridos por los mártires, y sin embargo sentian que debian ser insignificantes comparados con la felicidad eterna que los premia; para llegar mas pronto al cielo, pensaron en pasar á la costa de África pidiendo limosna, no dudando que al llegar allí sus habitantes, implacables perseguidores del cristianismo, les harian morir por la causa de Jesu-

cristo. Sin embargo «nuestro mayor embarazo, dice la santa, era dejar á nuestros padres; mas la eternidad de gloria ó de tormentos que pintaban nuestros libros heria nuestra alma de tan estraño estupor, que repetíamos varias veces: ¡siempre! ¡para siempre!» Ambos filósofos se escaparon, mas encontróles uno de sus parientes y les obligó á volver atrás; el proyecto no hizo mas que manifestar el lugar que ocupaba en sus tiernos corazones el sentimiento religioso.

Teresa contaba doce años cuando perdió á su madre: comprendiendo toda la grandeza de semejante desgracia, se arrojó llorando ante la imágen de la Vírgen María para buscar una madre en el cielo, puesto que habia quedado sin ella en la tierra; esta accion hecha con sencillez tuvo mas valor del que la pobre huérfana creia darle, que no tardó en conocer que sus votos habian sido oidos. A medida que adelantaba en años sentia desarrollarse su talento, apreciado y conocido ya por todo el mundo; la facilidad de su genio, sus graciosas maneras y su buen humor le conciliaban la estimacion general y le granjeaban mil alabanzas; sin embargo quien fué por poco causa de su perdicion, no fué el orgullo, sino la mala eleccion de sus lecturas y de sus amistades.

Teresa era muy aficionada á las novelas ó historias de caballería, y aunque su padre condenaba severamente semejantes lecturas, sabia ocultarse de su vista y pasar, sin que aquél lo supiera, muchas horas del dia y de la noche entregada á tan vana ocupacion; en breve se enfrió la piedad en su pecho. »Solo era feliz leyendo alguno de aquellos libros que no hubiese visto todavía; primeramente sentí un placer en adornarme y despues nació en mí el deseo de agradar; mis manos y tocado fueron objeto de mis mayores cuidados; amaba los perfumes y las vanidades y como era muy solicitada, abrigáronse todas ellas en mi pecho. Sin embargo mis intenciones no eran malas, y no hubiese querido que nadie hubiera ofendido á Dios por causa mia: así viví por espacio de muchos años sin comprender que hubiese ningun mal en ello, mas ahora veo que lo habia y grande.» La compañía de una parienta afirmó en el ánimo de Teresa esta inclinacion á las frivolidades de la vida mundana.» Si tuviera que dar consejos á los padres, dice, insistiria particularmente en que sus hijos solo tuvieran compañías útiles; nada es mas esencial por la razon de que antes nos inclinamos al mal que al bien. Yo misma lo he esperimentado: teniendo una hermana mayor que yo y muy virtuosa, no me aproveché de su

ejemplo, al paso que las malas calidades de una parienta que venia á vernos con frecuencia me hicieron gran daño.... De este modo llegué á la edad de catorce años y creo que hasta entonces no habia ofendido á Dios mortalmente; su temor estaba en mí si bien temia aun mas faltar á lo que el honor del mundo exige, no observando que lo esponia de muchas maneras, puesto que en vez de adoptar los medios verdaderos de conservarlo, me contentaba con evitar lo que puede manchar la reputacion de una jóven.» Es preciso observar que las faltas de que tantas veces se acusa aquí santa Teresa eran conversaciones y diversiones agradables, quizás de una frivolidad vanidosa, pero no aquellas amistades y placeres que hacen perder la gracia de Dios.

Si bien Alfonso de Cepeda, que tenia una alta idea de la religion, se afligió al ver el cambio verificado en su hija, no quiso dar motivo alguno de escándalo; mas poco tiempo despues, habiéndosele presentado una ocasion favorable, confió á Teresa á las agustinas de Avila, quienes aducaban á muchas jóvenes castellanas: en un principio la jóven se fastidió bastante y los ocho primeros dias le parecieron tristes; ni remotamente pensaba tomar el hábito religioso, mas por fin la sociedad de personas tan verdaderamente religiosas acabó por agradarle y no tardó la maestra de las pensionitas en ganar su entera confianza. »Aquella religiosa era muy discreta y estaba dotada de grandes virtudes; sus conversaciones cautivaban mi atencion; causábame un indecible placer escucharla hablar de Dios; refirióme como estas solas palabras del Evangelio: Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos, le habia movido á entrar en religion; y pintóme las recompensas reservadas á quien busca á Dios sobre todas las cosas. Semejantes discursos arrojaron de mi pecho las malas inclinaciones, hicieron renacer en mí el deseo de los bienes eternos, y en breve dejé de sentir aversion hácia la vida religiosa; no podia ver á una hermana llorando mientras rogaba á Dios ó cumpliendo sus prácticas de piedad sin profesarle envidia, puesto que mi corazon era tan duro en este punto que oyendo leer la Pasion de nuestro Señor, no derramaba ni una sola lágrima; esto me afligia profundamente.»

Diez y ocho meses permaneció Teresa entre las agustinas de Avila; en este tiempo meditó su vocacion y pidió las luces y el valor necesarios para seguirla, pues su alma se hallaba perpleja é indecisa; por una parte deseaba que Dios no la llamase al estado religioso, y por otra no temia menos contraer matrimonio. Una larga enfermedad la

obligó á volver á casa de su padre; la santa nos ha descrito con un notable talento de análisis y una rara precision de lenguaje todas las fases por que pasaba su alma al acercarse al fin á que Dios queria conducirla. Todo la ilumina, la atrae, la arrastra hasta que se rinde á la gracia; diríase otro san Agustin, con la diferencia de que ella no venia de tan lejos, y trae en su lucha un corazon de doncella, al paso que el futuro docotr de la gracia combatia con toda la fuerza de la edad y con toda la audacia de un genio aun no domado.

»Despues de mi restablecimiento, prosigue la santa, fuí conducida al campo, cerca de mi hermana...; en el camino me detuve algunos dias en la casa de uno de mis tios, cuya esposa habia muerto; era un hombre sabio y de eminentes virtudes; Dios le disponia providencialmente para su vocacion, pues pocos habian pasado cuando lo abandonó todo para abrazar el estado religioso, y su muerte fué tal que en estos momentos le creo gozando de la gloria en el cielo; ocupábase particularmente en leer buenos libros, y sus conversaciones ordinarias versaban sobre Dios y sobre la vanidad de las cosas terrestres; propúsome tomar parte en sus lecturas, y aunque no era muy de mi gusto, me abstuve de manifestárselo... ¡Oh Dios, por qué vias vuestra mano me conducia á mi vocacion haciendo que violentase mis inclinaciones! ¡Bendito seais eternamente! A pesar de haber permanecido pocos dias cerca de mi tio, lo que habia leido y oido acerca d elas palabras divinas, junto con la ventaja de hablar con personas virtuosas, dejó tan viva huella en mi corazon, que abrí los ojos para considerar y comprender como nunca la vanidad de las cosas terrestres, la nada del mundo que pasa cual relámpago; sobrecogióme el temor de verme condenada si llegaba la muerte á sorprenderme, y aunque no me hubiera decidida enteramente á abrazar la vida religiosa, me convencí de que para mí era la vocacion mas segura, y de este modo era impulsada gradualmente á entrar en ella. Este combate interior duró tres meses.»

De regreso á la casa paterna Teresa sintió robustecerse en su corazon la resolucion de consagrarse á Dios; pero como su salud no mejoraba, temia no poder sostener las austeridades del claustro; el placer que esperimentaba con la lectura de buenos libros era lo único que le hacia soportar sus penas; las *Epístolas* de san Jerónimo reanimaron de tal modo su valor, que habiendo tomado su resolucion, pensó únicamente en advertir á su padre, lo que le parecia un gran paso» pues era tan orgullosa, dice ingenuamente la santa, que una

vez anunciada mi resolucion, me parece que no habria podido consentir en renunciar á ella...» De modo que declararse era comprometerse; sin embargo Alfonso de Cepeda amaba demasiado á su hija para separarse de ella; segun él decia, debia esperar su muerte para realizar semejante proyecto, y Teresa que no se sentia con bastantes fuerzas en su corazon para luchar con este obstáculo, no quiso atacarlo de frente y prefirió allanarlo indirectamente. Finalmente decidióse un dia que saldria muy de mañana y que se presentaria á las carmelitas de Ávila para ser admitida en el número de las novicias.

» Creo poder decir con verdad, dice aquella generosa mujer, que no se sufre tanto en el momento de espirar como lo que padecí al dejar la casa de mi padre; mis huesos parecian separarse los unos de los otros, pues mi amor para con Dios no era tan fuerte que pudiera vencer fácilmente el que profesaba á mi padre y demás parientes; es indudable que á no sostenerme el Señor, no habria llevado mi resolucion hasta el fin.» Al tomar el hábito de su nuevo estado verificóse en su alma un cambio total; todos los ejercicios de la casa se le hicieron agradables; acudia á ellos con ansia y en ellos hallaba la alegría; las humildes funciones que por obediencia debia llevar en el convento eran mas dulces de lo que jamás habian sido los cuidados de la vanidad; era tan feliz no hallándose sujeta á las vanas distracciones y á la locura del siglo, que no comprendia cómo habia podido obrarse un cambio tan profundo con tan maravillosa rapidez. Esto depende de que la felicidad viene de dentro y no de fuera; el hombre es mas pobre por lo que desea, que rico por lo que posee; esperar ó temer le fatiga mas que lo que el gozar le satisface; sus deseos abren en él un inmenso abismo, y cuanto se arroja contribuye á hacerlo mayor en vez de llenarlo; el mundo entero no bastaria para cegarlo; el hombre feliz, tanto al menos como se puede serlo en este mundo, es el que tiene el alma en sus manos y no permite que la domine nada esterior; los hombres, lo mismo que las cosas, pueden en pro ó en contra de nosotros no mas que lo que queremos, y como Dios da la fuerza de querer á los que le buscan y le aman, de aquí que nadie es mas feliz, que los que están á su servicio.

Teresa pronunció sus votos en noviembre de 1534; el cambio de vida y las severidades de la regla fatigaron su salud, tanto que esperimentó violentas opresiones de corazon y frecuentes desfallecimientos; su padre vivamente inquieto nada omitió para su alivio, y des-

pues de haber consultado los mejores médicos de Avila, la acompañó á Bazeda, donde residian hombres famosos por su talento y esperiencia, sin embargo los remedios no hicieron mas que agravar aquella enfermedad, cuyos caractéres parecian estraños; la fiebre la devoraba sin cesar, un fuego interior la conmovia continuamente y sus nervios se contraian con inesplicables dolores; desahuciada por los médicos fué de nuevo conducida á Avila, donde en 15 de agosto de 1537 tuvo una crisis tan violenta, que permaneció cuatro dias privada de sentidos; la tumba estaba ya abierta para recibirla y se habian ya pronunciado las oraciones para el reposo de su alma, cuando salió de su letargo. »Solo Dios, dice ella misma, sabe hasta qué punto llegaban mis sufrimientos; mi lengua estaba seca, á fuerza de morderla en mi dolor, y mi garganta tan árida y contraida, que ni siquiera podia tragar el agua; hallábame como ahogada; parecíame que mis huesos se habian separado; era presa de increibles vahidos; y me encontraba en tal estado de postracion, que no podia mover mis miembros, ni sufrir que nadie me tocase.

El interés de estos detalles para la posteridad está en que fueron para Teresa el punto de partida de sus progresos en la perfeccion, su paciencia fué heroica, su dulzura inesplicable; entonces traia á su memoria sus buenas lecturas; el recuerdo de Dios padeciendo por los hombres le inspiraba fuerzas, su resignacion parecia aumentar con el dolor, como para serle siempre superior; los asuntos piadosos derramaban los mas vivos consuelos á su alma, la cual se elevaba algunas veces, en medio de la oracion, sobre todas las cosas terrenas, quedando como absorta en Dios; sus lágrimas caian en abundancia; las faltas, por lijeras que fuesen, tomaban á sus ojos grandes proporciones, y en la amargura del arrepentimiento, asaltaban su corazon impetuosos sentimientos de amor.

Esto es lo que la hizo calificar tan severamente, al escribir su vida aquellos pecados que es costumbre perdonarse con estrema facilidad cuando no se ha llegado á la altura en que se encontraba Teresa á los veinte años.

Finalmente despues de tres años de agudos sufrimientos, Teresa recobró la salud, no para decir que se hallase enteramente buena, pero al menos para seguir su vocacion religiosa; su padre la visitaba frecuentemente, y como muy adelantado en la senda de la virtud, la escitaba á no descuidar los medios de hacerse aun mas perfecta,

usando siempre con ella el lenguaje de la mas alta piedad. Poco tiempo despues se vió atacado de su última enfermedad, y Teresa fué á prodigarle todos los cuidados de la piedad filial; Alfonso de Cepeda dió á sus hijos los mas religiosos consejos, y manifestó, derramando copioso llanto, su pesar de no haber servido mejor á Dios, aunque su vida hubiese sido muy cristiana; sus vivos dolores le arrancaron algunas quejas, y Teresa se esforzaba en consolarle recordándole su devocion á Jesus crucificado; cesó de gemir, esperó con resignacion la muerte y dió su último suspiro con grande tranquilidad. «¿Hay nada, dice santa Teresa, que haga comprender mejor que esto, cuán culpable soy teniendo á la vista tal vida y tal muerte, de no haberme corregido de mis defectos para imitar en cierto modo á tan buen padre?»

Al arrebatarle la muerte á su padre, Teresa tenia veinte y cuatro años; su piedad tomó entonces un nuevo vuelo, sustentado por el ejemplo de los santos cuya vida leia; un poderoso atractivo le unia á la memoria de san Agustin, primeramente por haber sido educada en un convento de su órden, y despues porque veia con admiracion y esperanza lo que habia hecho Dios de tan gran pecador. La lectura del libro en que el ilustre doctor refiere los estravíos de su vida y su reconciliacion con Dios introducia en el alma de Teresa una viva y firme confianza; creyendo verse pintada á sí misma bajo los rasgos de aquella alma violenta y borrascosa, leyó sus *Confesiones* con indecible avidez, y al llegar al punto en que san Agustin describe su conversion, desprendíase de sus ojos un torrente de lágrimas; aquel suceso era el tema de sus patéticas conversaciones aun mucho tiempo despues y guardó siempre de él las mas saludables impresiones.

En esta época coloca la misma santa la revolucion que se obró en su fervor; el horizonte del mundo espiritual se dilató ante su mirada, y su corazon respiró hácia el cielo con una libertad no conocida hasta entonces; sintió en su alma cierta sensacion análoga á la que se esperimenta en la cima de las altas montañas, donde el aire sutil y puro da vigor al cuerpo, disipa las nubes de la imaginacion y arrastra el pensamiento á los espacios infinitos; entonces el hombre se hace en cierto modo igual al espectáculo que tiene delante de los ojos y se pone en armonía con las grandezas de la naturaleza. Guiada por una luz superior, Teresa emprendió su vuelo hácia las realidades celestes; desde las alturas donde se colocó midió la estension de los cielos espirituales, y vió como todas las verdades, soles inteligibles, gravitan al rededor del

Sol de la verdad suprema; arrobada por semejante espectáculo sintió nacer en ella la inspiracion mística y un delirio sublime de amor divino, y al descender de aquellas regiones por desgracia tan poco esploradas actualmente, y al hallarse de nuevo en el destierro de este mundo, salieron de su alma desolada ardientes suspiros é inconsolables gemidos, teniendo su palabra una dulzura y un poder á las cuales es imposible resistir; hasta el mismo hombre de mundo no puede leer sin encanto aquellas páginas animadas y palpitantes del pensamiento y del amor del cielo.

No se crea que tan elevada y continua devocion diese á santa Teresa nada de sombrío ni de triste, al contrario, reinaba en su esterior una alegría dulce y atractiva, una noble y graciosa serenidad; la santa no queria que la piedad diese como un baño de tristeza á los que la practican, sino que fuese revestida de aquel gozo pacífico que previene favorablemente y atrae. « Se engañan, decia, los que piensan que la devocion no puede hermanarse con la libertad del espíritu, y ella misma nos lo prueba escribiendo con la firmeza de un gran talento y con la sencillez casi juguetona de una niña sobre las cuestiones mas difíciles y delicadas. Solo para obedecer á su director nos ha trasmitido la relacion de su vida y cuanto le sucedió en sus relaciones con Dios; jamás pronuncia su propio nombre ni tampoco el de nadie, y pide que se guarde su secreto. » Confiando en que vos y los que leerán esta relaciones me concedereis esta gracia solicitada en nombre de Dios, escribiré con mas libertad, mientras que en el caso contrario, no podria hacerlo sin escrúpulo; escepto sin embargo en lo que toca á mis pecados, pues sobre esto no le tengo. En cuanto á lo demás basta con ser mujer y mujer muy imperfecta para que no abrigue la menor pretension.... Esto supuesto, solo escribo para cumplir una órden, y desearia poder hacerlo de un modo sencillo y sin comparaciones, mas es tan difícil á las personas ignorantes como yo espresar bien las cosas de la vida espiritual, que me es preciso buscar un medio cualquiera para conseguirlo; y si acaso tengo mala eleccion en mis comparaciones, lo que sucederá muy frecuentemente, tendreis, padre mio, en mi ignorancia un pequeño motivo de diversion. » Despues de haberse puesto bajo la salvaguardia de tan ingenuas confesiones, Teresa se eleva á consideraciones dignas de un Padre de la Iglesia.

Fundada en el principio de que el hombre debe adelantar siempre en la virtud é imprimir á su vida un carácter de perfeccion sin cesar

en aumento, dice Teresa que es preciso huir del pecado, sea cual sea, y ocuparse generosamente en la oracion y penitencia, conformarse mas y mas con la voluntad del Salvador de los hombres, á pesar de todas las dificultades y vivir finalmente en la intimidad de Dios aplicándose á amarlas; este punto es el que desenvuelve particularmente manifestando los grados por los cuales se eleva el alma á Dios. » Presa de incomparable placer, dice, é inundada de la gracia, el alma entra en el arrobamiento del cielo, en aquella feliz ilusion que le hace conocer la verdadera sabiduría, llenándola de indecible consuelo.» En efecto algunas veces aquella parece sustraerse á sí misma y no pertenecerse; sus acentos, como un harpa que hacen estremecer y vibrar los vientos del cielo, resuenan, inspirados por un genio que no es de la tierra, en perfecta armonía con los cantos de la eternidad; interrumpiendo entonces la tranquilidad de su discurso, se dirige á su Criador y amado Dueño con todo el atrevimiento de su lenguaje exaltado y con todo el delirio de un corazon doliente, pero satisfecho de su herida. «Quered ahora, Rey mio, suplícooslo yo, que pues cuando esto escribo no estoy fuera de esta locura celestial, por vuestra bondad y misericordia, que tan sin merecimientos me haceis esta merced, que lo estén todos los que yo tratare locos de nuestro amor, ó permitais que no trate yo con nadie, ó ordenad, Señor, como no tenga ya cuenta en cosa del mundo, ó sacadme de él. No puede ya, Dios mio, esta vuestra sierva sufrir tantos trabajos como de verse sin vos le vieran, que si ha de vivir, no quiere descanso en esta vida, ni se le deis vos Querria ya esta alma verse libre; el comer la mata, el dormir la acongoja; ve que se le pasa el tiempo de la vida, pasar en regalo y que nada ya la puede regalar fuera de vos, que parece vive contra natura, pues ya no querria vivir en sí sino en vos. »

La costumbre de los divinos consuelos aumentaba cada dia en el alma de Teresa los ardientes deseos de gozar del cielo, mas comprendia demasiado la gran influencia del dolor en este mundo para no aspirar tambien al sufrimiento; esto le hacia esclamar muchas veces desde el fondo de su corazon: Sufrir ó morir; el hastío de la vida presente le dictó un magnífico himno en el cual esplica y saborea estas palabras: Muero porque no muero.

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero
Que muero porque no muero.
Aquella divina union
Del amor con que yo vivo
Hace á Dios ser mi cautivo
Y libre mi corazon;
Mas causa en mí tal pasion
Ver á mi Dios prisionero,
Que muero porque no muero.
Solo con la confianza
Vivo de que he de morir,
Porque muriendo, el vivir
Me asegura mi esperanza:
Muerte, do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.
Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dáme la vida;
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte;
Mira que muero por verte,
Y vivir sin tí no puedo,
Que muero porque no muero.
Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte
Viendo que puedo perderte
Se me dobla mi dolor;
Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.
¡Ah! qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida;
Solo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

El amor de Dios que causaba á Teresa este martirio tan elocuentemente descrito, hallaba su alimento en las prácticas de la religion y sobre todo en la oracion y recepcion de los sacramentos; á este martirio no aplicaba mas remedio que la dulzura de sus quejas. «¿Qué remedio, esclama, qué remedio hay para mi mal? Hasta cuándo, Señor, hasta cuando? ¿Qué puedo hacer? me habeis herido con los dardos de vuestro amor y no me curais; me dais la muerte y no me quitais la vida... Oh vida perjudicial á mi felicidad, ¿cuándo acabarás? Te guardo porque Dios lo manda y porque le perteneces, pero no abuses de mi paciencia. Ay! cuan largo es mi destierro! es cierto, que el tiempo es nada cuando se trata de ganar la eternidad!» Este amor al fijarse en Jesus crucificado, prorumpia en arranques apasionados, en tiernas y sublimes inspiraciones, como en el célebre soneto que muchos le atribuyen:

No me mueve, mi Dios, para quererte
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temído
Para dejar por eso de ofenderte;
Tú me mueves, mi Dios; tan solo el verte
Clavado en esa cruz y escarnecido,
Muéveme el ver tu cuerpo tan herido;
Muévenme las angustias de tu muerte;
Muéveme en fin tu amor de tal manera
Que aunque no hubiera cielo yo te amara,
Y aunque no hubiera infierno te temiera;
Nada tienes que dar porque te quiera,
Pues si cuanto espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

Teresa habia llegado á esta elevacion y fuerza de sentimiento por medio de la penitencia, de la humildad y de la oracion; el recuerdo de sus faltas la penetraba de compuncion, y se esforzaba en borrarlas con frecuentes vigilias, austeros ayunos, el cilicio y los azotes; aunque de una salud muy delicada, no se dispensaba del ayuno de ocho meses por año, ni de las demás mortificaciones prescritas por la regla; convencida de que para adelantar por el camino de la perfeccion era necesario un espíritu dócil y humilde, obedecia á sus superiores con admirable sencillez y era una de sus máximas que si bien es fácil engañarse tomando por revelaciones particulares lo que no es mas que una ilusion de la mente, es imposible errar escuchando la voz de los superiores, pues entonces la falta, en caso de haberla, recae sobre el que manda mal, no sobre el que obedece. Lejos de evitar los insultos y afrentas buscaba ocasion de sufrirlos; sus gustos eran sencillos, y la pobreza era lo que mas encantos tenia para su corazon, tanta que si alguna vez le faltaron las cosas necesarias, daba por ello gracias á Dios como por un señalado beneficio, sin que su humor sufriera la menor alteracion. Para la que en la tierra solo buscaba los medios de llegar al cielo, todo le era indiferente.

No se mostraba Teresa menos admirable en sus relaciones con el prójimo; dotada de un corazon sensible, la gratitud era para ella un placer en vez de una carga; no pasaba dia sin que lograse hacer á sus semejantes algun oficio de caritativa; imitando el ejemplo y las lecciones de Jesucristo, rogaba con ternura por sus contradictores; su caridad crecia con la malicia ajena, y el que la ofendia ó perjudicaba podia estar seguro de poseer su amor; siempre se la oyó hablar con respeto de las personas que la habian hecho sufrir con sus injusticias, á las cuales lejos de acusar, defendia, diciendo que sus intenciones eran rectas autorizando su conducta los defectos de tan miserable pecadora. Su paciencia era inalterable; un dia que se hallaba orando en una Iglesia de Toledo, perdió una mujer uno de sus zapatos, y creyenque se lo habia hurtado aquella desconocida, que no era otra que Teresa, la cual se mantenia separada y envuelta en su manto, tomó el zapato que le quedaba y con él descargó violentos golpes sobre la cabeza de la santa, sin que diera esta la menor señal de enojo; sus compañeras acudieron, y entonces dijo: »Bendiga Dios á esta buena mujer: me ha hecho mucho mal en la cabeza.»

Despues de afirmarse mas y mas en la piedad, Teresa cedió al

deseo que la impulsaba de dedicarse á la santificacion de los demás, y para ello concibió el proyecto de reformar su órden, en la cual se habia introducido la relajacion. La regla de las carmelitas, formada en 1205 por Alberto, patriarca de Jerusalen, era de una grande austeridad; así que el papa Eugenio IV creyó deber suavizarla en 1431; en el convento de la Encarnacion, donde se hallaba Teresa, se recibian muchas visitas; desde el locutorio penetraba la disipacion en el interior del monasterio; la regla no se observaba, y para restablecerla en su primitivo vigor, Teresa tuvo que vencer grandes obstáculos; así en el interior como en el esterior de la órden encontró numerosos opositores, mas la paciencia y dulzura de la santa triunfaron de todos ellos, y en 1562 se abrió en Ávila bajo la invocacion de san José un primer monasterio en el cual la regla debia florecer de nuevo en toda su pureza. Algunas novicias entraron voluntariamente en el reciente instituto, pero no tardó en conjurarse contra la santa una nueva tempestad: la superiora de la Encarnacion intimó á la reformadora la órden de volver á su antiguo convento. »En viendo su mandamiento, dice, dejo á mis monjas harto penadas y voime luego... Al partir creia que luego me habian de echar en la cárcel, mas á mi parecer me diera mucho contento, por no hablar á nadie, y descansar un poco en soledad, de la que estaba yo bien necesitada, porque me traia molida tanto andar con gente.»

En efecto, la cuestion tomó proporciones considerables: la ciudad entera se conmovió; los magistrados deliberaron y se decidió poner diques al indiscreto celo de Teresa: el debate fué elevado al consejo real, donde se formalizó la causa, si bien la acusada no pudo hacerse representar por falta de dinero. Un imprevisto socorro allanó esta primera dificultad; además, como era de esperar, la causa se eternizó, el tiempo calmó el ardor de los intereses escitados, y mientras se discutia su derecho, el nuevo instituto vivia de hecho; Teresa y sus hijas edificaban con su conducta á la ciudad, la cual acabó por ceder. ¿Cómo podia dejar de conmover en vez de irritar el espectáculo de aqullas heroicas mugeres uniéndose voluntariamente al sufrimiento y á la pobreza, y dando así á los que no podian evitar ni el uno ni la otra una leccion de valor y de generosa resignacion? » Su trato, dice la santa, es entender cómo irán adelante en el servicio de Dios. La soledad es su consuelo, y pensar de no ver á nadie, que no sea para ayudarlas á encender mas en el amor de su Esposo, les es

trabajo, aunque sean muy deudos..... A pesar de que parezca muy austero este restablecimiento de la antigua disciplina, porque *no se come* jamás carne sin necesidad, y ayuno de ocho meses y otras mortificaciones, como se ve en la misma primera regla, en muchas aun se les hace poco á las hermanas, y guardan otras cosas que, para cumplir esta con mas perfeccion, nos han parcido necesarias.»

Tales eran las carmelitas de santa Teresa; una constante mortificacion de los sentidos y de la voluntad, un asiduo ejercicio de la oracion, un silencio casi continuo, una pobreza perfecta, tal fué la base bajo la cual fué emprendida y realizada la nueva reforma: las carmelitas llevaban sandalias en vez de zapatos, y de aquí viene el que se les haya dado el nombre de descalzas; su hábito de sarga comun; acostábanse sobre la paja, vivian privadas de cuanto puede halagar á los sentidos en la práctica de cuanto puede vencerlos y tenerlos sujetos. Algunas de entre ellas eran de ilustre nacimiento, mas en vez de envanecerse por ello, no buscaban mas distincion que la que da la virtud; todas competian en humildad, en fervor y en obediencia; la caridad reinaba en medio de ellas y las enlazaba con Dios, bajo la direccion y por los cuidados de santa Teresa, su preclara madre.

Algunos años despues Teresa fundó un nuevo monasterio en Medina del Campo, á donde llevó una colonia de seis religiosas; otro en Valladolid, en el cual Beatriz Oñez derramó los perfumes de sus altas virtudes; otro en Toledo, y este puede decirse que fué el que mas costó á Teresa, á pesar del apoyo que le prestaba la condesa de la Cerda; aquella heroica mujer hizo admirar por todas partes su dulzura y serenidad en medio de las contradicciones, la madurez de su genio, la seguridad de su golpe de vista y finalmente su confianza en Dios; algunas veces criticaba la vanidad de las combinaciones humanas y y manifestaba el reducido lugar que nuestra razon ocupa en el gobierno de este mundo. »Sé, decia cierto dia, que los hombres son pequeñas ramas de romero seco y que no debemos fiarnos en su pago.» En una ocasion en que solo tenia tres ducados para edificar un monasterio dijo: »Teresa y tres ducados no son nada; pero Dios, Teresa y tres ducados son mucho; y en efecto, el éxito correspondió á este acto de fé en la Providencia. En Toledo, una jóven célebre por su virtud, pidió á Teresa el ser admitida en el número de sus religiosas; creyendo dar una idea de su saber, añadió que traeria su Biblia: »¡Vuestra Biblia! contestó Teresa; entonces, creedme, no vengais

con nosotras, pues no somos mas que pobres mujeres y solo sabemos hilar y obedecer.» El porvenir demostró que Teresa habia hecho bien en negarse á admitir á tan acreditada religiosa.

Las ciudades de Salamanca, Villanueva, de Segovia, de Alba, de Palencia, de Sevilla y de Burgos tuvieron en breve conventos de carmelitas; el instituto hacia rápidos progresos; las religiosas de la órden adoptaron la reforma inaugurada por Teresa, la cual en los últimos años de su vida pudo contar hasta treinta monasterios, en los cuales florecia la antigua disciplina. Sin embargo, si los escelentes frutos de su celo podian llenarla de gozo, los trabajos, las fatigas, las contradicciones y las rivalidades que encontró habrian sido bastantes para vencer un alma menos firme que la suya; hallábase en Salamanca cuando fué llamada para tomar la direccion é intentar la reforma del convento de la Encarnacion donde habian sido tan mal acogidos sus primeros proyectos: sus superiores mandaban y Teresa no supo mas que obedecer, y si bien en un principio las religiosas le opusieron alguna resistencia, acabó por triunfar de ellas, gracias á su paciencia, á sus palabras insinuantes, á su constante complacencia y á su caridad. Es cierto, como observan sus biógrafos, que puede creérsela asistida por Dios en la obra santa que habia emprendido, pero tambien lo es que sus cualidades naturales le daban un ascendiente maravilloso sobre todos los corazones, aun en sus últimos años reunia en su persona todas las gracias posibles; un porte notable y modesto, una gravedad dulce y sin afectacion, una grande viveza de espíritu y de imaginacion, una amable sencillez de costumbres, una prudencia y distincion singulares; su solo aspecto inspiraba respeto y hacia amar la virtud.

Los hombres mas eminentes de España en genio ó en santidad en el brillante siglo de Felipe II reconocieron unánimemente en Teresa de Cepeda una mujer á quien Dios habia prodigado los mas ricos tesoros de la naturaleza y de la gracia: entre estos hombres cuya opinion es de tan gran peso, de tanto precio sus alabanzas, debemos mencionar á Yepes, el piadoso obispo de Tarragona, que escribió la vida de santa Teresa; al ilustre Francisco de Borja que habia abandonado la corte y su ducado de Gandía para entrar en la Compañía de Jesus; á Alvarez de Paz dotado de una ciencia y de una virtud superiores; á Pedro de Alcántara reverenciado como un santo por cuantos le conocieron y admirado por cuantos lo leen; á Juan de Avila que predicaba con la elocuencia de un apóstol apoyando sus discursos en





piadosos escritos y en una vida aun mas piadosa; y finalmente al puro y sublime Juan de la Cruz, uno de los mas deslumbrantes astros que hayan iluminado el firmamento de la Iglesia española; estos hombres escogidos, que lejos de las controversias y guerras con que el protestantismo desolaba el norte de la Europa, hacian florecer la piedra cristiana en el seno de la España tranquila, fueron llamados á examinar y censurar la doctrina, las revelaciones, los escritos, la vida entera en fin de santa Teresa, y todos saludaron á esta mujer ilustre como á un alma de su familia.

La poblacion de los campos no perdia tampoco ocasion de manifestar á Teresa su amor y respeto; precipitábanse á su paso con una alegría y aclamaciones tales que solo á sus propios ojos parecian fuera de lugar; queriendo sustraerse á estas demostraciones, se puso una vez en camino á pesar del frio y de la oscuridad de la noche á fin de evitar una ovacion que querian tributarle los habitantes de una aldea; era verdaderamente un espectáculo capaz de arrancar lágrimas el ver á una inmensa y recogida multitud alrededor de aquella humilde religiosa, pidiéndole su bendicion con la confianza de niños inclinando sus frentes ante la bendicion de una madre.

La edad y los achaques, efecto de una vida laboriosa y penitente habian disminuido las fuerzas de Teresa sin vencer por esto su valor; algunos desgraciados accidentes acarreáronle nuevos dolores; dos veces en sus últimos años, se rompió uno de sus brazos en otras tantas caidas, y desde entonces quedó privada de servirse de él, por haberse hecho mal la curacion. A pesar de sus sufrimientos emprendió un largo viaje en medio del invierno y con abundantes lluvias y por caminos dificilísimos, en interés de su obra; en él estuvo á punto de perecer entre las aguas de lo cual se resintió gravemente su salud, sin que nada bastara á alterar la bondad de su corazon. Algun tiempo despues yendo Teresa á la iglesia muy de madrugada, tuvo que atravesar un arroyo, y una mujer que se hallaba allí al verla tan pobremente vestida la empujó violentamente hácia el agua en vez de hacerla sitio. »Esta buena mujer ha sido muy bien hallada, dijo Teresa á sus religiosas irritadas del lance; perdonadle su oportunidad.»

El 20 de setiembre de 1582 Teresa marchó á Alba, donde debian terminar sus dias; sus sufrimientos eran tales que se desmayó por el camino, y como sus compañeras se afligiesen por no tener sino higos que ofrecerla: »Calmaos, hijas mias, dijo: estos higos son muy buenos:

¡cuántos pobres hay que ni aun tienen tanto para alimentarse!» A su llegada rehusó la habitacion que le tenia preparada la duquesa de Alba y se alojó en su monasterio: sin embargo su lasitud era estrema: sus males empeoraban cada dia y comprendió que su fin se acercaba; el dia 30 del mismo mes se declararon síntomas fatales. La duquesa de Alba la visitaba diariamente y la prodigaba con sus propias manos los cuidados que la enfermedad reclamaba.

Despues de haber pasado toda la noche en oracion, el dia 1.º de octubre dispuso Teresa todas sus cosas como si su muerte se hallase cercana; á las exhortaciones que le dirigian para que pidiese á Dios que prolongase sus dias, contestaba con humildad que su vida no era necesaria; sus religiosas la rodeaban con señales de acerbo dolor, pero la enferma, haciéndose superior á las angustias del corazon y á la desolacion que en estos casos inspira la naturaleza, leia en el porvenir y hablaba el firme lenguaje de la fé: »Hijas mias, decia, os conjuro por amor de Dios á que observeis exactamente la regla y las constituciones de la órden y á que no tomeis por modelo á esta indigna pecadora que va á morir. Perdonadla mas bien.» A estas palabras contestaban las religiosas con torrentes de lágrimas y mal reprimidos sollozos: el tercer dia de octubre pidió Teresa los sacramentos de la Iglesia, y al ver entrar en su celda á Jesucristo bajo el velo eucarístico, reanimáronse sus fuerzas, inflamóse su rostro, brilló en sus ojos una espresion de fé y esclamó con trasporte: »¡Oh mi adorado Señor! por fin ha llegado la hora que tan ardientemente he deseado; os voy á ver é iré con vos! sea mi tránsito feliz y hágase vuestra voluntad! Ha llegado ya el tiempo en que saldré del destierro, en que mi alma hallará en vuestra presencia la felicidad, objeto de sus continuos y ardientes deseos.» A las nueve de la noche recibió la estremauncion con grandes sentimientos de piedad, y habiéndole preguntado si deseaba ser enterrada en su convento de Ávila, contestó: »¿Acaso tengo nada que me pertenezca? ¿no querrán darme aquí un poco de tierra?»

Mientras la enferma conservó el uso de la palabra se la oyó repetir, como á san Agustin moribundo, el salmo *Miserere* y sobre todo este versículo: »Dios mio, no rechazareis un corazon contrito y humillado.» Los dolores de su agonía se prolongaron hasta la mañana siguiente, y entonces, postrada por los esfuerzos de esta lucha suprema, reclinó su cabeza en el brazo de la hermana que la cuidaba, per-

maneciendo tranquilamente en esta posicion, con la mirada fija en el crucifijo que tenia en la mano; á las nueve de la noche del 4 al 5 de octubre de 1582 se durmió con el sueño de la muerte. Esta noche es notable por la introduccion del calendario gregoriano que suprimió diez dias, de modo que el siguiente á la muerte de santa Teresa fué el 15 en vez del 5 del mês; esto hizo que su fiesta se fijase en 15 de octubre, como si fuera este dia el aniversario de su fallecimiento.

Teresa habia vivido cerca de sesenta y ocho años; los horrores de la muerte no se imprimieron en su frente; sus facciones no se desfiguraron; las arrugas de la vejez desaparecieron; una especie de juventud revestia su cadáver, destinado á una gloriosa inmortalidad, y sus miembros guardaban igual flexibilidad que durante la vida; su cuerpo fué sepultado en la iglesia de las carmelitas de Alba, y allí permaneció hasta el año 1585, en que el capítulo general de la órden lo hizo trasladar al convento de San José de Avila, matriz de la reforma: Fernando de Toledo, tio del duque de Alba, intervino para que fuesen restituidos al convento de Alba los protectores restos de la santa, y en efecto así se hizo por órden del papa en 15 de agosto de 1586; en la de esta segunda traslacion fué hallado el cuerpo tan entero, tan flexible y sano como en el momento de la muerte, esperimentándose igual maravilla en 1594.

En materia de historia nada se puede desear ni encontrar de un modo mas auténtico que lo que sirvió de base á la canonizacion de santa Teresa; las pruebas fueron examinadas con escrupuloso cuidado; infinitas personas de carácter respetable atestiguaron bajo juramento los hechos sucedidos á su vista y firmaron las actas que contenian sus deposiciones; oyéronse muchos centenares de testigos; todas las ciudades en que Teresa habia residido se levantaron por decirlo así en prueba de sus heroicas virtudes, y de muchos puntos de España acudieron gentes á atestiguar los milagros obrados por sus veneradas reliquias. En 1614 el papa Paulo V la declaró bienaventurada, y su sucesor Gregorio XV en 1621 autorizó á la piedad de los fieles para tributar culto público á Santa Teresa, »nueva Débora, nacida en la Iglesia para manifestar la fuerza del Altísimo.»

Las reliquias de la ilustre reformadora del Carmelo han sido repartidas entre varios puntos del universo Cristiano, en Roma, París, Bruselas y Lisboa: pero su mayor parte se hallan en Ávila, donde se encuentra el sepulcro de la santa, gracioso monumento de mármol negro

adornado con algunos dorados y rematado por dos ángeles, uno de los cuales tiene en la mano un corazon inflamado y un dardo, y el otro una corona de flores.

La reforma de santa Teresa, rápidamente propagada en España, tuvo en breve conventos en Francia: en 1604 fuéron á París seis religiosas carmelitas, y fundaron el convento del arrabal de San Jaime; Pontoise, Dijon, Tours, Lion, Compiegne, Reims y otras ciudades abrieron sus puertas á estas hijas de la penitencia; casi todos los ilustres nombres de dicho pais se alistaron á la nueva milicia; la juventud y la hermosura buscaban en ella un asilo, el infortunio un refugio, la inocencia y la virtud un apoyo, las faltas un lugar de espiacion; viéronse en sus filas á la piadosa Acaria, á la marquesa de Breaute, viuda en la flor de sus años, á Luisa Seguier, á la Señora de Coudray, á la señorita de Cossé-Brisac y á Silvia de la Rochefoucauld; mas tarde á la señora de la Valliere, y despues de esta penitente á un ángel de piedad, á Luisa de Francia.

Los principales escritos de Santa Teresa son: su *Vida* en la cual refiere la historia de sus primeros cuarenta años de un modo que hace sentir el que no escribiese igualmente la de sus últimos veinte: el *Alcázar del alma*, que representa el alma como una habitacion donde reside Dios con tanto mas esplendor en cuanto se hace aquella mas pura y virtuosa: *La Historia de las fundaciones de varios monasterios;* en ella cuenta los trabajos, piadosos viajes y diligencias que practicó para la reforma de la vida religiosa en España: libro de una atractiva lectura por el candor y talento con que está escrito, por la piedad que en todo él reina; *los Pensamientos sobre el amor de Dios*, los cuales revelan toda la profundidad y viveza de los sentimientos esperimentados por el alma ardiente y generosa de la santa; el *Camino de la perfeccion*, donde se esponen los principios de la vida espiritual; las *Cartas*, obra de un talento eminente, de un juicio recto, de una razon clara y de un genio sublime.

Cuantos han leido las obras de santa Teresa hablan de ellas con los elogios que se tributan á los de los ilustres escritores; los teólogos han celebrado su doctrina; el célebre y venerable Palafox, obispo de Osma ha comentado muchos de sus escritos; Bossuet y la misma Iglesia hallan algo de celeste en los libros de aquella mujer privilegiada; Leibnitz, cuya competencia en materia de filosofía no habrá seguramente nadie que ponga en duda, escribia á uno de sus amigos: »Ra-

zon teniais en estimar los escritos de santa Teresa; en ellos he encontrado esta hermosa máxima: El alma del hombre debe concebir las cosas como si no hubiera en el mundo mas que ella y Dios. En filosofía importa mucho tener siempre á la vista semejante idea y mas de una vez me ha servido de mucho.» Los literatos han aplaudido las bellezas de estilo que distinguen los escritos de santa Teresa y los españoles la colocan entre sus mas grandes prosistas.

La vida de santa Teresa por lo que toca á los detalles que un autor no puede ni debe escribir él mismo, nos ha sido transmitida por Yepes, obispo de Tarragona y por el P. Ribera, sus contemporáneos; en vista de los trabajos de estos y de las actas auténticas de la canonizacion, Villefore compuso en francés una vida de la santa, si bien el escritor ha quedado muy inferior al asunto; los modernos Bollandistas han publicado en el 54 tomo de su coleccion los documentos mas fidedignos y completos sobre la vida y obras de la piadosa reformadora y del gran escritor.

Siendo tanta la grandeza que encierra la vida de nuestra santa, el arte debia buscar en ella algunas de sus mejores inspiraciones; Le Guerchin, Bassan, Rubens, Nicolás Poussin han pintado á Teresa en las principales circunstancias que nos hacen admirarla, ó que nos mueven á imitarla; en España se la ve con frecuencia representada con el trage de doctor; con el bonete en la cabeza, el anillo en el dedo y la pluma y el libro en la mano; tambien se la ve arrodillada, en comunicacion con el cielo, ó bien con el corazon traspasado con un dardo disparado por un ángel, recordando una vision referida por ella misma ... »Aquel angel tenia en la mano un dardo de oro largo, y el fin del hierro me parecia tener un poco de fuego: este me parecia inflamar mi corazon algunas veces, y que me llegaba á las entrañas; al sacarle me parecia las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada de amor grande de Dios; era tan grande el dolor, que me hacia dar aquellos quegidos, y tan escesiva la suavidad que me ponia este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios.» ¿Quién no reconoce en esto á un corazon en que Dios ha depositado las mas fecundas semillas de su fuerza de amor; un corazon desgarrado como los demás desde el primer instante de la vida, pero sintiendo mas que los otros su herida; un corazon que no halla para consuelo en la tierra mas que esperanzas quiméricas y fugaces alegrías y que no quiere consolarse con ella? Quien no

reconoce el alma de la cual se escapó este grito, terrible como una maldicion, cierto como un secreto revelado por la eternidad:» ¡Desgraciado! dice hablando del arcángel caido, su pecho no siente amor!» Escuchad: Teresa gime y sus quejas arrancan un rio de amargas lágrimas; diríanse los gemidos de todo un mundo desterrado y cautivo; suspira y sus acentos se elevan dulces y gozosos; la imágen de la patria se ha presentado á sus ojos. Su voz halla notas que todos creen haber oido en alguna parte, pero que nadie sabe repetir como ella; restos de la lengua hallada en el Eden por nuestros primeros padres y de la cual solo hemos retenido dos palabras: esperanza y felicidad.

Ste MARGARETE DE HONGRIE

SANTA ISABEL DE HUNGRIA

VIUDA.

El hombre ultraja y el tiempo venga, ha dicho un poeta. Pocas épocas han sido mas injuriosamente desfiguradas por el espíritu de partido que los siglos cristianos conocidos con el nombre de edad media; quien considere con una sola ojeada cuanto se ha dicho hace trescientos años contra la Iglesia y sus instituciones, se admirará de la insistencia y fecundidad de los odios que han perseguido la obra de Dios en este mundo; papas, obispos, monjes, influencia social del clero, catedrales, conventos, celibato, cruzadas, todo ha sido el blanco de calumniosas declamaciones; de juicios mezquinos y pueriles, de injurias en las que la debilidad de su base corre parejas con la insolencia de las palabras; y sin embargo aquellas cosas y aquellos hombres con su accion lenta pero firme y progresiva han derrocado las leyes antiguas, introducido costumbres mas suaves, preparado un reparto mas equitativo de los honores y cargos públicos y renovado por decirlo así la faz del mundo; así deberia grabarse en la memoria de todos en cuanto se les debe todo, hasta la pluma con que se les insulta. Es cierto que habia defectos en la edad media; ¿pero estamos limpios de ellos en el dia? En cuanto á mí, cuando miro á mis contemporáneos buscar con tanto

trabajo como poco fruto una forma política, pan ó resignacion para dos ó trescientos mil hombres de los cuales no saben qué hacerse, me pregunto qué hubieran hecho con un genio tan dotado de iniciativa en presencia de millones de bárbaros que venian á destruir el imperio y la civilizacion de la antigua Roma, y con qué derecho se atreven á pronunciar palabras severas contra los sacerdotes de la edad media porque no lograron hacer desaparecer todos los abusos.

La venganza, ó por mejor decir la justicia se ha hecho esperar mucho, pero ha tenido por instrumentos talentos elevados y corazones generosos: la misma Alemania protestante ha rehabilitado la edad media en una multitud de eruditos trabajos; la Francia del siglo décimonono honra nombres que la Francia del siglo décimoctavo habia condenado al desprecio; todo el mundo ha sentido con mas ó menos fuerza esta reconciliacion con las antiguas glorias de la Europa, y no es este lugar á propósito para recordar las obras que la han provocado ó que han sido inspiradas por la misma. Sin embargo es imposible hablar de santa Isabel sin invocar el monumento que le ha levantado el conde de Montalembert, así como no se puede mentar á los vengadores de los siglos de la fé sin citar la hermosa introduccion que encabeza su *Historia de Santa Isabel*: nadie ha trazado con pincel mas brillante y vigoroso el cuadro de la sociedad cristiana en el siglo décimotercero, el mas resplandeciente quizás de todos los siglos cristianos. Inocencio III y Gregorio IX en la cátedra de san Pedro, san Luis y Felipe Augusto, Rodolfo de Habsbourg, san Fernando, santo Domingo y san Francisco de Asis, santo Tomás de Aquino, Rogerio Bacon, Alberto el Grande, Hibaut de Champagne, Dante, Cimabue, Giotto, los establecimientos de San Luis, la *gran carta* de Inglaterra, la toma de Constantinopla por los cruzados, las batallas de Bovines y de las Navas de Tolosa, la Santa Capilla, San Dionisio, la catedral de Colonia; ¡qué nombres y que obras! Este cuadro es el que el historiador de santa Isabel ha trazado con un talento de análisis y una grandeza de síntesis admirables y en el que ha pintado con amor la pura y dulce figura de su heroina.

Isabel pertenece á la primera mitad del siglo décimotercero, de aquel siglo tan rico, pero cuya grandeza y bellezas solo pueden ser bien comprendidas por los hombres de fé ó por los que aman á las nobles creencias, sabiendo que la fuerza moral es ante todo el verdadero principio de civilizacion. Isabel nació en 1207, y tuvo por padres á Andrés I,

rey de Hungría, el cual honraba á Dios con piedad profunda y sincera, protegia la Iglesia y á los pobres y velaba con la espada en la mano por la integridad de su reino amenazado por naciones infieles, y á Gertrudis de Merania, hermana de santa Heduvigis, casada con el duque de Polonia, y de Inés de Merania, célebre tanto por sus desgracias como por su hermosura, esposa de Felipe Augusto.

Algunos años antes (1200) habia nacido un hijo á Herman landgrave de Thuringia y de Hesse, el cual habiendo oido referir sobre la pequeña Isabel cosas maravillosas, pensó desde entonces en hacerla un dia esposa de su hijo. Dícese que las primeras palabras que balbuceó fueron las mas gratas á toda lengua cristiana, y que desde la edad de tres años manifestaba ya su compasion por los pobres y trataba de socorrerles; lo que produjo gran sensacion en todos los ánimos fué el haber sido seguido su nacimiento de la paz con los estranjeros, y de una gran prosperidad en el interior. El duque Herman envió una embajada al rey de Hungría solicitando en nombre de su hijo Luis la mano de Isabel, que tenia entonces cuatro años, y para llevarla á Hungría, si era posible; la negociacion tuvo un éxito feliz, y los embajadores regresaron á su pais cargados de magníficos presentes y llevando en una cama de oro á Isabel, de la cual Gertrudis no se habia separado sin pena, y á quien dió por compañeras á trece señoritas nobles de Hungría. Los desposorios de ambos niños fueron celebrados con gran solemnidad.

Nada puede compararse á la infancia de Isabel en gracias y en pureza; su precoz piedad manifestó á todos el lugar que Dios se habia reservado en aquella alma tan tierna, parecia vivir de un sentimiento interior que la acompañaba por todas partes, y hasta en sus diversiones infantiles veíase impresa la huella de los pensamientos que la dominaban; algunas veces conducia á sus amigas al cementerio y les decia señalando el osario. »Ved los huesos de los muertos; estos han estado vivos como lo estamos nosotras, y ahora están muertos como lo estaremos tambien nosotras: esto debe hacernos amar á Dios.» La trágica muerte de su madre, que le fué anunciada á los seis años, contribuyó sin duda á grabar en su conmovido corazon las ideas religiosas sobre la vanidad de las cosas terrestres y la grandeza de nuestros destinos futuros; veíasela diferentes veces rogando á Dios con un fervor estraordinario, y cuando la capilla del palacio se hallaba cerrada, se arrodillaba en la puerta y hacia subir al cielo el homenaje de sus acostumbradas

adoraciones. Modesta en su vestir, dulce y pura en sus costumbres, llena de una ardiente caridad para con los pobres y los desgraciados, tal era Isabel desde sus primeros años.

Luis tenia una hermana llamada Inés la cual, si bien se educaba junto con Isabel, no participaba de todos sus sentimientos: deslumbrada por su hermosura amaba al mundo y sus placeres, y en estas vanidosas inclinaciones alentábala su madre la duquesa Sofía, quien veia con pena los hábitos humildes y retirados de Isabel. Muerto el landgrave en 1216, Isabel perdió su principal apoyo en el palacio de Wartbourg, así es que sus compañeras, lo mismo que Inés y Sofía, no temieron ya declararse abiertamente contra ella; agobiábanla á sarcasmos porque huia de los juegos y pasatiempos de una vida frívola; hasta los caballeros la zaherian con burlas injuriosas, diciendo que en nada se parecia á una princesa, mientras que Inés la acusaba por su parte de tener mucha semejanza con una camarera ó con una criada.

Lo cierto es que Isabel preferia á las ruidosas sociedades la compañía mas tranquila de las jóvenes de Eisenach, ó bien la de los niños pobres á quienes socorria, pues su caridad no conocia límites; y sin embargo de lo que hemos dicho, nada era bastante para hacerle perder la paciencia ni para desviarla del camino que Dios la guiaba; aquellas primeras puebas de que era objeto un alma tan jóven aun y en apariencia tan fácil de vencer, no dieron mas resultado que fortificarla en la virtud; á imitacion de las altas palmeras cuyas raices cobran mas fuerza y vigor á medida que el huracan las combate, á medida que se sufre por alguno nace el amor hácia él en nuestro pecho, y además Dios sostenia aquella vocacion, pues en ella, dando un ilustre ejemplo, queria hacer brillar la fuerza de su gracia. Cierto dia de fiesta las princesas Vartbourg descendieron á Eisenach para oir la misa de los caballeros teutónicos; en esta ocasion vestian ricamente y llevaban en su frente una corona de oro: al entrar en la iglesia de Nuestra Señora y al arrodillarse delante del crucifijo, Isabel se quitó su corona y con la cabeza desnuda se prosternó para orar; entonces la duquesa Sofía la reprendió bruscamente y en términos injuriosos, echándole en cara el conducirse como una niña mal educada y el humillarse como un villano: Isabel contestó con dulzura que no sabia tener diamantes en la frente en presencia de un Dios que habia sido coronado de espinas, y al decir esto prorumpió en lágrimas, pues su tierno corazon estaba herido de amor por Jesucristo.

En vez de calmar y vencer las simpatías los nobles y cristianos sentimientos que se manifestaban en la conducta de Isabel, no hicieron mas que escitar odios injustificables. Su piedad crecia con los años así como aumentaban los sarcasmos y ultrajes; Inés y su madre se esforzaban en dirigir los pensamientos de Isabel hácia la vida religiosa: la familia, los principales señores, parientes ó amigos del jóven landgrave nada omitian para hacerla despreciable. Una mujer semejante, decian, no es digna del princípe; es preciso mandarle de nuevo á Hungría, donde se casará con algun noble de la corte; por otra parte su padre no se acuerda de ella para darle el resto de su dote y se halla muy lejos para que debamos temer su resentimiento; esforzábanse igualmente en dar otro objeto al afecto de Luis, pero este frustrando las esperanzas y deseos de todos permaneció fiel á la que desde su infancia habia mirado como á su esposa; su amor hácia ella aumentaba todos los dias, y si bien por consideraciones á su madre no juzgaba conveniente manifestarlo en público, aquel puro y santo afecto echaba en su corazon las mas profundas raices. Las burlas y exhortaciones de su madre la hallaron tan sorda como los consejos de sus falsos amigos y la voz de las pasiones.

Por su parte la dulce Isabel sufria los ultrajes con admirable paciencia, á pesar de comprender toda la amargura de aquel general abandono y de aquellas hostilidades domésticas; la fé le mostraba en el cielo un apoyo al mismo tiempo que un modelo; la humildad, fuese cual fuese el instrumento de la humillacion; la caridad, fuese cual fuese la injusticia de los perseguidores, le parecian y con razon el verdadero remedio á males que no era bastante para hacer desaparecer: sometióse pues en silencio á la voluntad de Dios y se afirmó mas y mas en el desprecio de las cosas de la tierra y en el amor del cielo, no logrando los dolores del destierro sino hacer mas vivos en ella los deseos de volver á su patria.

Sin embargo era para ella un consuelo el saber que Luis no participaba de las preocupaciones de los cortesanos; por el contrario el príncipe endulzaba las heridas causadas á aquella alma inocente, y siempre que iba á las ciudades algo lejanas ó mercantiles le traia, dice el grave Thierri, alguna cosa de las que aun no tenia; ya era un rosario de coral, ya un crucifijo, ya una imágen ya joyas: un dia la regaló un pequeñito espejo guarnecido de plata, dentro del cual se veia una imágen de Jesus crucificado.

Cuando Luis hubo cumplido veinte años anunció públicamente el designio de tomar á su prometida por esposa, imponiendo de este modo silencio á los consejeros envidiosos. Luis era digno de Isabel por sus calidades y virtudes; generoso, afable y valiente, se mostraba fiel á Dios y á los hombres, sincero cristiano no menos que valeroso caballero; así es que lejos de inspirarle aversion la elevada piedad de Isabel, se creia feliz por poseer una esposa semejante, concedíale la mas amplia libertad en sus ejercicios religiosos y en sus obras cristianas, y aun la animaba y sostenia en su celo, limitándose á moderarlo cuando lo juzgaba indiscreto, en cuyo caso la amonestaba con prudentes consejos recibidos siempre con docilidad.

Isabel se conformaba en todas sus acciones á la direccion de un sacerdote dotado de grandes luces y virtudes; llamábase Conrado de Marbourg, célebre en toda la Alemania por su ciencia, pues habia estudiado en la universidad de París, por su celo apostólico, sus predicaciones que hacian acudir á su vez á todos los pueblos vecinos, por su fervor, por su desinterés y por su espíritu de mortificacion y de pobreza. Conociendo que Dios destinaba el alma de Isabel á la mas alta perfeccion, se aplicó con su consejo á desenvolver el noble instinto de las cosas divinas que hacia á la vez el tormento y la felicidad de la princesa; su tormento, porque comprendia la miseria de cuanto existe en esta vida, y su felicidad porque aspiraba mas vivamente al cielo. A pesar de que el virtuoso Conrado, de un carácter rígido é inflexible no fuese muy inclinado á la moderacion, vióse obligado mas de una vez á reprimir el ardor de Isabel por las mortificaciones y por las austeridades corporales.

En efecto la vida de Isabel era austera y casi podria decirse horrorosa, si se considera que la princesa tenia entonces quince años y que igualaba si no escedia en obras de mortificacion á los mas rudos atletas de la penitencia; vivia muy pobremente y solo tomaba los alimentos mas comunes y aun en pequeña cantidad: cuando comia en público se privaba de cuanto puede halagar los sentidos, pero sin afectacion y con tanta gracia como piedad, de modo que nadie viese lo que practicaba para el remedio de su alma y por amor de Dios: rigurosa para consigo misma, Isabel abrigaba inagotables manantiales de ternura para los pobres y desgraciados; lo que negaba á sus gustos y no pocas veces á sus necesidades, lo distribuia para el alivio de sus hermanos en Jesucristo, añadiendo á la limosna, que le parecia poca cosa, cuidados

caritativos, solícitos afanes y palabras de bondad; nada puede imaginarse mas puro y delicado que aquel delicado corazon ante la miseria y el dolor.

Todo el tiempo que le dejaban libre la oracion y los deberes de su rango, empleábalo Isabel en el trabajo manual, cardando é hilando lana para hacer vestidos á los pobres; sus limosnas eran considerables; cada dia distribuia provisiones á los indigentes, la renta de su patrimonio era toda para estos, mas tan prudente como celosa, procuraba trabajo á los que tenian fuerzas, buscándoles de este modo recursos duraderos y acostumbrándoles al trabajo fuente de moralidad Todos los historiadores de la santa refieren con admiracion diferentes actos de caridad que ilustraron su vida y las maravillas que varias veces recompensaron tan ardiente imitacion del Dios nacido en un pesebre, muerto en una cruz y sepultado en una tumba prestada.

La noble y generosa cristiana visitaba los enfermos á pesar de la dificultad de los caminos y de la distancia; penetraba en las mas tristes habitaciones, cerca de las miserias mas asquerosas, y siempre dejaba abundantes dones, y consuelos mil veces mas dulces; viósela sepultar con sus propias manos á los pobres á quienes habia asistido hasta el último momento y acompañar humildemente su cadáver; llevaba ella misma á los pobres, evitando las miradas de todos, no solo dinero, sino tambien víveres y demás objetos que les destinaba; de este modo caminaba cargada por los escarpados y estraviados senderos que conducian desde su castillo á la ciudad y á los valles vecinos; un dia, que acompañada de su camarera favorita, bajaba por un camino muy quebrado, que aun en el dia se enseña á los viajeros, llevando en su manto pan, carne, huevos y otros manjares para distribuirlos á los pobres, se halló de repente en presencia de su esposo que volvia de la caza; admirado este al verla doblarse bajo el manto de su carga, le dijo: Veamos lo que traeis, y al mismo tiempo á pesar de ella, entreabrió el manto que la asustada Isabel apretaba contra su pecho, y solo halló en él rosas blancas y encarnadas, las mas bellas que hubiese visto en su vida; esto le sorprendió mas en cuanto no era aquella la estacion de las flores.

La piedad de Isabel era el fecundo manantial de donde nacia su caridad para con los hombres; su alma, entregada enteramente á Dios, gozaba de una calma inalterable; las cosas terrenas no podian distraerla de las celestes regiones donde habia colocado su corazon y su tesoro, asistia á los oficios de la iglesia con una tierna piedad y un

profundo recogimiento, brillando en la modestia de su actitud la humildad de su corazon: teniendo esto presente fácil era distinguirla, pues además de ir siempre vestida con una sencillez estrema, veíasela el dia de la fiesta de las rogativas següir en traje de buriel y con los piés descalzos las reliquias de los santos y la cruz del Salvador mezclada con las mas pobres mendigas; algunas veces estando en oracion, caian de sus ojos abundantes lágrimas manifestando el profundo sentimiento que embarazaba su corazon.

Luis participaba de los elevados gustos de la princesa: pensaba con placer en todo lo que Dios habia hecho por ella, y se esforzaba en imitar sus virtudes, así es que los historiadores le han apellidado el Piadoso. El Señor concedió tres hijos á aquel matrimonio bendito; Hermann sucesor de su padre en el ducado de Hungría; Sofía que casó con el duque de Brabante, y Gertrudis que tomó el hábito religioso y murió abadesa de Aldemberg. El duque Luis fué enviado á Italia por el emperador Federico II y en la campaña contra los de Bolonia pagó noblemente á su soberano el tributo de su valor; en aquel tiempo (1226) el ducado de Hungría era desolado por el hambre; imposible es referir la actividad y abnegacion desplegadas por Isabel para atenuar los sentimientos del pobre pueblo: dinero, víveres, socorros de toda especie, todo lo dió con liberalidad y discrecion; anteriormente habia mandado construir un hospital á la mitad de la colina que conducia al castillo; mas hallándolo insuficiente hizo construir otros dos en la ciudad de Eisenach para recoger á los infelices mas abandonados y ausiliar todos los géneros de miseria. En aquel año en que el hambre y la epidemia abatian el valor de todos, Isabel sintió doblarse el suyo; recorria la ciudad y los alrededores de Wartbourg para no dejar dolor alguno sin consuelo, y visitaba los hospitales prestando á los enfermos los mas humildes cuidados.

Fué tal la generosidad de Isabel en aquella circunstancia, que agotó todas las provisiones del palacio, sin dejar aun el medio de proporcionarse otras nuevas; así fué que cuando Luis regresó de Italia, sus criados salieron á su encuentro para escusarse del mal estado de los negocios que se les habian confiado, echandola culpa á las prodigalidades de Isabel. La limosna no arruina, contestó el noble duque, y mandó á sus oficiales que lejos de contrariar ayudasen á la princesa en sus obras de caridad. Su regreso fué para la duquesa una grande alegría, mas estas son cortas en la vida humana; una noche Isabel halló en la es-

carcela de Luis una de aquellas cruces que se fijaban en los vestidos de guerreros que marchaban á las guerras de la Tierra Santa, y comprendiendo la cruel separacion que la amenazaba cayó sin sentidos; el buen duque creia poder ocultar por mas tiempo su proyecto y sus votos, mas cuando Isabel hubo recobrado sus sentidos le habló el lenguaje de la religion, y pudo inspirarla el valor para subordinar el amor terrenal á aquel amor celeste que es fuerte como la misma muerte. »No quiero reteneros á pesar de Dios,» dijo finalmente con resignacion.

Llegado el dia de la separacion (24 de junio de 1227) el dolor de Isabel no reconocia límites; despues de una escena desgarradora, en que el jóven duque, rodeado de una familia deshecha en llanto, no podia dominar su emocion ni contestar mas que con sollozos á tantas pruebas de ternura, partió colocándose en medio de los cruzados y mezclando su voz á los cánticos religiosos que repetian todos en coro. Isabel le acompañó primeramente hasta la frontera de Hungría, como habian convenido, despues un dia mas y luego otro, pues no podia dominar ni su afecto ni su dolor; preciso fué sin embargo darse el supremo adios, despedida acompañada de profunda tristeza y de lúgubres presentimientos: Isabel siguió largo tiempo con los ojos al esposo que no debia volver á ver sino en la eternidad.

Hemos visto la esposa tierna y leal; veremos ahora á la viuda con su corazon destrozado por indecibles torturas con su resignacion igual á sus dolores. Seis semanas despues de su partida Luis era víctima de la fiebre, antes de haber pisado la tierra consagrada por los pasos del hombre Dios; su muerte fué tan santa como su vida. »Muerto mi esposo, esclamó Isabel al saber tan trágica noticia, el mundo ha muerto para mí con todos sus placeres.» Los hombres y los sucesos se encargaron en breve en hacerla sentir la verdad de estas palabras; todas aquellas á quienes su piadosa infancia habia irritado y á quienes su matrimonio habia impuesto silencio al verla sin apoyo se reunieron para acusarla; decian que habia empobrecido al ducado con sus escesivas limosnas, que eran precisas otras manos que las suyas para cicatrizar las llagas del pais y que debia separársela de sus hijos: tan inicuas y bajas acusaciones hallaron eco en los pechos de los dos hermanos de Luis; Enrique, el mayor, tomó las riendas del gobierno, arrojó á la noble viuda á la cual negó hasta las cosas mas necesarias.

No solo se prohibió á Isabel permanecer en Wartbourg, sino que se mandó á los habitantes de Eisenach que no diesen asilo á la proscrita.



Si las manos se abren con avidez para recibir los beneficios, los corazones se cierran cuando el infortunio pasa implorando piedad; cuando la viuda bajó de Wartbourg en medio de un frio riguroso, teniendo en sus brazos al mas jóven de sus hijos y llevando á los demás sus damas de honor, ninguno de los habitantes de Eisenach se atrevió á acordarse de la bienhechora de la ciudad porque Enrique lo habia prohibido. Isabel se abrigó en un miserable meson, diciendo que aquel sitio era de todo el mundo y del cual nadie tenia derecho para arrojarla; el mesonero la hospedó en un sucio corral que servia antes para guardar sus puercos; Isabel lloraba, pero este esceso de desgracia y de humillacion iluminó su alma, haciendo penetrar en ella una luz y alegría sobrenaturales; á media noche oyó tocar á maitines en el convento de franciscanos que habia fundado; dirigióse á él y pidió á los religiosos que cantasen el Te Deum, para dar gracias á Dios por las aflicciones que le enviaba.

El mayor tormento de Isabel eran sus hijos, y por ellos se decidió á buscar un asilo; un sacerdote recibió en su pobre albergue á la proscrita á pesar de las amenazas del landgrave; mas tambien acudieron sus satélites para arrojarla de allí; la pobre duquesa soportaba tan duras persecuciones con una dulzura y caridad incomparables, y Dios le devolvió en íntimos consuelos lo que los hombres le negaban en socorros esteriores: sin embargo difundida la noticia de tan grande infortunio, una de sus tias, abadesa en la diócesis de Wartbourg y despues su tio, el príncipe obispo de Bamberg, ofrecieron á Isabel un asilo conveniente: el prelado le aconsejaba que contrajese un segundo enlace, á fin de asegurar su tranquilidad y los derechos de sus hijos, mas la santa contestó que queria vivir sola y únicamente para Dios.

En aquel entonces fueron traidos de Italia los restos mortales de Luis; despues de atravesar toda la parte meridional de la Alemania en medio de los mas grandes honores y con toda la pompa de un luto general, llegó el cortejo cerca de Bamberg, y el obispo, junto con el clero, los monjes y principales ciudadanos salieron á recibir el féretro del noble príncipe. Isabel mandó abrir la caja mortuoria para saludar por última vez al que fué su esposo, y nadie es capaz de espresar el amor y el dolor que embargaron entonces su alma; su herida se renovó y de ella salieron raudales de lágrimas. Cuando los fieles compañeros de Luis supieron las odiosas persecuciones de que habia sido objeto, juraron obligar al landgrave á hacerle justicia y la llevaron

consigo; todos cumplieron su palabra; echaron en cara á Enrique su felonía, el deshonor con que manchaba su escudo, y la enormidad de su crímen ante Dios y los hombres, y sus exhortaciones conmovieron á Enrique, el cual reconoció su falta y prometió repararla.

Isabel volvió á Wartbourg, y la reconciliacion se hizo en presencia de todos los señores de Thuringia, y poco tiempo despues marchó á residir en Marbourg para practicar libremente la vida perfecta del cristianismo, la oracion, la mortificacion de los sentidos, la misericordia para con el prójimo, la pobreza y todas aquellas estrañas y sublimes virtudes que san Pablo ha llamado la locura de la cruz; así pasó la santa los tres últimos años de su vida: sus palabras eran recogidas y modestas; jamás se la oyó pronunciar una palabra susceptible de hacer formar buena opinion de ella misma; debajo de sus vestidos ordinarios llevaba la librea de la penitencia, pues habia hecho voto de observar la regla del tercer órden de san Francisco; preparaba su comida con sus propias manos y muchas veces no comia mas que legumbres cocidas con agua pura y sin sal. Su vida se cifraba toda en Dios, así es que su alma no perdia la serenidad, y la dulzura de su caracter permanecia inalterable; Isabel era el consuelo de los desgraciados, la servidora de los pobres, en quienes su fé veia imágenes de Dios. Un dia yendo á la iglesia encontró á un infeliz mendigo al cual acompañó á su casa; al momento quiso lavar sus piés y manos, mas esta vez le inspiró esta ocupacion tal disgusto que un estremecimiento recorrió todo su cuerpo; entonces para dominarse, se dijo á sí misma: »¡Ah! miserable mortaja; esto te disgusta; pues sabe que es una bebida muy santa, y al decir estas palabras bebió del agua de que acababa de servirse, y luego añadió: ¡Oh! ¡Dios mio! cuando estabais en vuestra cruz, bebisteis vinagre y hiel; soy indigna de semejante bebida; ayudadme para que me haga mejor.»

Los que en todo buscan el brillo, el placer y la fama, decian que Isabel se habia vuelto loca; la santa sin inquietarse de estas voces, se entregaba á su amor de Dios hasta que un dia, el 19 de noviembre de 1231 á la edad de veinte y cuatro años, purificada por el dolor, madura ya para el cielo, dejó la tierra despues de una corta enfermedad; confesó las faltas de toda su vida, recibió los sacramentos con ardiente amor, y hasta su último suspiro se hizo leer la vida y pasion de Jesucristo. Su cuerpo fué enterrado cerca del hospital que habia fundado; en su sepulcro se han verificado muchos milagros, los cuales probados

suficientemente, el papa Gregorio IX inscribió el nombre de Isabel en el catálogo de los santos en 1235; sus preciosos restos fueron sacados de la tierra, colocados en una magnífica urna, presentados á la veneracion de los pueblos en una augusta ceremonia, á la cual quiso asistir el emperador Federico II; y una magnífica iglesia se elevó en breve sobre su sepulcro; tres siglos despues aquellas gloriosas cenizas fueron insultadas por el landgrave Felipe de Hesse, descendiente de Isabel, y apellidado el Generoso por los historiadores protestantes; sin embargo este hombre que profanó la muerte, renegó vilmente de su fé, introdujo el luteranismo en sus estados y en cambio obtuvo de Lutero el permiso de transportar á un pais cristiano las costumbres del serrallo: solo á un hombre semejante era dado insultar á semejante mujer.

Paris Imp. de Chardon aîné et fils r. Hautefeuille 30

STE CÉCILE.



SANTA CECILIA

VIRGEN Y MÁRTIR.

La conversion del universo á la religion del Evangelio, es al mismo tiempo que un grandioso espectáculo, un acontecimiento lleno de profundas lecciones; por una parte, la fuerza material elevada á su mas alta espresion en el mas vasto imperio que haya existido jamás; por otro la fuerza moral subyugando sin ninguno de los prestigios de la riqueza, de la gloria y del genio, á almas que parecian enteramente corrompidas por la embriaguez del poder y de los placeres: la fuerza material estéril para labrar la felicidad pública y privada, estéril para formar la verdadera gloria de la familia y de la sociedad, sumiendo por el contrario el mundo entero en una degradacion no vista desde el diluvio y en una miseria, comparado con la cual, el pauperismo moderno es casi una prosperidad; la fuerza moral, teniendo por único instrumento de conquista la efigie de un Dios muerto en una cruz y la palabra de doce hombres ignorantes, pobres y oscuros, y sin embargo esparciendo la luz en almas que se gozaban en sus tinieblas, purificando los corazones llenos de halagadoras pasiones, reanimando el mundo con el desconocido fuego de caridad cristiana; tan estraña diferencia en el punto de partida, en los medios y en los resultados, llama verdadera-

mente la atencion é induce á buscar en regiones mas elevadas de las que vivimos el secreto de tan profunda y verdadera revolucion.

Y cuenta que la victoria no fué una sorpresa; la lucha duró tres siglos, los dos antagonistas se vieron apretados en un abrazo terrible hasta que cayese ahogado el uno entre los brazos del otro: despues de dividirse el mundo algunos pescadores de Galilea marcharon con la pureza en su corazon y la plegaria en sus labios, á anunciar á los dioses que su tiempo habia ya pasado; desde entonces los dioses vacilaron y empezaron á desaparecer; admirado de semejante esceso cuya causa venia de tan bajo, y cuyos efectos se sentian hasta tan alto, el imperio sacó la espada, y con el acero cuyos sangrientos destellos bastaban para aterrorizar á las naciones, hirió sin tregua y sin resultado á hombres ignorantes, á infelices mujeres, á tiernas vírgenes y á tímidos niños. Su trabajo no tuvo éxito alguno; lo que entonces sucedia no era una revolucion de intereses que pudiera remediar la espada; era la revolucion de un principio enviado por Dios á la conquista del mundo; esto es lo que el imperio no quiso comprender y lo que tampoco podia impedir.

Nada hay tan instructivo sobre este punto como las actas de los mártires y la sencilla relacion de los trabajos apostólicos; viese en ella hombres de una edad avanzada dueños de sí mismos; abriendo de repente su corazon á la luz divina y marchando al martirio bajo una inspiracion evidentemente sobrenatural, ó bien no aceptando el yugo de la nueva doctrina sino despues de tan terribles luchas y de sacrificios tan duros que es preciso reconocer el dedo de Dios; luego estos cristianos, tanto mas adictos á la verdad en cuanto les habia costado mas, ó en cuanto les habia sido revelado de un modo mas maravilloso median en esta proporcion el deber de pedirla, y lo hacian con una firme conviccion, con una fé á toda prueba y con ardiente entusiasmo; la gracia se mezclaba á los esfuerzos del hombre, y le comunicaba eficacia, y de repente las mas obstinadas resistencias, la hostilidad mas invencible en apariencia, se desvanecian ante tan fogoso apostolado; la historia nos cita muchos hechos semejantes y nos muestra almas á quienes una conversacion imprevista, instantánea, hizo volver del error á la fé, pasando luego con esta á los calabozos y suplicios; de este modo sostenia Dios el Evangelio con bastante oscuridad para no forzar conviccion alguna, pero con bastante luz para iluminar á las razones sinceras; y con su secreta y dueña influencia sujetaba la religion lo mas

libre y poderoso que existe en el hombre, su albedrío. Tal es el espectáculo y la leccion que nos ofrece con un encanto incomparable de grandeza y sencillez, la vírgen romana Cecilia, jóven patricia que abjurando los antiguos errores en que vivia su familia y abrazando la doctrina evangélica, se consagró á Dios con amor de la pureza en un siglo y en un pais en que la disolucion lo habia invadido y perdido todo; débil mujer que arrastró con milagroso ascendiente á la fé y luego al martirio á dos hombres á quienes no atraia ninguna seduccion ni nada humano.

Cecilia vivia en la primera mitad del tercer siglo; créese que pertenecia á la ilustre familia de los Cecilius, que compartió todas las glorias civiles y militares de la antigua Roma, y de la cual queda una magnífica memoria en el sepulcro de Cecilia Atella, uno de los mas hermosos monumentos de la via Apia; mas ninguna de aquellas glorias paganas vivirá tanto como la cristiana que le dió Cecilia, vírgen y mártir, venerada por la Iglesia universal.

Los padres de Cecilia aunque sumidos en la idolatría, fuese por la influencia que se quiera, lo cierto es que la niña fué educada desde su infancia en la doctrina del cristianismo; su corazon la comprendió tan bien que abrigaba sin cesar un profundo sentimiento de las cosas celestes; á ejemplo de los primeros cristianos, siempre llevaba consigo el libro de los Evangelios. Los oficios celebrados en las criptas de los mártires le manifestaban á qué peligros esponia la profesion de la fé, y el culto tributado al divino Hijo de la Vírgen le mostraba el precio en que la religion estima la santidad de los sentidos y la fuerza del alma. Así pues Cecilia se habia ya formalizado con la idea del martirio y habia prometido á Dios no aceptar jamás un esposo mortal.

Sin ocuparse de los votos de Cecilia ó quizás sin comprenderlos, sus padres le eligieron su esposo entre los hombres; llamábase Valeriano y tenia á Tiburcio por hermano; la constitucion de la familia pagana no permitia á Cecilia desobedecer sin gran escándalo á las disposiciones de su padre y por otra parte veia la imposibilidad de hacerle comprender lo mismo que al ardiente Valeriano, que solo alimentaba amor por Jesucristo; en tan duro trance recurrió á ilustrados consejos; á la oracion, al ayuno, á la mortificacion corporal, á todos los medios ordenados ó aconsejados por la Iglesia y practicados por los cristianos en las circunstancias en que se trate de la salud del alma; debajo de sus vestidos de tela de oro llevaba un áspero cilicio, á fin de aumentar la

fuerza del espíritu disminuyendo los sentidos, y de no guardar si era posible en sí misma nada favorable á los enemigos que debia vencer; por igual motivo pasaba á veces un dia ó dos sin tomar alimento; continuamente rogaba á Dios que iluminase y fortificase su conciencia, é interesaba en su causa á los ángeles y santos cuya intercesion nos protege en los rudos combates que debe sufrir la virtud.

Por fin llegó el dia tan deseado por Valeriano como temido por Cecilia; inspirada por la grandeza de su fé, que le mostraba en su esposo el alma de un hermano, quiso asociarle á su felicidad, así como estaba asociado á su destino; y para ello le dijo en la noche de bodas: »Mi jóven y dulce amigo; tengo un secreto que confiarte, con tal que me jures guardarlo fielmente.» Prometiólo Valeriano y Cecilia continuó: »Tengo por amigo á un ángel de Dios que vela sobre mi cuerpo con solicitud; si te ve arrastrado hácia mí por un efecto sensual, su cólera se encenderá contra tí y destruirá tu juventud en su floreciente hermosura; pero si ve que me amas con un corazon sincero y con un amor sin mancha, y que me tratas como á una cosa sagrada, te amará como me ama y participarás conmigo de sus beneficios.»

Al decir esto habia en la voz de Cecilia algo sobrenatural; era aquella fuerza mágica que no se mide con los grados de la elocuencia humana, sino con la profundidad de una conviccion religiosa, con la viveza del cielo, y sobre todo con la eficacia de la gracia divina; aquella fuerza que triunfa de las mas obstinadas resistencias y que raras veces deja de conducir á la verdad á las almas desprovistas de prevencion. Desde Saulo postrado en el camino de Damasco esclamando: Señor, Señor; ¿qué debo hacer? hasta el hijo de santa Mónica vencido, domado y sumiso, ¡cuántas almas cambiadas por una palabra de fé! Así lo hacia observar un escritor de los primeros siglos, si bien es verdad que en aquella época debia esta fuerza llamar la atencion de todos. »Aquellos discípulos apostólicos, dice, en cuyo corazon el amor divino habia encendido un estraordinario amor á la sabiduría, hablaban ausiliados de la gracia y de la asistencia divina...... de modo que una muchedumbre que les oia por primera vez abria de repente su alma á la adoracion del verdadero Dios.»

Valeriano se sintió turbado por las palabras de Cecilia: »Si quieres, le replicó, que crea cuanto me has dicho, hazme ver á este ángel, y si le reconozco por un ángel de Dios, accederé á tus de-

seos; pero si es otro hombre á quien tú amas, tú y él ambos morireis.

»—Si dócil á mis consejos, consientes en ser purificado en el agua de salvacion, y crees que en el cielo no hay mas que un Dios único y verdadero, podrás ver el ángel del Señor.—¿Y quién me purificará para que vea á este ángel?—Un anciano que purifica á los hombres haciéndoles dignos de ver el ángel de Dios. Sal de la ciudad y marcha hasta encontrar la tercera coluna miliaria en la via Apia; allí encontrarás á algunos pobres que piden limosna á los transeuntes; como desde mucho tiempo les socorro, todos saben mi secreto; acercándote á ellos les saludarás en mi nombre y les dirás: Cecilia me envia para que me hagais conocer el santo anciano Urbano, pues estoy encargado de confiarle un mensaje secreto. Introducido cerca de él infórmale de nuestra conversacion: él te purificará y te revestirá de hábitos nuevos y blancos, y á tu vuelta verás al santo ángel que será tambien tu amigo, y obtendrás de él cuanto pidieres.»

Gobernaba entonces la Iglesia el papa Urbano, el cual habia buscado en las criptas de la via Apia un refugio contra las persecuciones mas ó menos declaradas del poder civil; Alejandro Severo ceñia la diadema imperial, y aunque este emperador abrigase favorables disposiciones respecto de los cristianos, tan débil como dulce y pacífico dejaba hacer el mal lo mismo que el bien; además habiendo empuñado á la edad de trece años las riendas del imperio y perdido la vida á los veinte, ¿con dificultad podia sustraerse á la influencia de sus consejeros, legisladores espertos entre los cuales brillaba Ulpiano, pero acérrimos enemigos del cristianismo. Sea como sea, es lo cierto que hubo mártires en el reinado de Alejandro Severo, y el papa Urbano creia el peligro bastante amenazador para recurrir á medidas de prudencia.

Siguiendo el consejo de Cecilia, Valeriano se presentó al pontífice en su retiro y le manifestó el objeto de su visita; Urbano admiró la victoriosa intervencion de la gracia, y dió gracias por haber elegido á Cecilia por instrumento de triunfo tan bello. Habiendo aparecido manifiestas señales de la voluntad divina, el neófito dió fé de estas palabras de las Escrituras: »Un solo Dios, una sola fé, un bautismo; un solo Dios, padre de todas las cosas, superior de todas las cosas y dentro de todos nosotros.» En seguida se le confirió el bautismo, y á su

regreso halló á Cecilia en oracion y cerca de ella á una forma angelical, con el rostro resplandeciente de luz y con brillantes alas; en sus manos tenia dos coronas de lirios y de rosas, y oyóse una voz que decia: »Guarda estas coronas para la pureza del corazon y la castidad de los sentidos..... Y tú, Valeriano, que has respetado la pureza, oye; Cristo Hijo de Dios me ha enviado á tí para escuchar tus demandas.»

El alma del jóven rebosaba de gratitud, y sentia vivamente aquel gozo íntimo que acompaña las grandes revoluciones de la conciencia cuando nos acercan á Dios; contestando á la voz misteriosa dijo: »Lo que en esta vida ha llenado mas mi corazon es el amor de mi hermano; y seria muy cruel, si libre del peligro, dejaba morir á mi querido Tiburcio; deseo pues con preferencia á todo, que mi hermano Tiburcio se vea libre como yo, y que Cristo nos haga á ambos perfectos en la confesion de su santo nombre.— Lo que pides, añadió el enviado celeste, es mas agradable á Cristo que á tí mismo, y así como por medio de su sierva Cecilia ha ganado tu alma, ganará por el tuyo la de tu hermano y con él lograrás la palma del martirio.»

Poco tiempo despues llegó Tiburcio; Valeriano le instruyó de lo sucedido; hablóle de las verdades cristianas y enterneció y preparó su corazon; á esta influencia añadió Cecilia la suya, hallando inspirados acentos para demostrar á Tiburcio la verdad de la religion cristiana y lo absurdo de un culto dirigido á ídolos vanos; no se ocultó al jóven la exactitud de sus razonamientos, y en su rectitud confesó que era locura pensar otra cosa. »Hoy, esclamó Cecilia abrazándole, te reconozco verdaderamente por mi hermano;» y habiéndole propuesto acompañarle al encuentro de Urbano para conferenciar con el pontífice, contestó: »Es este aquel Urbano á quien los cristianos llaman su papa? He oido decir que ha sido dos veces condenado y que está obligado á mantenerse oculto en su retiro; si le descubren morirá quemado, y lo mismo nos sucederá á nosotros si nos hallan con él, y mientras buscamos una Divinidad que se oculta en los cielos, hallaremos en la tierra un espantoso suplicio.»

Cecilia le hizo observar que seria en efecto muy temible la pérdida de la vida presente si no hubiera otra; mas que no debe temerse aquella en cuanto proporciona una felicidad eterna; estas palabras admiraron á Tiburcio y empezóse la discusion, que sostuvo Cecilia con el celo de un apóstol y con la elevada ciencia de un doctor;

espuso los principales dogmas y la historia de la religion, probando que las verdades cristianas podian resistir al mas severo exámen y que la fé reconocia por base hechos tan evidentes como la luz. »Hay un solo Dios único en su majestad, dijo, y en él vemos la Trinidad, del mismo modo que en un hombre existe una sola sabiduría, con la cual comprendemos las verdades, la memoria con la cual las retenemos, la inteligencia con la que esploramos las cosas vistas y oidas. Y bien, ¿acaso estas tres facultades no están reunidas en una misma cabeza? Si pues el hombre en su sola sabiduría, posee tres facultades, ¿por qué no admitir que Dios todopoderoso posee una Trinidad majestuosa en una sola esencia divina?» Tiburcio escuchó atento y conmovido tan graves lecciones; en seguida se hizo presentar al papa Urbano y abrazó la fé cristiana.

En el año 230 Alejandro Severo se vió obligado á salir de Roma, segun la opinion mas probable, á causa de una guerra emprendida contra los persas; mas fuese cual fuese el motivo de su ausencia, es lo cierto que el prefecto de Roma Julio Almachio la aprovechó para perseguir con gran rigor á los cristianos; muchos de ellos perecieron en los tormentos, y no contento aun, prohibió dar sepultura á los mártires; sin embargo el celo de los cristianos en tributar á los héroes de la fé los fúnebres honores, era demasiado legítimo y generoso para retroceder ante una prohibicion absurda, y Valeriano y Tiburcio no vacilaron en cumplir con lo que consideraban como un piadoso deber; denunciados y presos, fueron conducidos ante el tribunal del prefecto, el cual deseando mas que castigarles, intimidarles, les echó en cara el manifestar simpatías con unos hombres condenados por la ley, y el emplear grandes riquezas en su sepultura; en un principio sus palabras eran muy poco amenazadoras, mas las réplicas de los neófitos le arrastraron en breve mas allá de sus previsiones.

Tiburcio hizo su profesion de fé con desembarazo y valor. »Estoy seguro, le dijo el prefecto, que no hablas segun tu corazon.—Es verdad contestó Tiburcio; no hablo segun el corazon que tenia cuando pertenecia al siglo, pero hablo segun Jesucristo á quien he recibido en el fondo de mi alma.—¿Y sabes tú mismo lo que dices?—Y tú, sabes acaso lo que pides?— Jóven, no careces de exaltacion.— He aprendido, sé y creo que cuanto te he dicho es verdad.—Sin embargo yo no lo comprendo ni puedo concebir semejantes ideas.—Causa de ello es que el hombre animal no concibe las cosas de Dios; mas el hombre espiri-

tual lo juzga todo, al paso que á él nadie le juzga.» Almachio se echó á reir con cierto modo de desprecio sin duda, y mandó que introdujesen á Valeriano.

»Valeriano, le dijo, la cabeza de tu hermano no está sana; tú al menos podrás darnos una respuesta sensata.—No tenemos mas que un médico, contestó el acusado, y se ha encargado ya, en su sabiduría, de la cabeza de mi hermano y de la mia; este médico es Cristo, Hijo de Dios vivo.—Vaya, habla razonablemente.—Tus oidos están falseados y no podrán comprender nuestro lenguaje.—Vosotros sois los que estais en el error,» añadió el prefecto; y echó en cara á ambos hermanos su desprecio por los encantos de una vida sensual; Valeriano contestó con calma: ».... Nos llamas locos é insensatos porque damos á los pobres nuestras riquezas, porque socorremos á las viudas y á los huérfanos, porque practicamos la hospitalidad con los estraños, porque recogemos los cuerpos de los mártires y les tributamos los honores de la sepultura; de modo que segun tu opinion nuestra locura consiste en no abismarnos en los placeres y en no hacer brillar nuestro oríjen á los ojos de la muchedumbre. Tiempo vendrá en que recogeremos el fruto de estas privaciones; entonces nuestra felicidad será tanta como la desgracia de los que se embriagan en los placeres; los que hoy siembran en el gozo recogerán mas tarde eterno luto y abundante llanto; al paso que los que siembran ahora lágrimas pasageras verán nacer despues una alegría sin fin.—De modo, repuso Almachio, que á nosotros y á los invencibles emperadores tocará una desgracia eterna y á vosotros una felicidad sin límites?—Y qué sois vosotros y vuestros invencibles emperadores? replicó Valeriano; sois de la humana condicion, nacidos en el dia prefijado para morir cuando suene vuestra hora, y dar á Dios cuenta mas estrecha en cuanto vuestro poder ha sido mas alto.»

La dignidad de los emperadores empezaba á sufrir; la de los dioses fué desconocida enteramente por Valeriano, manifestando que Júpiter era muy inferior á un hombre honrado; Almachio mandó azotarle cruelmente por haberse atrevido á decir la verdad, mas al mismo tiempo se hallaba perplejo, temiendo sentenciar á muerte á los dos jóvenes patricios y creyéndose por otra parte obligado á vengar la majestad del César y las divinidades del imperio: su sucesor Tarquino desvaneció en breve la incertidumbre del grave magistrado, diciéndole en particular: »La ocasion es propicia: hacedles morir, pues por

poco que tardeis en hacerlo, habrán distribuido sus bienes á los pobres, y al dar la sentencia capital, no encontrareis nada.» Almachio comprendió entonces la gravedad del peligro que corria la gloria de los dioses, y decretó que Valeriano y Tiburcio serian decapitados si no quemaban incienso ante el ídolo de Júpiter.

Cecilia habia sostenido el valor de los dos hermanos con sus oraciones y votos, pues no se habia hallado presente al interrogatorio; indudablemente su piadosa intercesion y el celo de los acusados fueron causa de una efusion de la gracia divina: Máximo, escribano de Almachio, se sintió conmovido: este funcionario debia presidir el suplicio de Valeriano y de Tiburcio, y mientras les conducia fuera de la ciudad, hablando con ellos é instruyéndose en las verdades de la religion, prometieron ambos hermanos dar un último golpe á su alma medio convertida, cuando el martirio les abriese las puertas de una nueva vida; como veremos luego, cumplieron su promesa; Cecilia exhortó á los dos héroes para que tuviesen valor, diciéndoles: »Marchad, soldados de Cristo; arrojad las obras de tinieblas y revestíos de las armas de luz; habeis sostenido un rudo combate y vuestra carrera ha terminado conservando la fé; marchad á recibir la corona de vida que dará el justo Juez á vosotros y á cuantos deseen su advenimiento.» Llegados á algunas millas de Roma cerca de un templo de Júpiter, se intimó por última vez á Valeriano y á Tiburcio que prestasen homenaje á los dioses, y en vista de su negativa rodó su cabeza al suelo, mientras su alma, despojándose de su vestido mortal, remontóse volando hácia el cielo.

Los cuerpos de Valeriano y de Tiburcio fueron sepultados por Cecilia con grandes honores; poco tiempo despues cumplió con el mismo deber con Máximo, cuya conversion fué tan ruidosa que el prefecto Almachio le condenó á morir azotado con látigos armados con balas de plomo; cerca de los sepulcros colocó Cecilia una lápida de mármol en la que se indicaba el nombre de los mártires y el dia de su triunfo. Muchas cicunstancias llamaban sobre Cecilia la atencion pública para que el prefecto no intentase reducirla, si bien obró con cautela, como temiendo escederse á las instrucciones del emperador y tratando de evitar un desenlace trágico.

Algunos oficiales de justicia trataron de obtener de Cecilia un homenaje, cualquiera que fuese, hácia los dioses del imperio; mas la firmeza de sus palabras conmovió á los unos, intimidó á los otros y obli-

gó á todos á concederle un corto plazo, que aprovechó Cecilia avisando al papa Urbano para qùe bautizara á los que habia convertido recientemente á la fé; quiso tambien sustraer sus bienes á la rapacidad del fisco y traspasólos á Gordiano, noble personaje convertido á la doctrina evangélica; por fin fué mandada á llamar y presentóse delante de Almachio.

»Jóven, le dijo el prefecto, ¿cuál es tu nombre?—Me llamo Cecilia, pero tengo otro nombre mas precioso: soy cristiana.—¿Cuál es tu condicion?—Ciudadana romana, de raza ilustre y noble.—La nobleza de tu familia es conocida; te pregunto sobre la religion.—Entonces me preguntas mal; pues me interrogas sobre una sola cosa cuando quieres que te conteste á dos.—¿Quién te inspira delante de mí audacia semejante?—Una conciencia pura y una fé sincera.—¿Ignoras pues á cuánto se estiende mi poder?—¿Y tú ignoras quién es mi prometido esposo? —¿Quién?—El Señor Jesucristo.» Almachio y Cecilia cambiaron algunas palabras sobre la autoridad de los emperadores y el carácter de las leyes dadas contra los cristianos, y luego el prefecto añadió: »Acabemos; elige entre los dos partidos: sacrifica á los dioses ó niega simplemente que eres cristiana y te dejaré ir en paz.—Compasion me da, repuso Cecilia, el ver á un magistrado tan apurado! quiere que reniegue de lo que hace mi inocencia y me ofrece el medio de hacerme criminal; perdona y castiga; disimula y se muestra cruel. Si quieres condenarme por qué me invitas á que niegue mi crimen?—Aquí están los acusadores, los cuales aseguran que eres cristiana; si lo niegas, se abandonará la acusacion; si lo afirmas, no tardarás en conocer tu locura cuando se ejecutará tu sentencia.—La acusacion es mi mas ardiente deseo; el sepulcro será mi victoria. No, no me llames insensata; rubo-rízate mas bien por haber creido que renegaria de Jesucristo.—Jóven infeliz, ignoras acaso que los invencibles emperadores me han dado el poder de vida ó de muerte? cómo me hablas con tanto orgullo? —La firmeza no es orgullo; te he hablado con firmeza, pero no con orgullo, pues este vicio nos causa horror.» Cecilia habló en seguida de las divinidades paganas y pronunció algunas palabras de desprecio. »He despreciado tus injurias, dijo el prefecto irritado, cuando se dirigian solo á mí, mas no sufriré que insultes á los dioses.» Cecilia hizo una última réplica, mostrando la vanidad de los ídolos y proclamando la fuerza inmortal de Jesucristo.

No atreviéndose Almachio á conducir á una muerte pública á una

mujer tan jóven, tan noble y cuya hermosura cautivaba los corazones, dió órden de conducirla á su casa y hacerla morir en ella sin ruido, ahogándola en la sala de los baños calientes; mas Cecilia resistió milagrosamente este suplicio, y despues de haber respirado una atmósfera abrasadora durante el resto del dia y toda aquella noche, vivia todavía; al saberlo Almachio envió á un lictor para que le cortase la cabeza; el lictor hirió á la víctima con mano insegura; tres golpes no pudieron hacerla morir, y como una ley prohibia dar el cuarto, dejó á Cecilia moribunda y bañada en su sangre. Los cristianos acudieron en tropel á enjugar sus sagradas heridas y á rodearla de su veneracion y de su amor; finalmente la vírgen dió su último suspiro, despues de haber recomendado al papa Urbano el cuidado de los pobres cuyo sosten era; en la siguiente noche fué sepultado su cuerpo; el papa ayudado del ministerio de los diáconos presidió los funerales é hizo depositar los preciosos restos en el cementerio del Pretextato, en la via Apia, entre los demás pontífices y mártires. Un mes despues Urbano pagaba con su vida su valor en confesar la fé.

Las actas del martirio de santa Cecilia fueron, como muchas otras, redactadas despues de la paz dada á la Iglesia, teniendo en la vista notas fielmente recogidas durante la persecucion, las cuales recibieron la mas patente confirmacion con el descubrimiento de los cuerpos de santa Cecilia, de Tiburcio, de Valeriano y de Máximo. Desde la mas remota antigüedad ha recibido la santa heroina ilustres alabanzas y solemne culto; la Iglesia, desde oriente al occidente, ha honrado constantemente á aquella mujer bendita de Dios, á quien nada pudo vencer ni detener en su carrera hácia la gloria celeste, que es superior al hechizo de los sentidos, á la fragilidad de su sexo, á la debilidad de sus años, la cual, con noble esfuerzo, arrastró en su triunfo á su esposo, á su hermano y á una multitud de hombres heridos de admiracion á la vista de tan duro combate y de valor tan grande.

Desde el siglo quinto habia en Roma una iglesia dedicada á santa Cecilia y en la cual el papa Símaco celebró un concilio en 499; mas amenazando ruina á principios del siglo nono, el papa Pascual I la mandó reedificar y colocó en ella los restos de santa Cecilia (821); ocho siglos despues al ejecutar nuevas reparaciones, se abrió el ataúd donde reposaba la santa; hallábase esta en la misma posicion en que se la halló en la sala del baño, tendida sobre su lado derecho, los brazos caidos delante del cuerpo, la cabeza inclinada hácia el fondo

del ataúd; vestia una túnica bordada de oro y manchada toda ella con gotas de su noble sangre; á sus piés se veian los ensangrentados lienzos con que habian sido restañadas sus heridas. Estéban Maderne, jóven escultor de aquella época, hizo revivir esta actitud en un mármol inmortal que adorna la iglesia de Santa Cecilia en Roma; las artes todas han contribuido á la glorificacion de Cecilia; la arquitectura le elevó monumentos como la catedral de Albi; la pintura, por medio de Rafael, de Pablo de Verona, Carlos Dolci, de Van Dych, del Dominicano y de Rubens, ha reproducido en admirables páginas los principales rasgos de la vida y de la muerte de santa Cecilia; la música la honra como á su patrona cepecial, hallándose la razon de ello en la misma historia de la noble vírgen. En efecto, segun las actas de su martirio, mientras resonaba en sus oidos una música profana para celebrar su matrimonio, cantaba, con aquella voz que Dios oye siempre, el himno del Profeta: »Dios mio! haz que mi corazon y sentidos permanezcan puros y que nada altere mi virtud.» Al colocar sus inspiraciones bajo la guarda de santa Cecilia, el arte cristiano ha querido reconocer que el tipo de lo bello en todas las cosas reside en los cielos, y que el sentimiento superior de la armonía en particular emana de un corazon puro y busca oidos que no deben ser profanados.

Ste CATHERINE D'ALEXANDRIE.



SANTA CATALINA

VIRGEN Y MÁRTIR.

El cristianismo no se ha establecido solamente por el valor de los mártires, sino que ha sido llevado de uno al otro estremo del mundo por la ciencia de los doctores; la razon cristiana ha sostenido victoriosamente el choque de las herejías y el riguroso exámen de la ciencia, así como su constancia ha desafiado los mas terribles tormentos. Al presentarse ante los paganos, el Evangelio ha podido ser recibido con la indiferencia de los unos y con el odio de los otros, pero ninguno de los que lo han examinado tranquilamente y sin prevencion ha dejado de descubrir y de saludar en él con amor una obra en que Dios ha impreso infinitos caractéres de verdad y grandeza. En efecto, por poco que se fije la atencion aparece la cruz como una hermosa leccion para el espíritu, como una fuerza y un sosten para el corazon y como la esplicacion y el remedio de todos los humanos dolores. ¿Qué es Dios y de dónde viene el hombre? ¿Hay un perdon despues de las faltas? ¿Cómo obtenerlo? ¿La muerte tiene un mañana sin fin? ¿Qué medios deben emplearse para que sea feliz tan dilatado porvenir? Insensato será el que dé á estas cuestiones solo una importancia escasa; el hombre que no se desprecia á sí mismo las examina.

Ahora bien, el paganismo dejaba estas cuestiones sin respuesta satisfactoria, al paso que el cristianismo venia á resolverlas; por medio del Evangelio el hombre conocia á Dios, conocíase á sí mismo, lo mismo que su punto de partida y su fin providencial, su lugar en el órden de los seres y el medio de conservarlo con la inocencia ó de recobrarlo con el arrepentimiento. El cristianismo se mezcla con las mas dolorosas realidades de la vida para esplicarlas, endulzarlas y hacerlas útiles: da gran precio al sufrimiento y á las lágrimas, coloca la esperanza hasta en la muerte y señala á la virtud inmarcesibles recompensas; uniendo el cielo á la terra, abraza los vastos intereses de las sociedades así como las necesidades de cada conciencia, determina los derechos y los deberes, imprime á la autoridad aquel augusto carácter que la hace venerable y dulce, y enseña á la libre obediencia aquella discrecion mesurada que la preserva á la vez de la insolencia y del servilismo.

Por otra parte ¿cómo podia no ser grande, aun humanamente hablando, la influencia de los hombres que predicaban tan alta doctrina, mostrándose prontos á sellarla con su sangre como hábiles en defenderla y animosos en practicarla? De qué prestigio aparecen rodeados á nuestros ojos los héroes del cristianismo naciente cuando su memoria nos ha sido trasmitida con el triple brillo del genio, de la virtud y del martirio! Este encanto sube aun de punto cuando todas estas glorias se hallaban reunidas en una niña de diez y ocho años, superior á su edad y á su sexo por el privilegio del genio, heroica en su incorruptible amor á la pureza, y digna de ser ofrecida por modelo á todos los cristianos por su desprecio de los tormentos y de la muerte! Tal apareció en el mundo Catalina de Alejandría; desde su infancia aprendió las ciencias humanas y sobre todo la de Jesucristo, y mas tarde dirigió todos sus esfuerzos á conformar su vida con las verdades eternas, defendiólas con la fuerza de sus discursos y se preparó á morir generosamente por ellas.

Catalina, ó como la llaman los griegos Œcathalina, confesó abiertamento su fé en los primeros años del siglo cuarto; su orígen era ilustre, y segun el menologio del emperador Basilio corria por sus venas sangre de reyes; si bien tenemos muy pocos detalles auténticos sobre la vida de Catalina, lo poco que se sabe inspira admiracion, y los infinitos milagros obrados por la virtud de su nombre y de sus reliquias han hecho célebre su culto en todo el universo.

La leyenda de la santa, tal como nos la ha trasmitido Surio, ha sido redactada por Metafrasto, cuya pluma abundante y fácil se entretenia frecuentemente en arreglar la historia; omitiendo las partes de su relacion que difícilmente resistirian á la crítica, nos limitaremos á reproducir los hechos admitidos por las mas graves autoridades. »Si bien causa pena, diremos con Baronio, el no hallar en Eusebio las actas de la ilustre mártir santa Catalina, es mayor la que produce el ver á un desconocido componer unas actas menos fidedignas en cuanto son mas amplias; pues en las historias de los mártires y de los demás santos vale mas que se omita alguna cosa, que acumular hechos falsos á todas luces.» En efecto mezclar circunstancias imaginarias con hechos reales, ofuscar una tradicion corta, pero edificante, con ficciones cuyo descrédito recae hasta sobre la historia mas auténtica, es hacer traicion á la Iglesia, en cuanto es hacerla á la verdad: por el contrario cuando únicamente se presentan hechos ciertos, la razon descansa segura en ellas, y suple con ventaja, por medio de sus propias conjeturas, lo que se omite en una relacion incompleta y verídica.

El historiador Eusebio nos ha legado solo algunas palabras sobre una jóven de Alejandría, en la cual muchos críticos eminentes como Baronio y Asemani han reconocido á santa Catalina. »Vivia en Alejandría, dice el obispo de Cesarea, una mujer rica entre todas y de ilustre nacimiento; otras muchas habian sufrido las brutales injurias del tirano Maximino, mas al fin debió este ceder ante la grandeza de alma que desplegó la vírgen cristiana. Célebre por el brillo de su cuna, de su fortuna y de su eminente ciencia, colocaba ella sobre todas estas cosas la modestia y la pureza. En vano recurrió el tirano á declarar sus infames deseos, y no teniendo suficiente valor para hacerla morir, pues su pasion era superior á su cólera, la despojó de todos sus bienes y la desterró.» Créese que estas palabras se refieren á santa Catalina.

En efecto la tradicion y las actas, escepto el nombre del César á quien llaman Majencio en vez de Maximino, hablan de Catalina del mismo modo como nos habla Eusebio de la noble jóven de Alejandría. Corria entonces el año 307; el imperio estaba dividido entre seis ó siete señores; Diocleciano vivia aun, y además se contaba á Galerio, Sicinio, Maximiano Hércules, Maximino, Majencio y Constantino; escepto este último y Sicinio, todos perseguian á los cristianos con inaudita crueldad; el horrible Maximino desolaba el Egipto y una



parte del Oriente; superslicioso como casi todos los que carecen de fé, entregado al vino que le daba accesos de furor, sumido en la desolacion en ese grado indecible, digno en todo de ser el enemigo de la religion cristiana, aquel fiero depositario del poder solo vivia de asquerosos y sanguinarios caprichos; llevado por su avaricia, arruinaba las provincias con estraordinarias exacciones, y reducia á la miseria á los hombres mas acostumbrados á usar de sus riquezas; no atravesaba una ciudad sin introducir el luto y la deshonra en alguna familia; muchas mujeres se dieron la muerte para evitar sus insultos; muchos hombres ultrajados se arrancaron una vida que les era ya insoportable; el hambre y la peste que afligian el imperio no contuvieron á Maximino, y sus orgías continuaron al compás de los ayes y lágrimas de todo un pueblo.

Tales eran las costumbres del tirano Maximino; su manera de rendir homenaje á la virtud era persiguiéndola. Catalina era famosa por su erudicion, tanto como por sus dotes naturales, orígen y fortuna, y Maximino que no habia podido vencerla en su honor, quiso vencerla en su ciencia y la obligó á sostener una discusion pública contra muchos filósofos y á defender su fé. Superando santa Catalina por la grandeza de su genio la ordinaria debilidad de su sexo, habia aprendido desde su mas tierna infancia todas las ciencias curiosas que pueden distraer ó embellecer é iluminar un talento superior; mas el maestro que le enseñaba su alma, la habia llenado de conocimientos mucho mas penetrantes todavía, y llevada por su casto amor hácia ellos despreció todos los demás, reducia todos sus pensamientos á la fé, apoyábalos en esta base para aplicarlos en seguida á las santas y bienaventuradas prácticas de la piedad cristiana. »Así, dice Bosuet, y sobre tales cimientos elevó la generosa cristiana el gran edificio de su ciencia sagrada desde donde aniquiló la ciencia profana y venció á soberbios filósofos; con el dogma de un Dios humillado y abofeteado, fundó el desprecio de lo que se llama nobleza y distincion de orígen para cubrirse enteramente con los oprobios de Jesucristo y con la gloriosa infamia de su Evangelio.» Con el dogma de un Dios nacido de una Vírgen fundó el heroico desprecio de los placeres sensuales para profesar un invencible amor á la pureza virginal: finalmente á ejemplo de un Dios llevado ante Poncio Pilato para esponer su doctrina, Catalina se presentó delante del tribunal de los emperadores para defender invenciblemente la verdad del Evangelio.

Y triunfó de sus adversarios; la fuerza de sus argumentos introdujo la luz en sus almas; sus corazones se conmovieron por la gracia de sus discursos; de modo que Catalina obtuvo el triunfo mas bello á que puede aspirar un controversista cristiano, consistente no en reducir á sus adversarios al silencio, sino en convencerles del error, en inspirarles el amor de la verdad, obligándoles á reconocerla públicamente. El obispo de Meaux admira la modestia de la jóven sabia en medio de tan halagüeño triunfo, y aprovecha esta circunstancia para dirigir con la autoridad de su gran nombre varios consejos á las mujeres cristianas. »Las mujeres modestas y cristianas, dice aquella autorizada boca, oirán con complacencia las verdades de su sexo que voy á consignar en este lugar; su mayor desgracia es que ordinariamente su pasion dominante consiste en el deseo de agradar, y como por desgracia de los hombres lo consiguen muy fácilmente, no es de admirar que su vanidad sea con frecuencia estrema, alimentada y robustecida como se halla en la complacencia de todos. ¿Quién no vé el precio que dan á la hermosura que no hace mas que adornar la superficie? Y si sienten en su interior algunas prendas mas estimables, cómo se apresuran á hacerlas brillar en sus conversaciones? ¿Quien conoce su satisfaccion cuando se imaginan hechizar á todo el mundo? A lo que creo esta es la principal razon porqué se las escluye de las ciencias, porque aun cuando pudieran adquirirlas, tendrian demasiado trabajo en poseerlas; de modo que si se les prohibe aplicarse á ellas, no es porque se tema comprometer su talento en una empresa elevada en esceso; sino temiendo esponer su humildad á una prueba muy peligrosa. Para curar en ellas semejante dolencia, la Iglesia les propone á santa Catalina en medio de una asamblea de filósofos, igualmente victoriosa de sus lisonjas como de sus vanas sutilezas, y rompiendo con la misma fuerza los lazos que tienden á su razon como los que preparan contra su modestia.»

La conversion de los filósofos iluminados por el discurso de Catalina fué tan completo que no vacilaron en proclamar la verdad delante de todo el mundo, no solamente con sus palabras sino con la efusion de su sangre, pues todos sufrieron la muerte por la de Jesucristo; la misma Catalina despues de haber arreglado sus afectos, sus palabras y sus actos todos segun las luces de la ciencia y de haberla predicado con abnegacion, acabó su obra dando su vida por la fé; condenada á un suplicio horrible, pues debia ser despedazada entre ruedas



armadas de afiladas puntas, fué llevada al lugar de su triunfo; pero cuando se quiso dar movimiento á las fatales ruedas, rompiéronse las cuerdas de un modo milagroso; nuevo y supremo argumento que enviaba Dios á aquella heroica mujer para convencer á los espectadores, y otro título que adquiria al odio de los paganos y al martirio. Finalmente la cabeza de Catalina cayó bajo el hacha del verdugo.

En el siglo octavo los preciosos restos de la santa fueron descubiertos, trasladados al monte Sinaí, temiendo las profanaciones de los sarracenos, dueños del Egipto, y depositados en un monasterio que santa Elena habia mandado edificar y que Justiniano habia hecho engrandecer. Desde aquella época el nombre de la santa ha recogido los honores de una popularidad universal, pues existen pocos mártires cuyo culto sea mas estenso. Entre los documentos de su incompleta coleccion poseen los Bollandistas pruebas que justifican esta devocion de los fieles y que ponen en relieve la gloria de santa Catalina. Mientras se esperan los trabajos de la ciencia, el arte se ha apoderado de la leyenda de nuestra santa y se ha ilustrado maravillosamente por medio de Fiescolo, de Masacrio, de Alberto Durer y de Laurati; ordinariamente se representa á santa Catalina teniendo á su lado una rueda rota ó llevando una espada en la mano; en el menologio de los griegos se la ve con corona en la frente y un cetro en la mano. Santa Catalina ha sido tomada por patrona de las escuelas y por modelo de los filósofos cristianos.

STE ADÉLAIDE.



SANTA ADELAIDA

EMPERATRIZ.

ADELAIDA nació en la primera mitad del siglo décimo, en 931; el aspecto de la Europa entera era entonces triste y sombrío; la antigua espada de Carlomagno no despedia rayos ni amenazas en las débiles manos que la sostenian; las rivalidades nacionales, la ambicion de los señores, la turbulenta sed de conquistas de los sarracenos y de los normandos, estenuaban y destrozaban el imperio, dividido en cien fracciones; mas no estaba lejos el momento en que el espíritu público debia salir de su letargo y la virtud de brillar con nuevo esplendor. Oton el Grande restableció la civilizacion que habia huido delante de los hunos y de los eslavos; un monje francés, Gerberto de Aurillac, apareció con todo el brillo de un gran genio en el horizonte de la ciencia, mientras que dulces y radiantes flores de piedad, como santa Matilde y nuestra santa Adelaida, embalsamaban con su perfume el suelo de la Francia y de la Germania.

Rodolfo II, rey de la Borgoña superior, que descendia de Carlomagno por la línea femenina, fué padre de Adelaida; su madre fué Berta, hija de Burechard, duque de Suabia; el mundo calificó de ilustre su nacimiento, la religion lo calificó de bienaventurado: biena-

ventuada fué en efecto la primera, no por haber nacido entre las grandezas humanas, sino por haber conservado siempre en el tumulto mundano la sencillez de su corazon, la moderacion en sus deseos, la caridad hácia los pobres y el amor de Dios, perlas que le forman ahora en el cielo una corona mas hermosa que las coronas de la tierra!

Rodolfo solo poseia del fondo de su padre aquella parte de la Borgoña que se estiende entre el Jura y los Alpes Apeninos; habiendo echado la vista en la alta Italia que por sus intestinas turbulencias estaba á merced de la ambicion de los príncipes vecinos, entró en ella al frente de sus soldados; la fortuna se les mostró favorable en un principio, y por un momento pudo creerse seguro en el trono que acababa de conquistar; pero reunidos sus enemigos le opusieron á Hugo, conde de Provenza, el cual fué coronado rey despues de una victoria conseguida en Navarra donde perdió la vida Buchard, suegro y aliado de Rodolfo. Adelaida, si bien niña, se halló mezclada en todas estas luchas hasta donde le permitian intervenir sus años y su debilidad, y fué la prenda de una reconciliacion. Despues de quince años de guerra, la querella de ambos príncipes acabó por una reconciliacion. Luego retuvo para sí la Italia y cedió la provenza á su rival, rey desde entonces de las dos Borgoñas, y su hijo Lotario á quien asoció al trono, debia á un tiempo tomar á Adelaida por esposa. La tierna niña acababa de recibir la promesa de una corona cuando perdió á su padre; aquella gloria reservada á su porvenir y este precoz pesar fueron como el presagio y resúmen de su vida entera, admirable mezcla de prosperidades y de alternativos reveses.

Es sensible que los historiadores se hayan mostrado tan parcos en los detalles sobre los primeros años de Adelaida, y lo es mas todavía que su ilustre contemporáneo y biógrafo, san Odilon de Cluni, no haya descrito la cultura intelectual y moral que acompañó en ella á tan noble corazon. La prudencia y energía que desplegó en el manejo de los negocios, las eminentes calidades que le reconoció su hijo, su valor en medio del infortunio, su distinguida piedad, todo induce á creer que una educacion esmerada y religiosa habia contribuido al desarrollo de su rica y fecunda naturaleza, inspirando á su alma enérgicas convicciones y á su corazon el amor á la virtud.

Hugo gobernaba á los italianos de un modo tiránico y no sin rapacidad; irritóles su conducta, y abandonado por sus vasallos, amenaza-

do por los estranjeros, obligado á ceder ante la opinion nacional, consintió en abdicar su comprometida corona; su hijo Lotario fué elegido para reemplazarle (947), y entonces tuvo lugar el matrimonio de Adelaida desposada con aquel príncipe hacia catorce años, convirtiéndose de este modo en reina de Italia. Jóven y dotada de amables calidades, ejerció con el indefinible encanto de su dulzura cristiana una feliz influencia en el carácter de su esposo, guiado por inclinaciones rectas y elevadas, al contrario de su padre Hugo. Lotario se granjeó el amor de los lombardos, y solo turbaron esta felicidad interior las ambiciosas maquinaciones de Berenguer III, marqués de Gorea, el cual si bien lo mismo que los demás señores habia reconocido á Lotario por rey, esta aparente sumision ocultaba los mas negros designios si hemos de creer á los autores de aquel tiempo. Al cabo de tres años murió Lotario, siendo la opinion general que habia sido envenenado por su competidor; lo cierto es que este se hizo coronar rey de Italia y pidió la mano de Adelaida para su hijo Adalberto (950).

La noble viuda contestó con una negativa, creyendo pasar la vida en paz con su hija Enma, niña que casó mas tarde con un rey de Francia y fué madre de Luis V, el último de los Carlovingios. Irritados por la resistencia de Adelaida que contrariaba sus miras políticas, Berenguer y su esposa Willa la sometieron á cobardes y crueles insultos con toda la brutalidad de costumbres que caracterizaba aquellos tiempos semibárbaros; la privaron de las cosas mas necesarias á la vida, magullaron su cuerpo á golpes y varias veces la arrastraron por los cabellos; finalmente fué encerrada en el castillo de Gardalite, en la orilla oriental del lago de aquel nombre, con inauditas precauciones é ingeniosa barbarie; despojada de todos sus bienes, sin apoyo, sin consejos, habitaba el fondo de una torre oscura en compañía de una de sus doncellas que le habian dejado, mas para dividir sus miserias, que para servirla.

Tan grande infortunio inspiró compasion á todos lo que habian conocido las virtudes de la princesa; Adelardo, obispo de Reggio en el actual ducado de Módena; Martin, uno de sus sacerdotes, y Alberto Azzo, señor de la Ruossa, intentaron libertar á la prisionera; con dinero fueron comprados algunos de los guardias; abrieron con gran trabajo en la torre un paso subterráneo, y por él huyeron Adelaida y su doncella, á favor de un disfraz y de una noche oscura. Todo el dia siguiente debieron permanecer ocultas en los cañaverales del la-

go, atormentadas por el hambre, pareciéndoles difícil escapar de las persecuciones de Berenguer ó de una muerte miserable; de repente apareció en lontananza una barca de pescador y se dirigió hácia las fugitivas, las cuales luchaban entre la esperanza de un socorro y el temor de una traicion; mas la Providencia que dirigia allí á aquel hombre inspiró piedad á su corazon, y de muy grado dió aquél algunos peces de su barca á las dos infelices mujeres.

Mientras tanto Berenguer hacia buscar á Adelaida por todas partes, y él mismo salió en persona á la cabeza de un peloton de soldados; la pobre reina vivió por algun tiempo en medio de las mas terribles angustias, ocultándose durante el día en los bosques, en los pantanos y en las rocas; viajando de noche por caminos muchas veces impracticables y alimentándose de raices y de yerbas silvestres; tantas y tan penosas privaciones estuvieron á punto de ser infructuosas. Una vez Adelaida habia elegido por refugio un campo de trigo, cuando de repente apareció una tropa de caballeros; era Berenguer con su escolta; el usurpador hizo recorrer el campo en todos sentidos; él mismo lo esploró diferentes veces pasando siempre cerca del lugar donde la fugitiva se hallaba oculta, mas Dios permitió que no la descubriese. En tanto Alberto Azzo reunia algunos valientes y con ellos salió al encuentro de la princesa; presentóse á ella con el respeto debido á su sangre y la acompañó á su castillo de Canosa, el cual, levantado en una roca aislada y cortada á pico era tenido por inespugnable.

La que el dia anterior era proscrita, fué soberana el dia siguiente, y Lotario tuvo un vengador. El gobierno de Berenguer habia cansado á los señores italianos; primeramente era muy difícil mantener en paz á todos aquellos hombres que representaban por decirlo así otras tantas razas asociadas, pero no unidas, y en seguida Berenguer estaba lejos de ofrecer el tipo de un buen rey. Exasperados pues los nobles llamaron en su ausilio á Oton de Sajonia para cuyo soberano no carecia la Italia de atractivos, y á quien únicamente las consideraciones políticas y las turbulencias de la Francia habian impedido intervenir diez años antes en los negocios de la península; esta vez atravesó los Alpes, y pocos meses despues de la fuga de Adelaida entró sin resistencia en la capital de los reyes lombardos; viudo, hacia cuatro años, de su primera esposa Edita, princesa muy cabal, cuya memoria honra públicamente la Iglesia, halló entonces el tesoro que habia perdido; las desgracias y elevadas calidades de la jóven viuda

le conmovieron y le dió solemnemente la mano de esposo en las fiestas de Navidad del año 951. Si bien esta alianza no daba á Oton nuevos derechos sobre el reino de Italia, se facilitaba la conquista del mismo á causa del amor que Adelaida habia inspirado á sus pueblos. Berenguer y Adalberto fueron en un principio tratados con gran mansedumbre, pero depuestos despues á causa de sus sediciosas maquinaciones, fuéron á morir en un destierro, el primero en Bamberg y el segundo en Autun.

Adelaida habia marchado á Alemania con el emperador; su bondad le granjeó rápidamente el amor de todos, y la alegría con que fué saludado el nacimiento de su hijo Oton II, fué para ella una dulce prueba del afecto de sus nuevos súbditos; queriendo hacer al jóven príncipe perfecto cristiano para hacerle un buen rey, prodigóle los mas esmerados y solícitos cuidados; tanto como santificaba la prosperidad santificaba los reveses. Su esposo, que era seguramente el mas grande monarca de la época, recordando en cierto modo á Carlomagno, fué invitado por el papa Juan XII á tomar la defensa de la Iglesia católica y á ir á recibir la uncion y la corona imperial; Oton penetró pues de nuevo en Italia, y adelantóse hasta Roma, donde fué acogido con indecible alegría, proclamado emperador de Occidente y consagrado por el papa (962).

Durante la ausencia de Oton, Adelaida se habia quedado en la Germania, cuyo pais gobernaba con aplauso universal; hecha emperatriz, este aumento de grandeza y de poder conmovióla menos que la esperanza de hacer florecer en el seno de sus vastos estados la religion y la paz. Adelaida tenia para con Dios una piedad ferviente; para con los pobres y enfermos una caridad tierna y generosa, y para consigo misma una rígida severidad; los historiadores atestiguan que su gobierno y sus virtudes eran la felicidad y la gloria de Germania.

Oton II acababa de cumplir once años, y se trató de asociarle al imperio; su padre y el papa Juan XIII convinieron en que fuése á Roma, á donde marchó rodeado con toda la pompa real y escoltado por la flor de los caballeros alemanes; llegado á la ciudad eterna, recibió la corona como Oton I de manos del sumo pontífice, y poco despues tomó por esposa á Teofania, hija de Roman, el jóven emperador de Constantinopla; Teofania estaba dotada de bellísimas cualidades; tenia virtud, talento y hermosura, una inteligencia elevada y un carácter viril; solamente se censuran en ella algunos accesos de orgullo en los cuales fué algunas veces injusta para con Adelaida.

La dulzura de los goces domésticos no tardó en hacer lugar en la vida de nuestra santa á multiplicadas y amargas tribulaciones; el anciano Oton terminó su vida llevando á la tumba el renombre de Grande con que la posteridad le conoce todavía; Adelaida continuaba reinando, ostentando la prudencia de sus consejos y el brillo de sus virtudes, cuando algunos aduladores y perversos cortesanos persuadieron al jóven Oton que la influencia de una mujer era para él una pesada y vergonzosa carga: llevado por el ardor de la juventud, el emperador olvidó muy pronto lo que debia á su madre, retiróla su confianza y se entregó locamente á ministros inicuos y malvados. Dios ha colocado la inocencia y la felicidad de los hijos bajo la custodia de su piedad filial, al paso que abandona á su propio instinto á los que no sienten amor hácia su padre ni respeto hácia su madre. Adelaida sufria con paciencia los desprecios é injurias; cada dia derramaba un torrente de lágrimas y oraba sin cesar por la conversion de su hijo, tratando de vencerle á fuerza de dulzura. Sin embargo no alcanzando nada con esta, creyó deber manifestarse severa, y á guisa de protesta contra los yerros de la corte entera, se retiró cerca de su hermano Conrado, rey de Borgoña. No tardó la Alemania en sentir su falta y en quejarse altamente, y Oton á pesar de tener poca esperiencia para gobernar, fué bastante razonable para reconocer sus culpas y bastante valor par repararlas, para lo cual recurrió á la mediacion de su tio Conrado y de san Mayeul, abad de Cluni, á quienes encargó que negociasen su reconciliacion. El emperador debia marchar á Pavía é hizo rogar á Adelaida que se hallase en aquella ciudad; la emperatriz acudió efectivamente acompañada de san Mayeul y del rey Conrado; la entrevista fué llena de emocion; Oton se arrojó llorando á los piés de su madre, Adelaida contestó con sus lágrimas y perdonó, y nada alteró en adelante su buena armonía (980).

Oton vivió poco; despues de una desgraciada espedicion á la Italia meridional, marchó á Verona para reunir fuerzas y volver á tomar la ofensiva contra los sarracenos que ocupaban la Calabria, mas la muerte detuvo sus pasos; al morir dejó el imperio á su hijo, llamado como él Oton, bajo la tutela de su esposa Teofania y de su madre Adelaida; el nuevo soberano era muy jóven y no podia evitar fácilmente los contratiempos reservados en los gobiernos electivos, á los que son reyes antes que hombres; su minoría fué en

estremo borrascosa; Enrique el Malo, duque de Baviera pretendió arrrancarle la corona, mas todos estos peligros acabaron como habian empezado, bajo la influencia de diversas ambiciones cuyos celosos esfuerzos se neutralizaron, y la tranquila posesion del trono quedó asegurada á Oton II.

Al desvanecerse las inquietudes esteriores, hicieron lugar á desavenencias intestinas, pues habiendo los nobles alemanes confiado la educacion de su soberano á la emperatriz Adelaida que les inspiraba mas confianza que Teofania, esta que no podia contentarse con un papel secundario, engañada sin duda por los pérfidos consejos de los cortesanos que habian venido de Constantinopla y llevada por un carácter altivo, se convirtió en el tormento de Adelaida; un dia se atrevió á decir cegada por su cólera: »Si vivo un año mas, Adelaida no tendrá en el mundo un palmo de tierra en que pueda mandar.» El tiempo le faltó para realizar su amenaza; al regresar de un viaje á Roma cayó enferma y murió despues de un mes de sufrimientos (991).

Este acontecimiento hizo que volviese Adelaida á encargarse de los negocios, lo que fué de gran utilidad para Oton III, quien si bien anunciaba eminentes dotes, no podia aun empuñar por sí mismo las riendas del gobierno; al elegir á este príncipe los historiadores alemanes sienten que Teofania hiciese prevalecer en él el gusto por las costumbres estranjeras y por el ceremonial bizantino, y que Adelaida hubiese dirigido con preferencia la atencion del real educando hácia la Italia y hácia Roma, en lo cual la apoyaba y favorecia el ilustre protector del príncipe, el monje Gerbert. En efecto es creible que la elegante Teofania echase de menos á Bizancio cuyo lujo y sensual civilizacion contrastaban con la ruda é inculta Alemania del siglo décimo; en cuanto á la Italia, todas las miradas de los soberanos, desde Carlomagno, se hallaban fijas en ella por los intereses ambiciosos que representaba y por las discordias que ensangrentaban las tumultuosas repúblicas de la península. De todos modos es una gloria para ambas emperatrices el haber confiado la educacion del jóven Oton al mas grande hombre de la época, al francés Gerberto de Aurillach, cuyo vasto genio abrazaba todas las ciencias, y el cual se habia elevado tanto sobre sus contemporáneos por su espíritu inventivo y su habilidad práctica, que era acusado de magia.

Lo cierto es que esta educacion estuvo muy lejos de ser funesta,

pues de todos los príncipes que han amado la patria alemana, como dicen nuestros vecinos, ninguno ha mostrado dotes superiores á los de Oton III, si bien su prematuro fin no le permitió realizar todo aquello de que parecia capaz; mostróse siempre respetuoso y dócil para con su abuela, y manifestó un constante afecto á su maestro Gerbert, tanto que cuando en 994 fué este depuesto de la silla de Reims viéndose obligado á salir de su diócesis, le llamó á su lado. La amistad del sabio y anciano maestro y los esperimentados consejos de la santa emperatriz acabaron de formar al jóven Oton, á quien muchos de sus contemporáneos llamaron la maravilla del mundo, al paso que otros le concedian únicamente un carácter aventurero y un alma llena en demasía de los recuerdos de la Grecia y de la Roma antigua. Despues de haber derrotado á las tribus bárbaras en las orillas del Elba y del Oder, marchó el emperador á prestar el apoyo de sus armas al papa Juan XV contra Crescencio, tirano de Roma; Oton atravesó tranquilamente y sin incidente notable toda la Italia septentrional, y luego entró en Roma donde fué coronado, con grandes aclamaciones, por su primo Bremon, que bajo el nombre de Gregorio V acababa de suceder á Juan.

Puesta en la cumbre del poder y universalmente respetada, Adelaida solo pensó en hacer bien á los que le habian hecho mal; sus calidades todas eran de un alma verdaderamente cristiana; sus gustos sencillos y piadosos, é introdujo en su palacio la regularidad de un monasterio; para imitar á Jesucristo, quien rico de los tesoros de la Divinidad habia adoptado la pobreza de nuestra naturaleza, vestíase humildemente consagrando los objetos preciosos al alivio de los pobres, al adorno de las iglesias y á la pompa del culto religioso; liberal en sus limosnas era tambien asidua en el ayuno, en la lectura, en las vigilias y en la oracion, sin que sus prácticas religiosas le hicieran olvidar los intereses del imperio; á pesar de su avanzada edad, entregábase al trabajo con un valor y actividad infatigables, pues el poder le pareció siempre un orígen de penosas obligaciones en vez de un título para entregarse al reposo y á la molicie. Firme en la justicia, amable pero reservada en el trato ordinario, era buena con nobleza y severa sin ogullo, como todos aquellos que saben ejercer su autoridad, no para el triunfo de su vanidad sino para dicha de sus subordinados.

La piadosa emperatriz se ocupó de los bárbaros que cercaban la frontera septentrional del imperio, y trató de hacerles partícipes de la

luz del Evangelio y de los beneficios de la civilizacion; los rugios, tribu eslava, que habitaba á orillas del Oder y del Wiper fueron especialmente objeto de su solicitud; este pueblo habia resistido á las predicaciones de muchos misioneros, y la sencilla verdad sembrada entre ellos habia sido en breve destruida por las groseras supersticiones idólatras que profesaban; Oton el grande no pudo convertirlos, á pesar de haberles enviado un santo apostol en la persona de Adalberto, despues obispo de Magdeburgo; las tentativas de Adelaida quedaron igualmente sin resultado inmediato, pero se puede creer que su caridad no fué estéril y que Dios la tuvo en cuenta á los rugios, pues algun tiempo despues se sentaron en el banquete de la fé junto con todas las grandes naciones de Europa.

No menos inteligente que piadosa, Adelaida favoreció el establecimiento de monasterios, tan útiles entonces á la religion y la sociedad; mandó construir muchos á sus espensas dotándolos ricamente, en diferentes puntos del imperio donde se hallaban sepultados sus deudos, sintiendo aquella esquisita ternura que consagra el cristianismo en el seno de las familias; las plegarias de los monjes deben hacer mas dulce al alma de los muertos el tiempo que pasa esperando la resurreccion; llevada por este sentimiento la santa emperatriz erigió monasterios en Palermo, en Pavía y en Magdeburgo donde descansaban su madre Berta y sus esposos Lotario y Oton el Grande. Previendo quizá que debia morir en el monasterio de Seltz y que este seria la última posada en que descansaria en su viaje hasta la eternidad, miróloo siempre con particular amor; invirtió en él cuantiosas sumas, y á fin de que fuese tan rico en virtudes como en su construccion, colocolo bajo la regla de san Benito, tan floreciente en aquella época; su solemne consagracion fué hecha por Vilderod obispo de Estrasburgo, y los religiosos que residieron en él fueron para toda la comarca un objeto de edificacion.

Tantas buenas obras hicieron á Adelaida agradable á Dios, quien se dignó honrar con varios prodigios las virtudes de su sierva. Cuéntase que cierto dia que no pudo hacer ella misma la distribucion de sus limosnas, hizo que la reemplazase un religioso cerca de los hijos dolientes de Jesucristo; aquel dia los pobres acudieron en tan gran multitud que se hallaron ser mas numerosos que las monedas de plata; el religioso temió no poder dar á todos, pero á pesar de esto continuó la reparticion, y por los méritos de Adelaida, se vió ausiliado por aquel

milagroso poder que alimentó antiguamente en el desierto á muchos miles de hombres con cinco panes y algunos peces, y que sin cesar alimenta y sostiene á la muchedumbre de hombres esparcidos por toda la superficie de la tierra; hubo tantas monedas de plata como pobres se presentaron y ninguno se retiró con las manos vacías del palacio de la princesa. Este suceso fué como una imágen visible de lo que hace Dios en nuestro favor sobrenatural, pues todos indistintamente tenemos parte en la magnífica limosna de la Encarnacion, y nadie ha solicitado jamás en vano la misericordia de nuestro Padre que está en los cielos.

Otras veces se mostraba el porvenir á los ojos de nuestra santa, y Dios ponia en sus labios palabras proféticas; así fué como supo de antemano las desgracias que debian caer sobre su familia. Hallábase en la mesa; todos los convidados admiraban su modestia y su reserva, respetando la preocupacion en que parecia abismada; de repente, ya fuese por una revelacion superior, ya por un simple presentimiento, como sucede algunas veces en la proximidad de grandes infortunios, se conmueve, y sobrecogida de espanto, esclama:

»Ay! Ay! muchos morirán en breve! entre ellos estará Oton! ¡Ay! evitadme los dolores de esta vida!» Efectivamente los acontecimientos justificaron estas palabras; despues de su coronacion emprendió Oton III el camino de Alemania, y Crescencio aprovechó su ausencia para restablecer su influencia en Roma y promover nuevas turbulencias; al saberlo el emperador retrocedió, venció á los rebeldes y mandó decapitar al principal culpable; sin embargo el inveterado odio de los italianos contra la Germania debia sobrevivir á Crescencio y estalló una terrible sedicion contra el emperador, el cual se vió sitiado en su palacio; libre con gran pena, trataba de atravesar los montes para hacer nuevas levas de tropas, cuando murió casi repentinamente á la edad de veinte y dos años; con su muerte sus hermanos quedaron sin defensa, el imperio fué presa de ambiciones rivales, la Italia recobró su independencia y corrieron torrentes de sangre. Estos sucesos no se verificaron hasta dos años despues de la muerte de Adelaida, pues Dios oyó sus oraciones y no permitió que asistiese al espectáculo de tantas ruinas.

Adelaida pasó los últimos años de su vida en peregrinaciones y en ejercicios preparatorios para la muerte; visitó el sepulcro de san Víctor, en Ginebra, y el de san Mauricio en el monasterio de Agaune,

donde descansaban los restos de su hermano Conrado rey de Borgoña; contribuyó generosamente á la reedificacion de la iglesia de San Martin de Tours que acababa de ser devorada por un incendio, uniendo á su ofrenda una parte del magnífico manto que habia llevado su hijo Oton, á fin, dice, de que el ilustre taumaturgo interceda por mí, emperatriz por la gracia de Dios, pero pecadora por mi naturaleza. Los sentimientos de penitencia, el desprecio de las cosas terrestres y los deseos del cielo le inspiraban aquella grande tristeza que tan bien sienta á los desterrados y á los cautivos, pues este mundo no es nuestra verdadera patria y para el alma cristiana es el cuerpo una lóbrega cárcel.

Aldalberto, piadoso obispo de Magdeburgo, poseia toda la confianza de la princesa, y sirvióse de ella para afirmar en la fé á los eslavos recientemente convertidos, al mismo tiempo que dirigia á Adelaida por la vias de la piedad; al morir el virtuoso arzobispo, recurrió la primera á los consejos de san Mayeul y de san Odilon, abades ambos de Cluni; y despues de Dios, pudo decirse que debió á estos tres hombres su progreso en todas las virtudes cristianas, así es que abrigaba hácia ellos un reconocimiento lleno de veneracion. Un dia en que san Odilon se hallaba en su presencia, levantó los ojos hácia él y se echó á llorar, luego inclinándose con humildad besó el hábito del monje y le dijo con efusion: »Hijo mio, rogad por mí; sabed que nos vemos por última vez; recomiendo mi alma á la memoria de los hermanos.»

En efecto no debia tardar en abandonar este mundo; hasta el fin de su carrera sostuvo siempre la carga de los negocios públicos, como los atletas cuyo valor aumenta á medida que ven mas próxima la victoria. Su soberano Rodolfo III, rey de Borgoña, habia perdido el afecto de sus súbditos, y el espíritu de insubordinacion se hallaba alimentado por la presencia de los sarracenos en los Alpes y en la Provenza; sin pérdida de tiempo y sin temer las fatigas de un largo viage Adelaida marcha al teatro de las turbulencias, y calma la irritacion de los rebeldes con el ascendiente de aquellas palabras que inspiran la edad, las nobles calidades y la virtud; fué seguramente un hermoso espectáculo ver á aquella mujer respetada y obedecida por los rudos y belicosos borgoñones del siglo décimo, resistiendo con su fuerza moral á los huracanes políticos y consolidando un trono que las armas solas no hubieran podido sostener. Es cierto que Rodolfo,

como todos los reyes y emperadores de su tiempo, se vió obligado á dejar vivir el feudalismo hallándose rodeado de vasallos mas ó menos independientes; pero á lo menos conservó la corona y pudo reinar aun treinta años.

Tan penoso viaje y los trabajos que fueron consecuencia del mismo vencieron y agotaron las fuerzas de la emperatriz; corria entonces el año 999; Gerbert con el nombre de Silvestre II habia sucedido al papa Gregorio V, de la familia imperial, y una hija de Othon el grande, Matilde, abadesa de Quedlimburgo, abandonaba este mundo; todo desaparecia al rededor de Adelaida; en el aniversario de la muerte de su hijo quiso como de costumbre repartir ella misma á los pobres abundantes limosnas; débil y enferma ya, se fatigóen estremo; aquella noche se apoderó de ella una violenta fiebre, y algunos dias despues no quedaba esperanza alguna de curacion. Nada puede compararse á la tranquilidad y dulzura de los últimos momentos de aquella vida tan agitada por los reveses, tan trabajada y laboriosa; entregada enteramente á Dios, Adelaida se unió con fervor á las oraciones que la Iglesia recitaba sobre ella al administrarle los sacramentos de la Estrema-uncion y de la Eucaristía; su deseo era morir el dia de la fiesta de Navidad, con la piadosa esperanza de nacer para la vida de la gloria el dia en que el Hijo de Dios vino á darnos la vida de la gracia; mas su felicidad se anticipó y murió, el dia 16 de diciembre en su monasterio de Seltz, á orillas del Rhin.

La Francia que habia tenido mas de una vez ocasion de admirar las virtudes de Adelaida, la lloró sinceramente, y la Alemania se cubrió de luto. La posteridad ratifica el juicio de los contemporáneos y la Iglesia lo consagra; es verdad que el nombre de nuestra santa no se lee en el martirologio romano, mas la gratitud y el ilustrado patriotismo del clero y de los fieles de Alemania lo han invocado siempre religiosamente, á la vista de todo el orbe católico; aun en el dia sus reliquias, depositadas en una magnífica urna que forma parte del tesoro de Hanover, son veneradas por los católicos de Sajonia. Además la historia de su vida escrita por su contemporáneo san Odilon contiene muchos milagros obrados por la intercesion de la santa, que escitaron y justificaron á la vez la confianza de los pueblos.

Tal fué Adelaida, hija de rey, esposa, madre y abuela de emperadores, grande mas que por todas estas calidades por la resignacion y virtud de que dió ejemplo en medio de las dolorosas vicisitudes que

agitaron su vida, la cual, admirable en el siglo décimo, hubiera honrado las mas ilustres épocas, y nuestros contemporáneos se elevarian imitándola. Su muerte fué preciosa delante á Dios, quien sujeta á los hombres al crisol de una corta tribulacion, solo para hacerles merecer y adquirir goces imperecederos.

ELISABETH



SANTA ISABEL

MADRE DE SAN JUAN BAUTISTA.

ANTES que el Hijo de Dios bajase del seno del Eterno á redimir al hombre del pecado; cuando el mundo yacia envuelto en la tenebrosa noche de la idolatría; cuando regia la ley antigua, lazo sagrado que debia unir el mundo antiguo con la nueva era de regeneracion y de ventura, y poco tiempo antes de cumplirse las profecías que anunciaron la venida del Salvador; vivieron con santidad perfecta y alcanzaron los beneficios de la ley de gracia algunos seres privilegiados, cuya descendencia debia ser elegida por el Altísimo para anunciar la próxima redencion del género humano.

Ninguna mujer despues de María, la purísima Madre de Jesus, brilla con una auréola tan radiante de santidad y de gracia como la gloriosa santa Isabel, madre del Bautista y esposa del profeta, sacerdote y mártir Zacarías. Pertenecia á la tribu de Aaron y era prima de la Reina de los ángeles y Madre de Dios, sin pecado concebida; santa Ana y santa Esmeria fueron hermanas é hijas de Agarni; de santa Ana nació la Vírgen María y de Esmeria Isabel y Eliud. Este parentesco sagrado la eleva hasta las gradas del trono celestial, siendo considerada por toda la cristiandad como objeto de especial

devocion; sus altares gozan el privilegio de atraer las preces de todas las madres, cuyo corazon arde en ese fuego divino que les arrastra al sacrificio de su dicha para servir de apoyo y de guia á los hijos que el cielo les da para prueba ó para consuelo.

Santa Isabel fué la mas feliz de las madres; las lágrimas que virtió por el santo hijo que debia asombrar y regocijar al mundo con sus profecías, fueron un bálsamo celeste que alivió su corazon como el rocío que vierte la aurora sobre las marchitas flores; las penas y las persecuciones, su fuga al desierto, los temores y sobresaltos que llenaron su alma de amargura, convirtiéronse pronto en alegría y ventura, en paz y calma, cuando vió mas tarde en su hijo el precursor del que bajaba del cielo á terminar la noche de la ignorancia y del pecado con el sol de la nueva vida.

¿Puede anhelarse gloria mayor que ser madre del escogido de Dios para anunciar al mundo la proximidad de su dicha? Los mismos historiadores de Jesucristo lo son tambien del hijo de Isabel. San Lucas evangelista empieza su Evangelio diciendo que siendo rey de Judea Herodes Ascalonita, existia un sacerdote llamado Zacarías, casado con una mujer cuyo nombre era Isabel. Ambos, dice, eran justos y guardaban estrechamente la ley de Dios, sin que nadie tuviese contra ellos el menor motivo de queja ó agravio; pero no habian logrado la dicha de ver en sus brazos ningun fruto de su santo amor porque Isabel era estéril y porque ambos habian llegado ya al helado umbral de la vejez. Hallándose un dia Zacarías ofreciendo incienso al Señor ante el altar, y todo el pueblo estaba orando, cuando se le apareció un ángel en el lado derecho del altar, inundando de resplandor y ambrosía el templo, y sumiendo al sacerdote con una inesperada aparicion en mudo y medroso asombro. El ángel abrió sus labios y dejó á Zacarías con dulcísimo acento:

—No temas, Zacarías, tu oracion ha llegado hasta el trono de Dios, y tu esposa Isabel dará á luz un hijo, al que llamarás Juan, y que será causa de regocijo y alegría, y muchos se alborozarán con su nacimiento, porque será ante el Señor el mayor entre los nacidos de mujeres. No beberá vino ni nada que pueda embriagar, y será lleno de Espíritu Santo desde el seno de su madre.

Nadie ignora la duda que asaltó el alma de Zacarías al oir de boca del paraninfo tan venturosa revelacion. El ángel san Gabriel, que era el mensajero divino de tan fausta nueva, respondió á Zacarías culpando

su incredulidad. En castigo de su culpa Zacarías perdió el habla, y dejó este portento sumido en admiracion y en espanto al pueblo reunido en el templo.

Antes de dar Isabel á luz al hijo concebido por mediacion celestial recibió una visita, que forma una de las mas bellas y milagrosas escenas de su gloriosa vida. La purísima virgen María y madre ya del Criador, á impulso del Espíritu Santo que sobre ella habia derramado un tesoro de inefables gracias, determinó ir á visitar á su prima Isabel para darle el parabien por la merced que Dios le hacia, dándole un hijo despues de tantos años de triste esterilidad, y cuando la vejez habia ahuyentado la última esperanza de una dicha tan suprema.

Cuando la Vírgen entró en casa de Zacarías, se adelantó con humildad á saludar á Isabel, y cuentan los divinos historiadores de esta escena de puro y fraternal cariño, que en el momento de penetrar en los oidos de su prima las palabras de la madre del Redentor, se estremeció en el seno de su madre san Juan Bautista, declarando de este modo, con inspiracion del Espíritu Santo, lo que no podia esplicar con palabras. Este movimiento y el regocijo del sér que llevaba en su seno manifestaron á Isabel el misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios, é iluminada repentinamente por un rayo celeste de inspiracion profética, le dijo aquellas sublimes palabras, que repite el cristiano en sus oraciones:

—Bienaventurada eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. ¿Por qué merecí que venga á verme la madre de Dios?

La purísima Vírgen respondió á las alabanzas de su prima reconociendo las gracias del Señor, y entonando uno de los himnos mas sublimes y magníficos que puede elevar al cielo el alma al admirar la grandeza de Dios y sus inefables misterios.

María permaneció tres meses en casa de su prima y regresó á Nazaret.

Isabel dió á luz á san Juan Bautista el 24 de junio, seis meses antes del nacimiento del Señor.

La alegría de este don del cielo debia oscurecerse bien pronto por los mas amargos pesares que pueden martirizar el corazon de una madre: es conocida de todos la desesperacion y rabia que causó á Herodes el ver frustrados sus deseos de hablar á los reyes magos, pues cuando les esperaba de regreso de Belen para que le diesen noticia

del niño recien nacido llamado Jesus, nuestro Salvador, ellos tomaron otro camino al dirigirse á sus reinos, como refiere el evangelista san Mateo; pero la voz pública que lleva en sus alas las nuevas infaustas con la rapidez del rayo, llegó hasta los oidos de Isabel llenando de inquietud y con la alarma su maternal cariño.

—Herodes, le dijeron los amigos para prevenirla y los enemigos para gozarse en su dolor, busca tambien á vuestro hijo, y pronto los verdugos del tirano os le arrancarán de los brazos para hundir un acero en su tierno pecho.

El terror que se apoderó de su alma al pensar en su sangrienta suerte que amenazaba al ser que mas amaba en el mundo, le dió fuerzas para abrazar un partido desesperado, y estrechando convulsivamente en sus brazos á su hijo, abandonó su casa, huyó de la ciudad sin reflexionar con la desnudez é inhospitalidad del desierto, y no amainó su rápido paso hasta llegar á lo mas fragoso de un elevado monte de Judea. Aun en medio de la soledad y del silencio creia oir la voz amenazadora de sus asesinos, y no le intimidaban los rugidos de las fieras, pues creia encontrar mas compasion en ellas que en el empedernido corazon de sus perseguidores.

Pronto conoció que habia sido inútil su fuga, que la fragosidad del monte no era bastante para guarecerla; los ecos del viento trajeron hasta sus oidos la lejana voz de los asesinos, y aunque mujer y débil, el amor que le inspiraba el tierno sér que estrechaba contra su regazo, la inspiracion divina que le hacia prever en su hijo un profeta glorioso, un santo escogido y uno de los hombres mas amados de Dios, y finalmente el instinto de la conservacion que con tan poderosa voz habla en el alma de los mortales, reconcentraron sus débiles fuerzas, le dieron ánimo y resolucion y abandonó el monte para continuar su desesperada fuga.

¿Qué madre vulgar no hubiera hecho los mismos esfuerzos en tan doloroso conflicto? ¿Pero cuánto mas grandes y heroicos no debieron ser los de una mujer como Isabel, predestinada para ser en lo venidero un ejemplo de las madres cristianas? ¿Una mujer que habia concebido por milagrosa intercesion del cielo y que miraba en el tierno niño que salvaba, uno de los mas terribles enemigos del averno, el mensajero del Redentor del mundo, el nuncio feliz de la nueva era y de la promesa de Dios á los hijos del mundo abismados en las tinieblas del pecado, el profeta del desierto, en fin, que debia verter sobre la frente

humillada bajo el peso del pecado original el agua purísima del bautismo? El dolor de Isabel era inmenso y desgarrador.

El cansancio paralizó su cuerpo, faltóle el aliento para huir, y postrándose humildemente en tierra, alzó sus ojos bañados en lágrimas al cielo donde está nuestra última esperanza en los males de este mundo, donde está sentado el juez justo y bondadoso, donde está el consuelo de nuestra afliccion, y le dirigió la mas humilde plegaria.

»Señor omnipotente, le dijo, dignaos lanzar una de vuestras miradas á esta vuestra sierva fiel que os ama, y salvad á mi hijo.»

Esta oracion subió en las alas de un ángel hasta las gradas del Eterno, que se dignó escucharla en su bondad suprema; sí, las escuchó y al instante—en prueba de la fuerza que ejercen las oraciones del justo y lo inmensas que son las maravillas de Dios — se abrió el monte cuando los verdugos de Herodes estaban ya á pocos pasos de su víctima, ocultando en su negro centro sin lesion alguna á Isabel y á su tierno hijo, y quedando burlados los asesinos. En vano recorrieron estos las malezas, comó el cazador que persigue la fiera estraviada, en vano recordaron haber visto pocos momentos antes á la infeliz madre con la víctima de cuya pura sangre estaban sedientos, en vano, en fin, dudaron de su razon y de sus sentidos sin reflexionar que una desaparicion tan repentina solo podia ser obra milagrosa de Dios; abandonaron el monte lanzando horribles imprecaciones, pero jurando volver para examinar aquel retiro, hoja por hoja, peña por peña. Tan feroz era el afan que infundia el genio del mal al tirano Herodes y á sus crueles verdugos!

La oscura cueva donde la milagrosa misericordia de Dios albergó á Isabel y al Bautista se convirtió por un nuevo previlegio, que prueba cuán grata era para el cielo la existencia de aquellos dos seres, en una mansion deliciosa y capaz de hacer olvidar las riquezas de la tierra. Una luz suave y celeste iluminaba el antro tenebroso, un ángel encargado por el mismo Dios para hacerles mas llevadera la prision, los custodiaba con amorosa solicitud y les proporcionaba cuanto era necesario para conservar su humana vida.

Así pasaron mucho tiempo la madre y el hijo, abismados en un éxtasis dulce y de pura delicia, gozando anticipadamente un destello de la gloria que el Señor les reservaba para cuando lanzasen el postrer aliento, y desprendida el alma de su cárcel mortal, volase en etéreas alas hasta el trono del Altísimo. Merced insigne que demuestra

la grandeza y la importancia de la mision que la divina gracia tenia reservada á Isabel y á su glorioso hijo!

Pasada la tormenta de la persecucion, y cuando Dios creyó que no debian temer ser cautivos de los verdugos de Herodes, abrió la piedra dura que se habia desgajado con su milagroso aliento, y el tierno profeta fué conducido en brazos de su madre á los Esenos, hijos de los profetas, á cuyo lado se educó hasta la edad de siete años. Los Esenos ó descendientes del patriarca Elías, eran unos piadosos solitarios que habian edificado en las montañas numerosos monasterios y ermitas donde vivian entregados á la oracion y observando una vida monástica. Estos santos varones fueron los precursores de los que en la ley de gracia fueron en el retiro y la soledad modelos de cristianas virtudes. Por esta razon se reconoce al hijo de Isabel por príncipe del estado religioso y monástico y le venera la Iglesia viendo en él, como Elías fundador de la vida eremítica en la ley escrita, el fundador glorioso en la ley de gracia.

No fué, empero, esta la última calamidad que destrozó el corazon de santa Isabel; Dios en sus sublimes y misteriosos arcanos queria probar su alma con duros golpes para hacerla mas digna de la gloria y dar mas realce á sus virtudes.

Cuando Isabel huyó á la montaña para salvar á su hijo de los verdugos del enfurecido tirano, el santo sacerdote Zacarías se quedó solo en su casa y no se resolvió á abandonar el templo, donde le retenia con sagrados deberes su sagrado ministerio. Herodes envió sus satélites sedientos de la sangre de san Juan Bautista, y encontraron al santo sacerdote en ademan tranquilo y resignado.

—Venimos, le dijeron, de parte del poderoso Herodes tu señor, para que nos entregues á tu hijo ó nos digas su paradero.

Zacarías no respondió á esta pregunta, y su gravedad y silencio irritaron los ministros del tirano. Desplegó por fin sus labios y les contestó que ignoraba dónde estaba su hijo.

Efectivamente, no lo sabia, y el espíritu de profecía que Dios habia infundido al santo Zacarías no pudo en aquel momento dictarle el secreto del milagroso retiro que albergaba á Isabel y al Bautista.

Indignado Zacarías por el feroz designio que guiaba á los mercenarios aduladores de Herodes, se levantó de su asiento con ademan sublime y esclamó con acento inspirado:

»Retiraos, no mancilleis con vuestra presencia esta mansion tran-

quila donde solo viven seres inocentes y pacíficos que en nada han ofendido á vuestro soberano. Decidle que Dios ve con horror las escenas sangrientas que entristecen á su pueblo, que su crueldad y tiranía serán castigadas cual merecen por el Vengador de los buenos, y que en vano luchará por derramar la preciosa sangre de Cristo recien nacido, verdadero Rey de Israel é Hijo de Dios, bajado al mundo para realizar las promesas que el cielo ha hecho por boca de sus profetas.»

Los ministros de Herodes volvieron al palacio de su señor y le repitieron con enojo las palabras y acriminaciones del anciano sacerdote. ¿Quién podrá describir el furor que se apoderó del tirano y los horribles planes que meditó para vengarse?

Cuando llegó la noche y mientras Zacarías se hallaba en el templo dedicado al servicio de su sagrado ministerio, los mismos mensajeros de la cólera de Herodes que habian ido antes á pedir al anciano su hijo, entraron secretamente en el templo empuñando sus desnudas espadas.

Antes que el sacerdote pudiera exhalar un grito ó una súplica, cayó traspasado de heridas y envuelto en sangre, cuyos regueros mancharon con horrible sacrilegio la santa morada; y murió cerca del altar en donde fué criada la santísima vírgen María, concebida sin pecado desde el dia de su presentacion. La noche guardó en sus tinieblas el secreto de tan horrible crímen, y cuando á los primeros albores del siguiente dia acudieron al templo los demás sacerdotes, en vano esperaron estos á Zacarías para entrar en el santuario; el silencio tan solo les respondió.

Llenos de asombro al ver que trascurrian las horas acostumbradas, y que Zacarías no aparecia para introducirles en el santuario, uno de ellos se atrevió á cruzar el umbral sagrado; y quedó mudo, inmóvil y poseido de espanto ante el espectáculo que se ofrecia á sus ojos. Zacarías estaba tendido en el pavimento, víctima del hielo de la muerte, y la sangre que habian derramado las heridas del santo sacerdote se habia aglomerado y endurecido como una piedra.

Oyóse entonces una voz descendida del cielo que gritó:

»Aquí han muerto á Zacarías y su sangre no se borrará de Israel hasta que se alce el que ha de vengarle.»

El sacerdote salió aterrado del santuario, contó á los demás, que impacientes le esperaban, lo que habia visto y oido, y al mismo tiem-

po se estremecieron de secreto espanto, y resonó en los aires un estruendo misterioso y horrible, como si rechocasen entre sí todas las piedras del templo.

Pasado el primer momento de pavor, entraron todos al santuario para recoger el cuerpo helado de Zacarías; pero en vano lo recorrieron todo con asombro; no lo hallaron. La Providencia habia arrebatado sus gloriosos restos, y trascurrieron muchos años, cuando apareció de un modo milagroso en el mismo templo de Jerusalen, donde yació mucho tiempo en honrosa sepultura.

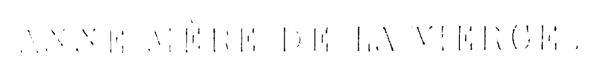
Tuvo lugar su glorioso martirio el dia 5 de noviembre del año 1.° del Señor.

Ignórase cuánto tiempo tardó santa Isabel en seguir al sepulcro á su esposo, y aunque hay respetables autoridades que afirman que murió en la cueva donde se refugió huyendo de los asesinos de su hijo san Juan Bautista, en cuya custodia dicen que permaneció un ángel, no obstante la Iglesia le señala el mismo dia del martirio de su santo esposo.

Escribieron la vida de estos dos modelos de esposos y padres del Bautista san Lucas en su Evangelio, cap. I; Beda, Usuardo, Adon y otros padres de la Iglesia; los griegos en su Menologio; san Epifanio y otros.

Baronio afirma en sus anales que hay autores, cuyos nombres cita, que han visto en las ruinas del templo de Jerusalen las piedras manchadas con la sangre del esposo de santa Isabel. Todos los fieles dedican una especial devocion á la santa, cuya historia acabamos de bosquejar, y la proteccion que implora con fruto sirve para demostrar los milagros que obra su nombre, al mismo tiempo que el relato de sus virtudes y padecimientos es consuelo de madres afligidas y un modelo para las esposas cristianas.

Imp. Chardon aîné et fils 30 R. Hautefeuille Paris





SANTA ANA

MADRE DE NUESTRA SEÑORA.

La Iglesia se complace en presentar como tipo perfecto del matrimonio á los santos padres de la purísima Vírgen, que estaban destinados á llamar hijo suyo al mismo Dios. En vano el paganismo ha luchado en medio de sus estravíos filosóficos para hallar en dos seres unidos por los lazos terrestres las virtudes que debian formar el núcleo de la familia cristiana, redimida de las cadenas que la sujetaban por el Salvador del mundo. La mujer, que en la sociedad antigua sufria el oprobio y la esclavitud del hombre y las leyes brutales de la fuerza, aparece ya en santa Ana, adornada con las gracias y virtudes de la esposa libertada de la servidumbre, y anuncia á la madre y á la esposa, que personificadas en la madre y esposa de Dios, habian de ser guia de la niñez, consuelo del esposo, adorno de la sociedad y sér privilegiado en la tierra. La madre de la Vírgen rompe el primer eslabon de la cadena que cae á pedazos bajo las plantas de la esposa del Redentor; el hombre depone su antigua dureza y tiranía, ve en la que sigue á su lado el camino de la vida, no una esclava, sino una compañera, y santa Ana y san Joaquin constituyen el matrimonio mas santo y mas amado de Dios.

Estas mismas reflexiones arrancaron á muchos santos gloriosas alabanzas en honor de los esposos mas perfectos que han vivido en la tierra. San Juan Damasceno esclama en una parte de sus obras: —»¡Bienaventurada union de Joaquin y Ana que mereceis la devocion y la gratitud de todas las criaturas! Por vosotros ofreció el Criador el don mas supremo y grande de cuantos hay en el mundo, el don de reconocer por digna de su Criador á la castísima madre de Jesucristo. Venturosos Joaquin y Ana, por el fruto de vuestra santa union demostrais que sois inmaculados, pues, segun dijo el Señor: *los conocereis por sus frutos*. Vuestra vida fué agradable á Dios, cual era digna que la hiciesen los padres de la mas pura de las hijas y los que diesen al mundo el tesoro de la virginidad.»

Escasas son las noticias que de la vida de santa Ana nos ha conservado la historia; á pesar de la santidad y virtudes que adornaron á la madre de la Vírgen, y de la mision sublime y gloriosa que Dios concedió á la que un dia debia ser respetada del mundo y privilegiada en el cielo, apenas hacen mencion de ella y de su esposo las santas Escrituras. Parece que la Providencia en sus misteriosos y sabios designios quiso que sus nombres quedasen oscurecidos por el brillante y purísimo nombre de su hija. ¡Acaso dió á entender que la grandeza y gloria de María procedia de Jesucristo, por quien estaba exenta de pecado original!

Santa Ana fué, como su esposo, nobilísima y santa, pero no alcanzó la gracia que su hija, la cual salió de su seno y fué concebida sin mancha, lo cual acaba de proclamar como dogma la Iglesia por medio del pontífice Pio IX, que venturosamente ocupa la silla del jefe de los apóstoles. Es gloria envidiable y suprema, no obstante, la de llamarse madre de la Reina de los ángeles, y esta sola circunstancia la hace merecedora de la admiracion de los cristianos y de recordarse de los rasgos que de su vida han legado varios autores á la memoria de los siglos.

Santa Ana nació en Belen, y sus padres se llamaban Estolano ó Gaciro y Emerencia. Pasaron los años de su infancia en su ciudad natal, siendo la delicia de los que le dieron el ser, y cuando llegó á la edad mas risueña de la vida, se casó con san Joaquin, que era tambien galileo y de la ciudad de Nazaret. El esposo, que debia participar con ella de la dicha envidiable de llamar con el nombre dulce de hija á la mas pura y llena de gracia entre todas las mujeres, era de linaje real,



el mas ilustre de Judea, lo mismo que santa Ana, porque pertenecia á la tribu de Judá y era descendiente del rey David. Era tan notable la castidad y demás virtudes que brillaron en él desde su mas tierna infancia, que cuantos oian sus santas é inocentes palabras y admiraban la rectitud y pureza de sus acciones, podian pronosticar fácilmente que el cielo le habia dado el sér para llevar á cabo en la tierra una mision sublime y provechosa para todo el género humano.

Crece de punto esta particular tendencia de Joaquin á las santas costumbres, cuando se considera que muchos años antes de nacer, la bondad divina se dignó revelar su nacimiento y el nombre con que habian de conocerle los hombres. Dios indicó á los sabios de la ley, segun refieren antiguos rabinos cuya autoridad es respetable, que el padre de la mujer inmaculada que debia llevar en su seno al Mesías, tendria por nombre Joaquin. El significado de esta palabra es un testimonio evidente de la santidad del esposo de santa Ana, del que debia dar el dulce nombre de hija á la esposa y madre del Salvador del mundo. Joaquin significa »preparacion del Señor,» lo cual revela claramente que por él se prepararia el templo del mundo, el templo purísimo alzado al seno de la Vírgen para albergar á Dios en la tierra y servir de adoracion á los hombres redimidos.

Santa Ana estaba adornada de iguales virtudes y era admirada en Belen, su patria, de todo su sexo, gozando el venturoso privilegio de ser señalada como norma y ejemplo por las madres á sus hijas. Aunque la castidad era la prenda que mas brillaba en la madre de la Vírgen, aunque su alma habia aspirado á conservar su pureza hasta la muerte, despreciando con heroica resolucion los hechizos del mundo, reprimiendo los impulsos del corazon y de la juventud como de enemigos de la felicidad y de la paz, dió la mano de esposa á san Joaquin porque conoció con grato alborozo que animaban á este los mismos sentimientos que la separaban á ella de las delicias terrenales desde la niñez. El casto lazo que le unia al hombre amado, no la apartaba de la santa vida que prometiera seguir siendo doncella, y solo por amor de Dios se prestó á las exigencias de su nuevo estado.

Los santos esposos unieron sus almas confundiéndolas en una con puro y deleitoso amor, y cumplieron con los deberes del matrimonio sin los escesos de la pasion; fueron como dos ángeles en la tierra, pasando sus dias espiritualmente y sin descender á los goces materiales, tras los cuales se lanza con tanta avidez la humanidad, para

recrearse en ellos, conociendo los raudales de ventura y de paz que proporciona la castidad, y las privaciones de todo lo que no está impregnado con el hábito mortal de la materia.

Santa Ana hizo de sus bienes el uso que mas se adapta á unas almas tan perfectas como la suya y de su esposo; empleábalos en obras piadosas, y ambos esperimentaban al dar á los pobres y enfermos lo que podia proporcionarles comodidad y riqueza, tanto placer y tanta satisfaccion, como sentian los demás valiéndose del oro para rodearse de lujo, admiracion y aduladora servidumbre.

Así llegaron á la vejez ambos esposos, amados y respetados por su devocion y su vida ejemplar, ofreciendo san Joaquin continuos sacrificios y oblaciones al Señor en su santo templo, y dando uno y otro abundantes limosnas y ejercitándose en la hospitalidad con los peregrinos.

Esta vida era ciertamente feliz y parecia bendecida por el cielo; pero un pesar turbó, no obstante, la paz de tan perfecto matrimonio. La esterilidad era reputada entre los judíos por una afrenta, los cuales creian que las faltas de los casados se atraian la ira de Dios, que no les concedia las inefables delicias de la paternidad; creian además que los que morian sin dejar descendencia en la tierra eran malditos y su recuerdo un oprobio. Por esta razon san Joaquin y santa Ana vieron llegar la vejez con dolor y vergüenza, y oraron con fervorosas lágrimas dia y noche pidiendo al cielo un hijo que los librase de su afrenta. Siendo vanos todos sus ruegos y oraciones, hicieron el voto de dedicar á Dios el anhelado sér que les concediese por hijo.

La esterilidad de santa Ana fué como una preparacion al milagro que debia engendrar el mas portentoso y fausto de los milagros.

Dirigíanse al templo los dos esposos á celebrar la fiesta de las Encenias, y era tan inmenso el gentío que de toda Jerusalen se apresuraba á acudir á la sagrada ceremonia, que mas que nunca pudieron observar Joaquin y Ana el desprecio que inspiraban á los que en torno suyo y con maligna sonrisa publicaban la afrenta de su esterilidad. Esta reprobacion general llenó sus almas de tan intenso dolor, que cuando llegaron al templo, sus almas despedazadas se exhalaron en fervientes súplicas á Dios pidiéndole sucesion y consuelo para su oprobio. Y resueltos á conseguir esta gracia á costa de los mayores sacrificios y penitencias, san Joaquin salió de Jerusalen para retirarse á un desierto monte para orar, ayunar y sufrir hasta merecer el honor

que pedia ó ser víctima de su humilde obediencia á los justos fallos del Altísimo; y santa Ana se retiró tambien á un huerto retirado con el mismo intento.

Las súplicas y oraciones fervorosas de san Joaquin llegaron por fin hasta el trono del Señor, quien envió por mensajero de su gracia á un hermoso paraninfo que llenó de dulce consuelo y de inefable júbilo al modelo de los esposos.

Hacia cuarenta dias que el santo observaba un ayuno riguroso, capaz de agotar las fuerzas de otro mortal mas débil en la esperanza divina, cuando iluminó repentinamente el retirado sitio, donde se ocultaba un resplandor vivísimo y embalsamaron el ambiente fragancias desconocidas para los sentidos de los mortales. Vió al mismo tiempo á su lado un sér sobrenatural y angélico, cuya dulcísima voz resonó en el oido de Joaquin como una música deliciosa.

«Joaquin, le dijo el ángel, enjuga tu llanto y alégrate bendiciendo al Altísimo. Pronto vas á ver colmados tus deseos; tu esposa Ana concebirá sin mancha ni pecado una vírgen de hermosura y santidad celestial, escogida por Dios para madre suya, una vírgen purísima y llena de gracia que dará á luz al mundo al Mesías deseado por el pueblo, á quien se lo anunciaron los santos profetas, y que ha de llamarse María.»

Dijo, y alzando sus alas hácia el firmamento, el ángel desapareció como una vision, dejando en los oidos de Joaquin el eco de su delicioso acento y halagándole con una atmósfera de resplandor y de perfumes.

Igual revelacion tuvo santa Ana, y fué tanta la alegría de los esposos al recibir la promesa de Dios, que cayeron de hinojos adorando humildemente el justo remunerador y generoso Señor, que envia á los que quiere en la tierra, amándole y esperando en su clemencia, el rocío de gracia que reverdece el alma y cicatriza las heridas que abren en nuestro cuerpo los pesares.

Cuando los santos vieron cercano el momento de recibir en sus brazos la que el cielo habia destinado para ser madre del mismo Dios, bajado á la tierra con el benéfico intento de redimir á los hombres del pecado, derrocar la tiránina dominacion del genio del mal, é inaugurar con su pasion y muerte la era feliz de la regeneracion del mundo; cuando estos pensamientos llenaron su alma de asombro y de alegría;



cuando su corazon vió saciado su afan y lo inundó el amor y el respeto que les inspiraba su hija, no cesaban de dar gracias á Dios, de bendecirle con humilde devocion y de creerse los mas felices de los mortales.

Llegó por fin el momento tan deseado, y María nació en Belen, donde vivian los santos esposos. Diéronle el nombre que les habia mandado el ángel, y á los ochenta dias de su nacimiento santa Ana y san Joaquin se dirigieron á Jerusalen para cumplir con la ley de la purificacion y ofrecerla en el templo, donde hicieron con devocion y especial gratitud todas las oblaciones y sacrificios que exigia el rito de la ley antigua.

Santa Ana tuvo en sus brazos á su purísima hija durante los primeros años de la infancia, amándola con doble cariño que el resto de las madres, viendo en ella, además de un sér querido que despertaba en su corazon el sentimiento mas afectuoso y tierno, á la mujer escogida entra todas las demás para ser el tabernáculo sagrado del Señor, la adoracion y respeto de las generaciones venideras y la vencedora del dragon infernal, que habia lanzado á la humanidad en el abismo del pecado. Si el amor material es un sentimiento tan puro y tan grande y arrastra á los sacrificios mas heroicos en las mujeres mas vulgares, ¡cuán puro y sublime no debia ser el amor que inspiraria á santa Ana su hija María, en la que Dios habia vertido todo el tesoro de sus gracias y bendiciones!

Muy pronto pasaron tan deliciosos dias; habian prometido consagrarla al Señor y dedicarla al templo, y su gratitud á la bondad que Dios habia tenido con ellos, no les dejó titubear un solo instante en cumplir tan sacrosanto voto. Apenas tenia María tres años cuando sus padres se resolvieron á llevarla á Jerusalen, á dejarla en el templo y privarse de la delicia de tenerla á su lado. ¡Sacrificio doloroso que prueba su respeto y su obediencia al Señor!

Su amor, empero, no les permitia alejarse de su hija, y determinaron trasladarse á Jerusalen y abandonar la morada donde habian pasado la mayor parte de su vida; y cuando llegó la festividad de las Encenias los santos esposos partieron con su hija á la ciudad santa, y la presentaron á los sacerdotes, que llenos de asombro ensalzaron la devocion de los padres y se quedaron encantados de las gracias de la preciosa niña que ofrecian al Señor.

María fué entre las demas vírgenes que vivian en el templo un

modelo de candor, de hermosuras y de gracia, y los sacerdotes la adoraban y contemplaban como á su mas precioso tesoro.

Se ignora si santa Ana sobrevivió muchos años á su esposo, el cual salió de este mundo á gozar la vida eterna nueve años despues de haber ofrecido á Dios su hija en el templo; hay autores que afirman que murió despues del nacimiento de Jesucristo en 28 de julio bajo el imperio de Octavio.

Han escrito de santa Ana san Epifanio *Hæres.* 68, san Juan Damasceno, lib. IV, cap. 15, y el Martirologio romano. El papa Gregorio XIII mandó en el año 1584, que fué el duodécimo de su pontificado, que se celebrase en toda la Iglesia católica la fiesta de santa Ana el dia 26 de julio.

G. Staal B. Eyles

MARTHE



SANTA MARTA

VIRGEN Y MARTIR.

El imperio de Roma caminaba con rapidez por la senda de su decadencia : los godos, que en tiempo de Marco Aurelio habian salido de sus desiertos, abandonaban las orillas del Vístula, seguian su marcha aterradora, estremecian con el solo rumor de sus pisadas el poder romano, y le amenazaban con su ruina. No eran solo los bárbaros los destructores del carcomido imperio; el cristianismo, vencedor tras cada derrota, vivo y poderoso tras cada persecucion, minaba con sus dogmas de eterna sabiduría el órden social de civilizacion gentílica; arrastraba tras sus sacerdotes la multitud anhelante de la divina palabra, y santificaba su causa con el sello del cruento martirio, y con el brillo de las virtudes desconocidas en el mundo hasta Jesucristo.

El soplo de Dios empujaba las hordas salidas del fondo del norte, y una voz misteriosa repetia sin cesar el fallo de muerte que el cielo habia pronunciado contra el mundo pagano. Los mismos sacerdotes y grandes dignatarios de Roma conocian que el edificio social se desmoronaba desde sus cimientos, y evocaban con desesperacion las glorias de su pasado para sostener las falsas creencias, que desaparecian ante la verdad, como las sombras ante el primer rayo de la aurora.

»Es necesario, decian, que seamos fieles á los siglos que pasaron y que sigamos á nuestros padres, como ellos siguieron felizmente á los suyos. Mirad que Roma os habla y os dice:—Padres de la patria, respetad mi pasado, durante el cual no he faltado jamás al culto de mis mayores, ese culto que avasalló al universo: entero á mis leyes, que lanzó á Aníbal de mis murallas y á los galos del Capitolio.—Os pedimos la paz en nombre de los dioses de la patria, y en medio de nuestras calamidades, no queda mas remedio que la persecucion de los cristianos.»

¡Vanos clamores! Efectuóse, es cierto, la persecucion pedida por los paganos, pero fué para dar nuevo brillo á la Iglesia de Jesucristo.

Reinaba el emperador Decio, y este tirano fué el ejecutor de la ira ciega y feroz del vacilante paganismo; pero se dejó arrastrar con tanta inhumanidad por su afan de ahogar la fé cristiana, que el mundo presenció aterrado escenas mas dolorosas aun que en las anteriores persecuciones.

Es cierto que el aparato de los suplicios hizo flaquear á muchos cristianos que apostataron públicamente, quemaron incienso á los ídolos ó presentaron por escrito su abjuracion, pero el número de los mártires y su gloriosa muerte oscurece la flaqueza de los que temieron los suplicios. España fué una de las naciones en que encontraron mas resistencia los verdugos de Decio.

Cuando se recuerda aquella época tenebrosa y sangrienta, en que el imperio romano, despues de haber conquistado el mundo entero, se veia acometido por naciones ignoradas, y en la desesperacion de su derrota, culpaba á los discípulos de la religion mas pacífica y civilizadora; cuando se leen con los ojos preñados de lágrimas las historias de los mártires que derramaron su generosa sangre en defensa de la fé y de la verdad, con asombro de sus mismos tiranos; cuando se considera que entre los innumerables y animosos atletas del cristianismo, el sexo débil brilla con frecuencia con las virtudes propias del hombre mas esforzado; conocemos que Dios resolvió confundir á los gentiles, haciéndoles ver que su ley era tan verdadera y levantaba el alma á heroicidades tan portentosas, que una débil mujer, una tímida vírgen desafiaba todos sus enojos y su rabia hasta morir en medio de los mas horribles suplicios, sin caer vencida ni aun demostrar la inquietud, el temor ó la incertidumbre un solo instante.



Vanas eran tambien las adulaciones, vanos é impotentes los razonamientos de la filosofía gentil contra aquellas heroinas de la cruz; el cielo, en premio de su valor, les inspiraba con su luz divina, y sus respuestas anonadaban á los gentiles mas sabios, siendo mas estraño aun que no encontrando estos razones con que convencerlas ó titubeando en su conciencia, apagaban el rayo de verdad que á su pesar penetraba en sus duros corazones, aumentando el rigor del tormento ó inventando medios de producir dolores tan ingeniosos como terribles.

Entre las santas vírgenes que brillaron en España por su virtud y su valor en defender la fé cristiana hasta alcanzar la palma del martirio durante la persecucion del emperador Decio, ocupa un lugar preferente santa Marta, natural de Astorga é hija de una de las familias mas nobles de la ciudad, segun conoció el procónsul Paterno que la condenó al suplicio.

Los mensajeros del edicto de Decio recorrieron las calles de la ciudad, amenazando con la muerte á los que no prestasen adoracion á los ídolos, cuando una tierna doncella, avergonzando á los que tímidos acataban el tiránico mandato y abandonaban á Jesucristo, que por ellos habia espirado en el Calvario tras horribles tormentos, publicó en alta voz que desobedecia al emperador, y que no sacrificaria por una vida fugaz y de llanto, y por la conservacion del barro frágil que encierra el alma en la vida, la existencia eterna del espíritu, la dicha inefable y verdadera de la gloria.

Los satélites del procónsul Paterno la prendieron y la condujeron á su presencia, y el romano antes de recurrir á los rigores del tormento, se compadeció de su hermosura, de su juventud y de su nobleza, y se esforzó á convencerla para que rindiese adoracion á los mentidos dioses del imperio. En vano Paterno agotó todos los recursos de su elocuencia; los razonamientos del gentil se estrellaron en el escudo que defendia el alma valerosa de Marta; constante siempre en la fé y en el propósito que habia hecho de dedicar su vida y su sér á Jesucristo, desechó las promesas del procónsul, derrotó con razonamientos sublimes las falsas ideas del tirano, y no hizo caso de sus cariñosos halagos ni de sus amenazas.

Hirviendo en ciego furor el cruel procónsul al verse vencido por una débil doncella, é insistiendo en su tenaz intento de convencerla é intimidarla con el horrible espectáculo de los tormentos, no vaciló en mandar rasgar sus carnes con los intrumentos feroces que habia

inventado la ferocidad de los gentiles para obligar á los cristianos á la apostasía; y la sangre virginal de Marta salpicó á los verdugos, que creian que su crueldad seria bastante para vencerla. La impávida virgen sufria con resignacion y con júbilo los mas agudos dolores, y en vez de llantos y gemidos, sus ojos derramaban lágrimas de placer y su boca exhalaba dulces himnos en loor de Jesucristo.

Viendo el cruel procónsul que el tormento no la arrancaba una queja ni hacia vacilar su heroica firmeza, y persuadido de que la soledad y la sombría tristeza de un calabozo sojuzgarian mas fácilmente su corazon, la mandó encerrar en una lúgubre cárcel, donde permaneció rebosando de alegría cual si viviera en el mas espléndido palacio.

El procónsul habia conocido su crueldad y deseaba que la hermosa Marta alejase de su alma la locura, segun decia él, del cristianismo que privaba á la ciudad de la mas hermosa de sus hijas. Paterno desconocia la felicidad suprema que inspira la fé á los que viven en la tierra aspirando al cielo y despreciando los goces pasajeros, que forman el único deleite de los que solo adoran los dioses de la sensualidad y del materialismo; ignoraba que Marta era una estranjera en el mundo pagano, y que todas las grandezas, de que tanto aprecio hacian los que perseguian á los discípulos del que predicó la caridad y la pobreza, eran para ella vanos oropeles, incienso vano que barre con su soplo la verdad y la esperanza de las grandezas celestes y eternas.

Pasaron algunos dias, y el procónsul mandó que le presentasen á Marta, persuadido de que la reflexion y la soledad de la cárcel habrian alejado de su mente las ideas y la constancia que manifestara en el tormento. Llenóse de admiracion al no encontrar en su rostro huella alguna de llanto ni de padecimiento, y antes bien el brillo de su belleza sobrenatural, la calma de un corazon tranquilo y la dulce sonrisa de los que se creen felices.

—Hermosa Marta, le dijo con afectuoso acento, ya gozas otra vez la libertad y sales del hediondo calabozo donde te hundió tu tenaz resistencia á las órdenes del emperador. Debes esta ventura á la clemencia de los dioses que vituperas; serias una ingrata si no les dieras las gracias y los acataras como debes. Compadecidos de tu juventud y de tu hermosura, han curado las heridas de tu cuerpo, y creo que tambien te habrán curado las del alma, arrancando de ella el ciego delirio que la oscurecia, hasta el estremo de despreciarlos y negarles tu ado-

racion. Yo tambien he llegado á compadecerte y aun á amarte á pesar de tus devaneos, y en prueba del afecto que inspiras á mi corazon, estoy resuelto á darte por esposo á mi hijo, que es lo que mas amo en el mundo. Serás á su lado feliz, dispondrás de todas mis riquezas, y alcanzarás cuanto pide tu labio. Responde, Marta; de tu respuesta depende tu fortuna y una vida rodeada de placer y delicias. Admite mi oferta, y tendré el noble orgullo en llamarte hija.

Apenas acabó el procónsul su discurso, cuando la valerosa vírgen, que habia escuchado sus palabras sin turbacion ni manifestar en su tranquilo rostro la mas débil incertidumbre, respondió sin vacilar de este modo:

—Inútil es tu promesa, ni tengo que agradecer nada á tus falsos ídolos, mudos é inertes como el bronce y la piedra de que están fabricados. No necesito á tu hijo, pues tengo ya elegido esposo.

—¿Quién es el hombre que reunirá su suerte á la tuya si insistes en tu obcecacion y en tu locura? dijo el procónsul interrumpiendo á la doncella con acento y sonrisa de compasion.

—Mi esposo es Jesucristo y lo prefiero á todos porque es el que mas amo y con quien confio vivir enlazada por toda una eternidad. Es en vano que pienses que adore tus ídolos; yo no adoraré jamás mas que á mi Redentor.

—Reflexiona bien lo que resuelves, le dijo Paterno airado.

—Estoy resuelta, respondió Marta; inventa tormentos y dolores por acerbos que sean; sírvete de toda clase de halagos y de ofertas; desprecio tus riquezas y la frágil y pasajera dicha que me prometes en cambio de mi condenacion eterna. ¡Dichosa yo si puedo alcanzar con mi muerte el cielo que Dios promete á sus elegidos!

El procónsul la arrojó de su presencia, pronunció la sentencia de muerte y la entregó al verdugo. Marta alzó entonces al cielo sus manos y sus miradas con espresion de júbilo y de gratitud, como si recibiera una nueva feliz y como si esperase en vez del suplicio la mas grata de las venturas.

La cuchilla del verdugo cortó su hermosa cabeza y sus restos fueron arrojados en un lugar inmundo; pero su alma subió al seno de su Criador radiante, victoriosa y ceñida con la purísima auréola de la virginidad y del martirio.

Fué su gloriosa muerte el dia 28 de febrero del año de nuestra Redencion de 253.

Han escrito de su vida y victoria el Martirologio romano, las tablas de la Iglesia de Astorga, el autor del Tesoro de predicadores, tomo II, Villegas y otros respetables y dignos autores.

W. H. Mote

MARIE MADELEINE.



SANTA MARIA MAGDALENA.

La bienaventurada María Magdalena, espejo de penitencia, honradora de los piés de Cristo, discípula á los piés de Cristo y apóstola de los apóstoles del Señor, fué hermana de Lázaro y Marta, que eran nobles, ricos y poderosos. Su padre, dice san Antonio, arzobispo de Florencia, que se llamaba Sito, y su madre Eucaria, y que despues de su muerte, el hermano y las dos hermanas hicieron particion de las muchas riquezas que sus padres les habian dejado, y que á Lázaro le cupieron por su parte grandes heredades y posesiones, y á Marta la villa de Betania cerca de Jerusalen, y á María el castillo de Magdalo en la provincia de Galilea, del cual tomó el nombre de Magdalena. Pero dejando á parte lo que san Antonio y otros santos dicen; la vida de la Magdalena principalmente la habemos de sacar del sagrado Evangelio: porque los mismos historiadores que con luz del Espíritu Santo escribieron la vida de Jesucristo, escribieron tambien los hechos mas notables de la Magdalena: entre los cuales san Lucas Evangelista, pintándonos sus lágrimas y penitencias, dice que antes de convertirse y venir á los piés del Señor, era mujer públicamente mala y pecadora: ahora sea, porque realmente lo fué,

como algunos santos y graves autores lo sienten, fundándose en las palabras del testo evangélico, ahora porque aunque no lo haya sido, su vida fué tan desenvuelta y libre, y tan poco recatada en su trato y conversacion, que se le dió el nombre de pecadora: y de este parecer son otros, que dicen, que como la Magdalena era noble, rica, moza, hermosa y de buena condicion, usando mal de la libertad que tenia por ser muertos sus padres, comenzó á darse en cosas de entretenimiento y placer, y á pláticas y conversaciones de galanes y de mozos livianos, al principio solamente por pasatiempo, despues por deleite sensual (porque los vicios no entran de golpe en el alma, sino poco á poco y sin sentir hasta que se han apoderado de ella); y que creció tanto el mal de la Magdalena, que tenia escandalizada toda la ciudad en que vivia, en tanto grado, que la llamaban »la pecadora.» Y reparándose tanto en su mala vida, es señal de su gran perdicion: nó porque fuese una de las mujeres públicas; sino porque siendo mujer principal, era tropiezo y lazo de Satanás, que muchos con su trato y comunicacion se enlazasen y perdiesen, que muchas veces semejantes personas son mas perjudiciales y perniciosas en la república, que las que apretadas de la pobreza y necesidad venden su honestidad á todos los que la quieren, y para sustentar la vida del cuerpo, pierden sus almas y sus mismos cuerpos. San Marcos y san Lucas dicen, que el Señor echó siete demonios de la Magdalena; mas no dicen el tiempo que se los echó. Y algunos santos entienden por los siete demonios todo género de pecados y vicios; de los cuales el Salvador la libró, y juntamente de aquellos duros y crueles demonios que atormentaban su alma.

Para librarla, la primera cosa que hizo el Señor fué prevenirla y alumbrarla por su infinita misericordia con un rayo de su luz, para que viendo con él la fealdad y abominacion de su alma y cuán fuera de camino andaba, cuán atollada estaba en el cieno é inmundicia de sus torpezas; desease salir de ella y entrar por la senda derecha y apacible de la virtud, y lavar con sus lágrimas las manchas de sus pecados y como oveja descarriada volver al seno de su dulce Pastor. Este rayo de luz fué tan poderoso y penetró el corazon de esta pecadora de tal manera, que deshaciendo aquellas tinieblas espesas y horribles que por todas partes la cercaban, le abrió los ojos para que viese su fealdad y aquel abismo profundo de vicios en que estaba anegada, con un aborrecimiento y confusion tan estraña que

ella misma no se podia sufrir: aunque con una esperanza cierta de hallar remedio en el Salvador y medicina por sus llagas; y que yendo á él la resucitaria de muerte á vida. Herida pues con una aguda saeta flechada por la mano de aquel Señor que habia venido al mundo á buscar y remediar á los pecadores, fué á él de la manera que cuenta el evangelista san Lucas. Dice que un fariseo, llamado Simon, le habia convidado á comer, y que el Señor lo aceptó por tener ocasion de ganarle y enseñarle, y darle á él y á los otros convidados doctrina y otro manjar divino, y con el ejemplo de esta pecadora, despertarlos y moverlos á penitencia y mostrar que era Dios verdadero y que podia perdonar los pecados. Sabiendo pues esta mujer pecadora que el Salvador estaba en casa del fariseo comiendo, sin mas aguardar lugar ni sazon (porque el amor y el dolor la traian fuera de sí) tomó un vaso de ungüento precioso en las manos y entró en la casa del fariseo: y por la grande vergüenza y confusion que tenia de sus pecados no se atrevió á parecer delante de los ojos de Cristo, sino rodeando por las espaldas vino á derribarse á sus piés. allí comenzó á derramar unas lágrimas tan copiosas, que bastaron para regar los piés del Señor. Luego los limpió con los cabellos de su cabeza; y no contenta con esto comenzó á besarlos y ungirlos con precioso ungüento: de manera que de todas las cosas que le habian sido instrumento de pecado, hizo remedios contra el pecado. De los ojos altivos disimulados y engañosos con que cautivaba antes las almas, hizo fuentes para lavar las mancillas de la suya: de los cabellos hizo lienzo para limpiarlas: de la boca hizo portapaz para recibir la de Cristo; y del ungüento que antes servia para multiplicar pecados, hizo medicina para curarlos y ungir á Cristo y librarse del hedor de su mala vida. Hirió el Cazador divino la cierva lasciva y demandada: y ella herida y sedienta corrió á la fuente de aguas vivas y á buscar la misma mano que le habia herido; porque ella sola la podia sanar y refrescar. Ella vino y el Señor la recibió, porque él mismo la traia y la habia herido para que viniese. Y en el mismo tiempo que ella lloraba, lavaba, enjugaba, besaba y ungia los piés del Señor, él mismo obraba en su alma interiormente lo que ella obraba esteriormente: porque él ofrecia su sangre por aquella pecadora, para lavar sus piés y sus afectos tan inmundos y torcidos: él la adornaba con el atavío de las virtudes; él la daba ósculo de paz y la ungia con el ungüento precioso de su gracia. De donde se ve la inestimable benignidad de nuestro Dios que así previene al pecador, y la eficacia de



su gracia que trueca los corazones con una manera tan estraña, como él trocó el corazon de esta pecadora; pues no le dejó sosegar ni considerar que para llorar sus pecados y hacer penitencia de ellos á los piés del Señor, no era tiempo oportuno el de medio dia ni lugar cómodo el del convite, ni á propósito la muchedumbre de los convidados y el fausto y sobrecejo de los fariseos: y no pudiendo aguardar siquiera una hora mas para aquel negocio y buscar á solas y sin testigos á Cristo; la vehemencia del dolor y el espanto de sí misma de tal manera ocuparon su entendimiento, que no podia atender sino solo á la grandeza de su peligro.

Y es mucho para notar (como lo advirtió gravemente san Crisóstomo), que la Magdalena fué la primera que vino al Señor para buscar el remedio de sus pecados y la salud eterna de su alma: lo cual no leemos de otros. Porque no vino como la Cananea para que librase á su hija del demonio que corporalmente la atormentaba; ni como el Centurion para que sanase á su criado paralítico; ni como el Régulo para que alargase la vida á su hijo; ni como el príncipe de la sinagoga Jairo, para que resucitase á su hija ya difunta; ni como otros que de todas partes venian para que los curase; no vino por interés y bienes temporales, sino para llorar sus pecados, para remedio de su alma, para alcanzar perdon de aquel Señor á quien tanto habia ofendido testificando con sus sollozos, suspiros y lágrimas el dolor grande que traia atravesado en su corazon, y que esperaba que el mismo Señor, que era Jesus y salvador de pecadores, la habia de perdonar y recibirla en su gracia y amistad, y con esta confesion hecha con obras y no con palabras honró á Cristo en gran manera en presencia de los fariseos, que eran sus enemigos, los cuales como soberbios é hipócritas comenzaron á desdeñar aquella mujer que conocian por pública pecadora, y á tener en poco á Cristo y á juzgar que no debia de ser profeta pues se dejaba tocar de ella; no entendiendo que porque era verdadero y santo profeta, y maestro y alumbrador de todos los profetas, se dejaba tocar de ella para hacerla de pecadora, santa; de mujer infame, gloriosa; y de esclava del demonio, hija regalada suya, como lo hizo respondiendo por ella al fariseo que la habia convidado, y reprendiéndole porque habiendo recibido mayores dones de Dios, le habia sido menos agradecido, y dando á Magdalena un jubileo plenísimo y remision de todos sus pecados, y enviándola con paz y alegría á su casa como lo cuenta el evangelista san Lucas. Esta es la

primera cosa que leemos en el Evangelio de esta santa pecadora; para que con este ejemplo de tan amargo llanto y penitencia, regulemos nosotros la nuestra; y por lo que ella hizo para lavar sus pecados, sepamos lo que en los nuestros debemos hacer.

Muy agradecida quedó la Magdalena al Señor, por haberla perdonado sus pecados y dado paz y quietud á su alma desconsolada y afligida; y para servirle por esta tan gran misericordia y merced, se determinó á emplear de allí adelante todo su caudal, su persona y hacienda en su servicio, y no apartarse un punto (en cuanto le fuese posible) de los ojos de aquel Señor, que tan benignamente la habia mirado y dádole vida con su vista. Para esto cuando el Salvador iba predicando de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, ella con otras santas mujeres le seguian y con sus limosnas le sustentaba y daba de comer á él y á sus discípulos: y olvidada de la comodidad y regalo que tenia en su casa, iba por caminos con trabajos y cansancio, teniéndose por dichosa y bienaventurada, porque podia servir en algo al Señor y á aquellos pobres pescadores que le seguian: porque aunque parecian viles y eran menospreciados de los hombres, en sus ojos eran gloriosos y felicísimos por ser discípulos de su dulce Maestro, y estar tan cerca de la fuente de la vida, de la cual ella deseaba siempre beber. Esta misma sed de oir siempre al Señor y aquel amor tan cordial y afectuoso que le tenia, fué tambien causa que le hospedase con su hermana Marta en su casa de Betania, y que estando la hermana tan ocupada y solícita en aparejar la comida y regalar al Señor, ella se estuviese sentada á sus piés, regalándose con sus palabras y apacentando su alma con el mantenimiento de vida que el Señor le daba: porque estaba tan llagada y abrasada de su amor, tan absorta y trasportada en él, y tan olvidada de sí y de todas las cosas del mundo, que no se podia apartar de aquellos piés que habia bañado con sus lágrimas. Y como Marta su hermana anduviese cuidadosa y solícita y toda ocupada en aparejar lo necesario, y viese á María tan descuidada y ociosa, dió de ella queja al Señor porque la dejaba sola en el trabajo y se entretenia en oir sus palabras. Mas el Señor, que habia defendido la Magdalena del fariseo, tambien la defendió de las quejas de su hermana y le respondió: Marta, Marta, muy solícita andas y distraida en muchas cosas, siendo como es una sola menester. Tu hermana María ha escogido la mayor parte, la cual durará para siempre, nunca le será quitada. Como si dijera: Tu ocupacion buena es; pero mejor es la de

María: á tí muchas cosas te embarazan; tu hermana una sola ha escogido que la recoge y hace morar dentro de sí: tú quieres regalar mi cuerpo; ella regalar á su alma: lo que tú haces se ha de acabar; en lo que María se ocupa no tendrá fin: lo que ella hace, es lo que se debe hacer, es lo necesario, lo mas provechoso; y todo lo demás á esto se debe posponer y preferir. Con esto quedó María segura, y Marta enseñada, y nosotros instruidos de la diferencia que hay de la vida activa á la contemplativa, de la que sirve al Señor en sus miembros y de la que goza de Dios para sí: y que todas las cosas ha de posponer el hombre al aprovechamiento y salvacion de su alma: y que no se debe tener por gente inútil y ociosa, la que se ocupa de dia y de noche en alabar y contemplar á Dios: como lo hacen muchos santos religiosos y devotas personas y lo hacia la Magdalena; la cual amaba al Señor con un afecto tan encendido y tan vehemente, que mas vivia su espíritu con aquel amor, que su cuerpo con el alma que le daba vida. Y el Señor que es autor de nuestro amor y nos previene siempre con el suyo, así como le infundia aquel amor, con que ella le amaba; así amaba á ella con otro amor infinitamente mas aventajado y perfecto, no solo como Criador á su criatura, sino tambien como Esposo dulcísimo á su esposa regalada, y por amor de ella queria bien á Lázaro, su hermano. Por donde habiendo Lázaro caido malo, María y Marta le enviaron un mensajero, que le dijese: Señor, el que amais, está enfermo: porque sabian que para Cristo, nuestro Redentor, estas solas palabras bastaban, sin ser menester añadir que viniese y que le sanase, ni que de allí donde estaba mandase á la enfermedad que dejase á Lázaro, y se partiese: porque estaban muy seguras que Cristo les amaba tiernamente, y por amor de ellas á su hermano, y que bastaba que supiese su necesidad para remediarla, como lo hizo: porque dejando pasar dos dias, despues que recibió el recado de María y Marta, vino á Betania: y Marta sabiendo su venida le salió á recibir, y María avisada en secreto de su hermana y llamada del Señor, luego se levantó de donde estaba dejando á muchos que de Jerusalen habian venido á visitarla y consolarla de la muerte de su hermano: y en viendo al Señor delante de los que le seguian se echó á sus piés y lloró muchas lágrimas de amor y dolor: y el Señor se enterneció con ella, de manera, que viéndola llorar, tambien lloró con ella: y los circustantes entendieron por las lágrimas del Salvador, el amor grande que tenia á aquellas dos santas hermanas: por

cuyo respeto resucitó á su hermano Lázaro que estaba ya de cuatro dias muerto, y olia mal en la sepultura. ¿Qué mayores muestras del amor que tenia á María Magdalena pudo dar el Señor, que enternecerse tanto con ella y derramar lágrimas por verla llorar, y resucitar por sus ruegos á Lázaro cuatriduano? ¿Qué gracia, qué privilegio tan escelente y singular es el de esta santa pecadora!, pues no solamente ella lloró á los piés de Cristo, mas el mismo Cristo lloró por ella? ¡Oh lágrimas preciosísimas del Señor, que bastaron para regar y regalar el alma de la Magdalena, y para dar vida á los muertos y admirar y edificar á toda la Iglesia! Por este milagro tan grande y tan esclarecido, que hizo el Señor en presencia de tanta gente resucitando á Lázaro, creyeron muchos en él: y para que mas se certificasen de la verdad del milagro y que Lázaro habia resucitado de muerte á vida; en un convite que le hicieron en Betania, Lázaro fué uno de los que estaban sentados á la mesa y comia con los demás. Fué esto seis dias antes de la Pascua, en la cual el Señor habia de morir: y estando él cenando y Marta sirviendo á la mesa, María tomó una libra de ungüento precioso, hecho de las espigas de una yerba muy fragante y olorosa, que se llama nardo, que era lo mas fino, y con grande ternura y devocion comenzó á ungir los piés del Salvador y á limpiarlos con sus cabellos, quebrando el vaso para que no quedase gota, derramó todo aquel suavísimo licor sobre su sagrada cabeza: pareciéndole que todo lo que hacia por su dulce Maestro era poco, y que todo lo mas rico y de mayor precio se debia emplear en el servicio del Señor de todo.

Como se sintió la fragancia de aquel ungüento oloroso que la Magdalena habia derramado; Judas, que estaba sentado con los otros apóstoles á la mesa, comenzó á murmurar de lo que habia hecho esta santa mujer, y á decir que habia sido un desperdicio y derramamiento bien escusado, y que fuera mejor vender aquel ungüento y dar el precio á los pobres: lo cual, como advierte el evangelista san Juan, no lo dijo Judas por el cuidado que tenia de los pobres, sino por cubrir con aquella capa de compasion é hipocresía, su codicia, con la cual sisaba parte de las limosnas que se daban para los pobres: porque él tenia la bolsa comun y cuenta con lo que se gastaba. Mas el Señor le fué á la mano, y como antes habia defendido á María del fariseo que la desechaba como á pecadora, y de su hermana Marta que la tachaba, como á ociosa y de poca caridad; así ahora no solamente

la escusó de la falsa compasion y verdadera avarícia de Judas, mas la alabó diciendo que la dejasen; porque habia hecho una buena obra y que siempre tendrian pobres á quienes hacer bien, y á él no siempre le tendrian presente: y que lo que habia hecho la Magdalena habia sido como darle la uncion para morir, anticipando el tiempo de su sepultura que estaba cerca, porque entonces no lo podia hacer, y que en todo el mundo donde aquel hecho é historia evangélica se predicase, seria alabada la piedad de la Magdalena, y aquel amoroso y abrasado afecto de caridad, fué causa de que el Señor aprobase tanto aquella obra, y que la defendiese de los que la murmuraban, y la galardonase con honra y gloria perpetua de la Magdalena por todo el mundo: porque por lo demás el que tenia ofrecidos sus piés á los clavos, y su cabeza á la corona de espinas, poco caso hacia de aquel regalo para su cabeza y para sus piés.

Esta misma caridad llevó á esta santa mujer al monte Calvario, y la fijó al pié de la cruz del Salvador, para que allí le mirase desnudo, atormentado y consumido entre dos ladrones, y derramase mas y mas lastimosas lágrimas, viendo á su Dios padecer por sus pecados, que antes habia derramado por los mismos pecados, porque cuando regó con ellas los piés del Salvador, aun no sabia lo que aquellos pecados que ella lloraba, le habian de costar á él que para lavarlos habia él de verter mas sangre, que ella habia derramado lágrimas. Despues que le bajaron de la cruz, ella se abrazó con aquel cuerpo tan desfigurado; y besando con increible sentimiento las llagas de los piés, de las manos y de la cabeza, y mirando aquellos ojos divinos oscurecidos, el rostro amarillo y afeado, la boca anhelada, y el pecho abierto y ensangrentado; traspasada con una aguda espada de dolor, desfallecida y caida quedó como muerta: mas tornando á tomar las fuerzas, que le quitaba el dolor y le daba el amor, revivia y moria, porque no moria, y entraba en aquel sagrado pecho rasgado y en el corazon del Señor para morir allí con él; porque vivir sin él era muerte para ella.

Con este mismo amor, siendo ya sepultado, compró gran cantidad de especies aromáticas para ungirle en el sepulcro, y hacer lo que no habia podido antes de enterrarle. Y no bastó la ignominia de la cruz, ni la oscuridad de la noche, ni la distancia del sepulcro, ni las guardias de los soldados, ni la rabia de los príncipes de los sacerdotes, ni todos los peligros que se le pusieron delante, para espantarla, y ponerle ningun temor, y divertirla de su santo

propósito. Vino al sepulcro con otras santas y devotas mujeres, y no hallando al Señor que buscaba, luego á gran priesa fué á dar nueva á los discípulos como no le habia hallado, y dado que Pedro y Juan, como los mas queridos y fervorosos, fueron corriendo al sepulcro con otras santas y devotas mujeres, y no hallando al Señor, luego se volvieron de miedo á su casa, y las demás mujeres se partieron; sola ella no se partió de aquel lugar, donde pensaba que estaba su tesoro y todo el bien de su corazon. Entraba en la cueva del sepulcro y salia; tornaba á entrar y salir; y habiendo muchas veces hecho esto, nunca se hartaba. Habláronla dos ángeles: preguntábanle lo que buscaba y por qué lloraba; pero ella no se satisfizo con la vista ni con las palabras de los ángeles, porque buscaba y no hallaba al Señor de los ángeles que solo la podia consolar; hasta que con esta perseverancia mereció ser la primera á quien Cristo segun la historia evangélica, ya resucitado y glorioso, se apareció, aunque en figura de hortelano: y ella pensando que lo era y no conociendo al Salvador, le dijo: Señor, si vos lo habeis tomado, decidme dónde está, que yo lo llevaré. No declaró quién era aquel que buscaba: porque como ella estaba tan absorta y trasportada en Cristo, pensó que todos los otros tenian el corazon en el que ella le tenia. Ni tampoco consideró su condicion y flaqueza mujeril, y que no tendria fuerzas para llevar el cuerpo del Salvador: porque el amor es ciego y atrevido, y suple con vigor del ánimo, lo que falta de fuerzas al cuerpo, y no repara en dificultades, y todas las cosas le parecen fáciles por alcanzar lo que mucho ama y desea. Mas el Señor, que es piadoso, se le descubrió y llamó por su nombre, y consoló y regaló con una inefable alegría y dulzura, y la hizo apóstola de sus apóstoles que estaban retirados y encogidos de temor, y mandóle que les diese nuevas de su gloriosa resurreccion y subida á los cielos. Esto es lo que hallamos escrito en el sagrado Evangelio de la Magdalena. Y aunque el Evangelio no lo dice, parece cosa sin duda que la Magdalena se halló á la subida del Salvador al cielo: y tambien cuando bajó el Espíritu Santo sobre los apóstoles, y los llenó de sus gracias y divinos dones: y que el tiempo que despues vivió en Jerusalen, le ocuparia en acompañar y servir á la sacratísima Vírgen María nuestra Señora, como á Madre de su Señor y dulcísimo Maestro, y en visitar y bañar con copiosas lágrimas aquellos lugares, que el mismo Señor habia hollado y santificado con su vida santísima y muerte preciosísima.

Mas como despues de la muerte de san Estéban Protomártir, se levantase en Jerusalen una gran persecucion contra la Iglesia, y con esta ocasion los discípulos del Señor por particular disposicion y providencia suya, saliesen de aquella ciudad, y se esparciesen por varias tierras y provincias para alumbrarlas con la luz del santo Evangelio y doctrina de Cristo, entre los otros fieles que los judíos maltrataron y persiguieron con mas rabia y furor, fué una María Magdalena: con la cual con sus hermanos Lázaro y Marta, tenian particular ojeriza y aborrecimiento por el amor entrañable que habian mostrado al Señor en su vida y sentimiento en su muerte: y para vengarse de ellos tomaron á los tres hermanos, Magdalena, Lázaro, Marta y á Marcela, su criada (que dicen fué la que hablando con el Señor, alzó la voz, y dijo aquellas palabras: Bienaventurado el vientre que te concibió, y los pechos que que te alimentaron), y á san Maximino que era uno de los setenta discípulos de Cristo, y á Celedonio, que fué el ciego de nacimiento, á quien con el lodo puesto sobre sus ojos restituyó la vista: y tambien dicen, que aquel noble decurion llamado José *ab Arimathea*, que le descolgó de la cruz y le sepultó en su sepulcro, y otros muchos cristianos, y los metieron en un navío sin remos, sin velas, sin timon y sin gente que lo gobernase, para que se ahogasen y pereciesen en el mar. Però como no hay consejo contra Dios, el navío aportó á Francia á la ciudad de Marsella á salvamento; y la Magdalena con toda aquella bienaventurada compañía saltó en tierra, y con el admirable ejemplo de su vida y palabras del cielo y milagros, que el Señor obró por ella, toda aquella provincia se convirtió á la fé de Cristo, y san Lázaro fué electo obispo de Marsella y san Maximino de la ciudad de Aix. Marta se recogió en un monasterio con gran copia de doncellas: y José *ab Arimathea* (á lo que algunos escriben) pasó á Inglaterra y fué el primero que en aquel reino anunció al Señor. Y la Magdalena, despues de haber predicado por sí misma y convertido á muchas almas, se retiró á un desierto á llorar de nuevo sus pecados (como si nunca los hubiese llorado) y ocuparse de noche y de dia en la contemplacion del Señor y gozar de sus consuelos y regalos suavísimos. Treinta años estuvo en aquella soledad comiendo yerbas y raices de árboles: y como se gastasen sus vestidos, Dios la vistió con sus cabellos. Hacia vida mas de ángel que de mujer, y así los ángeles la levantaban siete veces cada dia á oir cantos celestiales. Pero al cabo de los treinta años, ella misma rogó á un sacerdote que fuése á san

Maximino de su parte, y le avisase que para el domingo siguiente se hallase en la Iglesia solo á la hora de maitines. Hízolo así el santo obispo, y se halló á la Magdalena, levantada en el aire y puestas las manos en alto, y ella recibió de las suyas el santísimo Sacramento, con maravillosa devocion y lágrimas, y de allí á poco dió su espíritu á aquel amorosísimo Esposo y maestro, á quien por sus pecados habia visto en la cruz encomendar el suyo al Padre eterno. Llevaron al cielo los ángeles el alma de la bendita Magdalena, con gran júbilo y alegría. El cuerpo fué allí sepultado, y siempre ha sido tenido en grande veneracion.

Fr. Silvestre de Priero, de la órden de Santo Domingo, y maestro del sacro palacio, escribe en un sermon, que el año 1597, visitó por su devocion la cueva donde hizo penitencia la Magdalena, y sus sagradas reliquias, y dice que vió su cabeza, que era grande y que tenia un poco de carne denegrida y seca, en aquella parte de la frente, que tocó al Salvador, cuando le apareció despues de su resurreccion: en la cual carne quedaron impresas las señales de los dedos con que el Señor la tocó. Dice mas: que le mostraron en una botella de vidrio algunos de sus cabellos, con que limpió los piés del Señor; y en otra, tierra mezclada con sangre, de color entre negro y colorado, la cual tierra la Magdalena recogió el viernes santo al pié de la cruz: y que todos afirmaban, que cada año, aquel mismo dia del viernes santo, acabada de leer la pasion, lo que estaba en aquella redoma hervia como si fuera sangre. Muéstrase tambien su brazo, y en una arca de plata el cuerpo de esta santa, que está en un convento de los padres de Santo Domingo.

Muchos, grandes y admirables son los milagros que Dios ha obrado por la intercesion de esta gloriosa santa y bienaventurada pecadora, los cuales se podrán ver en su historia. Uno solo quiero yo contar, que refiere el sobre dicho P. Fr. Silvestre, como cosa muy sabida y cierta. Dice: que por los años del Señor de 1279, en las guerras que los reyes de Aragon tuvieron con Carlos, primero de este nombre, que fué hermano de Luis, rey de Francia, y el que ganó y perdió el reino de Sicilia, fué preso en una batalla naval de los aragoneses Carlos II, conde de Provenza. Este Carlos, estando preso en Barcelona y muy apretado y en peligro de perder la vida, acordándose que la Magdalena habia predicado en sus tierras de la Provenza, y convertido tantas almas á Dios, se encomendó muy afectuosamen-

te á ella, suplicándola, que le librase de aquel afan y agonía en que estaba; y para alcanzarlo mas facilmente, ayunó y se confesó y lloró muchas lágrimas. La misma noche de la vigilia de su fiesta, la Magdalena se le apareció en figura de una mujer hermosísima y grave: la cual con una voz clara y sonora, llamándole por su propio nombre, le dijo, que sus oraciones habian sido oidas, y en prueba de esto, le mandó que la siguiese: y despues le declaró que ella era la Magdalena á quien él se habia encomendado, que le venia á ayudar. Y habiendo andado un poco, le preguntó si sabia á dónde estaba: y como él respondiese que todavía estaba dentro de los muros de Barcelona; la santa le dijo: mucho te engañas: ya estás en tierra y una legua de Narbona; donde entró al amanecer. Y por aviso de la misma santa, y en paga del beneficio tan señalado, que de ella habia recibido, el conde mandó edificar un monasterio suntuoso y de mucha renta, en el lugar donde estaban sus sagradas reliquias, y le entregó á los padres predicadores de Santo Domingo: y en otras partes hizo otros conventos de la misma órden, de la cual fué muy devoto: y junto á Narbona hizo poner una cruz, en aquel mismo lugar donde le dejó la Magdalena, que se llamó «la Cruz de la legua.» Todo esto es del sobredicho P. M. Fr. Silvestre Prierio, varon tan religioso, docto, y de tanta autoridad. La fiesta de la Magdalena celebra la Iglesia, á los 22 de julio, que fué el dia en que murió.

Dos cosas se han de advertir en la vida de esta santa: la primera, que ha habido muy gran duda entre los santos doctores, si la Magdalena, de la cual hablan los evangelistas, fué una sola, ó mas; porque no han faltado graves autores, que han escrito que fueron dos; una la pecadora, de la cual habla el Evangelista san Lucas: y otra hermana de Marta y Lázaro; y otros hacen tres Magdalenas. Pero ya esta cuestion parece que en gran parte ha cesado, y que la mas probable y mas segura es, decir que fué una sola, que es lo que yo escribo en esta historia, así por ser la opinion mas comun de los santos antiguos y escritores modernos, como por ser mas recibido del uso y de la santa Iglesia nuestra madre: la cual el dia de la fiesta de la Magdalena celebra á la mujer pecadora: y juntamente dice, que fué hermana de Lázaro: y tambien porque si se miran atentamente las palabras del evangelista san Juan, claramente parece que da á entender haber sido una misma la hermana de Lázaro, y la que ungió los piés del Señor en casa del fariseo y los limpió con sus cabellos; porque dice el sagrado Evan-

gelista estas palabras: «Habia un enfermo llamado Lázaro, en Betania, en el castillo de Marta y María sus hermanas, y María fué la que ungió con ungüento al Señor y limpió los piés de él con sus cabellos, y cuyo hermano Lázaro estaba enfermo:» las cuales palabras son de mas fuerza, para probar, que fué una la Magdalena y no muchas, que todas las razones que se puedan alegar en contrario. La otra cosa es, que algunos autores griegos han escrito, que el cuerpo de la Magdalena y de Lázaro estuvieron mucho tiempo en la ciudad de Efeso en Asia y que despues fueron traspasados á Constantinopla, y colocados en un templo que les edificó el emperador Leon, llamado el Filósofo. Pero lo cierto es lo que aquí escribimos; y hoy en dia se muestran sus sagradas reliquias en Francia, en los lugares en que vivieron y murieron, como se ha dicho: aunque Sigiberto en su Crónica escribe, que habiendo sido asolada la ciudad de Aix por los sarracenos, el cuerpo de la Magdalena fué trasladado por Gerardo, conde de Borgoña, al monasterio Viciliaco, que él mismo habia edificado. De la Magdalena escriben todos los Martirologios, y los autores que interpretan la sagrada historia de los evangelistas, y otros muchos que hicieron sermones en su alabanza.

FIN.



INDICE.

Nota. Este índice sirve tambien de pauta para la colocacion de las láminas.




1006744233



